

TOM PHILLIPS

Humanos



Una breve historia de
cómo la hemos pifiado

PAIDÓS

ÍNDICE

PORTADA

SINOPSIS

PORTADILLA

DEDICATORIA

PRÓLOGO. Los albores de la pifia

CAPÍTULO 1. Por qué tu cerebro es idiota

CAPÍTULO 2. Qué buen entorno tenéis aquí

CAPÍTULO 3. La vida se abre camino, o algo así

CAPÍTULO 4. Seguid al líder

CAPÍTULO 5. El pueblo al poder

CAPÍTULO 6. Pero, oye, la guerra, ¿para qué servía?

CAPÍTULO 7. La megafiesta chupiguay del colonialismo

CAPÍTULO 8. Manual de diplomacia para tontos y/o presidentes en ejercicio

CAPÍTULO 9. Qué mierda de tecnología

CAPÍTULO 10. Breve historia de no verlas venir

EPÍLOGO. Jodiendo el futuro

AGRADECIMIENTOS

OTRAS LECTURAS

NOTAS

CRÉDITOS

Gracias por adquirir este eBook

Visita [Planetadelibros.com](https://planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

SINOPSIS

Los humanos contemporáneos han recorrido un largo camino en sus setenta mil años de paso por la tierra. Arte, ciencia, cultura, comercio: en la cadena evolutiva somos verdaderos ganadores. Pero lo cierto es que no siempre ha sido un viaje fácil y, a veces, muy puntualmente, hemos llegado a pifiarla de verdad.

Uniendo historia, ciencia, política y cultura pop, *Humanos* nos ofrece una exploración panorámica de la humanidad en todo su esplendor (es decir en todas sus pifias) y nos revela cómo incluso los errores más mundanos cambiaron el curso de la civilización como la conocemos. Desde Lucy, nuestro primer antepasado, que se cayó de un árbol, se rompió un brazo y murió, pasando por el emperador chino Zhengde, que almacenó pólvora en su palacio antes de un festival de linternas o por el ejército austriaco, que se atacó a sí mismo en una noche de borrachera. El libro también hace un repaso de los peores líderes políticos de la historia, así como un resumen de la incapacidad de la raza humana para prever el futuro.

Humanos es un compendio único, divertido, irónico y lleno de ideas brillantes que ofrece una nueva perspectiva de la historia de la humanidad llena de interés y, claro está, de humor.

TOM PHILLIPS

HUMANOS

Una breve historia de cómo la
hemos pifiado

Traducción de Ignacio Villaro

PAIDÓS Contextos

*Dado el tema del que se trata, dedicar este libro a mi
familia podría dar lugar a un serio malentendido.
Así que he preferido dedicárselo a cualquiera que alguna
vez la haya jodido a base de bien.
No estáis solos.*

PRÓLOGO

Los albores de la pifia

Hace mucho, mucho tiempo, a la salida del sol sobre los grandes valles fluviales y las llanuras de Etiopía, una joven simia descansaba encaramada a un árbol.

No tenemos forma de saber en qué pensaba ni qué iba a hacer ese día. Probablemente, consideraba la posibilidad de ir a buscar algo de comer, o con quién aparearse, o quizá de ir a examinar el árbol más cercano para ver si era mejor. Lo que con toda seguridad no sabía es que los acontecimientos de aquel día la convertirían en el miembro más famoso de su especie en toda la Prehistoria (y, aunque pudiéramos explicárselo de algún modo, el concepto de *fama* no tendría para ella el menor sentido). Tampoco sabía que estaba en Etiopía, porque esto sucedía millones de años antes de que nadie tuviera la brillante idea de trazar líneas en un mapa y dar a las formas resultantes un nombre por el que pudiéramos ir a la guerra.

Ella y sus semejantes eran algo distintos de los otros simios que vivían en la misma época: tenían una peculiaridad en sus caderas y en sus piernas que les permitía moverse de una forma novedosa. Aquellos simios habían iniciado su descenso de los árboles, y empezaban a caminar erguidos por la sabana: el cambio inicial que, andando el tiempo, conduce a ti y a mí y al resto de las personas que pueblan el planeta. La simia no lo sabía, pero estaba viviendo cerca del comienzo de una de las historias más notables de todos los tiempos. Eran los albores del gran viaje de la humanidad.

Entonces, se cayó del árbol y se mató.

Al cabo de unos 3,2 millones de años, otro grupo de simios (algunos de los cuales contaban ya con algún doctorado) desenterrarían sus huesos fosilizados. Como esto sucedía en la década de 1960 y estaban escuchando una canción muy popular de unos muchachos de Liverpool con un buen colocón por aquel entonces, decidieron llamarla Lucy. Pertenecía a una especie desconocida hasta el momento —que ahora denominamos *Australopithecus afarensis*— y fue

aclamada como el «eslabón perdido» entre el hombre y los simios. El descubrimiento de Lucy fascinaría al mundo: su nombre se hizo tremendamente popular, su esqueleto se exhibió en una gira de varios años por Estados Unidos y actualmente es la principal atracción del Museo Nacional de Adís Abeba.

Y, sin embargo, la única razón por la que sabemos de ella es que, hablando en plata, la jodió. Lo que, visto con la perspectiva del tiempo, marcó una pauta muy clara para el desarrollo de los acontecimientos a partir de entonces.

Este libro trata sobre el hombre y nuestra notable capacidad para joderlo todo. Sobre por qué por cada logro que nos hace sentir el orgullo de ser humanos (el arte, la ciencia, los bares) hay siempre otra cosa que nos lleva a sacudir la cabeza en señal de perplejidad y desespero (la guerra, la contaminación, los bares de los aeropuertos).

Es muy probable que, sean cuales sean las opiniones personales o convicciones políticas del lector, recientemente haya considerado alguna vez la situación del mundo y se haya dicho: «Mierda, ¿qué hemos hecho?».

Este libro viene a proporcionar un granito, pequeño y hueco, de consuelo: no te angusties, siempre hemos sido así. Y, oye, ¡aquí seguimos!

Es cierto que escribo estas líneas a pocas semanas de la fecha prevista para la celebración de una cumbre nuclear entre Donald Trump y Kim Jong-un,^{*} que puede producirse o no, e ir bien o no. Por desgracia, el plazo final para la entrega del texto se cumplirá antes de que averigüemos si vamos a morir todos. Seguiré trabajando sobre el supuesto de que si, de hecho, alguien está leyendo el libro, es que hemos sobrevivido como mínimo hasta finales de julio.

Hay infinidad de libros sobre los mayores logros de la humanidad; los grandes líderes, los inventores geniales, el indomable espíritu humano. También hay muchos sobre los errores que hemos cometido, tanto pifias individuales como extravíos de la sociedad en su conjunto. Pero no hay tantos sobre cómo nos las arreglamos para, una y otra vez, hacer que las cosas vayan radical y catastróficamente mal.

Por una de esas ironías con que el universo parece regodearse, las razones por las que la jorobamos a escala tan sideral son a menudo exactamente las mismas que nos sitúan a otro nivel que el resto de los animales y nos permiten alcanzar la grandeza. Los seres humanos reconocemos patrones en el mundo,

podemos comunicar esto a nuestros congéneres y tenemos la capacidad de imaginar futuros aún inexistentes: cómo, con solo cambiar tal cosa, ocurriría tal otra, y el mundo sería un lugar ligeramente mejor.

El único problema es... Bueno, que no se nos da especialmente bien ninguna de esas cosas. Cualquier análisis honesto de la ejecutoria previa de la humanidad en esos capítulos suena igual que una evaluación anual especialmente brutal hecha por un jefe que te odia. Imaginamos patrones donde no los hay. Nuestras dotes comunicativas..., pues..., a veces dejan mucho que desear. Y tenemos un historial extraordinariamente pobre de no caer en la cuenta de que «tal cosa» conduce también a «tal otra» y a «la de más allá, que es aún peor», y a «ay, Dios, ahora está ocurriendo tal cosa, ¿cómo lo arreglamos?».

Por muy alto que llegue la humanidad, por más desafíos que superemos, la catástrofe nos acecha siempre a la vuelta de la esquina. Por poner un ejemplo histórico: en un momento dado, eres Sigurd el Poderoso (un conde de Orkney escandinavo del siglo IX) que vuelve triunfante a casa tras la batalla con la cabeza del enemigo al que ha matado, Máel Brigte el de los Dientes Salidos, colgando de la silla de su caballo.

Al momento siguiente, eres..., bueno, eres Sigurd el Poderoso un par de días más tarde, muriéndote de la infección que te ha provocado un prominente diente salido de la cabeza cercenada de Máel Brigte el de los Dientes Salidos al rozar con tu pierna mientras cabalgabas triunfante de regreso a casa.

Es verdad: a Sigurd el Poderoso le cabe el dudoso honor, en la historia militar, de que le matara un enemigo al que ya había decapitado varias horas antes. Lo que encierra para nosotros importantes lecciones sobre: a) la soberbia; y b) la importancia de elegir enemigos que cuenten con una higiene dental de calidad. Son la soberbia y la perdición que conlleva lo que constituirá el objeto central de este libro. Los aficionados a los estándares históricos de la odontología, por el contrario, es posible que se lleven una triste decepción.

También es digno de reseñarse que Sigurd el Poderoso y Máel Brigte el de los Dientes Salidos combatieron tan solo porque Sigurd había desafiado a Máel Brigte a una batalla «con cuarenta soldados por bando». Máel Brigte aceptó el reto, y entonces Sigurd se presentó con ochenta soldados. En ese sentido, puede que la historia de Sigurd contenga otra lección sobre la importancia de no ser un perfecto capullo, lo que, mira tú por dónde, es otro tema recurrente del libro.

Sigurd no es más que uno de tantos desventurados que la historia recuerda más por sus derrotas que por sus victorias. A lo largo de los próximos diez

capítulos, haremos un repaso completo de la historia humana en toda su extensión y de su catálogo de pifias. Una advertencia amable: si la *Schadenfreude** no te va mucho, este es un buen momento para dejar de leer.

La historia de los avances humanos empieza con nuestra capacidad para el pensamiento y la creatividad. Eso es lo que distingue al hombre de otros animales, pero es también lo que nos lleva a ponernos en evidencia de forma habitual.

En el primer capítulo de este libro, «Por qué tu cerebro es idiota», examinaremos la manera distintiva de pensar que tenían nuestros antepasados; y, a continuación, la manera en que nuestros intentos de dar un sentido al mundo acaban haciéndonos caer en las trampas que nos tiende nuestra mente, para luego dejarnos colgados e inducirnos a cometer todas esas decisiones terriblemente erróneas.

Luego, en el capítulo 2, «Qué buen entorno tenéis aquí», seguiremos a la humanidad hasta los albores de la agricultura, cuando empezamos a dar forma al mundo que nos rodeaba, y veremos cómo, sistemáticamente, destruimos por completo los lugares en los que vivimos, siguiendo el rastro de nuestra indefectible habilidad para no meditar nunca bien la respuesta a la pregunta: «Oye, ¿qué es lo peor que podría pasar si desviamos este río?».

Tras eso, examinaremos nuestros intentos, invariablemente torpes, de controlar la naturaleza en «La vida se abre camino, o algo así», donde veremos, entre otras cosas, cómo el presidente Mao y un caprichoso entusiasta de Shakespeare se las apañaron para provocar catástrofes especulares por subestimar radicalmente a las aves.

A medida que las primeras sociedades humanas se desarrollaban y se hacían más complejas, se hizo evidente que nos iba a hacer falta que alguien se encargara de tomar las decisiones. En el capítulo 4, «Seguid al líder», repasaremos una selección de las personas no electas más absolutamente inadecuadas que han ocupado ese puesto jamás; en el capítulo 5, «El pueblo al poder», comprobaremos si la democracia ha funcionado algo mejor en ese sentido.

Con todos nuestros logros a la hora de dar forma al mundo que nos rodea, el auténtico potencial de la humanidad para quedar como idiota perdida no se puso de manifiesto en toda su extensión hasta que viajamos por el mundo y las

distintas civilizaciones empezaron a entrar en contacto unas con otras. Entonces sí que nos desmelenamos y las cosas se torcieron a fondo y de forma catastrófica.

En el capítulo 6, «Pero, oye, la guerra, ¿para qué servía?», constataremos que los seres humanos tienen un largo historial de enredarse en peleas absurdas, y analizaremos algunos de los hechos más estúpidos que han tenido lugar como consecuencia de ello, como que un ejército consiguiera perder una batalla a la que el enemigo ni siquiera se presentó, o cómo se embarulla un plan de ataque perfectamente coordinado por no tener en cuenta la existencia de los husos horarios.

Nos adentraremos en lo desconocido con las heroicas figuras de la era de los descubrimientos en el capítulo 7, «La megafiesta chupiguay del colonialismo», donde descubriremos (¡atención, *spoiler!*) que el colonialismo fue un desastre.

El capítulo 8, «Manual de diplomacia para tontos y/o presidentes en ejercicio», nos enseñará lecciones importantes sobre cómo manejar con elegancia los contactos entre distintas culturas, sin obviar cómo el sah del Imperio corasmio hizo posible la peor decisión política, individualmente considerada, de toda la historia (que implicaba prender fuego a barbas).

En siglos recientes, los avances científicos y tecnológicos dieron pie a una era de innovación sin precedentes, a transformaciones rapidísimas y a nuevas y emocionantes maneras de fracasar para la especie. Es el tema central del capítulo 9, «Qué mierda de tecnología», en el que comprobaremos que la ciencia no siempre acierta (por ejemplo, en el caso de la misteriosa radiación que solo percibían los franceses, o el del hombre que cometió no uno, sino dos de los errores más catastróficos del siglo xx).

Hoy los cambios se suceden a tal velocidad que el mundo moderno puede resultar un lugar confuso; en el capítulo 10, «Breve historia de no verlas venir», volveremos la vista atrás para ver exactamente con qué frecuencia no acertamos a predecir las cosas espantosas que están a punto de pasarnos.

Por último, en el epílogo, «Jodiendo el futuro», trataremos de esbozar una previsión fundamentada de lo que nos puedan deparar los próximos siglos de estupidez humana, para llegar a la conclusión de que posiblemente suponga que nos veamos atrapados en una prisión espacial que nos habremos construido con nuestra propia basura.

Este es un libro sobre historia y sobre entender mal las cosas. Así que, por supuesto, es pertinente señalar que a menudo entendemos la historia rematadamente mal.

El problema es que la historia es escurridiza: nadie se tomó la molestia de anotar la inmensa mayoría de las cosas que ocurrieron en su transcurso, y muchos de quienes sí escribieron algo bien pudieron estar equivocados, o locos, o haber mentido, o ser extremadamente racistas (y a menudo, una combinación de todo lo anterior). Tenemos noticia de Sigurd el Poderoso porque su historia figura en dos documentos, las sagas de *Heimskringla* y *Orkneyinga*. Pero ¿cómo saber si son veraces? ¿Podemos estar del todo seguros de que no era solo una especie de chiste muy gracioso que únicamente entenderían los antiguos escandinavos, pero no nosotros?

No podemos. La verdad es que nos es imposible, pese a la impresionante labor de historiadores, arqueólogos y expertos en una docena más de disciplinas. El número de cosas que sabemos con seguridad es bastante escaso comparado con el de cosas que sabemos que no sabemos. El número de cosas que ni siquiera sabemos que no sabemos es probablemente mucho mayor aún, pero, por desgracia, no lo sabemos con seguridad.

Lo que vengo a decir es esto: la probabilidad de que este libro sobre pifias no contenga ninguna pifia es, francamente, mínima. Intentaré dejar claro cuándo existe incertidumbre: de qué pasajes estamos bastante seguros y en cuáles no podemos sino aventurar una suposición fundamentada. He procurado evitar cualquier historia del tipo «demasiado buena para ser verdad», los relatos apócrifos y las jugosas anécdotas históricas que parecen exagerarse más cada vez que se cuentan. Espero no meter la pata.

Todo lo cual nos lleva de vuelta a Lucy y a su caída del árbol hace 3.200.000 años. ¿Cómo sabemos que se cayó de ese árbol? Pues resulta que, en 2016, un grupo de arqueólogos estadounidenses y etíopes publicaron un artículo en *Nature*, la revista científica más prestigiosa del mundo. Hicieron una tomografía axial computerizada de los huesos fosilizados de Lucy, y crearon con ella un mapa infográfico en 3D que reconstruía su esqueleto. Descubrieron que las fracturas de sus huesos eran del tipo que se produce en los huesos vivos, y que nunca llegaron a curarse: esto sugería que estaba viva cuando las sufrió, pero murió poco después. Consultaron a numerosos cirujanos ortopédicos, que convinieron todos en lo mismo: aquel era el patrón de rotura de huesos que se observa en un paciente que se ha caído de una cierta altura. La forma en que está

roto el brazo sugiere que lo extendió para amortiguar la caída. Por los análisis geológicos, supieron que la zona en que vivía era boscosa y llana y estaba cerca de un arroyo: no habría barrancos o afloramientos rocosos de los que caerse. ¿Conclusión? Lucy se cayó de un árbol.

Es una labor admirable, y que fue bien acogida por otros expertos en la materia. El problema es que algunos otros —entre los que se contaba Donald Johanson, el hombre que descubrió a Lucy, de entrada— no quedaron convencidos. De hecho, dijeron: «Nooo, tío, tiene los huesos rotos porque eso es lo que les pasa a los huesos por permanecer enterrados en el suelo durante 3,2 millones de años» (parafraseando un poco).

Así pues, ¿se cayó Lucy de un árbol? Puede ser. Es incluso probable. En cierto modo, de eso va este libro: tenemos esta hazaña increíble de deducción científica, y a pesar de todo, bien podría estar equivocada. Puedes ser una eminencia mundial de tu disciplina, realizar el mejor trabajo de tu carrera, un estudio revolucionario publicado en la revista más prestigiosa del mundo, que aún avances alucinantes en los ámbitos de la paleontología y de la física, de la informática y de la medicina, de la ciencia forense y de la geología, para abrírnos una ventana sin precedentes a una época que se remonta millones de años atrás... y aún corres el riesgo de que venga alguno y diga: «Ja, ja, ja, ja, ni de coña».

Es justo en el momento en que crees que lo has aclarado todo cuando la permanente y espectral amenaza de una pifia te fulmina.

¡Tened presente a Sigurd el Poderoso!

Por qué tu cerebro es idiota

Fue hace unos setenta mil años cuando los seres humanos empezaron realmente a fastidiarlo todo para todo el mundo.

En torno a esa época, nuestros ancestros iniciaron las migraciones desde África y se dispersaron por todo el mundo, primero por Asia y más adelante por Europa. La razón por la que esto disgustó un poco a mucha gente es que por aquel entonces nuestra especie, el *Homo sapiens*, no era ni mucho menos la única especie humana del planeta. Exactamente cuántas otras especies humanas andaban por ahí a la greña en aquel momento es motivo de cierta controversia. Todo el asunto de recoger fragmentos de esqueletos o muestras fragmentarias de ADN e intentar averiguar con precisión qué debe considerarse una especie diferenciada, una subespecie o solo una versión un poco rara de una misma especie es bastante peliagudo (también es una forma ideal de iniciar una discusión, si alguna vez te encuentras entre un grupo de paleontólogos y puedes matar el tiempo un rato). Pero, comoquiera que se los clasifique, por aquella época había en el planeta al menos otro par de tipos de humanos, de los que el más célebre es el *Homo neanderthalensis*, más conocido como neandertal. Era el resultado de migraciones humanas desde África anteriores, y llevaba más de cien mil años viviendo por casi toda Europa y extensas regiones de Asia. En líneas generales, le iba bastante bien.

Para su desgracia, apenas unas decenas de miles de años después de que nuestros ancestros entraran en escena (un abrir y cerrar de ojos, en términos evolutivos), los neandertales y el resto de nuestros parientes habían desaparecido de la faz de la Tierra. Conforme a una pauta que quedaría rápidamente establecida a lo largo de toda la historia humana, en cuanto llegamos nosotros, nuestros vecinos desaparecen. Transcurridos unos pocos miles de años desde que los humanos modernos se mudan a la zona, los neandertales empiezan a

esfumarse del registro fósil, dejando tras de sí tan solo un puñado de genes fantasmales que aún rondan nuestro ADN (es evidente que hubo un cierto grado de mestizaje entre ellos y los intrusos que los iban a reemplazar; si tienes raíces europeas o asiáticas, por ejemplo, es bastante probable que entre el 1 y el 4% de tu ADN sea de origen neandertal).

Las razones precisas por las que nosotros sobrevivimos mientras que nuestros primos tomaron la vía rápida a la extinción también son motivo de debate. De hecho, muchas de las explicaciones más probables tienen que ver con temas que surgirán repetidamente a lo largo de este libro. Puede que barriéramos a los neandertales por accidente, al traer con nosotros durante la migración enfermedades para las que no tenían defensas (la historia de la humanidad se reduce en buena medida a la de las enfermedades que fuimos pillando en nuestros viajes para luego contagiárselas a otros). Puede que tuviéramos la suerte de resultar más adaptables que ellos a un clima fluctuante; el rastro fósil sugiere que nuestros antepasados vivían en grupos sociales más grandes, y se comunicaban y comerciaban por un territorio mucho más extenso que los neandertales (más aislados y reacios a los cambios), lo que se traduciría en que tuvieran acceso a más recursos cuando sufrieran una ola de frío.

O puede que sencillamente los matáramos, porque, qué quieres, nos va la marcha.

Lo más probable es que no haya una explicación única y clara, porque las cosas rara vez funcionan así. Pero muchas de las explicaciones más verosímiles tienen dos cosas en común: nuestro cerebro y la forma en que lo usamos. No es tan sencillo como que «nosotros éramos listos y ellos tontos»; los neandertales no eran los torpes zopencos del estereotipo popular. Su cerebro era tan grande como el nuestro, y fabricaban herramientas, dominaban el fuego y creaban arte abstracto y joyas en Europa decenas de miles de años antes de que el *Homo sapiens* entrara en escena y empezara a *gentrificarlo* todo. Pero la mayoría de las ventajas con que pudimos razonablemente contar sobre nuestros primos neandertales tienen que ver con nuestra forma de pensar, ya se traduzca en una mayor adaptabilidad, en herramientas más avanzadas, en estructuras sociales más complejas o en el modo en que nos comunicábamos dentro del grupo o con otros grupos.

Hay algo en la forma de pensar del ser humano que nos distingue como especiales. O sea, es una obviedad; está en el nombre mismo de nuestra especie: *Homo sapiens*, que es «hombre sabio» en latín (la modestia, seamos sinceros,

nunca ha sido realmente uno de nuestros rasgos definitorios).

Y, para hacer justicia a nuestro ego, el cerebro humano es una máquina en verdad extraordinaria. Somos capaces de detectar patrones en nuestro entorno y elaborar a partir de ellos previsiones fundadas de cómo podrían ir las cosas, construyendo así un modelo mental del mundo complejo, que incorpore más de lo que está a la vista. Luego podemos desarrollar ese modelo mental con avances imaginativos: tenemos la capacidad de concebir cambios en el mundo que mejorarían nuestra situación. Y podemos comunicar esas ideas a nuestros congéneres, para que otros puedan aportar mejoras que a nosotros no se nos habrían ocurrido, convirtiendo el conocimiento y la invención en un esfuerzo comunitario que se transmite de generación en generación. Después, podemos persuadir a otros para que trabajen colectivamente al servicio de un plan que solo existía previamente en nuestra imaginación, para conseguir romper barreras que ninguno hubiera logrado traspasar por su cuenta. Y a partir de ahí, repetimos el proceso muchas veces de cientos de formas distintas, una y otra vez, y lo que fueron en su día innovaciones drásticas se convierten en tradiciones, que a su vez generan nuevas innovaciones, hasta llegar finalmente a algo que podríamos llamar *cultura o sociedad*.

Mirémoslo así: el primer paso es observar que los objetos redondos ruedan colina abajo mejor que los que son irregulares o tienen bultos. El segundo es discurrir que si te vales de una herramienta para pulir algo y hacerlo más redondo, rodará mejor. El tercer paso es enseñarle a tu amigo esos nuevos objetos redondos rodantes, y que a él entonces se le ocurra la idea de unir cuatro para hacer un carro. El cuarto es construir una flota de carrozas ceremoniales, para que la gente perciba mejor el esplendor de tu benevolente pero despiadado liderazgo. Y el quinto es ir por una autopista en un coche de alta gama escuchando una recopilación de himnos de *soft rock* mientras haces la peineta a los camiones Eddie Stobart con los que te cruzas.

(*Nota importante de interés para pedantes*: la descripción que he hecho de la invención de la rueda es delirante e inexacta. La rueda, en realidad, se inventó en un momento sorprendentemente tardío del curso de nuestra evolución, cuando la civilización llevaba ya miles de años haciendo sus pinitos, tan contenta. La primera rueda del registro arqueológico, de hace unos cinco mil quinientos años, hallada en Mesopotamia, ni siquiera se empleaba como medio de transporte: era un torno de alfarería. Parece ser que aún tuvieron que pasar unos cuantos siglos más hasta que alguien tuvo la brillante idea de poner las ruedas de alfarero de

canto y utilizarlas para llevar cosas de un lado a otro, iniciando así el proceso que llevaría hasta Lewis Hamilton. Mis disculpas a cualquier erudito de la rueda al que haya podido ofender con el párrafo anterior, que no tenía más intención que la puramente ilustrativa.)

Pero por muy admirable que sea el cerebro humano, también es sumamente raro, y proclive a funcionar rematadamente mal en el peor momento posible. Tomamos regularmente decisiones fatales, creemos cosas irrisorias, ignoramos evidencias científicas que tenemos delante de las narices y nos descolgamos con planes carentes del menor sentido. Nuestra mente es capaz de concebir conciertos y ciudades y la teoría de la relatividad y hacerlos realidad, y en cambio es incapaz de decidir qué tipo de patatas fritas queremos comprar en el supermercado sin meditarlo penosamente durante cinco minutos.

¿Cómo es que nuestra singularísima forma de pensar nos ha permitido dar forma al mundo conforme a nuestros deseos de maneras increíbles y al mismo tiempo nos lleve sistemáticamente a hacer las peores elecciones posibles por más claro que esté lo pésimas ideas que son? En pocas palabras: ¿cómo podemos enviar hombres a la Luna con éxito y, a pesar de todo, mandar *ese* mensaje de texto a nuestra ex? Todo se reduce a las formas en que evolucionó nuestro cerebro.

Lo que ocurre es que la evolución, en tanto que proceso, no es inteligente; pero al menos es persistente en su idiotez. A la evolución, lo único que le preocupa es que sobrevivas a las mil posibles muertes espantosas que te acechan a cada paso, el tiempo suficiente para asegurar que tus genes lleguen a la siguiente generación. Si lo consigues, ha cumplido con su trabajo. Si no, mala suerte. Esto significa, en definitiva, que la evolución no se dedica a la adivinación. Si una determinada característica te otorga una ventaja ahora mismo, la seleccionará, independientemente de que pueda o no lastrar a tus tataratataratataranietos con algo miserablemente caduco. En el mismo sentido, tampoco da puntos extras por presciencia: decir «bueno, esta característica resulta un tanto engorrosa ahora mismo, pero les será de gran utilidad a mis descendientes de aquí a un millón de años, créeme», no sirve para absolutamente nada. La evolución no obtiene resultados por planificar a largo plazo, sino más bien a base de arrojar sin más un número ridículamente abultado de organismos hambrientos y cachondos a un mundo peligroso y despiadado, y esperar a ver cuáles fracasan menos.

Eso quiere decir que nuestro cerebro no es el resultado de un meticuloso

proceso de diseño orientado a crear la mejor máquina pensante posible; lo que es es una colección casual de apaños, chapuzas y atajos que hicieron a nuestros antepasados remotos un 2% más efectivos a la hora de conseguir comida, o un 3% mejores en comunicar el concepto ¡*mierda, es un león, ten cuidado!*

Estos atajos mentales (denominados *heurísticos*, si queremos ponernos técnicos) son imprescindibles para sobrevivir, para interactuar con otros y para aprender de la experiencia: no puedes sentarte a currarte todo lo que necesitas a partir de un puñado de axiomas. Si tuviéramos que efectuar el equivalente cognitivo de un ensayo aleatorio controlado a gran escala cada vez que quisiéramos evitar quedarnos aturdidos al salir el sol por la mañana, no habríamos llegado muy lejos como especie. Es mucho más razonable que tu cerebro se diga: «Ah, sí, ya sale el sol» cuando ya lo ha visto salir unas cuantas veces. Igual que si Jeff te dice que comer las bayas moradas de aquel arbusto le sentó como un tiro, probablemente sea mejor creerle que comprobarlo personalmente.

Pero también es aquí donde empiezan los problemas. Con todo lo útiles que resultan los atajos mentales (como los atajos en general), a veces nos pueden llevar por el mal camino. Y en un mundo en el que los asuntos con que hemos de lidiar son mucho más complejos que un «¿pruebo las bayas moradas o no?», nos hacen equivocar el camino muy, pero que muy a menudo. Hablando claro: gran parte del tiempo, tu cerebro (y el mío, y, en definitiva, el de cualquiera) se comporta como un perfecto idiota.

Para empezar, está esa habilidad de detectar patrones. El problema es que nuestro cerebro se aplica a ello tan a fondo que empieza a ver patrones por todas partes; incluso donde no los hay. Tampoco es un problema grave cuando se trata de cosas como señalar las estrellas del cielo nocturno y decir: «Oh, mira, es un zorro persiguiendo una llama». Pero cuando el patrón imaginario que uno ve es del tipo «la mayoría de los crímenes los comete un determinado grupo étnico...», bueno, entonces el problema es realmente serio.

Hay todo un ramillete de términos para designar esa clase de detección errónea de patrones; expresiones como *correlación ilusoria* y *delirio de agrupación*. Durante la Segunda Guerra Mundial, muchos londinenses estaban convencidos de que los misiles alemanes V-1 y V-2 (una tecnología nueva y terrorífica de por sí) caían sobre la ciudad en grupos dirigidos a ciertos objetivos, lo que les llevaba a buscar refugio en partes de la ciudad supuestamente más seguras, o a sospechar que determinados barrios que las bombas parecían

respetar albergaban a espías alemanes. La idea resultaba tan preocupante que el Gobierno británico encargó a un estadístico llamado R. D. Clarke que comprobara si era cierta.

¿Cuál fue su conclusión? Dichos «agrupamientos» no eran más que un engaño de nuestra mente, los espectros ilusorios del reconocimiento de patrones. Al final, los alemanes no habían conseguido ningún avance revolucionario en la tecnología de dirección de misiles, y Clerkenwell no era un hervidero de agentes secretos de la Wehrmacht; las bombas volantes se lanzaban sin más apuntando a bulto a la ciudad, de forma totalmente aleatoria. Si la gente veía patrones era solo porque eso es lo que hace nuestro cerebro.

Hasta profesionales avezados pueden ser víctimas de este tipo de ilusiones. Por ejemplo, muchos trabajadores sanitarios te dirán con total seguridad que la luna llena supone indefectiblemente una mala noche en urgencias: un aluvión de pacientes, lesiones raras y conductas psicóticas. La única objeción es que esto ha sido objeto de estudios y, por lo que han podido concluir, es sencillamente falso: no hay ninguna conexión entre las fases lunares y la afluencia de pacientes a urgencias. Y, sin embargo, un montón de profesionales con talento y experiencia pondrían la mano en el fuego por que sí se da tal conexión.

¿Por qué? Bueno, no es una convicción que surja de la nada. La idea de que la luna trastorna a la gente circula desde hace siglos. De ahí viene la palabra *lunático*; por eso tenemos el mito de los hombres lobo (puede que también esté relacionada con la supuesta correlación entre las fases lunares y el ciclo menstrual de las mujeres). ¡Y puede que fuera más o menos cierto en su día! Antes de que se inventara la luz artificial, y especialmente la iluminación urbana, el efecto de la luz de la luna sobre la vida de la gente era mucho mayor. Una teoría sugiere que la luna llena desvelaría a las personas sin hogar que duermen al raso, y la privación de sueño exacerbaría cualquier problema de salud mental que pudieran tener (dada mi afición a las teorías que tienen algo que ver con la cerveza, yo aventuraría una sugerencia alternativa: es probable que la gente se pusiera mucho más borracha sabiendo que podían ver el camino de vuelta a casa, y le preocupara menos perderse, o que la robaran, o tropezar y caerse en una zanja).

Sea cual sea su origen, es una noción enquistada en nuestra cultura desde hace mucho. Y una vez que has oído la idea de que la luna llena es un tiempo de locuras, es mucho más fácil que recuerdes todas las veces que lo fue, y que

olvides aquellas otras que no. Sin pretenderlo, tu cerebro habrá creado un patrón a partir de un hecho aleatorio.

Una vez más, esto se debe a los atajos mentales que toma nuestro cerebro. Dos de los más importantes son el *heurístico de anclaje* y el *heurístico de disponibilidad*, que nos ocasionan molestias sin fin.

Anclaje significa que en el momento de tomar una decisión sobre lo que sea, sobre todo si no tienes mucho de lo que tirar, te influye de forma desproporcionada cualquier información que te llegue primero. Supón, por ejemplo, que te piden que calcules cuánto cuesta algo, en una situación en que es poco probable que dispongas de la información necesaria para hacer una valoración bien fundada; pongamos que hablamos de una casa de la que solo te enseñan una foto (nota para *millennials*: las casas son esas cosas grandes hechas de ladrillo que nunca podréis comprar). Sin más información que esa en que basarte, mirarás la foto, estimarás a ojo de buen cubero lo lujosa que parece y aventurarás una respuesta a ciegas. Pero tu suposición puede resultar radicalmente sesgada si de entrada te sugieren una cifra de la que partir (a través, por ejemplo, de una pregunta previa del tipo: «¿Crees que esta casa vale más de cuatrocientos mil euros, o menos?»). Bueno, es importante comprender que esa pregunta no te ha facilitado en realidad ninguna información de utilidad; no es lo mismo, pongamos por caso, que si te dicen por cuánto se han vendido recientemente otras casas de la misma zona. Y, sin embargo, la gente a la que le apuntan una cifra de seiscientos mil euros acaba, de promedio, estimando el valor de la casa en más que la gente a la que le sugieren una cifra de doscientos mil euros. Por más que la pregunta precedente no sea informativa en absoluto, no deja de afectar a tu juicio, porque te han dado un «ancla»: tu cerebro lo toma como punto de partida para aventurar su estimación, y ajusta a partir de ahí.

Hacemos esto hasta un punto que roza lo ridículo: la información que tomamos como anclaje puede ser explícitamente inútil (como una cifra generada al azar), y el cerebro seguirá agarrándose a ella y sesgando nuestra decisión. Esto puede llegar a ser francamente preocupante; en su libro *Pensar rápido, pensar despacio*,* Daniel Kahneman pone el ejemplo de un experimento de 2006 con un grupo de jueces alemanes con mucha experiencia. Les dieron detalles sobre un caso judicial en el que una mujer fue hallada culpable de hurto en una tienda. A continuación, les pidieron que tiraran un par de dados, que (sin saberlo ellos) estaban cargados para que su suma diera siempre un total de tres o de nueve.

Entonces les preguntaron si se debía haber condenado a la mujer a más o menos meses de lo que sumaban los dados, antes de pedirles que sugirieran la duración de la sentencia que les pareciera más justa.

No es difícil adivinar el resultado: los jueces que sacaron a los dados la cifra más alta opinaban que debía imponerse a la mujer una condena de cárcel por mucho más tiempo que aquellos que sacaron la cifra más baja. De media, el dictado de los dados habría llevado a sentenciar a la mujer a tres meses más de cárcel. Esto es inquietante.

La *disponibilidad*, por otra parte, implica que basas tu juicio en cualquier información que te venga a la cabeza más fácilmente, y no tanto en considerar en profundidad toda la información de la que puedas disponer. Y eso significa que tenemos una tendencia muy marcada a basar nuestra visión del mundo en las cosas que han ocurrido más recientemente, o en aquellas especialmente dramáticas o memorables, mientras que todas aquellas cosas más antiguas o triviales que probablemente representen con mayor precisión la realidad cotidiana sencillamente... se difuminan.

Es por eso por lo que las noticias sensacionalistas sobre crímenes espantosos nos llevan a pensar que los índices de criminalidad son mayores de lo que son, mientras que noticias más asépticas sobre el descenso de la delincuencia no tienen ni mucho menos un impacto similar en sentido contrario. Este es uno de los motivos por los que mucha gente tiene más miedo de sufrir un accidente de avión (infrecuente, dramático) que uno de coche (más común y, por eso mismo, menos impactante). Y es por lo que el terrorismo puede producir reacciones automáticas tanto por parte de la población general como de los políticos, en tanto que se desestiman amenazas a la vida más letales pero más cotidianas. Entre 2007 y 2017, murieron más estadounidenses por accidentes con su cortacésped que por atentados terroristas, pero aún hoy el Gobierno norteamericano no ha declarado la guerra a los cortacéspedes (aunque, para ser sinceros, en vista de los acontecimientos más recientes no puede excluirse esa posibilidad).

Aplicados conjuntamente, el heurístico de anclaje y el de disponibilidad resultan de gran utilidad para hacer juicios rápidos en momentos de crisis, o para tomar tantas pequeñas decisiones cotidianas que tampoco tienen un impacto considerable. Pero si quieres tomar una decisión mejor fundada que tenga en

cuenta toda la complejidad del mundo moderno, pueden convertirse en una pesadilla. Tu cerebro no cejará en el empeño de deslizarse hacia la zona de confort de lo primero que escuchaste, o de lo que antes te venga a la cabeza.

Ambos heurísticos son también el motivo de que seamos tan malos a la hora de evaluar riesgos y prever con acierto cuál de las muchas opciones de que disponemos es la que tiene menos probabilidades de llevarnos a una catástrofe. En realidad, tenemos dos sistemas mentales independientes que nos ayudan a evaluar el peligro de algo: uno rápido e instintivo y otro lento y reflexivo, que se consideran uno solo. El problema surge cuando ambos entran en conflicto. Una parte de tu cerebro te dice serenamente: «He analizado todos los datos y parece que la primera opción es la alternativa más arriesgada», mientras la otra parte te grita: «Sí, pero la segunda opción *parece* temible».

Claro, puedes pensar, pero somos más listos que todo eso, afortunadamente. Podemos forzar a nuestro cerebro a salir de su zona de confort, ¿no? Podemos ignorar la voz del instinto y amplificar la de la reflexión, y así valorar objetivamente nuestra situación, ¿verdad? Por desgracia, tales afirmaciones no tienen en cuenta el *sesgo de confirmación*.

Antes de empezar a documentarme para escribir este libro, pensaba que el sesgo de confirmación era un problema de primer orden, y todo lo que he leído desde entonces me ha convencido de que estaba en lo cierto. Y ahí precisamente está el problema: a nuestros cerebros no les hace ni pizca de gracia descubrir que están equivocados. El sesgo de confirmación es nuestro irritante hábito de centrar la atención, como un misil dirigido por láser, en cualquier mínima evidencia que refrende lo que ya pensamos, ignorando a la ligera aquellas otras, posiblemente mucho más abrumadoras, que sugieran que íbamos totalmente descaminados. En el mejor de los casos, esto contribuye a explicar por qué preferimos recibir la información de fuentes que coincidan en líneas generales con nuestras posturas políticas. En casos más extremos, es por lo que nunca vas a convencer a un conspiranoico de que sus convicciones están equivocadas, porque seleccionamos aquellos hechos que respaldan nuestra versión de la realidad y desechamos los que no.

Una vez más, esto, en cierto modo, resulta bastante útil: el mundo es complejo y enrevesado, y no nos revela sus reglas en presentaciones de PowerPoint claras y sencillas, desglosadas en puntos de fácil lectura. Adoptar cualquier modelo mental del mundo implica descartar la información inútil y

centrarnos en las pistas correctas. Lo que pasa es que discernir concretamente qué información merece nuestra atención es peliagudo desde un punto de vista cognitivo.

Pero la cosa aún se pone peor. La resistencia de nuestro cerebro a la idea de que haya podido meter la pata es aún más profunda. Uno se inclinaría a pensar que una vez que hemos tomado una decisión, la hemos puesto en práctica y hemos observado, empíricamente, que el resultado empieza a torcerse de mala manera, al menos nos costaría un poco menos cambiar de opinión. Ja, ja, ja. No. Existe algo llamado *sesgo de selección-apoyo*, que, básicamente, supone que, una vez que nos hemos embarcado en determinada línea de actuación, nos aferramos a la idea de que nuestra decisión ha sido la correcta como un marinero en peligro de ahogarse se aferra a un tablón. Hasta repasamos nuestros recuerdos de cómo y por qué hicimos esa elección, en un intento de respaldarnos a nosotros mismos. En su forma más inocua, esto es lo que hace que cuando te compras un par de zapatos nuevos acabes arrastrándote lastimosamente por ahí repitiéndole a todo el mundo que te dan un aire *poderoso* y sin embargo *seductor*. En una forma más intensa, es lo que hace que los ministros del Gobierno insistan en que las negociaciones van muy bien y están muy avanzadas aunque resulte cada vez más evidente que todo se está yendo directamente a la mierda. La decisión está tomada, así que tiene que ser la acertada, porque es la que hemos tomado.

Hay incluso alguna evidencia de que, en ciertas circunstancias, el hecho mismo de decir a la gente que se equivoca (por más paciencia con que les demos inequívocamente que es así) puede, de hecho, hacer que se reafirmen más en su error. Enfrentados a lo que perciben como oposición, se empecinan y se atrincheran en sus creencias con fuerza redoblada. Es por este motivo por lo que discutir en Facebook con tu tío el racista o decidir hacerte periodista puede resultar una empresa condenada en última instancia al fracaso, que solo puede acabar contigo desalentado y con todo el mundo muy enfadado con tu persona.

Nada de esto significa que la gente no pueda, en ningún caso, tomar decisiones sensatas y bien fundamentadas: es del todo evidente que puede. O sea, después de todo, tú estás leyendo este libro. ¡Felicidades, sabes elegir! Es solo que nuestro cerebro suele sembrar de obstáculos el camino, convencido en todo momento de que está ayudando.

Claro que si ya se nos da mal tomar decisiones por nuestra cuenta, la cosa

aún se pone peor si las hemos de tomar conjuntamente con otros. Somos animales sociales, y no soportamos la sensación de ser el elemento discordante del grupo. Razón por la cual vamos a menudo en contra de nuestro instinto en un esfuerzo por encajar.

Por eso tenemos pensamiento colectivo: cuando la idea dominante dentro de un grupo barre todas las demás, eliminando la disidencia o no dándole voz nunca, gracias a la presión en contra de ser el único que sale con «uy, no estoy seguro de que esto sea muy buena idea». Por eso también nos subimos al carro con ciego abandono: el simple hecho de ver que otra gente hace o piensa algo intensifica nuestro deseo de equipararnos con ellos, de formar parte de la masa. Cuando, siendo niño, tu madre te preguntaba «ah, y si los demás chicos se tiran por un puente, ¿te tirarás tú también?», la respuesta sincera era: «La verdad, es muy posible que sí».

Y, por último, está el hecho de que —hablando sin rodeos— nos creemos que somos la hostia cuando, en realidad, no es para tanto. Llámalo soberbia, llámalo arrogancia, llámalo ser un poco gilipollas: la investigación demuestra que sobrevaloramos exageradamente nuestras propias capacidades. Si pides a un grupo de estudiantes que adivinen en qué puesto de la clase acabarán sus estudios, una mayoría abrumadora se sitúa entre el 20% con mejores calificaciones. Difícilmente dirá alguno: «Sí, bueno, probablemente estoy por debajo de la media» (la respuesta más frecuente, en concreto, es fuera del 10%, pero dentro del 20% con mejores notas, como en una versión presuntuosa de pedir el segundo vino más barato).

Hay un problema cognitivo muy conocido denominado *efecto Dunning-Kruger* que —aparte de sonar como un nombre ideal para un grupo setentero de *rock* progresivo— podría ser el santo patrón de este libro. Los primeros en describirlo fueron los psicólogos David Dunning y Justin Kruger, en su artículo «Unskilled and unaware of it: How difficulties in recognizing one's own incompetence lead to inflated self-assessments» [«Incapaces sin ser conscientes de ello: cómo las dificultades para reconocer la propia incompetencia llevan a autoevaluaciones infladas»],* y respalda con pruebas algo que todos hemos podido comprobar en nuestra propia vida. La gente realmente dotada para alguna actividad tiende a ser modesta respecto a su propia competencia en el campo del que se trate; en cambio, las personas sin habilidad o talento para esa misma actividad hacen sobreestimaciones exageradas de su propia competencia en ese terreno. Lo que ocurre es que somos literalmente incapaces de saber lo suficiente

sobre nuestros fallos para reconocer lo malos que somos en esos aspectos. Y así, seguimos metiendo la pata, con exceso de confianza y un optimismo beatífico respecto a aquello con que estamos a punto de cagarla estrepitosamente (como se pondrá de manifiesto a lo largo del libro, de todos los errores que comete nuestro cerebro, puede que los de *confianza* y *optimismo* sean los más peligrosos).

Todos estos fallos cognitivos, puestos uno encima de otro en forma de sociedad, nos llevan a incurrir en el mismo tipo de errores una y otra vez. A continuación expondré solo algunos de ellos: tómese como una guía del observador para el resto del libro.

Para empezar, nuestro deseo de comprender el mundo y distinguir en él patrones supone que pasamos gran parte del tiempo convenciéndonos de que el mundo funciona de una determinada forma cuando en realidad no funciona así en absoluto. Esto puede incluir cualquier cosa, desde pequeñas supersticiones personales a teorías científicas absolutamente inexactas, y explica que caigamos víctimas de la propaganda y de las «noticias falsas» con tanta facilidad. Lo verdaderamente gracioso empieza cuando alguien consigue convencer a mucha otra gente de que su teoría favorita sobre cómo funciona el mundo es cierta, que es cuando surgen las religiones, las ideologías y todas esas «grandes ideas» que tanto han amenizado el curso de la historia humana.

A los seres humanos se nos da igualmente mal evaluar riesgos y planificar a largo plazo. Eso se debe en parte a que el arte de la predicción es singularmente difícil, sobre todo si tratas de hacer pronósticos sobre sistemas sumamente complejos, como la meteorología, los mercados financieros o las sociedades humanas. Pero también es debido a que una vez que hemos imaginado un futuro posible que nos complace por la razón que sea (a menudo, porque encaja con nuestras creencias previas), ignoramos a la ligera cualquier evidencia contraria y nos negamos a escuchar a nadie que sugiera que podríamos estar equivocados.

Una de las motivaciones más fuertes para este planteamiento voluntarista de la planificación es, por supuesto, la codicia. La perspectiva de acumular riquezas rápidamente es de las que garantizan que la gente pierda la cabeza: resulta que somos unos negados a la hora de hacer análisis de costes y beneficios cuando el señuelo del beneficio es demasiado tentador. El ser humano no solo cruzará océanos y escalará montañas por la promesa (a menudo fantasiosa) de riquezas, sino que desechará por el camino cualquier noción de moralidad o decencia.

La codicia y el egoísmo también intervienen en otro error común: el de mandarlo todo al garete entre todos porque cada uno pretende obtener una

ventaja para sí mismo. En las ciencias sociales, esta categoría de cagadas recibe nombres como *trampa social* o *tragedia de los bienes comunales*, que consiste básicamente en que un grupo de gente hace una serie de cosas que, individualmente consideradas, serían perfectamente aceptables, pero que al hacerlas mucha gente a la vez acaban en desastre a largo plazo. Esto conlleva a menudo la destrucción de un recurso a causa de su sobreexplotación: por ejemplo, pescar tanto en determinada zona marítima que la reserva de peces no pueda regenerarse. Hay también un concepto económico afín, conocido como *externalidad negativa* (sustancialmente, una transacción de la que ambas partes sacan provecho, pero con un coste para algún otro que ni siquiera ha tomado parte en la transacción). La contaminación es el ejemplo más clásico; si compras algo a una fábrica, tanto tú como el fabricante salís ganando, pero puede que salga perdiendo la gente que vive río abajo de los vertidos tóxicos de la fábrica.

Este grupo de errores relacionados está detrás de una parte muy sustancial de las cagadas humanas —en sistemas que van desde el capitalismo hasta el cooperativismo— y de asuntos que pueden ser de calado tan grande como el cambio climático o tan limitado como dividir la factura en un restaurante. Sabemos que minimizar la parte que le corresponde a cada cual es mala idea lo haga quien lo haga; pero si lo hacen todos los demás, nadie quiere ser el que salga perdiendo por no hacerlo. Así que nos encogemos de hombros y decimos «no es mi problema, colega».

Otro de nuestros errores más corrientes son los prejuicios: nuestra tendencia a dividir el mundo en *nosotros* y *ellos*, y a atribuir de antemano todo lo peor posible a quienesquiera que sean *ellos*. Y es entonces cuando todos nuestros sesgos cognitivos se juntan y se montan una orgía de fanatismo: dividimos el mundo conforme a patrones que quizá no existan, hacemos juicios instantáneos basados en lo primero que nos viene a la cabeza, consideramos selectivamente aquellas pruebas que respaldan nuestras convicciones, tratamos desesperadamente de encajar en algún grupo y creemos confiadamente en nuestra propia superioridad sin ninguna razón especialmente convincente.

Esto se refleja en el libro en más de una forma: si bien es una historia de los fracasos de la humanidad, y exceptuando un par de casos, es en realidad una historia de los fracasos de los varones; y, en la mayoría de las ocasiones, de los varones blancos. Esto es así porque habitualmente fueron los únicos a los que se

dio la oportunidad de fracasar. En general, no es buena idea que los libros de historia centren su atención exclusivamente en los hechos de tíos viejos de raza blanca, pero, dado el tema del que se ocupa este, creo que es lo justo.

Y, por último, nuestro deseo de encajar en una colectividad supone que somos extremadamente proclives a modas, fiebres y manías de todo tipo: breves fogonazos obsesivos que prenden en la sociedad y hacen que la racionalidad salga despedida. Se presentan en formas muy variadas. Algunas pueden ser puramente físicas, como la inexplicable fiebre bailonga de que fue presa Europa durante unos siete siglos en la Edad Media, en que cientos de miles de personas se vieron infectadas por un impulso irresistible de bailar, a veces hasta morir.

Otras manías son de orden financiero, ya que nuestras ansias de dinero se combinan con nuestro anhelo de integrarnos en un grupo y creernos las historias que circulen en ese momento sobre el enriquecimiento rápido (en Londres, en 1720, hubo tal frenesí de interés por invertir en el mar del Sur que un grupo de oportunistas consiguió vender acciones de una compañía que, según su propia descripción, tenía por objeto «una empresa sumamente beneficiosa, pero que nadie debe saber en qué consiste»). Así es como se crean las burbujas financieras: cuando el valor aparente de algo supera con mucho su valor real. La gente empieza a invertir en algo no necesariamente porque piense que tiene un valor intrínseco, sino tan solo porque con que haya un número suficiente de individuos que piense que vale algo ya basta para ganar dinero. A la larga, por supuesto, la realidad se impone, y a veces la economía en su conjunto se va al carajo.

Pero otras manías son histerias colectivas, basadas a menudo en rumores que juegan con nuestros miedos. Por eso, en algún momento de la historia se han producido cazas de brujas, bajo una u otra forma, en prácticamente todas las culturas del mundo (se calcula que en Europa murieron unas cincuenta mil personas en las olas de pánico a la brujería que duraron desde el siglo XVI al XVIII).

Estos son solo algunos de los errores que se repiten con tediosa predictibilidad a lo largo de la historia de la civilización humana. Pero, claro, para poder empezar a cometerlos a conciencia, antes tuvimos que inventar la civilización.

CINCO DE LOS CASOS DE HISTERIA COLECTIVA MÁS RAROS DE LA HISTORIA

1. Coreomanías

Entre los siglos XIV y XVII, fueron habituales en gran parte de Europa unos raptos colectivos e inexplicables de furor bailongo incontrolable, que llegaban a implicar a miles de personas. Nadie sabe muy bien por qué.

2. Envenenamiento de pozos

Por esa misma época, también fueron frecuentes las olas de pánico por falsos rumores de que se estaban envenenando los pozos; normalmente, se culpaba a los judíos. A veces, la histeria colectiva llevaba a grandes disturbios y a que se prendiera fuego a las juderías.

3. Robo de penes

Se han dado por todo el mundo brotes de pánico debido a que supuestas fuerzas malignas estaban robando o encogiendo el pene de los hombres; se echaba la culpa a las brujas en la Europa medieval, a comida envenenada en Asia o a hechiceros en África.

4. Epidemias de risa

Desde la década de 1960, se han producido epidemias de risa incontenible en muchas escuelas de África; el caso más famoso se dio en Tanzania en 1962: duró un año y medio, y obligó al cierre temporal de las escuelas.

5. La histeria roja

Un clásico «pánico moral» fue la ola de histeria anticomunista que asoló Estados Unidos en las décadas de 1940 y 1950, cuando medios de comunicación y políticos populistas difundieron la creencia exagerada de que había agentes comunistas infiltrados en todos los rincones de la sociedad estadounidense.

Qué buen entorno tenéis aquí

Hace aproximadamente trece mil años, en la Media Luna Fértil de la Antigua Mesopotamia, los humanos empezaron a hacer las cosas de forma muy distinta. Tuvieron lo que podríamos llamar «un cambio de estilo de vida», que en este caso supuso mucho más que reducir los carbohidratos y apuntarse a un gimnasio. Cambiaron el planteamiento tradicional de la obtención de alimentos (esto es, salir a buscarlo) por el ingenioso truco de hacer que la comida viniera a ellos. Empezaron a sembrar cultivos.

El auge de la agricultura no se iba a limitar a hacer más fácil pillar el almuerzo; significaría dar un vuelco radical a la sociedad y transformar profundamente el mundo natural de nuestro entorno. Antes de que surgiera la agricultura, la norma general entre los grupos humanos era trashumar al ritmo de las estaciones, yendo allá donde hubiera comida. Desde el momento en que siembras un terreno de arroz o de trigo, no te queda más remedio que estar cerca para cuidarlo. Y así aparecieron los asentamientos permanentes, las aldeas y, al cabo de un tiempo, las ciudades. Y, naturalmente, todo lo que eso conlleva.

La agricultura era una idea tan evidentemente brillante que surgió de forma independiente en multitud de sitios distintos y en varios continentes, siempre con pocos miles de años de diferencia entre unos y otros: en Mesopotamia, la India, China, Centroamérica y Sudamérica, como mínimo. La pega es que hay una escuela de pensamiento que afirma que la agricultura no fue en realidad nuestro mayor salto adelante, sino que bien pudo ser un error inmenso y temible.

Para empezar, el origen de la agricultura lo fue también del simpático concepto de *desigualdad económica*, cuando empezaron a surgir élites que poseían muchas más cosas que el resto de la gente, y se pusieron mandones con quienes las rodeaban. También puede que fuera el origen de la guerra tal y como la conocemos, porque en el momento en que tienes un poblado te expones

además al peligro de incursiones por parte del poblado vecino. La agricultura pone al hombre en contacto con nuevas enfermedades, y vivir juntos en asentamientos cada vez más grandes crea las condiciones que requieren las epidemias. Hay igualmente evidencias que sugieren que, en las sociedades preagrícolas, la gente comía más, trabajaba menos y probablemente estuviera más sana.

Lo que viene a decir esta idea es que una parte enorme de lo peor de la sociedad moderna es consecuencia de que hace miles de años a alguien se le ocurriera meter unas semillas bajo tierra. La agricultura llegó para quedarse no porque mejorara las condiciones de vida de todo el mundo, sino porque otorgaba a las sociedades que la adoptaban una ventaja darwiniana sobre aquellas que no: podían tener más hijos, más rápidamente (la agricultura da de comer a más gente, y cuando no andas siempre cambiando de lugar no tienes que esperar a que tu hijo aprenda a caminar para tener otro), y podían reclamar más y más tierras, con lo que acababan expulsando a los no agricultores. En palabras del escritor Jared Diamond, defensor de la tesis «la agricultura fue un error descomunal», en un artículo publicado en 1987 en la revista *Discover*: «Forzados a elegir entre limitar la población o tratar de aumentar la producción de alimentos, optamos por esto último, que acabó trayéndonos hambrunas, guerras y tiranías». En resumen, que nos decidimos por la cantidad en detrimento de la calidad. Lo típico del ser humano.

Pero por si no bastara con todo esto... [acompañese de un vago gesto de la mano señalando la situación del mundo], la agricultura nos puso en una senda que conduciría a muchas otras cagadas, más directas y más dramáticas. Fue con los albores de la agricultura cuando empezamos a modificar el entorno que nos rodea; no en vano, en eso consiste la actividad agrícola. Coges plantas y las llevas a lugares donde no tenían previsto crecer. Tratas de deshacerte de aquello que no quieres para hacer más sitio a lo que sí quieres.

En todo caso, resulta que estuvimos rematadamente desacertados al cavilar todo aquello.

El mundo que hoy nos rodea es radicalmente distinto de aquel en que nuestros antepasados empezaron a plantar semillas hace trece mil años. La agricultura ha alterado el paisaje y trasplantado especies de unos continentes a otros, mientras que las ciudades, la industria y nuestra tendencia natural a tirar

en cualquier lado la basura que no queremos han modificado la tierra, el mar y el aire. Y —dicho sea sin ánimo de ponernos en plan «no debemos enfurecer a la Madre Tierra»— a veces la naturaleza no está para aguantar nuestras mierdas.

Eso, como es bien sabido, es lo que pasó en las llanuras centrales de Estados Unidos en la primera mitad del siglo xx. Como suele suceder, al principio iba todo a pedir de boca. El país se expandía hacia el Oeste y la gente vivía su versión del sueño americano. Las políticas gubernamentales animaban a la gente a migrar al Oeste y cultivar la tierra, otorgando terrenos gratis a los colonos en las Grandes Llanuras. Por desgracia, hacia comienzos del nuevo siglo, la mayor parte de las buenas tierras de labor —esto es, las que tenían fácil acceso al agua— ya habían sido reclamadas. «Parece un buen trato», dijeron los colonos.

Si bien aquel impulso de cultivar hasta la última hectárea de terreno no parece, visto en retrospectiva, la mejor idea del mundo, hay toda una serie de razones por las que la gente supuso que saldría bien. Estaban las románticas —el encanto nostálgico de una nación agrícola de pioneros— y las pragmáticas —la necesidad básica de alimentar a un país en crecimiento—. Pero había también espurias razones científicas: la teoría de que «tras el arado llega la lluvia», de que el simple hecho de empezar a cultivar tierras atraería las lluvias, convirtiendo el desierto en tierra verde y fértil. Según esta concepción, el único obstáculo a la expansión de la agricultura en Norteamérica era la falta de voluntad. Es como una película de Kevin Costner, pero con cosechas de cereales en vez de fantasmas jugando al béisbol. Si cultivas la tierra, llegará la lluvia.

Estaban tan convencidos de que así era que casi sabe mal señalar que el motivo de que con tanta frecuencia empezara a llover poco después de que los agricultores se instalaran en una zona era sencillamente que a mediados del siglo xix, cuando surgió la teoría, se dio un periodo excepcionalmente lluvioso. Esas lluvias, por desgracia, no iban a durar siempre.

Llegó la Primera Guerra Mundial y, de pronto, tanta tierra de labranza parecía una idea estupenda: la producción de alimentos en Europa se había frenado en seco, pero América pudo tomarle el relevo. Los precios se dispararon, las lluvias eran abundantes y el Gobierno aportó generosos subsidios a la siembra de trigo, a lo que, naturalmente, respondieron los agricultores roturando aún más pradera.

Tras la guerra, sin embargo, el precio del trigo cayó drásticamente. Y claro, si te ganas la vida cultivando trigo y no te da suficiente dinero, la solución es

evidente: tienes que plantar más trigo. Los agricultores invirtieron en nueva maquinaria agrícola y roturaron más terreno todavía. Pero más trigo significaba precios aún más bajos, lo que a su vez...

De pronto, un buen día dejó de llover. La tierra se reseco y las raíces de la hierba que habían conservado la integridad del suelo durante sequías anteriores ya no estaban ahí. La tierra se convirtió en polvo, y el viento levantó ese polvo en nubes enormes y turbulentas.

Esos temibles vendavales de polvo —los *black blizzards* o «tormentas negras», que eclipsaron el sol, volvieron el aire irrespirable y redujeron la visibilidad a apenas unos metros— se convirtieron en el símbolo del Dust Bowl o Cuenco de Polvo, una catástrofe ecológica que afectó a las llanuras que se extienden desde el golfo de México a Canadá. En sus peores años, en verano casi no pasaba un día sin el azote de las polvaredas, y hasta cuando amainaba el viento, las nubes de polvo seguían suspendidas en el cielo. A veces, la población apenas veía el sol en varios días. Las tormentas de arena tenían un radio de acción pasmoso; algunas se desplazaban miles de kilómetros, envolviendo ciudades como Washington D. C. o Nueva York en una espesa bruma terrosa, y cubriendo de una fina capa de polvo barcos que navegaban a cientos de kilómetros de la Costa Este.

La sequía y las polvaredas se prolongaron durante casi una década. Desde el punto de vista económico, fueron ruinosas, y millones de personas se vieron obligadas a abandonar sus hogares. Muchas jamás regresaron, sino que se afincaron aún más al oeste, un buen número de ellas en California. Gran parte de la tierra nunca se recuperó del todo, ni siquiera cuando volvieron las lluvias.

El Dust Bowl estadounidense es uno de los ejemplos más célebres de las consecuencias indeseadas de enredar con nuestro entorno. Pero no es el único: otros van desde la geoingeniería a gran escala hasta los microplásticos, desde la deforestación hasta los ríos que hacen lo que de ninguna manera deberían hacer los ríos.

Tomemos, por ejemplo, el Mar de Aral (aunque habremos de darnos prisa, porque no queda mucho que tomar).

El Mar de Aral, a pesar de que figure en su nombre de modo prominente la palabra *mar*, en realidad no es un mar. Es un lago de agua salada, solo que muy grande, enorme: con sus cerca de setenta mil kilómetros cuadrados, es uno de los mayores del mundo, o, al menos, lo era. El problema, mira tú, es que ya no mide setenta mil kilómetros cuadrados.

Ahora mide unos siete mil kilómetros cuadrados, aunque la cifra va variando ligeramente hacia arriba o hacia abajo. En tiempos tenía casi el tamaño de Irlanda, ahora está en la décima parte de sus dimensiones originales y ha perdido más del 80% del agua. Tampoco es ya un solo lago enorme: ahora está formado por unos cuatro lagos mucho más pequeños. *Unos cuatro*, porque uno de ellos puede que haya desaparecido por completo. Hoy, lo poco que queda del Mar de Aral está prácticamente muerto: es el espectro de un mar, sin vida y rodeado de esqueletos oxidados y en descomposición de barcos varados hace mucho que ahora se hallan a muchos kilómetros del agua.



Nube de polvo en Colorado durante el Dust Bowl estadounidense, 1936. Getty Images (PhotoQuest)

Lo que nos lleva a preguntar: ¿qué hay que hacer exactamente para perder un puto mar entero? (Bueno, un lago grande entero.)

La respuesta es fácil: desviar los dos ríos que antes desembocaban en él, porque se te ha ocurrido la genial idea de plantar algodón en el desierto. Es lo que hicieron las autoridades soviéticas a partir de la década de 1960, porque tenían verdadero empeño en disponer de más algodón. Así que se embarcaron en un proyecto colosal para desviar el agua del Amu Daria (que iba a desembocar en el Mar de Aral desde Uzbekistán) y el Sir Daria (que llegaba al mar desde Kazajistán) y poder convertir las áridas llanuras del desierto de Kizil Kum en un monocultivo que cubriera las necesidades de algodón de la Unión Soviética. Para ser justos, el plan de regadío de las proyectadas tierras de labor de Turkmenistán, Kazajistán y Uzbekistán fue en parte un éxito, aunque salió muy caro, porque si algo tienen los desiertos es que son enormemente secos y absorbentes, con lo que hasta un 75% del agua desviada de los ríos nunca llegó a los cultivos (estaba

además el asunto de los defoliantes químicos aplicados al algodón, que provocaron tasas estratosféricas de mortalidad infantil y malformaciones congénitas).

Pero así como estas fueron noticias relativamente buenas para la incipiente industria algodonera de Asia Central, resultaron devastadoras para el Mar de Aral y su entorno. Parece ser que a nadie se le ocurrió —o a nadie le importaba— que si cortas el suministro de agua a un lago, en menos que canta un gallo te encuentras con que tienes mucho menos lago.

El Mar de Aral empezó a encoger inmediatamente, ya en la década de 1960, pero desde finales de la de 1980 hasta hoy lo ha hecho a un ritmo acelerado. Del agua que recibía antes, solo en torno a una quinta parte procedía de la lluvia, y el resto lo aportaban los ríos. De modo que desde el momento en que estos prácticamente desaparecieron dejó de haber agua suficiente para reponer la que se perdía por evaporación. El nivel del lago empezó a descender, al tiempo que aparecían en él nuevas islas e istmos; hacia el cambio de milenio, se había partido en dos: una pequeña sección al norte y otra más grande en el sector sur, con una isla enorme en medio. El nivel del agua siguió bajando, con lo que la isla se hizo cada vez mayor, hasta que tan solo una estrecha franja de agua unía la mitad oriental del mar del sur con la mitad occidental. Al final, quedaron separadas también, y, en verano de 2014, fotografías tomadas por satélite revelaron que la sección oriental se había desecado por completo, dejando en su lugar puro desierto. Actualmente, ese lago oriental parece jugar a aparecer y desaparecer, según el tiempo que haga.

Esto ya era malo de por sí, pero la cosa es que cuando un lago desaparece..., no sucede otro tanto con todo lo que hay en el agua. La sal, en particular. Mientras el Mar de Aral se encogía, la sal no se movía del sitio, provocando que el agua fuera cada vez más salada y menos apta para sostener la vida. En poco tiempo, la densidad salina se multiplicó por diez, lo que mató prácticamente toda forma de vida que albergaban los lagos, acabando con una industria pesquera que daba trabajo a sesenta mil personas. No solo eso, sino que también aumentó la concentración de los residuos contaminantes de la industria y la agricultura, para acabar extendidos por la superficie expuesta de las nuevas tierras que emergían con el retroceso del agua. Y, siendo los desiertos como son, luego el viento levantó toneladas sin cuento de polvo tóxico y sal de los nuevos y áridos

terrenos y las soltó sobre los pueblos y ciudades que rodeaban en su día los lagos, donde vivían millones de personas. Las enfermedades respiratorias y el cáncer se dispararon.

No tiene por qué haber sido el fin del Mar de Aral, algunos esfuerzos recientes (y carísimos) por volver a desviar parte del agua han traído leves mejoras al pequeño mar septentrional, aunque su parte sur es prácticamente siniestro total. Pero ahí sigue, como testimonio de nuestra tendencia a pensar que podemos modificar a gran escala la geografía de nuestro entorno sin que se vuelva contra nosotros de un modo u otro.

Lo curioso es que no fue la primera vez que le ocurrió esto a uno de los ríos afectados. No sé si existe el récord de «río más reiteradamente desviado», pero el Amu Daria tendría todas las papeletas. Desde hace siglos, intervenciones tanto naturales como por parte de una serie de regímenes humanos han modificado su curso una y otra vez, llevándolo a desembocar en el Mar Caspio en vez de en el de Aral y viceversa (o, a veces, en ambos). Se cree que en el siglo II iba a morir al desierto, donde se evaporaba, hasta que en algún momento conectó con el Mar de Aral. A principios del siglo XIII, una intervención especialmente drástica del Imperio mongol volvió a modificar su curso (volveremos sobre ello en otro capítulo), trasvasando al Caspio al menos parte del caudal, que no volvería al Mar de Aral hasta algún tiempo antes del siglo XVII. Luego, en la década de 1870, mucho antes de que se creara la Unión Soviética, el Imperio ruso estuvo considerando muy en serio volver a desviarlo hacia el Caspio, basándose en su idea de que el agua dulce se echaba a perder al verterse en un lago salado. Solo que, en fin..., la cosa no funciona así, chicos.

Fue la agricultura lo primero que nos llevó a modificar drásticamente el entorno, a menudo con consecuencias imprevistas, pero ya no es el único modo en que lo hacemos. Se ha visto superada de muchas maneras por el auge de la industria y por el deseo, al parecer insaciable, del ser humano de tirar lo que no nos interesa en el entorno sin meditar a fondo las consecuencias.

Un ejemplo de tales consecuencias sería la forma en que, a última hora de la mañana de un caluroso día de 1969, el río Cuyahoga se incendió.

Dejemos sentado que arder no es algo que se suponga que hacen los ríos. Para aquellos lectores que tengan algo difuso el concepto de *río*, es un canal natural de tamaño medio a grande por el que circula el agua, y esta no suele considerarse particularmente inflamable. A los ríos se les atribuyen multitud de funciones (llevar agua de las tierras altas a las bajas, servir de metáfora para el

paso del tiempo, formar lagos en herradura para que, al menos, los niños recuerden algo de sus clases de geografía); pero no se supone en ningún caso que ser pasto de las llamas figure entre ellas.

Y, sin embargo, es lo que hizo el río Cuyahoga; es más, no era la primera vez que ocurría. Ni mucho menos. De hecho, el Cuyahoga —que serpentea lentamente por el norte industrial de Ohio antes de partir por la mitad la ciudad de Cleveland e ir a morir en el lago Erie, al que un alcalde decimonónico de Cleveland describió como «una cloaca que discurre al aire libre por el centro de la ciudad»— estaba tan contaminado que se incendió en nada menos que trece ocasiones durante los ciento un años inmediatamente anteriores. Sucedió en 1868, 1883, 1887, 1912 (con cinco muertos en las explosiones resultantes), 1922 y 1930. En 1936, el fuego alcanzó tales dimensiones que tardó cinco días en extinguirse; lo que, insisto, no es algo habitual en los ríos. Ardió de nuevo en 1941, en 1948 y, con efectos especialmente destructivos, en 1952, año en que la capa de petróleo de cinco centímetros de grosor que se extendía sobre su superficie se prendió y desencadenó un devastador incendio que destruyó un puente y un astillero y causó daños por valor de un millón y medio de dólares.

Comparada con la de 1952, la deflagración de 1969 fue relativamente poca cosa. La provocó la ignición de una mezcla cuajada de petróleo, residuos industriales y desechos que se habían combinado formando una especie de masa inflamable que flotaba río abajo; dio lugar a un espectáculo impresionante (las llamas se elevaban hasta la altura de un quinto piso), pero el incendio estuvo controlado en menos de media hora: está claro que, a esas alturas, el Departamento de Bomberos de Cleveland dominaba el oficio de extinguir fuegos fluviales. Los habitantes de la ciudad estaban al parecer tan acostumbrados a ese tipo de sucesos que «se incendia el maldito río» mereció tan solo un artículo de cinco párrafos perdido en las páginas interiores del *Cleveland Plain Dealer*.

Pero aunque, llegados a 1969, la sufrida población de Cleveland se tomara los incendios del río en plan «vaya por Dios, otra vez igual», el resto del país no lo vio de la misma manera. Las cosas habían cambiado desde la última vez que se declarara un fuego en el Cuyahoga. Corría la década de 1960, después de todo, y la sociedad en su conjunto se había visto sacudida hasta la médula por una serie de ideas nuevas y revolucionarias, como «tengamos menos guerras», «no seamos tan racistas» y «tal vez podríamos probar a no cargarnos completamente el planeta».

Así que cuando, al cabo de unas semanas, la revista *Time* se interesó por el

incendio, acabó publicando un artículo sobre el estado de los ríos del país, titulado «El sistema nacional de alcantarillado y el precio del optimismo», que incluía esta memorable descripción del Cuyahoga: «De color chocolate, aceitoso, con gases subterráneos burbujeando; más que fluir, rezuma [...], una cloaca a cielo abierto que llena el lago Erie de ondículas mugrientas».* El artículo de *Time* captó la atención del país y dio pie a exigencias generalizadas de cambio (en buena medida, gracias a la impactante fotografía que acompañaba a la historia, la imagen de un barco envuelto en las llamas del río incendiado mientras equipos de bomberos trataban de contener el fuego). En realidad, aquella foto no era del incendio de 1969; era una imagen de archivo de la deflagración de 1952, porque la de 1969 la sofocaron tan rápido que se había extinguido para cuando pudieron llegar los fotógrafos y equipos de filmación. Allá por 1952, la foto no consiguió inspirar la imaginación del país, pero en esta ocasión obró maravillas. A veces, el momento lo es todo.

Las industrias de Ohio llevaban desde el siglo XIX vertiendo alegremente tanto los subproductos como, por supuesto, los productos de su actividad en el Cuyahoga. Esto llevó a los medios de comunicación a salir de tanto en tanto con preguntas como «*Estoo...*, ¿no deberíamos tal vez hacer algo relacionado con este asunto?», sin que al final nadie moviera realmente un dedo al respecto. Se tomaron algunas medidas en los primeros años tras el fin de la guerra, sin demasiada convicción, pero su objetivo era sobre todo garantizar la seguridad del transporte de mercancías por el río, más que evitar que el río fuera intrínsecamente inflamable.



Foto de la revista *Time* de un barco envuelto en llamas en el río Cuyahoga, Cleveland, Ohio, 1952. Getty Images (Bettmann)

Así y todo, quizá fuera algo injusto que el Cuyahoga se convirtiera en el símbolo nacional de la inacción de la humanidad ante la destrucción del medioambiente, aunque solo sea porque el año anterior al incendio la ciudad de Cleveland había aprobado, de hecho, varias leyes para limpiar el río de una vez. A bastantes autoridades locales se las veía un tanto incómodas con el hecho de que el río se hubiera convertido en símbolo del cochambroso estado de las vías acuáticas del país (hasta el punto de inspirar más de una canción sobre el tema). «Ya estábamos haciendo lo que había que hacer para limpiar aquello, y entonces se produjo el incendio», se lamentó alguno.

A fin de cuentas, su río ni siquiera fue el único que ardió por aquel entonces. El río Búfalo se incendió en 1968, mientras que el río Rouge, en Míchigan, prorrumpió en llamas apenas unos meses después, en octubre de 1969 («por Dios bendito, si tienes un río que arde, es que algo va mal», se dolía el *Detroit Free Press* tras el desastre). El Cuyahoga ni siquiera era el único río estadounidense que había ardido en más de una ocasión: en el siglo XIX, el río Chicago sufrió deflagraciones con regularidad suficiente para que la comunidad saliera a contemplarlas como si se tratara de los festejos del 4 de julio, por más que sin duda se llevara la palma del río con mayor frecuencia de incendios en la categoría «Norteamérica».

No obstante, la noticia del río en llamas hizo su efecto y espoleó iniciativas en todo el país. El incipiente movimiento ecologista, al que ya habían preparado el camino libros como *Primavera silenciosa*, de Rachel Carson,* empezó a sumar sus fuerzas (al año siguiente se declaró el primer Día de la Tierra). El congreso se vio obligado a tomar medidas, y en 1972 aprobó la Ley de Aguas Limpias. Poco a poco, el estado de las vías acuáticas estadounidenses fue mejorando, hasta el punto de que hoy en día casi nunca se incendian. En un ejemplo, poco frecuente en este libro, de final feliz, la gente hizo de verdad lo que había que hacer para que las cosas mejoraran, y (je, je, je) es del todo impensable que la Administración Trump intente alguna vez revocar los estándares de limpieza del agua porque les preocupe que a las industrias no se les permita contaminar los ríos lo suficiente (me llevo un dedo al oído: ¡vaya!, me dicen que eso es exactamente lo que han hecho).

Que grandes masas de agua prorrumpan en llamas bien puede ser una de las muestras más dramáticas de la infalible habilidad de la humanidad para coger la naturaleza que nos rodea y empeorarla, pero está lejos de ser la única. El mundo está repleto de ejemplos de cómo hemos conseguido liarla parda en prácticamente cualquier parte adonde llegamos. ¿Sabíais que hay una inmensa «zona muerta» en el golfo de México? Es un vasto penacho de mar prácticamente echado a perder, que se extiende desde el punto en que la escorrentía de los fertilizantes utilizados en las tierras agrícolas del sur de Estados Unidos ha provocado un florecimiento de las algas, que, en su crecimiento descontrolado, despojan el agua de oxígeno, con lo que matan todo lo que no son algas. ¡Buen trabajo, chicos!

¿Y qué hay de nuestra afición a tirar nuestros desechos en cualquier sitio, sin llegar a considerar que han de ir a parar a alguna parte, y que ha generado el gigantesco vertedero electrónico de Guiyu, en China, un cementerio infame de cincuenta kilómetros cuadrados para los artilugios indeseados de todo el planeta, donde se amontonan ordenadores portátiles obsoletos y *smartphones* del año pasado? Sobre el papel, Guiyu se dedica al negocio del reciclaje, lo que es bueno. Pero, por desgracia y hasta hace muy poco, también era un infierno en la Tierra, con espesas columnas de humo negro que llenaban el aire, metales pesados tóxicos que se filtraban tanto en el suelo como en la gente tras lavar la chatarra con ácido clorhídrico, y un omnipresente olor a plástico quemado (así, hasta que, en estos últimos años, el Gobierno chino se puso serio e impuso estándares sanitarios y de seguridad más estrictos; tras lo cual, un residente declaró al *South China Morning Post* que la calidad del aire había mejorado mucho: «Solo huele a metal quemándose si estás muy cerca», dijo Yang Linxuan).



Montaña de basura electrónica en Guiyu, China. Getty Images (© Jim Xu)

Puede que nuestra obra más espectacular sea el gran vórtice de basura del Pacífico. Casi resulta poético que en mitad del océano haya un sucio y vasto vertedero de mierda arremolinada de la que nos hemos deshecho despreocupadamente, en un área del tamaño de Texas, donde las corrientes oceánicas del giro del Pacífico Norte mantienen nuestra basura dando vueltas sin fin por el mar. Fundamentalmente, está formado por partículas microscópicas de plástico y fragmentos minúsculos de equipos de pesca desechados, por lo que es invisible a simple vista, pero su presencia es muy real para la vida marina. Los científicos calcularon recientemente que desde que se generalizó el uso masivo de plásticos en la década de 1950, hemos producido unas 8.300 toneladas. De ellas, se han tirado en torno a 6.300, que ahora andan desperdigadas por la superficie del planeta. Bravo, humanidad.

Pero para ver el ejemplo más sangrante de cómo el ser humano es capaz de destruir su propio hábitat sin pretenderlo de veras, hay que observar cierta isla cubierta de gigantescas cabezas de piedra.

PERDER LA CABEZA

Cuando los primeros europeos desembarcaron en la isla de Pascua en 1722 (una expedición holandesa que buscaba un supuesto continente incógnito que no existe, los muy idiotas) se quedaron desconcertados. ¿Cómo era posible que aquella nación diminuta y profundamente aislada, desprovista de tecnología y de

árboles, hubiera erigido las inmensas y elaboradas estatuas —algunas, de veintiún metros de altura y casi noventa toneladas de peso— que cubrían grandes extensiones de la isla?

Claro que la actitud de mera curiosidad de los holandeses no duró mucho: enseguida se aprestaron a hacer lo que acostumbraban a hacer los europeos, a saber, matar a tiros a un puñado de nativos tras una serie de malentendidos. A lo largo de las décadas siguientes llegaron más visitantes europeos a hacer las típicas cosas que tenían tendencia a hacer los europeos en los lugares que acababan de «descubrir», como introducir enfermedades nuevas y letales, secuestrar y esclavizar a la población autóctona y, en general, dispensarles dosis estomagantes de paternalismo (véase más adelante el capítulo sobre la época colonial).

Durante los siglos que siguieron, hombres de raza blanca se descolgarían con un puñado de teorías sobre cómo aquellas misteriosas estatuas habían podido aparecer en una isla llena de gente «primitiva», teorías que solían implicar inverosímiles travesías oceánicas desde lejanos continentes o, incluso, extraterrestres («lo debieron de hacer los extraterrestres» es una solución bastante popular y, a todas luces, sumamente racional al enigma de que personas no blancas construyan cosas que los blancos no conciben que construyeran ellos). La respuesta a la pregunta es, por supuesto, obvia: las colocaron allí los polinesios.

En la época en la que desembarcaron por primera vez en Rapa Nui (por llamarla por el nombre que le daban los nativos), los polinesios eran una de las grandes civilizaciones del mundo, que habían explorado y se habían establecido a lo largo de miles de kilómetros de océano. Entre tanto, y a excepción de unos pocos vikingos extraviados, los europeos apenas habían salido de su patio trasero.

Rapa Nui acogía una cultura avanzada, con cooperación entre grupos, agricultura intensiva, una sociedad socialmente estratificada, y gente que acudía a su trabajo cada día: en definitiva, todas las tonterías que solemos asociar a ser sofisticado y como es debido. Las estatuas —*moai*, en polinesio— eran el mayor logro de una forma de arte común a otras sociedades polinésicas. Eran importantes para la sociedad de Rapa Nui por motivos tanto espirituales como políticos, honraban a los antepasados cuyos rostros representaban y servían al mismo tiempo de símbolo de prestigio para quienes ordenaban su erección.

Así, el enigma se transformó en otro distinto: no cómo habían llegado allí

las estatuas, sino más bien dónde habían ido a parar los árboles. Porque comoquiera que hubiera colocado el pueblo de Rapa Nui esas estatuas, debieron necesitar una tonelada de troncos enormes para hacerlo. ¿Y cómo fue a convertirse la poderosa civilización que las colocó, en la pequeña sociedad de agricultores de subsistencia con canoas cochambrosas que dio la bienvenida a esos primeros marinos holandeses (para que acto seguido estos abrieran fuego sobre ellos)?

La respuesta es que el pueblo de Rapa Nui tuvo mala suerte y, además, la cagó.

Tuvieron mala suerte porque resulta que la geografía y la ecología de su isla la hacían singularmente vulnerable a los efectos de la deforestación. Como explica Jared Diamond (el de «la agricultura fue nuestro mayor error») en su libro *Colapso*,* centrado sobre todo en el pueblo de Rapa Nui, la isla de Pascua es pequeña, seca, llana, fría y remota, comparada con la mayoría de las islas polinésicas: todo ello hace aún más improbable que los árboles que uno tala sean reemplazados naturalmente.

Y la cagaron porque, en su empeño de seguir construyendo mejores casas y mejores canoas y mejores infraestructuras para transportar las estatuas a su sitio, no dejaron de cercenar el bosque, tal vez sin caer en la cuenta de que esos árboles no volverían, hasta que de pronto no quedó ninguno. Fue la tragedia de los bienes comunales a lo grande. Nadie, por cortar un único árbol, era culpable del problema, hasta que fue demasiado tarde: llegados a ese punto, todos eran culpables.

Las consecuencias fueron devastadoras para la sociedad de Rapa Nui. Sin árboles, no podían hacer las canoas que les permitían pescar en mar abierto; el suelo, despojado de raíces y desprotegido, empezó a erosionarse por efecto del viento y la lluvia, se tornó yermo y provocó desprendimientos de tierra que aniquilaron aldeas enteras; en invierno, con el frío, se veían obligados a quemar para calentarse gran parte de la vegetación que aún quedaba.

A medida que las cosas empeoraban, aumentaba la competencia entre grupos por hacerse con unos recursos cada vez más escasos. Al parecer, esto condujo a un resultado trágico pero extrañamente predecible, habida cuenta de cómo suele actuar la gente en situaciones desesperadas, en que anhelan una posición social, o moral, o tan solo un mínimo de confianza en que no han cometido un tremendo error. No pararon. De hecho, redoblaron su empeño. Parece ser que los pobladores de Rapa Nui se lanzaron a erigir estatuas aún más

y más grandes, porque..., bueno, eso viene a ser lo que hacen los seres humanos cuando se enfrentan a un problema que les preocupa no poder solucionar. Las últimas estatuas que se tallaron en la isla nunca salieron de la cantera, mientras que otras quedaron volcadas a los lados de los caminos, sin llegar nunca a su destino, al venirse abajo todo el proyecto.

Los polinesios no eran ni un ápice menos listos que tú o que yo; no eran gente primitiva ni ajena a lo que sucedía en su entorno. Si crees que es del género tonto que una sociedad que se enfrenta a un potencial desastre ambiental ignore el problema y siga haciendo las mismas cosas que lo provocaron en primer término, pues, en fin, no sé, *quizááá...* deberías echar un vistazo a tu alrededor (luego, haz el favor de bajar el termostato y sacar las bolsas de basura reciclada).

En *Colapso*, Jared Diamond plantea esta cuestión: «¿Qué dijo el pascuense que taló la última palmera mientras lo hacía?», que es una muy buena pregunta y nada fácil de responder. Probablemente fuera alguna versión polinesia de «solo se vive una vez».

Pero tal vez haríamos mejor en preguntar qué pensaba el pascuense que taló la penúltima palmera, o la antepenúltima, o la anteantepenúltima. Si sirve de muestra el resto de la historia humana, es bastante probable que pensara algo del estilo: «No es mi problema, colega».

SIETE MARAVILLAS QUE YA NO VERÁS, PORQUE EL SER HUMANO SE LAS CARGÓ

1. El Partenón

Una de las joyas de la Antigua Grecia, hasta que en 1687 la usaron los otomanos como polvorín durante una guerra con Venecia. Luego, un disparo afortunado de un veneciano y adiós, Partenón.

2. El templo de Artemisa

Se contaba entre las siete maravillas del mundo antiguo, hasta que en 356 a. C. un tipo llamado Eróstrato lo quemó por puro afán de notoriedad.

3. Lago Boeung Kak

Era el lago más grande y hermoso de la capital de Camboya, Nom Pen, hasta que decidieron rellenarlo de arena para edificar apartamentos de lujo encima. Ahora es un charco.

4. Budas de Bāmiyān

Las soberbias estatuas del Buda Gautama en Afganistán central, de más de treinta metros de alto, fueron demolidas por los talibanes en 2001 porque eran «ídolos». ¡Manda narices!

5. Nohmul

Una gran pirámide maya —las ruinas mayas más importantes de Belice— fue derruida en 2013 por empresas constructoras porque querían gravilla para la construcción de carreteras en sus cercanías.

6. Río Slims

Un río enorme en el territorio canadiense de Yukón que en 2017 se esfumó por completo en tan solo cuatro días, al menguar el glaciario que lo alimentaba a causa del cambio climático.

7. El árbol de Teneré

Conocido por ser el árbol más aislado del planeta, solo en medio del desierto del Sáhara..., hasta 1973, año en que, pese a que era el único árbol en cuatrocientos kilómetros a la redonda, un conductor borracho se las apañó para estampar contra él su camioneta.

La vida se abre camino, o algo así

En paralelo a la novedad de plantar cosechas, esos primeros agricultores de hace tantos milenios empezaron a hacer otra cosa que cambiaría nuestro mundo en formas extrañas e impredecibles: domesticar animales.

De hecho, es prácticamente seguro que los primeros animales domésticos antecedieron en varios miles de años el desarrollo de la agricultura, aunque es posible que fuera a resultas de un feliz accidente más que por un plan clarividente. El animal doméstico original fue el perro, y parece ser que fue domesticado hace entre cuarenta mil y quince mil años, ya fuera en Europa, en Siberia, en la India, en China o en alguna otra parte (la incertidumbre se deriva del hecho de que el ADN canino se presenta un tanto enrevesado, dado que los perros chingan alegremente con cualquier otro perro con el que se cruzan, o poco menos). Si bien es posible que esto ocurriera porque un emprendedor antepasado nuestro se despertó un buen día y se dijo: «Voy a hacer amistad con un lobo y se va a portar de maravilla», es más probable que los perros (al menos en un primer momento) se domesticaran ellos solitos. El relato más verosímil sobre el origen del perro es que los lobos, sencillamente, empezaron a seguir a los humanos en su trashumar, porque ellos tenían comida y tendían a tirar las sobras. Con el tiempo, esos lobos fueron adaptándose más y más a la convivencia con el hombre; entre tanto, los hombres cayeron poco a poco en la cuenta de que tener viviendo con ellos un puñado de lobos amigables resultaba, de hecho, bastante útil como protección y a la hora de salir de caza; y encima eran peludos y suaves, ¡claro que sí!

Pero una vez que la agricultura hubo metido la directa, al ser humano se le ocurrió que aquello que estaba haciendo con las plantas podía funcionar también con los animales, y ahorraría a todos la molestia de salir a cazar. Hace unos once mil años, se domesticaron cabras y ovejas en Mesopotamia. Quinientos años

después, se domesticaba ganado en la actual Turquía, y luego en lo que hoy es Pakistán. También los cerdos fueron domesticados dos veces, hace aproximadamente nueve mil años: en China y, de nuevo, en Turquía. En la estepa euroasiática, probablemente alrededor de Kazajistán, se domesticaban caballos hace entre seis mil y cinco mil quinientos años. Mientras tanto, en Perú, hace alrededor de siete mil años, el hombre domesticó cobayas por primera vez. Lo que, vale, resulta un poco menos impresionante, pero mola un montón, francamente.

Domesticar animales tenía cantidad de ventajas utilísimas: un suministro estable de proteínas, lana para hacer ropa y estiércol para fertilizar las cosechas. Claro que no todo eran buenas noticias, como comentamos en el capítulo anterior. Convivir con animales facilita enormemente que las enfermedades pasen de estos al hombre; la apropiación de caballos y vacas parece haber tenido relación con el origen de la desigualdad en la distribución de la riqueza; y el uso con fines militares de caballos y elefantes hizo de la guerra un asunto mucho más... bélico.

Por añadidura, la domesticación de animales nos dejó muy claro que éramos los amos de la naturaleza y que, en lo sucesivo, animales y plantas estarían al servicio de nuestra voluntad. Por desgracia, como veremos en este capítulo, las cosas no iban a salir siempre exactamente así. La persistente convicción humana de que podemos hacer que los seres vivos hagan exactamente lo que nosotros queramos tiene la más bien molesta costumbre de acabar resultando contraproducente.

Por ejemplo, rebobinemos hasta el año 1859, en que Thomas Austin andaba algo aquejado de morriña.

Thomas era inglés, pero había llegado a la colonia de Australia siendo un adolescente. Al cabo de veinte años, se había convertido en un próspero terrateniente y propietario de una granja ovina, con una inmensa extensión de doce mil hectáreas en torno a su hogar, en el estado de Victoria. Allí, reprodujo los usos de su tierra ancestral con entusiasmo: como era un gran aficionado al deporte, crio y entrenó caballos de carreras, y convirtió buena parte de sus tierras en una reserva natural y de caza. Su predio alcanzó tal reputación entre la alta sociedad australiana que el duque de Edimburgo solía visitarlo en sus viajes a Australia. A la muerte de Austin, décadas después, su brillante obituario proclamaría que «no podría hallarse mejor representante del auténtico caballero rural inglés, ni aquí, ni en su hogar».

Su determinación de vivir al estilo de un clásico hacendado rural en la otra punta del mundo le llevó a hacer cuanto estaba en su mano para construir una réplica en miniatura de Inglaterra en las antípodas. Y eso, lamentablemente, es lo que le trajo la ruina.

¿La causa? Que Austin decidió que sus cacerías mejorarían enormemente si importaba unos cuantos animales de caza tradicionales ingleses a los que disparar (es de suponer que los ualabíes no acababan de convencerlo). Hizo que su sobrino le enviara por barco faisanes y perdices, liebres, mirlos y tordos. Y, sobre todo, importó veinticuatro conejos ingleses: «Introducir un puñado de conejos —dijo— poco daño puede hacer, y podría añadir un toque hogareño además de ampliar el terreno de caza».

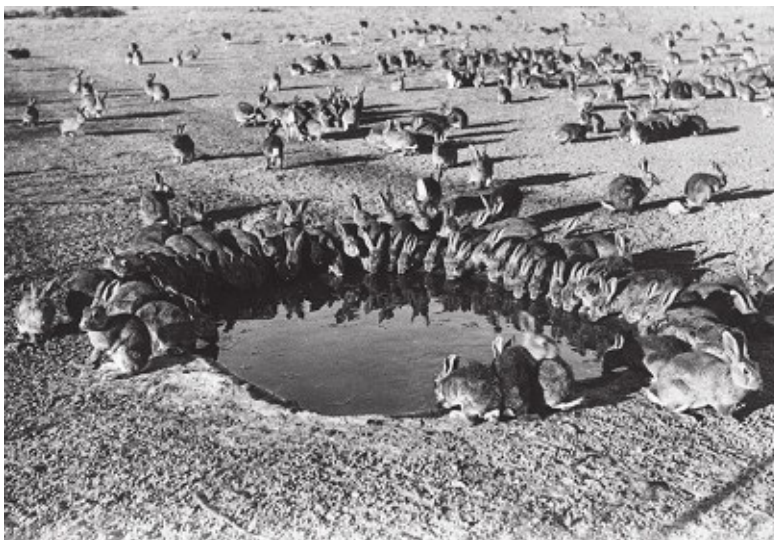
Estaba pero que muy equivocado en lo que al «poco daño» se refiere. Aunque, para ser justos, tenía toda la razón en lo de ampliar el terreno de caza.

Austin no fue el primero en llevar conejos a Australia, pero fueron sus conejos los mayores responsables de la catástrofe que estaba a punto de producirse. Si algo tienen los conejos es que crían..., en fin, como conejos. La magnitud del problema debería haber quedado patente a la vista de que en 1861, tan solo dos años después de que le llegara el cargamento inicial, presumía en una carta de que «conejos silvestres ingleses, los tengo a miles».

No se quedaron en miles. Al cabo de una década desde su introducción, en Victoria se cazaban dos millones de conejos al año, sin que ello hiciera ninguna mella en el aumento de su población. El ejército de conejos no tardó en expandirse por todo el estado, a un ritmo estimado de ciento treinta kilómetros por año. Fueron vistos en Nueva Gales del Sur en 1880, en Australia Meridional y en Queensland en 1886, en Australia Occidental en 1890 y en el Territorio del Norte en 1900.

Llegados a la década de 1920, en pleno apogeo de la plaga, la población de conejos de Australia se calculaba en 10.000 millones. Había unos tres mil por milla cuadrada. Australia estaba literalmente cubierta de conejos.

Los conejos no se limitaban a criar; también comían (y es que criar da mucha hambre). Arrasaron con la vegetación del terreno, acabando con muchas especies de plantas. Además, la competencia por el alimento llevó al borde de la extinción a un buen número de animales australianos, y, sin raíces que la consolidaran, la propia tierra se fue erosionando y desintegrando.



Una horda de conejos bebe de un abrevadero en Adelaida, Australia, 1961. Getty Images (Bettmann/Corbis)

La gravedad del problema era evidente ya en la década de 1880, y las autoridades no sabían qué hacer al respecto. Nada de lo que intentaban parecía capaz de detener el empuje de la orejuda invasión. El Gobierno de Nueva Gales del Sur publicó un anuncio en el *Sydney Morning Herald* que sonaba ligeramente desesperado, prometiendo «la suma de veinticinco mil libras australianas a cualquier persona o personas que den a conocer [...] cualquier método o proceso de exterminio efectivo de los conejos desconocido en la actualidad en la colonia».

En el curso de las siguientes décadas, Australia intentó acabar con los conejos a tiros, con trampas y con veneno. Probaron a quemar o fumigar sus madrigueras y a meter hurones en sus túneles para hacerlos salir. A principios del siglo xx, levantaron una valla de miles de kilómetros de longitud en un intento de evitar que los conejos penetraran en Australia occidental, pero no funcionó, porque resulta que los conejos cavan túneles y, según parece, pueden aprender a escalar vallas.

El problema de los conejos de Australia es uno de los ejemplos más fantásticos de algo en lo que solo hemos caído con mucho retraso: los ecosistemas son algo endiabladamente complejo, y si se les mete mano hay que apechugar con las consecuencias. Animales y plantas no van a seguir nuestras reglas si decidimos, como quien no quiere la cosa, trasladarlos de un sitio a otro. «La vida —como dijo en cierta ocasión un gran filósofo— se libera; se expande

a nuevos territorios y penetra a la fuerza por las barreras; con dolor, puede que hasta con peligro. Pero, bueno, ahí está» (vale, quien lo dijo fue Jeff Goldblum en *Jurassic Park*; un gran filósofo, como he dicho).

No deja de ser una ironía que, tras la primera cagada de traer, de entrada, conejos a Australia, la solución que finalmente se adoptó fuera otra cagada. Los científicos australianos llevaban varias décadas experimentando con el uso de armas biológicas contra los conejos: introdujeron enfermedades con la esperanza de que acabarían con ellos; la más conocida, la mixomatosis, en la década de 1950. En un primer momento, les salió bastante bien, y la población de conejos se redujo drásticamente, pero no por mucho tiempo. Dependían de los mosquitos para la transmisión del virus, por lo que no era un método efectivo en áreas donde el insecto no se reproducía, y, a la larga, los conejos que sobrevivían desarrollaban una resistencia a la enfermedad, y su número volvió a dispararse.

Pero los científicos siguieron investigando nuevos agentes biológicos. En la década de 1990, trabajaban con el virus de la enfermedad hemorrágica del conejo. Lo que pasa es que experimentar con enfermedades es un asunto peligroso, por lo que desarrollaban su labor en una isla a cierta distancia de la costa meridional, para así reducir el riesgo de que el virus escapara y se extendiera al continente. Adivinad qué ocurrió.

Sí, en 1995 el virus se escapó y se extendió al continente. La vida rompió sus cadenas, en este caso como pasajera de alguna mosca. Pero, habiendo liberado por accidente un patógeno mortal (para los conejos) en la naturaleza, vieron, no sin satisfacción, que... parecía estar funcionando. En los veinte años transcurridos desde que se liberó en la naturaleza el virus de la enfermedad hemorrágica del conejo, la población de este animal en el sur de Australia ha vuelto a disminuir, al tiempo que volvía la vegetación y que muchas especies animales a las que se había llevado al borde de la extinción han visto aumentar con fuerza su número. Solo queda confiar en que el virus de la enfermedad hemorrágica del conejo no tenga otros efectos colaterales.

Los conejos australianos distan de ser la única prueba de que a veces haríamos mejor en dejar a los animales y las plantas en paz allí donde los encontramos.

Como la perca del Nilo, un voraz predador de un metro de largo que, como el lector habrá deducido de su nombre, procede del Nilo. Sin embargo, los colonizadores ingleses del África oriental tenían planes más ambiciosos para ella. Pensaron que sería una idea brillante introducirla en el lago Victoria, el más

grande del continente. El lago ya andaba sobrado de peces, y los pescadores locales estaban más que satisfechos pescando los que había, pero los británicos pensaron que esa situación era mejorable. El mayor grupo de peces del lago en aquel momento estaba formado por cientos de especies variadas de cíclidos, esos pececillos de aspecto adorable tan apreciados por los dueños de acuarios. Por desgracia para los cíclidos, las autoridades coloniales británicas los odiaban y los describían como «peces basura».

Decidieron que el lago Victoria ganaría mucho con peces más grandes y molones en sus aguas. Así la pesca sería excelente, razonaron. Cantidad de biólogos les advirtieron de que no era buena idea, pero en 1954 pasaron a la acción e introdujeron la perca del Nilo en el lago. Entonces, las percas del Nilo hicieron lo que hacen las percas del Nilo: devorar especie tras especie.



Un hombre carga con una perca del Nilo de ochenta kilos en Uganda. Getty Images (© Walter Astrada/AFP)

Las autoridades británicas tenían razón en una cosa: en que así la pesca sería excelente. Fue el *boom* de la industria pesquera, y la perca del Nilo se hizo inmensamente popular tanto para la pesca comercial alimentaria como presa atractiva de pesca deportiva. Pero mientras que el valor de la industria pesquera se disparaba en un 500% y sostenía cientos de miles de puestos de trabajo, el número de especies presentes en el lago Victoria se desplomaba. Se extinguieron más de quinientas especies distintas, entre ellas más de doscientas de los infortunados cíclidos.

No son solo los animales los que pueden descontrolarse. En la década de 1930, en un intento de solucionar un problema del que ya hemos hablado, el Dust Bowl, se introdujo en gran parte de Estados Unidos el *kudzu*, una planta trepadora común en Asia. Las autoridades confiaban en que esta enredadera de crecimiento rápido contribuiría a la consolidación del suelo y evitaría el avance de su erosión. Y en ese sentido fue muy efectiva. Por desgracia, fue igualmente efectiva en el estrangulamiento de otras plantas y árboles, así como en la invasión de casas, coches y cualquier cosa que se cruzara en su camino. Alcanzó tal difusión de punta a punta del sur de Estados Unidos que se le dio el apodo de *la enredadera que devoró el Sur*.

Para ser justos con el *kudzu*, tampoco es una planta demoniaca al estilo de los trífidos* que sugieren ciertas mitologías, y los estudios más recientes han concluido que su extensión fue menor de lo que suele creerse. Con todo, sí que es tremendamente abundante en zonas donde hace ochenta años no estaba presente, y aún hoy sigue incluida en la lista gubernamental de «malas hierbas nocivas».

Pero puede que ahora toque compadecerla, porque la especie invasora cuenta ya con su propia especie invasora. En algún momento de 2009, la chinche japonesa del *kudzu* se las apañó para cruzar el Pacífico, y debió de quedar encantada al desembarcar en Atlanta y descubrir que ya había allí *kudzu* que comer como para parar un tren. En cuestión de tres años, se había extendido por tres estados, y eliminado hasta una tercera parte de la biomasa de la planta. Y, por si el lector está pensando «pues tanto mejor, problema resuelto», lamentablemente no es tan sencillo: la chinche del *kudzu* también acaba con las plantaciones de soja, una importante fuente de ingresos para muchos de los estados afectados. La solución accidental a un problema puede revelarse como un problema mucho mayor en sí misma.

Nuestro aparente deseo de introducir nuevas especies allí donde no les corresponde estar ni siquiera se limita a especies ya existentes: a veces nos las arreglamos para crear especies de nuevo cuño. Es lo que ocurrió en Brasil en 1956, cuando el científico brasileño Warwick Estevam Kerr importó de Tanzania algunos ejemplares de abeja reina africana, con idea de cruzarlas con abejas europeas con la esperanza de que una combinación de las características de ambas produciría una especie mejor adaptada al entorno natural del país.

Tristemente, tras un año de experimentos de hibridación, ocurrió lo que tenía que ocurrir. Un apicultor que trabajaba en el laboratorio de Kerr en Rio

Claro, ciudad situada al sur de São Paulo, tuvo un mal día, malísimo. Se le escaparon veintiséis abejas reinas africanas, seguidas de cerca por sus enjambres particulares de abejas europeas, e hicieron su hogar en Brasil. Las reinas empezaron cruzándose indiscriminadamente con todo zángano que encontraran, produciendo diversos híbridos con varias especies distintas. Estas nuevas abejas «africanizadas» se extendieron rápidamente, por Sudamérica primero, luego por Centroamérica, y finalmente entraron en Estados Unidos. De hecho, son más pequeñas y tienen menos veneno que las abejas que había antes, pero son mucho más agresivas a la hora de defender sus colmenas, lo que se traduce en que sus picaduras son diez veces más frecuentes. Nada menos que mil personas han muerto como consecuencia de dichas picaduras, que es lo que les ha granjeado el apodo de *abejas asesinas*. Un apelativo no del todo justo: solo son unas incomprendidas.

Pero en los anales del aprendizaje por las malas por parte del ser humano de que los ecosistemas son complejos y que enredar con el delicado equilibrio de la naturaleza puede volverse contra nosotros, dos historias descuellan sobre todas las demás. En distintas partes del mundo y con décadas de diferencia, un dictador fanático y un excéntrico amante de la literatura cometieron errores especulares que tuvieron consecuencias profundas. Ambos errores se debieron a la misma causa: los dos hombres subestimaron radicalmente a los pájaros.

NO HAY QUE SUBESTIMAR A LOS PÁJAROS (I): UNA PLAGA DEMASIADO LEJANA

La Campaña de las Cuatro Plagas de Mao Tse-tung ha de clasificarse como la política sanitaria pública de éxito más desastrosa de la historia. Aunó a todos los sectores de la sociedad en la consecución de sus objetivos, que consiguió sobrepasar hasta un punto asombroso; y es prácticamente innegable que la mitad de esos objetivos se tradujeron en mejoras generales en la salud del país. Dos de cuatro no está nada mal, podría pensarse.

Lo malo es que el cuarto objetivo trajo como resultado decenas de millones de muertes.

El problema surgió de esa misma incapacidad para comprender que los ecosistemas son complejos e impredecibles. Sí, claro, «vamos a añadir una especie por aquí, y si acaso eliminamos un par por allá —nos decimos—; así irá

todo mejor». Punto en el cual las Consecuencias Indeseadas se suman a sus colegas los Efectos Demoledores y los Fallos en Cadena, y montan una fiesta del descontrol.

Cuando, a finales de 1949, los comunistas del presidente Mao se hicieron con el poder en China, el país atravesaba una crisis sanitaria. Diversas enfermedades infecciosas, desde una epidemia de cólera a la malaria, campaban por sus respetos. Si había que alcanzar el objetivo de Mao de transformar el país por la vía rápida, pasando de ser una nación eminentemente agrícola, que había dejado atrás el feudalismo hacía pocas décadas, a convertirse en una potencia industrial moderna, tenían que tomarse medidas.

Algunas de las soluciones eran evidentes y sensatas: programas de vacunación masiva, mejoras en el saneamiento, ese tipo de cosas. Los problemas surgieron cuando Mao decidió echar la culpa a los animales de los males del país.

Los mosquitos propagaban la malaria, las ratas difundían la peste; eso era bastante innegable. Así que se concibió un plan para reducir sus poblaciones. Por desgracia, Mao no se detuvo ahí. Si hubiera limitado la campaña a esas dos plagas, la cosa podría haber salido bien. Pero Mao decidió (sin molestarse en consultar la opinión de expertos ni, en fin, nada por el estilo) añadir dos especies más. Había que exterminar las moscas, porque son molestas. ¿Y la cuarta plaga? Los gorriones.

Lo malo de los gorriones, razonaron, era que comían grano. Un solo gorrión podía comer hasta cuatro kilos y medio de grano al año; un grano que de otro modo podría usarse para alimentar a la población de China. Hicieron sus cálculos y llegaron a la conclusión de que por cada millón de gorriones que se eliminaran podrían dar de comer a sesenta mil personas más.

La campaña de las cuatro plagas comenzó en 1958, y supuso un esfuerzo notable. Se pegaron carteles por todo el país pidiendo que todos los ciudadanos, desde los más jóvenes a los más viejos, cumplieran con su deber y se cargaran a cuantos animales pudieran. «Los pájaros —se aseguraba— son los animales públicos del capitalismo.» Se armó a la población con todo tipo de implementos, desde matamoscas a rifles, hasta el punto de enseñar a los escolares a acabar a tiros con tantos gorriones como fuera posible. Multitudes inflamadas de odio a los gorriones se lanzaron jubilosas a la calle a sumarse a la guerra contra los pájaros. Se destruían sus nidos y se aplastaban sus huevos; la ciudadanía, tañendo cacerolas y sartenes, los ahuyentaban de los árboles, impidiéndoles

descansar, hasta que, exhaustos, caían muertos del cielo. Solo en Shanghái, se calcula que murieron casi doscientos mil gorriones durante el primer día de hostilidades. «No se retirará ni un solo soldado —proclamaba el *Diario del Pueblo*— hasta haber ganado la batalla.»

Y, ciertamente, la batalla se ganó. Desde el punto de vista del cumplimiento de sus objetivos declarados, fue un triunfo: una victoria aplastante de la humanidad contra las fuerzas de pequeños animales. En total, se estima que la campaña de las cuatro plagas acabó con 1.500 millones de ratas, 11 millones de kilos de mosquitos, 100 millones de kilos de moscas... y 1.000 millones de gorriones.

Desafortunadamente, enseguida se puso de manifiesto por dónde hacía aguas el plan: esos 1.000 millones de gorriones no se habían dedicado solo a comerse el grano. También comían insectos. Concretamente, comían langostas.

Libres de pronto del incordio de 1.000 millones de depredadores que mantenían a raya su población, las langostas de China lo festejaron como si cada día fuera la celebración del Año Nuevo. A diferencia de los gorriones, que picoteaban granos sueltos aquí y allá, las langostas arrasaron con las cosechas de China en oleadas inmensas y voraces. En 1959, se hizo caso por fin a un experto de verdad (el ornitólogo Cheng Tso-hsin, que había tratado de advertir a todo el mundo de que aquello era una pésima idea), y en la lista oficial de plagas que exterminar se sustituyó a los gorriones por las chinches. Pero para entonces era demasiado tarde; no es posible reponer así como así un millón y medio de gorriones una vez que te los has cargado.

Para ser precisos, la aniquilación de los gorriones no fue la única causa de la gran hambruna que azotó China en el periodo de 1959 a 1962: una tormenta perfecta de decisiones catastróficas contribuyó a provocarla. La transición dictada por el Partido Comunista de una agricultura tradicional de subsistencia a cosechas de alta rentabilidad, una serie de técnicas agrícolas nuevas y destructivas basadas en la pseudociencia del biólogo soviético Trofim Lysenko y la política del Gobierno central de apropiarse de toda la producción arrebatándosela a las comunidades locales influyeron en el mismo sentido. Los incentivos que impulsaban a los funcionarios de cualquier nivel a presentar informes de resultados positivos llevaron a los dirigentes del país a engañarse pensando que, en definitiva, todo iba a pedir de boca, y China disponía de

alimento más que suficiente. Esto supuso que cuando llegaron varios años de condiciones climatológicas adversas (inundaciones en algunas partes del país, sequía en otras), se encontraron sin reservas con las que tirar adelante.

Pero aquella masacre de gorriones y la consiguiente devastación de las cosechas por las auténticas plagas fueron factores decisivos del desastre que sobrevino. Las estimaciones del número de muertes causadas por la hambruna oscilan entre los quince y los treinta millones, y el hecho de que ni siquiera sepamos si murieron o no quince millones de personas no hace sino añadir otra pincelada de horror al asunto.

Cabría esperar que hubiéramos aprendido la lección (no enredes con la naturaleza a menos que estés muy, muy seguro de cuáles van a ser las consecuencias, y aun así es probable que no sea buena idea). Pero mejor no hacerse ilusiones. En 2004, el Gobierno chino decretó un exterminio en masa de mamíferos, desde gatos de algalia a tejones, en respuesta al estallido del virus del síndrome respiratorio agudo y grave (SARS, por sus siglas en inglés), lo que sugiere que la capacidad del hombre para aprender de sus errores sigue siendo tan escasa como siempre.

NO HAY QUE SUBESTIMAR A LOS PÁJAROS (II): SHAKESPEARE EN EL PARQUE

Eugene Schieffelin vino a cometer el mismo error que el presidente Mao, solo que en sentido contrario. Y si a Mao le llevó a equivocarse una combinación de objetivos de salud pública y estilo dictatorial, el caos provocado por Schieffelin en su ecosistema —un desastre natural causado por el hombre cuyos efectos seguimos sufriendo— se debió exclusivamente a un capricho.

Lo que Schieffelin hizo una fría mañana de principios de la primavera de 1890 ha acabado por propagar enfermedades, destruir cosechas por valor de cientos de millones de dólares cada año e incluso acabar con la vida de sesenta y dos personas en un accidente de aviación. Unos daños considerables, para tratarse de alguien que solo pretendía manifestar lo profundo de su admiración por Shakespeare.

Schieffelin era un acaudalado industrial farmacéutico que vivía en Nueva York, pero pese al gran potencial para las cagadas dañinas de su actividad industrial, su aportación al caos medioambiental no se debió a su profesión, sino

más bien a sus aficiones. Le entusiasmaban dos modas muy en boga en aquella época: una devoción absoluta por las obras de Shakespeare y trasplantar especies a nuevos hábitats.

Por entonces, en la civilización occidental se había extendido un renovado interés por Shakespeare, como consecuencia del cual el Bardo había alcanzado en la cultura popular un estatus que rozaba el nivel del de Beyoncé hoy. Entre tanto, y a partir de una idea francesa, se habían multiplicado por todo el hemisferio grupos de ricos filántropos voluntarios, denominados *sociedades de aclimatación*, que empezaron a introducir en sus países especies foráneas de plantas y animales (esto ocurría muchos años antes de que la gente comprendiera lo nefasta que podía resultar esa idea).

El error de Schieffelin obedecía al hecho de que era el presidente de la Sociedad Americana de Aclimatación, con sede en Nueva York, y a que además era un entusiasta rematado de Shakespeare. Así que se le ocurrió un plan fascinante y excéntrico: «¿Qué mejor manera de honrar al poeta más señero de la lengua inglesa —pensó— que introducir en Estados Unidos todas y cada una de las especies de aves mencionadas en sus obras?». La Sociedad Americana de Aclimatación se puso manos a la obra.

De entrada, tropezaron con una serie de fracasos: se soltaron pájaros como la alondra, el pardillo y el tordo cantor en la naturaleza (bueno, al menos en la ciudad), pero no llegaron a arraigar y, en un entorno que les era ajeno, murieron al cabo de pocos años. Pero entonces, el 6 de marzo de 1890, Eugene Schieffelin se plantó en Central Park con sus ayudantes y se pusieron a abrir una serie de jaulas que contenían un total de sesenta estorninos europeos.

Tampoco es que se pueda echar la culpa de todo esto a Shakespeare, pero si el hombre hubiera escogido otro pasaje del acto I, escena III, de la primera parte de *Enrique IV*, la historia habría sido muy distinta. En dicha escena, el personaje de Hotspur, para describir su firme resolución de seguir presionando al rey para que pague el rescate de su cuñado Mortimer (pese a que el rey le ha prohibido que mencione su nombre siquiera), dice:

No,
haré que enseñen a un estornino a decir
únicamente «Mortimer», y se lo regalaré
para que no decaiga su ira.

Es la única vez que Shakespeare nombra a los estorninos. En el resto de sus obras completas, el pajarito no vuelve a aparecer. Pero a nuestro Eugene le bastó con esa solitaria referencia.

Esos sesenta estorninos iniciales fueron liberados en 1890, y en 1891 Schieffelin volvió y soltó cuarenta más. En un principio, no parecía que a los primeros estorninos americanos les fuera a ir muy bien: al cabo de pocos años de atroces inviernos neoyorquinos, solo seguían vivos treinta y dos de los cien originales, y todo apuntaba a que iban a correr la suerte de sus infortunados predecesores. Pero el estornino es una criatura correosa y versátil, bregada en adaptarse a nuevos entornos y ganarse la supervivencia por las buenas o por las malas. En un alarde de impactante ironía, una pequeña bandada fue a hallar refugio de los elementos bajo el alero del Museo de Historia Natural: un edificio consagrado a preservar la riqueza medioambiental del país contribuyó sin pretenderlo a alterarla drásticamente. Porque, poco a poco, el número de estorninos fue creciendo. Y creciendo. Y creciendo.

Antes de concluir la década, era habitual verlos por toda Nueva York. Hacia la década de 1920, se habían extendido por medio país. Llegados a la de 1950, ya los había en California. En la actualidad, viven por toda América del Norte unos doscientos millones, y los muy puñeteros se encuentran en cualquier sitio, desde México hasta Alaska.

En palabras de *The New York Times*, se han convertido en «una de las aves más gravosas y nocivas de nuestro continente», o, como los describió en cierta ocasión *The Washington Post*, «posiblemente, el pájaro más odiado de Norteamérica». Se agrupan en bandadas, en espectaculares formaciones que pueden llegar a contar con un millón de aves, y arruinan las cosechas a gran escala, arramblando indistintamente con campos de trigo y patatales, y arrasando silos de grano. Son agresivos, echan a los pájaros de especies locales de sus nidos, y ayudan a propagar enfermedades (salmonelosis, infecciones por hongos...) que afectan tanto al ser humano como al ganado. Sueltan sus excrementos por todas partes y huelen fatal.

Sus inmensas bandadas también son un peligro para el tráfico aéreo. En Boston, en 1960, se calcula que unos diez mil estorninos acometieron a un avión que estaba despegando, destruyeron sus motores y lo hicieron estrellarse contra el suelo, provocando la muerte de sesenta y dos de sus setenta y dos pasajeros.

Los estorninos son una plaga, una amenaza para la salud y un enorme lastre financiero para la economía agrícola de América del Norte. Y la única razón de

que estén ahí es que un buen tipo de clase media-alta cultivaba con demasiado entusiasmo sus aficiones y no se paró a pensar en las posibles consecuencias. Si en vez de por eso le hubiera dado por correr, o por elaborar cerveza en casa, o por pintar acuarelas, nada de esto habría sucedido.

Por verle el lado positivo, supongo que probablemente los estorninos han contribuido a que no se disparara la población de insectos, ¿no?

CINCO ESPECIES MÁS QUE INTRODUCIMOS DONDE NO DEBÍAN ESTAR

1. El gato

A todo el mundo le gustan los gatos. Salvo en Nueva Zelanda, donde no había ningún mamífero depredador hasta que los llevamos nosotros... Lo que fue una mala noticia para las especies locales, y en especial para el kakapo, un tipo de loro rechoncho que no vuela.

2. El sapo de caña

Al igual que el conejo, el sapo de caña fue introducido en Australia con la mejor intención; en este caso, para que se comiera al escarabajo de la caña, una plaga. El escarabajo de la caña no se lo comió, pero sí prácticamente todo lo demás.

3. La ardilla gris

Cuando se introdujo en Gran Bretaña e Irlanda la ardilla gris americana, no tardó nada en ponerse a mangonear y a avasallar a la ardilla roja nativa, hasta llevarla al borde de la extinción.

4. El mosquito tigre asiático

Esta especie de mosquito, particularmente molesta y potencialmente transmisora de enfermedades (a diferencia de muchas otras especies, se alimenta a todas horas), destaca por la facilidad con que ha saltado de continente a continente. A América llegó en 1985, en un cargamento de neumáticos usados procedente de Japón.*

5. El pez cabeza de serpiente del norte

Mira, si vas a introducir una especie asiática en América, casi mejor que no sea un voraz pez carnívoro capaz de desplazarse por tierra y sobrevivir varios días fuera del agua, ¿no? Son ganas de buscarse problemas.

Seguid al líder

A medida que las sociedades humanas se hacían más complejas, con aldeas que se convertían en ciudades que se convertían en grandes urbes, nos vimos obligados a hacer frente a un problema habitual para cualquier grupo grande que deba afrontar una tarea complicada, ya se trate de fundar una civilización o de elegir restaurante para salir a cenar. Al final, hace falta que alguien tome una decisión.

No sabemos gran cosa sobre cómo se organizaban las primeras sociedades humanas. Siendo nuestra naturaleza la que es, podemos apostar a que siempre ha habido gente dada a andar mandando a los demás, pero no está del todo claro en qué momento eso pasó de ser una afición a convertirse en un trabajo a tiempo completo.

Lo que sí sabemos es que (como ya hemos dicho), poco tiempo después de que naciera la agricultura, la humanidad inventó la desigualdad. Bien hecho, humanos. Eso lo han deducido los arqueólogos a partir del tamaño de las casas de los primeros asentamientos. En un primer momento, no había grandes diferencias entre ellas. Las sociedades parecían ser bastante igualitarias. Pero transcurridos unos pocos miles de años desde que nos pusimos a sembrar cosechas empezó a surgir una élite cuyas casas eran más grandes y lujosas que las de los demás. En las Américas, parece ser que esta desigualdad creciente se estabilizó en un cierto nivel al cabo de unos dos mil quinientos años de agricultura; pero en el Viejo Mundo no dejó de aumentar. ¿Por qué? Una posible explicación es que en el Viejo Mundo tenían animales de tiro, como caballos y ganado, que podían utilizar para el transporte o para labrar la tierra, lo que facilitaba la acumulación de riqueza individual transmisible de generación en generación. Y así nació el famoso 1%.

En algún momento, esas élites dejaron de conformarse con ser un poco más ricas que todos los demás y pasaron a gobernarlos, sin ambages. Probablemente, en las primeras ciudades lo más parecido a un gobierno que hubo lo encarnaron líderes espirituales o religiosos, pero luego, hace unos cinco mil años, algo cambia de forma simultánea en Egipto y en Sumeria (lo que hoy es Irak), y ya tenemos la forma favorita de gobierno de todo el mundo: ¡la monarquía dinástica absolutista! Hay una tabla de piedra sumeria que enumera todos los reyes (y una única reina en solitario) por su orden, lo que nos resulta de gran utilidad. Lo que ya no es tan útil, no obstante, es la evidencia de que una parte es pura patraña. Del primer monarca que menciona, Alulim, registra un reinado de veintiocho mil años, lo que, francamente, parece improbable, dado que significaría que hoy aún le quedarían veintidós mil años de gobierno.

¿Por qué exactamente opta la humanidad una y otra vez por plantear la toma de decisiones con el enfoque «pongamos a un tío al mando de todo»? Evidentemente, es posible que no tuvieran muchas opciones tampoco: los primeros gobernantes pudieron hacerse con el poder por la fuerza, o por alguna otra forma de coacción. Pero también parece probable que tuviera que ver con la guerra: en Egipto, las dinastías faraónicas arrancan tras la unificación del reino por conquista, y los reyes de Sumeria surgen en un periodo de crecientes conflictos entre ciudades. Un poco más adelante, en el 2334 a. C., tras varios siglos de reyes sumerios, el reino fue conquistado por el vecino rey Sargón de Acad, que andaba ocupado levantando el primer imperio de la historia. En México, en el valle de Oaxaca, los arqueólogos han constatado el desarrollo de este proceso en una única localización. El asentamiento de San José Mogote comienza siendo un poblado pequeño, igualitario y no jerarquizado, hace aproximadamente tres mil seiscientos años, poco después de la adopción de la agricultura. A lo largo de los mil años siguientes, más o menos, los pequeños conflictos que mantenía con los poblados vecinos se van agravando, a la vez que aumentan su riqueza y la desigualdad, hasta que, hace unos dos mil cuatrocientos años, aparece regido por una jefatura, el valle cae en un estado de guerra y la población de San José Mogote se ha trasladado a una montaña y ha empezado a levantar una muralla defensiva.

¿Qué fue primero, los líderes o las guerras? La pregunta es un poco como la del huevo y la gallina, pero parece que ambas cosas van de la mano (y, lamentablemente para todos los demás, no es algo de lo que se pudiera descolgar quien prefiriera seguir viviendo en una aldea pequeña e igualitaria). Para

satisfacción de los entusiastas de la guerra, nos extenderemos sobre ese tema un par de capítulos más adelante, pero de momento vamos a centrarnos en los líderes.

Sé que resulta difícil de creer en estos tiempos nuestros felices e ilustrados, pero a veces la gente que se alza con el liderazgo de su país resulta no ser la más adecuada para el cargo. En realidad, tampoco es tan sorprendente: para empezar, es probable que haya que ser un poco rarito, cuando menos, para querer siquiera dirigir un país. A muchos ya se nos hace cuesta arriba decidir de buena mañana qué calcetines nos ponemos, no te digo ya decidir qué calcetines debe ponerse un país entero.

Claro que hay muchos tipos distintos de líderes, y muchas formas en que los países pueden acabar cargando con ellos. Hay autocracias para todos los gustos: la monarquía hereditaria, el gobierno por ley divina, el conquistado por la fuerza, etc.; igual que hay distintos tipos de dictadores. Ah, y también están las elecciones democráticas. Haremos un repaso rápido de las cagadas de la democracia en el próximo capítulo; en este, echaremos una ojeada a algunos de los autócratas más incompetentes, nefastos o simplemente estafalarios.

Empecemos con Qin Shi Huang, el primer emperador de China, un hombre que dio forma a nuestro mundo moderno hasta un punto bastante impresionante, al combinar una visión a largo plazo y un planteamiento brutal, pero efectivo, para lograr que las cosas se hagan. Para su desgracia, también la cagó por engañarse a sí mismo y pretender abarcar demasiado, muy al estilo de los supervillanos.

Qin unificó los siete reinos enzarzados en guerras que había en China en un solo país con la sibilina y diplomática táctica de conquistarlos todos. Nadie lo había logrado hasta entonces: en el año 222 a. C., en una época en que Roma apenas empezaba a considerar seriamente la posibilidad de expandirse más allá de la península itálica y hacerse con un imperio, Qin fundaba una vasta entidad política que sobreviviría a todas las demás.

Sus logros no se quedaron ahí, sino que a la vez que conseguía eso acometió una serie de reformas que marcarían las pautas de cómo debía organizarse un país moderno: reducir la influencia de los señores feudales e implantar una burocracia centralizada, los sistemas de escritura, moneda y medidas, y construir infraestructuras de comunicación vitales, como una enorme

red viaria y un servicio de correos adelantado a su tiempo. Ah, y empezó a trabajar en la construcción de las primeras secciones de lo que acabaría siendo la Gran Muralla.

Así que, ¿qué tenía Qin de malo, entonces? Bueno, es de lamentar que hiciera todo eso a base de sofocar toda oposición, prohibir cualquier filosofía contraria, ejecutar a quienes expresaban su desacuerdo y someter con violencia a esclavitud a los campesinos para llevar a cabo sus proyectos de construcción. Es probable que esto no sorprenda a nadie, dada la forma en que históricamente han funcionado las cosas.

Lo que ya sorprende un poco más es lo que hizo con todo aquel poder centralizado sin precedentes y con su extensa red de comunicaciones: obligar a sus súbditos a buscar el elixir de la vida.

Qin, ambicioso como era, estaba obsesionado con la inmortalidad, y convencido de que desplegando el poder de su nuevo Estado podría, mediante la fuerza bruta, conseguir hacerse con el secreto de la vida eterna. Envío requerimientos por todo el país, implicando a todo el mundo, desde médicos a soldados o comerciantes de los rincones más remotos del reino, para que colaboraran en su búsqueda. Condujo lo que era una empresa personal suya como una iniciativa gubernamental prioritaria; su corte central recibía informes periódicos desde diversos puestos fronterizos sobre los avances conseguidos, así como muestras de hierbas y pociones para someterlas a su consideración. En el marco de ese empeño, todos los médicos debían registrarse ante el Estado. En cierto modo, fue una forma temprana de sistema centralizado de salud. En otros sentidos, no fue eso en absoluto.

Muy a su pesar, el plan de Qin no resultó en un gran sistema sanitario desde el punto de vista de sus intereses. Como corresponde a un supervillano, su búsqueda de la inmortalidad fue su ruina: se cree que muchas de las muestras de supuestos elixires de la vida que probó contenían mercurio. Lo que, naturalmente, le mató (y probablemente también le volvió loco por envenenamiento por mercurio antes de matarle, lo que es, a las claras, precisamente lo más deseable en un gobernante absolutista ávido de poder cuya palabra es la ley).

Para cuando Qin murió, estaba todo el mundo tan cabreado con él que las revueltas estallaron casi a renglón seguido de que hiciera mutis por el foro, y derrocaron a su heredero al cabo de pocos años. La dinastía de Qin no perduró,

aunque el país que fundó sea hoy en día una superpotencia. Y eso que nunca dieron con el secreto de la vida eterna.

Si queremos una guía práctica de por qué es mejor no poner a alguien con el temperamento de un niño malcriado al frente de un país, bien podríamos hacerlo sin salir de China, pero dando un salto adelante de unos diecisiete siglos, hasta el año 1505, para empezar por el emperador Zhengde (o Zhu Houzhao, antes de su ascensión al trono).

Una cosa es que le desagradara ocuparse efectivamente de cualquier tarea de gobierno, cuando preferiría mil veces salir a cazar tigres o encamarse con un número disparatado de mujeres. No es lo ideal, pero, oye, hay que hacer el cesto con los mimbres que uno tiene.

Lo que ya fue más extraño es que se inventó un *alter ego* —un deslumbrante líder militar llamado general Zhu Shou— y empezó a dar órdenes a ese general imaginario de ir a batallar al norte, órdenes que, caracterizado como Zhou Shou, se apresuraba a cumplir disciplinadamente, como no podía ser de otra manera. Lo que, por una llamativa coincidencia, dio en apartarle de sus tareas de gobierno durante muchos meses.

Eso fue raro, la verdad.

Pero quizá no tan raro como el hecho de que se hiciera construir una réplica a tamaño natural de un mercado urbano en el recinto del palacio, y obligara a todos sus altos funcionarios y caudillos militares a disfrazarse de tenderos y fingirse comerciantes que compraban mercancías, para poder vestirse él a la manera del pueblo llano y pasearse por el mercado como si estuviera haciendo la compra. Y si sorprendía a alguno con aire de estar aunque fuera mínimamente contrariado por aquella pérdida de tiempo extremadamente humillante, le despedía, o algo peor.

Sí, puede que eso fuera lo más raro.

Aunque, en fin, hubo también una ocasión en que decidió que era buena idea almacenar toda su pólvora dentro del palacio justo antes de que se celebrara un festival de lámparas que acabó más o menos como cabía esperar: de forma explosiva (él sobrevivió al incendio, pero luego murió a los veintinueve años de una enfermedad que cogió al caerse de una barca. ¡Qué capullo!).

Un problema de los sistemas hereditarios es que con cierta frecuencia acaban poniendo al mando a alguien que, claramente, preferiría dedicarse a cualquier cosa antes que a gobernar. Fue el caso del emperador Zhengde, y también el del pobre Luis II de Baviera. A diferencia de la mayoría de los demás

gobernantes de esta lista, Luis, el Rey Loco, era prácticamente inofensivo; lo único que le pasaba era que no estaba ni remotamente interesado en nada de lo que se esperaba que se ocupara el rey de Baviera. Prefería más bien consagrar su vida a hacer cosas superlativamente fabulosas.

Si echamos una ojeada a la historia de la presunta locura de los gobernantes, no es difícil reparar en que muchos de los casos que figuran en las listas de los monarcas más chiflados tienen algo en común. A saber: que quienes se encargan de escribir la historia parecen utilizar las palabras *loco* o *excéntrico* como equivalentes en clave de *insuficientemente heterosexual*. Mención especial merece la reina Cristina de Suecia, que se negó a casarse, gustaba de vestir ropa masculina e ir despeinada, y tenía lo que hoy probablemente llamaríamos una «amiga especial». Cuando la presionaron para que encontrara esposo, prefirió renunciar al trono, abandonar Suecia vestida de hombre y mudarse a Roma, en la que entró a caballo con traje de amazona.

Sobre la verdadera orientación sexual de figuras históricas solo podemos hacer conjeturas (y hay que recordar que el concepto de *gay* como identidad específica y diferenciada solo se ha consolidado en las sociedades en los últimos ciento cincuenta años, más o menos). Dicho eso, sigue sin parecer nada aventurado afirmar que Luis II era supersupergay.

Luis era un soñador tímido y creativo con un radical desinterés por los asuntos políticos o por comandar un ejército. Cuando ascendió al trono en 1864, a la tierna edad de diecinueve años, prefirió retirarse de la vida pública y consagrar su reinado a convertirse en protector de las artes. Lo que, además, se le daba bastante bien.

Colmó de recursos al teatro, contratando a los talentos más destacados, e hizo de Múnich la capital cultural de Europa. Era un ferviente admirador de Wagner y se convirtió en su mecenas personal: financió y mantuvo al compositor durante la producción de las grandes obras maestras del final de su carrera, cuando todo el mundo había intentado echarle de la ciudad por energúmeno. Y, por encima de todo, estaban los castillos.

Luis quiso llenar Baviera de castillos de cuento de hadas. Recurrió para su diseño a escenógrafos en vez de a arquitectos, y gastó lo que no está escrito en una serie de palacios vistosos y cada vez más barrocos: Schloss Linderhof, Herrenchiemsee y especialmente el muy dramático Schloss Neuschwanstein, encaramado a un saliente rocoso de los Alpes cerca del hogar de su infancia.



Schloss Neuschwanstein. Alamy (SOTOK2011/ACI)

Todo esto inquietaba enormemente a la flor y nata de la sociedad bávara. Tampoco es que pueda decirse que Luis descuidaba sus obligaciones (despachaba el papeleo expeditivamente para poder volver a sus verdaderas pasiones), pero iba entrampándose para financiar sus empresas artísticas, detestaba asistir a ceremonias públicas y su mayor interés en los asuntos militares era, al parecer, que la caballería estaba repleta de tíos buenos.

Y estaba la cuestión de que no tenía heredero. Como era habitual en los reyes, Luis estaba sometido a presiones constantes para que se casara y tuviera hijos. Se comprometió con una duquesa que compartía su amor por Wagner, pero a medida que se avecinaba la fecha de la boda la posponía una y otra vez, hasta que acabó cancelándola. No volvió a estar ni remotamente a punto de casarse.

Al final, a medida que las deudas de Luis aumentaban y sus planes para construir nuevos castillos se hacían cada vez más elaborados, sus enemigos de la corte decidieron actuar, y aplicaron la tradicionalísima técnica de hacer que se le declarara loco. Y es que la idea de que la familia de Luis pudiera tener un historial de problemas mentales no está fuera de lugar (su tía Alejandra creía que tenía un piano de cristal dentro del cuerpo, lo que no le impidió llegar a desarrollar una carrera literaria). Pero de los cuatro eminentes médicos a los que los conspiradores convencieron para que confirmaran el diagnóstico de Luis, ninguno llegó a examinarle, y solo uno le había conocido personalmente (doce

años antes). Entre las pruebas de su palmaria incapacidad para gobernar estaba el hecho irrecusable de que había prohibido a un criado que le echara leche en el café.

Pero el ardid funcionó, y pese a los esfuerzos de una baronesa amiga que se opuso a los comisarios del gobierno a golpe de paraguas, Luis fue depuesto y encerrado (perdón, «tratado de sus dolencias») en un castillo situado al sur de Múnich. Las sospechas de que algo se había cocido entre bambalinas en este asunto no hicieron sino aumentar cuando, al cabo de tres días, tanto Luis como su médico fueron hallados sin vida en un lago poco profundo, en lo que solo puede describirse como «misteriosas circunstancias».

Pero, en cierto modo, fue Luis quien rio el último. ¿Qué fue de todos esos castillos en los que derrochaba el dinero a manos llenas? Hoy son mundialmente famosos —Schloss Neuschwanstein es el símbolo icónico de Baviera en todo el planeta— y atraen a millones de visitantes cada año, lo que es una gran noticia para la economía bávara. Si los conspiradores no hubieran atajado los planes de Luis para el futuro al deponerle, quién sabe cuántos más tendrían los bávaros. En este caso, no fue el pobre Luis con sus fantasías quien la jodió. Fueron ellos.

Aunque el lector no haya oído hablar jamás de Schloss Neuschwanstein, lo ha visto un centenar de veces. Sus románticas torretas y chapiteles fueron la inspiración directa de los castillos de las películas de Disney *Cenicienta* y *La bella durmiente*, que se convirtieron a su vez en sinónimos de la mayor empresa de entretenimiento del mundo. Cada vez que uno ve esa estrella fugaz rociando con polvo de hadas el castillo del logo de Disney, ve perpetuarse el sueño de Luis.

Luis no ha sido ni mucho menos el único líder cuyos sueños y talento iban por caminos distintos de los asuntos de gobierno. Su amor por la construcción de castillos, al menos, era una vocación vagamente incluida en el ámbito de los intereses apropiados para un monarca. Una trayectoria menos adecuada habría sido, pongamos por caso, la de ratero entusiasta e infatigable.

En fin, si lo único destacable que hubiera hecho en su vida Faruk I de Egipto hubiera sido birlarle el reloj a Winston Churchill mientras tomaba parte en una reunión decisiva durante la Segunda Guerra Mundial, tal vez habría dejado otro recuerdo. En el peor de los casos, habría pasado a la historia como un personaje ligeramente excéntrico, una leyenda consagrada que fue sobre todo el rey del cotilleo.



Faruk I de Egipto (1920-1965). Alamy (World History Archive/ACI)

Pero Faruk no se contentó con eso.

A pesar de que era más rico de lo que ninguno de nosotros podría llegar a soñar, a Faruk —segundo y último rey adulto de Egipto— nada le gustaba más que robar. Robaba a la flor y nata, y también al pueblo llano. Hizo que liberaran de la cárcel al ratero más famoso de Egipto solo para que le enseñara a robar mejor. Cuando el cadáver del recién fallecido sah de Irán hizo escala en Egipto de camino a Teherán, Faruk robó, literalmente, una espada enjoyada y otros objetos de valor de dentro del féretro (no sorprenderá a nadie que esto provocara un pequeño incidente diplomático).

No era solo su afición a robar lo que apuntaba a que tal vez Faruk no tenía madera de rey. Era famoso por su apetito y su gusto por las fiestas y la vida lujosa. Descrito alguna vez como «un estómago con cabeza», tras convertirse en rey siendo un apuesto adolescente no tardó en inflarse hasta pesar ciento treinta kilos. Estaba tan orgulloso de su coche oficial, un Bentley rojo, que decretó que en Egipto nadie más pudiera poseer un coche de ese color. Amasó una enorme colección de porno *light*. Jugador compulsivo y derrochador, se rodeó de una camarilla de oportunistas, estafadores y funcionarios corruptos. En cierta ocasión, tras tener una pesadilla en la que le atacaba una manada de leones, se despertó y ordenó que le llevaran al zoo de El Cairo, donde, ni corto ni perezoso, acabó a tiros con sus leones.

Todo eso podría haberle salido gratis de no haber estado tan ocupado malquistándose con la gente de otras maneras. Gran Bretaña había reconocido a regañadientes la independencia de Egipto en 1922, pero seguía manteniendo una amplia e impopular presencia militar en el país, y entre los súbditos de Faruk se extendía la percepción de la monarquía como un títere de Occidente. Los británicos, por su parte, estaban cada vez más molestos con Faruk por no ser lo *bastante* títere (nos extenderemos más sobre este tipo de cosas en un capítulo posterior sobre el colonialismo).

Cuando estalló la Segunda Guerra Mundial, no fueron ya cosas del estilo de birlarle el reloj a Churchill lo que indispuso a todo el mundo con Faruk. Fueron otras cosillas, como que se negara a apagar las luces de su palacio de Alejandría mientras la ciudad estaba a oscuras a causa de los bombardeos alemanes. O que enviara a Adolf Hitler una nota diciendo que vería con buenos ojos una invasión nazi siempre que pudieran librarle de los británicos.

Faruk consiguió sortear las hostilidades por los pelos, declarando la guerra a las potencias del Eje a última hora, cuando los combates prácticamente habían finalizado, pero ya no duró mucho más. Fue derrocado por un golpe militar en 1952 (su hijo de seis meses se convirtió formalmente en rey durante apenas un año antes de que se aboliera la monarquía) y vivió el resto de su vida entre Mónaco e Italia, donde, según decía la revista *Time*, «se volvió aún más repugnante y más persistente en su acoso a las mujeres». Finalmente, murió a la manera tradicional de los líderes en el exilio: de un ataque al corazón, a los cuarenta y cinco años, mientras se fumaba un puro tras una copiosísima comida en un restaurante de Roma.

Para que conste, a Churchill no le hizo ninguna gracia lo del reloj, y exigió airadamente que le fuera devuelto.

Cabría esperar que la calidad de los gobernantes que nos tocan en suerte mejorara un poco a lo largo del tiempo, pero en la era moderna abundan los líderes que rivalizan con sus homólogos históricos en su incomprensible atrocidad. Así, Saparmurat Niyazov, que gobernó Turkmenistán durante más de veinte años, desde que aún formaba parte de la Unión Soviética, pasando por la independencia y hasta su muerte en 2006, despunta como ejemplo de libro de que siempre es posible montar un culto a la personalidad en torno a un dictador, aunque la personalidad del dictador sea de una estupidez supina.

Durante dos décadas, el presidente vitalicio Niyazov gobernó el país conforme a sus caprichos personales, que eran en su inmensa mayoría raros a

más no poder. Insistía en que se refirieran a él como *Turkmenbashi*, que significa «Líder de los Turcos». Ilegalizó la presencia de perros en Asjabad, la capital, porque no le gustaba cómo olían. Prohibió las barbas, que los hombres llevaran el pelo largo y dientes de oro. Era muy dado a censurar a celebridades televisivas, y prohibió que los locutores de televisión usaran maquillaje porque, según él, hacía difícil distinguir a los hombres de las mujeres. Prohibió también la ópera, el *ballet* y el circo, el *playback* en los conciertos, la reproducción de música grabada en celebraciones como las bodas, y hasta oír la radio en el coche.



Estatua de oro gigante de Saparmurat Niyazov (también llamado *Turkmenbashi*) en Asjabad. Getty Images
(© Robert Preston)

Erigió en Asjabad una gigantesca estatua de oro de sí mismo que giraba de forma que mirara siempre al sol. No podía resistirse a poner su nombre a cosas. En 2002, ordenó que el mes de enero pasara a llamarse *turkmenbashi*, y el de abril *gurbansoltan*, como su madre. Rebautizó una gran ciudad como Turkmenbashi. Al pan le cambió el nombre por el de su madre. El aeropuerto de Asjabad se llamó «aeropuerto internacional Saparmurat Turkmenbashi». Decretó un día festivo en honor del melón, concretamente de una nueva variedad de cantalupo que se denominó, en un golpe de efecto sorprendente, *turkmenbashi*.

Escribió un libro titulado el *Ruhnama*, en parte recopilación de poesía, en parte autobiografía, en parte sospechosa lección de historia y en parte folleto de autoayuda. Que a uno no le gustara el libro estaba penado con tortura. El conocimiento del libro se incluía obligatoriamente en el examen para sacarse el carnet de conducir. Cerró todas las librerías salvo las de la capital, con el argumento de que el Corán y el *Ruhnama* eran los únicos que le hacía falta leer a

cualquiera. Erigió una enorme estatua de su propio libro en la capital, que daba vueltas y reproducía en audio a intervalos regulares algunos de sus pasajes. La lectura del libro fue declarada prerequisite para entrar en el cielo (posiblemente, se lo escribió otro por encargo.)

Gastaba sumas ingentes en edificios ridículos, como un palacio del hielo en medio del desierto, una pirámide gigante y una mezquita de setenta y siete millones de euros que llamó Espíritu de Turkmenbashi. Construyó una escalera gigante de cemento en una montaña pelada, y obligó a todo funcionario público a darse por ella un paseo de treinta y siete kilómetros una vez al año. En 2004, despachó a quince mil médicos del servicio nacional de salud y los reemplazó con soldados; clausuró todos los hospitales de fuera de la capital, alegando que el que cayera enfermo podía viajar hasta allí; sustituyó el juramento hipocrático por otro de fidelidad a Turkmenbashi. Se dice que solía confiscar cargamentos de drogas de contrabando y guardarlos para su consumo personal, e iba pegando tiros a enemigos imaginarios en la penumbra de su residencia. No había libertad de prensa, se reprimía a los opositores y todas las agrupaciones públicas, partidos políticos y religiones debían registrarse en el «Ministerio de Equidad». En el exterior de dicho ministerio se alzaba una gran estatua de la figura de la justicia (que llamaba la atención de la gente por su sorprendente parecido con la madre de Turkmenbashi).

No está del todo claro que puedan extraerse lecciones más profundas del largo y extremadamente infausto Gobierno de Niyazov, aparte de esta: si alguna vez te sorprendes actuando como él, siquiera remotamente, para inmediatamente, por lo que más quieras.

Pero por muy malo que fuera Turkmenbashi, y por infortunado que fuera Turkmenistán al verse sometido a sus dictados durante dos décadas, el hombre no alcanza a situarse a la cabeza de la lista de «autócratas lamentables en grado sumo». Ha habido gobernantes más perversos, y posiblemente incluso gobernantes más incompetentes. Pero si queremos un buen ejemplo de lo que puede llegar a joderlo todo una autocracia, difícilmente hallaremos uno mejor que el periodo del Imperio otomano, que demostró que a veces los males, efectivamente, llegan de tres en tres.

Pocos lugares han encadenado una serie de gobernantes tan infames como la que padeció el Imperio otomano durante la primera mitad del siglo XVII. A dos de ellos se los suele mencionar con el calificativo del Loco añadido a su nombre a toro pasado, lo que nunca indica nada bueno. Y lo que es peor, el que ni siquiera recibe el título del Loco bien podría ser el que más lo merece.

Dado que dos de ellos eran hermanos y el otro era su tío, se hace difícil no sospechar que algo hereditario podría haber en ello. Pero también le asalta a uno la pregunta: «Bueno, ¿y qué esperabas?». Si alguien se propusiera montar un sistema concebido para producir gobernantes un tanto inestables, difícilmente podría superar este.

El palacio de Topkapi, en Estambul, no era un lugar especialmente seguro durante aquel periodo, sobre todo si uno era hijo del sultán de turno. El problema eran tus hermanos (al menos, desde el momento en que el sultán se moría y todos tratabais de reclamar el trono al mismo tiempo).

Como tendía a ocurrir en las monarquías por aquel entonces, las luchas más sangrientas por la sucesión se habían convertido, de hecho, en una tradición a lo largo de los siglos precedentes; tradición que incluía el inconveniente hábito de degenerar en una larga guerra civil. Eso no le venía demasiado bien a nadie, y menos a quien tuviera un Imperio que expandir, así que los hijos de los sultanes solían decidir que era más efectivo prevenir las rivalidades fraternas haciendo..., vaya, haciendo asesinar a todos sus hermanos.

La desventaja de este fratricidio institucionalizado era que las dinastías otomanas estaban permanentemente amenazadas con tener un final abrupto, si un sultán moría sin hijos que le sucedieran y sin hermanos tras haberlos asesinado él mismo. Estaba además el asuntillo del sultán Mehmed III, que hizo matar nada menos que a diecinueve hermanos menores suyos cuando accedió al trono en 1595, algo que todo el mundo encontró un tanto excesivo. Por eso, a partir de Ahmed I, sucesor de Mehmed III, se alcanzó un compromiso: el Kafes, que significa literalmente «la Jaula», que era un lugar para mantener a los hermanos de repuesto.

La Jaula no era en realidad una jaula; era una torre relativamente lujosa, decorada con gusto y situada al lado del harén. Pero tenía, decididamente, algunas características en común con una jaula. Como que no se podía salir de ella, por ejemplo.

Cuando, en 1603, Ahmed I fue designado sultán, rompió inesperadamente con la tradición de asesinar a la competencia y respetó la vida de su hermano

menor, Mustafá. Puede que el hecho de que Ahmed tuviera tan solo trece años —y Mustafá, doce— tuviera algo que ver con la decisión (Ahmed ni siquiera tendría hijos hasta el año siguiente). Y en parte pudo deberse a que sentía simpatía por Mustafá, que al parecer ya era bastante frágil de por sí. En definitiva, parece haber una posibilidad de que Ahmed fuera... ¿casi un buen tipo?

En todo caso, a Mustafá, en vez de matarle, le enviaron a vivir en la Jaula, mientras Ahmed I seguía de sultán tan tranquilo. Y todo fue como la seda hasta 1617, cuando Ahmed murió de tifus.

A esas alturas, ya había engendrado un montón de hijos, que técnicamente debían haber heredado el trono. Pero debido a una combinación del hecho de que eran muy pequeños y de un surtido de intrigas palaciegas (a las que no era ajena la consorte favorita de Ahmed, Kösem, que no quería que sus hijos fueran asesinados cuando su medio hermano primogénito accediera al poder), quienes manejaban los hilos de la corte decidieron cambiar la línea de sucesión. En vez de pasar al hijo mayor de Ahmed, Osmán, pasaría de hermano a hermano. Y así fue como Mustafá se convirtió en Mustafá I.

Puede decirse sin ambages que el apaño no salió bien.

Lo cierto es que Mustafá no estaba hecho para ser sultán. No parece que la idea le entusiasmara, y tampoco facilitaba las cosas que hubiera pasado sus primeros doce años de vida convencido de que su hermano iba a asesinarle, y los catorce siguientes encerrado sin otra cosa que hacer que tomar opio y pasar el rato con concubinas. Los poderosos eunucos de la corte confiaban en que reintroducirlo en la sociedad le haría centrarse un poco. Pero no.

El planteamiento básico que se hizo Mustafá de lo que es gobernar parece que pasaba por reírse un montón, tomar el pelo a sus visires y tirarles los turbantes cuando trataban de referirle asuntos gubernamentales importantes. Tenía tendencia a designar a gente al azar —como un agricultor al que conoció estando de caza— para cubrir cargos oficiales de gran peso. También llamaba la atención que fuera por palacio acompañado de dos esclavas prácticamente desnudas, así como su costumbre de intentar dar de comer monedas de oro y plata a los peces.

La situación se prolongó unos tres meses, hasta que todo el mundo estuvo hasta la coronilla y dijo basta, y Mustafá I fue derrocado por el joven Omán, que contaba catorce años. No se sabe cómo, logró librarse de ser asesinado por segunda vez, para ser devuelto a la Jaula.

Ahí habría quedado todo, de no ser porque el precoz Osmán era un sultán ambicioso y heterodoxo, empeñado en hacer reformas, y se negaba a someterse a las tradiciones (bueno, casi siempre: aún coló de rondón el asesinato al menos de uno de sus hermanos en el transcurso de su reinado, por los viejos tiempos). Osmán cometió el error garrafal de irritar más de la cuenta a las unidades de élite del ejército otomano, los jenízaros, al culparlos de perder una batalla en la que él mismo había comandado las tropas, castigarlos con la clausura de sus cafeterías y prohibirles fumar y beber, para acabar considerando disolver el cuerpo sin más y armar otro ejército en Siria.

Aunque puede que a Osmán no le faltara razón en lo tocante a su eficacia militar, tampoco es de extrañar que los jenízaros no estuvieran muy de acuerdo con el plan. De modo que a Osmán II le cupo el honor de protagonizar el primer caso de regicidio de la historia otomana, al morir a manos de sus propios soldados mediante una ingeniosa combinación de estrangulamiento y «compresión de los testículos».

Y entonces, a falta de otro candidato a la sucesión, Mustafá volvió a salir de su Jaula. Y no estaba en su mejor momento.

No está claro que todo el mundo pensara que otros cuatro años de confinamiento podían haber hecho mejorar de algún modo su estado mental, pero, de ser así, se verían decepcionados enseguida, ya que Mustafá volvió directamente a las andadas, de modo aún más delirante. Para empezar, cuando fueron a sacarle de la Jaula y le dijeron que volvía a ser sultán, se parapetó en el interior y se negó a salir, con la siguiente explicación (bastante razonable): «No quiero ser sultán». Una vez que hubieron logrado sacarle con un cabrestante por un agujero abierto en el tejado, pasaba gran parte del tiempo corriendo por el palacio en desesperada búsqueda de Osmán II, convencido de que seguía vivo y debía de estar escondido en un armario. Si conseguía encontrar a Osmán, según su razonamiento, su hermano podía retomar el sultanato y él no tendría que hacerse cargo.

La situación aún se sostuvo diecisiete meses (durante los cuales, Mustafá encontró tiempo para, al menos, poner al frente de una mezquita importante a un mulero que había conocido) antes de que todo el mundo conviniera en que ya habían aguantado bastante. Hasta la madre de Mustafá apoyó la idea de deponerle por segunda vez, con la precisión de que preferiría que se las

ingeniaran para no matarle. Lo llamativo es que todos estuvieron de acuerdo, y Mustafá fue despachado a vivir el resto de sus días en la Jaula, habiéndoselas apañado para ser sultán dos veces y asesinado cero veces.

El nuevo sultán, Murad IV, presentaba dos grandes ventajas a ojos de los peces gordos de la corte otomana: a) no estaba palmariamente loco; y b) era un niño de once años. A su madre, Kösem, que era un pez gordo por méritos propios además de sumamente hábil, este arreglo le supuso poder gobernar unos cuantos años en nombre de un sultán títere. Hasta que Murad IV se hizo lo bastante mayor para dejar claro que, aunque no estuviera propiamente mal de la cabeza, sí que era, cuando menos, un rematado bastardo.

Habiendo heredado un Imperio que estaba hecho unos zorros, decidió que debía afirmar su autoridad. Con mano dura. Considerando que su medio hermano Osmán no había ido lo bastante lejos al prohibir cosas únicamente al ejército, Murad prohibió fumar, beber y sobre todo tomar café a todos los habitantes del Imperio otomano.

En una lista de «disposiciones pensadas para cabrear a mucha gente», prohibir el café en Turquía vendría a situarse a un nivel similar que prohibir el queso en Francia, las armas de fuego en Estados Unidos y..., bueno, los estereotipos patrios en Gran Bretaña. Pero Murad estaba decidido. Odiaba a los cafeteros hasta tal punto que patrullaba las calles de noche vestido de plebeyo en busca de gente que estuviera tomando café para ejecutarla en el acto.

Cuando no andaba haciendo cumplir sus severas leyes anticafé, le gustaba relajarse ejecutando a gente por cualquier otro motivo que se le ocurriera: por tocar el tipo de música equivocado, por hablar demasiado alto, por caminar o navegar demasiado cerca de su palacio o por el solo hecho de ser mujer. Especialmente por ser mujer. Odiaba a las mujeres con toda su alma.

Hacia el final de su reinado, ya ni siquiera ejecutaba a gente en sentido estricto, ya que eso implica que tuviera algún pretexto, por vago que fuera. Lo que hacía era, como quien dice, andar por ahí con una espada, cabreado como una mona, matando a cualquier infeliz con quien se cruzara. Algunas estimaciones sugieren que pudo haber ejecutado personalmente a unas veinticinco mil personas en un periodo de tan solo cinco de sus diecisiete años de reinado (lo que sale a una media de más de trece diarias). Vale la pena enfatizar una vez más que hablamos del tío a cuyo nombre no se añadió el calificativo del Loco.

Ah, y huelga decir que también asesinó a la mayoría de los hermanos que

Osmán había pasado de asesinar.

De hecho, cuando en 1640 murió Murad IV (de cirrosis hepática, para sorpresa, sin duda, de sus súbditos, a quienes había prohibido beber alcohol), solo le quedaba un hermano no asesinado: Ibrahim. Para entonces, Ibrahim había pasado la práctica totalidad de sus veinticinco años de vida confinado en la Jaula, temiendo en todo momento su aparentemente inevitable asesinato. Y en esto no andaba del todo equivocado: Murad sí había dado orden de asesinarle desde su lecho de muerte, ya que prefería ver extinguida del todo la dinastía otomana antes que el advenimiento de Ibrahim al trono. La única razón por la que no se consumó el asesinato fue que, como ocurre a menudo cuando hay dos hermanos peleados, intervino Kösem, su madre, y lo evitó.

Pero aunque todo el mundo estuvo tentado de suspirar con alivio al librarse de Murad, Ibrahim no tardó en sacarlos de su error. Porque puede que no estuviera loco cuando entró en la Jaula, pero sin duda lo estaba cuando salió.

Como ocurriera antes con Mustafá, al principio se mostró reticente a poner ni un pie fuera de la Jaula, convencido como estaba de que era una sucia artimaña de Murad para acabar con su vida a su gusto. Lo único que pudieron hacer para tranquilizarle fue llevarle el cadáver del sultán.

Cuando ya le habían engatusado para que saliera, Kösem —al comprender acaso que no era del todo apto para gobernar— le sugirió que tal vez prefiriera ocuparse con unas cuantas concubinas. Por desgracia, Ibrahim llevó su sugerencia al extremo.

Aparte de sus otras inclinaciones (como su obsesión por las pieles: llevaba siempre abrigo de piel, y exigió que todas las estancias de su palacio fueran engalanadas con grandes cantidades de pieles), Ibrahim era un obseso sexual, prácticamente insaciable. Esto le venía bien a Kösem, que estaba ocupada gobernando por él: hizo que se proporcionara a Ibrahim un número ingente de esclavas, y le atiborraba de afrodisiacos para que el agotamiento o la impotencia no le dejaran sexualmente incapaz el tiempo suficiente para que pudiera, por accidente, gobernar un poquito él mismo.

Los hábitos sexuales de Ibrahim incluían —voy a ser franco al respecto— algunos aspectos extremadamente sórdidos. Siendo príncipe de Moldavia, Demetrio Cantemir escribió años después: «Muy a menudo, reunía en los jardines de palacio a todas las vírgenes, las hacía desnudarse y, relinchando como un semental, correteaba entre ellas y digamos que violaba a esta o a aquella, ordenándoles que patearan o se resistieran».

Y la cosa se pone peor. Según Cantemir, Ibrahim vio un día una vaca asilvestrada en uno de sus viajes y se obsesionó con sus genitales. Tanto que hizo que les sacaran un molde y que luego vaciaran copias en oro que enviaba a todos los rincones del Imperio, con orden de que sus sirvientes encontraran una mujer cuyos genitales rivalizaran con los de la vaca.

Sí, señor.

Una advertencia: conviene señalar que Cantemir pudiera no ser una fuente del todo imparcial. Por un lado, había vivido y estudiado en Constantinopla, hablaba turco y escribía apenas unas décadas después de los hechos. Por otra parte, su libro llevaba por título *Historia de la expansión y decadencia del Imperio otomano*, y lo escribió después de retirar la fidelidad de Moldavia a los otomanos para rendírsela a Rusia, sufrir una derrota militar catastrófica, ser depuesto y partir al exilio, de modo que quizá estuviera algo resentido. El Imperio otomano, supuestamente «en decadencia», aún perduró bajo una u otra forma dos siglos más.

La búsqueda por parte de Ibrahim de su mujer ideal, estuviera o no inducida por su encuentro bovino, concluyó al dar con ella en Armenia. Recibió el nombre de Terrón de Azúcar, y se convirtió rápidamente en la favorita de Ibrahim. Llegados a este punto, las cosas empiezan a salirse un poco de madre: en algún momento, Terrón de Azúcar le cuenta a Ibrahim que una de sus otras concubinas le había sido infiel, provocándole tal acceso de ira que le rajó la cara a su propio hijo con un cuchillo por bromear sobre el asunto, y luego, siendo incapaz de determinar qué mujer era la presunta culpable, hizo atar a todas menos a dos de las doscientas ochenta componentes de su harén, que las metieran en sacos y que las ahogaran en el Bósforo. Solo sobrevivió una. Algún tiempo después, Kösem, atemorizada por la creciente influencia de Terrón de Azúcar, la invitó a cenar y a tener una charla de mujer a mujer, en el curso de la cual la asesinó expeditivamente (a Ibrahim le dijo que Terrón de Azúcar había muerto de una enfermedad repentina).

Para entonces, los excesos de Ibrahim le habían granjeado la animadversión de prácticamente todo el mundo, y el coste de mantener su lujoso estilo de vida de sexo y pieles iba mermando las arcas públicas. Tenía varios hijos, por lo que la dinastía ya no estaba amenazada. Hasta Kösem convino en que las cosas habían ido demasiado lejos, y dio su visto bueno a un plan para deponerle. De este modo, por segunda vez en dos décadas, los jenízaros se rebelaron; una turbamulta desmembró al gran visir y escoltaron a Ibrahim de vuelta a su temida

Jaula. Pasó los últimos y desgraciados días de su vida en el mismo lugar en que había pasado la mayor parte de su infancia, hasta que los conspiradores decidieron acabar por la vía rápida y le asesinaron.

La historia de este periodo del Imperio otomano tiene tal aire de pesadilla febril, sangrienta y misógina —a su lado, *Juego de tronos* parece un episodio de *Un país en la mochila*— que a veces resulta difícil de creer. Y es, a buen seguro, otro caso en que puede costar distinguir lo que hubo de cierto de lo que no era sino propaganda para justificar tanta revuelta política y tanto asesinato.

El relato de esta época histórica no es solo el de unos hombres enloquecidos y un puñado de mujeres poderosas que trataban de mantener cierta estabilidad; en extensas partes del mundo fue una era de innovación tecnológica y drásticos cambios económicos, con baile de lealtades, reajustes de fronteras y guerras por doquier. El Imperio otomano no fue una excepción. Hacia la segunda mitad del siglo XVII, cuando los otomanos dejaron finalmente atrás ese periodo de inestabilidad, habían dicho adiós a la era del fratricidio institucionalizado y la guerra civil, tenían una economía recién monetarizada y habían concluido con éxito la transición de su sistema de gobierno desde una monarquía absolutista feudal a una burocracia moderna. Así que, en una visión de conjunto, lejos de ser este el punto de inflexión que marcaba el inicio de la decadencia de su Imperio, lo cierto es que salieron bastante bien librados.

Aunque eso es improbable que sea un gran consuelo para todos los que fueron asesinados.

CINCO LÍDERES MÁS A LOS QUE, LA VERDAD, NUNCA SE DEBIÓ PONER AL MANDO DE NADA

1. El káiser Guillermo II

Guillermo II de Alemania se tenía por un maestro de la negociación con un tacto diplomático impagable. En realidad, su único don era insultar poco menos que a cualquier otro país con el que entrara en contacto, lo que quizá contribuya a explicar cómo estalló la Primera Guerra Mundial.

2. Jacobo I de Inglaterra y VI de Escocia

No fue el peor rey de la historia (unificó las coronas de Escocia, Inglaterra e Irlanda, y encargó una gran traducción de la Biblia), pero estaba obsesionado con la caza de brujas, hasta el extremo de supervisar personalmente las torturas a las acusadas y escribir un libro sobre sus éxitos en ese terreno.

3. Cristián VII

Cristián VII de Dinamarca fue un rey penoso en muchos sentidos, pero es muy posible que el aspecto menos majestuoso de su conducta fuera su inclinación obsesiva e incontrolable a la masturbación.

4. El zar Pedro III

Lo que realmente le interesaban eran los soldaditos de plomo. No consumó su matrimonio con Catalina (llamada la Grande más adelante, después de que depusiera a su marido) porque estaba demasiado ocupado jugando con ellos, y en cierta ocasión sometió a una rata a un consejo de guerra, tras sorprenderla mordisqueando uno de sus juguetes.

5. Carlos IV

El triste reinado de Carlos IV de Francia —célebre sobre todo por su convicción delirante de que estaba hecho de cristal y podía hacerse añicos en cualquier momento— finalizó poco después de que los ingleses le persuadieran para firmar un tratado por el que se declaraba a la dinastía británica heredera del trono francés, con lo que básicamente se aseguró varios siglos de guerras.

El pueblo al poder

Gracias a la capacidad de los gobernantes autócratas para cagarla a lo grande, con gran aparato y a una escala terrorífica, han sido varios los Estados que, a lo largo de la historia, han intentado mitigar el problema probando una cosita llamada *democracia*. Con grados de éxito muy variados, también hay que decirlo.

Dónde se probó exactamente un sistema democrático por primera vez es una cuestión algo controvertida; con certeza casi total, alguna forma de toma colectiva de decisiones caracterizó las pequeñas sociedades primitivas. También existen indicios de que en la India, hace unos dos mil quinientos años, hubo algo que, como mínimo, se aproximaba a la democracia. Pero, en general, es a la ciudad Estado de Atenas, en la Antigua Grecia, a la que se reconoce el mérito de adoptar y codificar el gobierno democrático, aproximadamente por la misma época, en el año 508 a. C.

Claro que muchos de los rasgos esenciales de una democracia (un gobierno abierto a todos los ciudadanos, elecciones en las que estos puedan relevar al gobierno si no les gusta) dependen más bien de a quién se reconoce la condición de ciudadano. Y durante gran parte de la historia, en muchos países de todo el mundo no se incluía ahí a algunas minúsculas categorías insignificantes de gente, tales como las mujeres, o los pobres, o las minorías étnicas. O sea, tampoco se le puede dar el poder a cualquiera, ¿no es así?

Otro problema que tiene la democracia es que, en general, la gente es ferviente partidaria de ella cuando cree que puede darle poder, pero de pronto pierden mucho entusiasmo cuando la cosa pinta como que va a quitárselo. Esto tiene por consecuencia que la democracia suela exigir cantidades ingentes de trabajo francamente agotador solo para que siga existiendo.

Roma, por ejemplo, ensayó diversas técnicas de lo más ingenioso para evitar que la democracia degenerara en autocracia. Una fue repartir la posición de cónsul —el cargo electo con mayor poder, que aunaba autoridad civil y militar— entre dos personas. Se las elegía para un periodo de un año, se alternaban para ejercer las atribuciones más decisivas y a cada una se le otorgaba el mando de dos de las cuatro legiones del ejército romano: una forma bastante astuta de asegurarse de que un poder absoluto no cayera en manos de un solo hombre.

Por desgracia, no resultó lo ideal cuando hicieron falta las cuatro legiones para librar una única batalla, como ocurrió en Cannas en el año 216 a. C., cuando Roma se enfrentaba a las fuerzas de las tropas cartaginesas combinadas bajo el mando de Aníbal, notorio admirador de los elefantes. En aquella ocasión, los dos cónsules, Lucius Aemilius Paullus y Gaius Terentius Varro, se alternaron en el mando del ejército ¡a razón de *un día cada uno*! Un problema agravado por el hecho de que no se ponían de acuerdo en qué táctica seguir. Un día se hacía con el mando el prudente Paullus, y, al siguiente, Varro, que era más temerario; y así, cada día. Aníbal, que pretendía arrastrar a los romanos a la batalla, se limitó a esperar un día a que Varro asumiera la dirección, y entonces vio cumplido su deseo. El resultado fue que el ejército romano resultó prácticamente aniquilado.

Y el caso es que los romanos contaban con una forma de evitar que se produjeran ese tipo de divisiones: el nombramiento de un *dictator*, un hombre al que se confería el poder absoluto en tiempos de crisis, en el sobrentendido de que dimitiría una vez que la misión concreta para la que se le había otorgado el poder hubiera concluido (resulta irónico que, justo antes de la batalla de Cannas, el Senado romano se había deshecho de un dictador porque no le gustaban sus tácticas). Una vez más, estamos ante lo que en teoría era una gran idea, pero que dependía más bien de la persona a la que se acababa de otorgar un poder absoluto y el mando de un inmenso ejército, a los que después renunciaría por propia voluntad. Cosa que habitualmente hacían, hasta que un tipo ambicioso llamado Julio César decidió que el poder absoluto le gustaba bastante y que casi prefería conservarlo, si no tenían inconveniente. Aquello acabó a cuchilladas para César, pero sus sucesores también decidieron que tener el poder absoluto era algo estupendo, y así es como la República romana se convirtió en un visto y no visto en el Imperio romano.

Son muy notables algunos de los planteamientos que se han dado los sistemas democráticos para evitar que individuos ávidos de poder consigan

mayor influencia de la debida en el curso de los acontecimientos. Si a alguien le desconcierta, pongamos por caso, el sistema estadounidense de colegio electoral, que dé gracias de no haber vivido en la República de Venecia. Varios siglos antes de que la palabra *doge* (dux, en latín) se convirtiera, sobre la foto de un desconcertado pero plácido perro de la raza japonesa shiba inu, en un meme popular en internet, Venecia era gobernada por un dux, un líder elegido mediante un sistema de colegio electoral que bien podría ser el más complejo de la historia.

Dado que al dux —un cargo vitalicio— lo elegía un Gran Consejo compuesto por unos cien oligarcas (arreglo que presentaba posibilidades evidentes de corrupción), en 1268 se estableció un sistema electoral que pretendía evitar que nadie pudiera amañar la elección. Así es como se elegía al dux de Venecia: los primeros treinta miembros del Consejo se decidían echándolo a suertes. Entre esos treinta, se hacía un nuevo sorteo para reducir el número de electores a nueve. Esos nueve, entonces, elegían a cuarenta miembros del Consejo, que luego, siempre al azar, se quedaban en nueve, que a su vez elegían a cuarenta y cinco, reducidos por un nuevo sorteo a once, que elegían a cuarenta y un miembros, y, por fin, en la décima ronda de todo el proceso, esos cuarenta y uno elegían al dux.

Probad a leer lo anterior en voz alta sin coger aire a la mitad.

Obviamente, resultaba del todo ridículo y debía de ser una maldita pesadilla para los analistas políticos venecianos a la hora de intentar hacer sus predicciones. Pero, para ser justos con los oligarcas del Véneto, sí que parece haber funcionado bastante bien (para quien fuera un oligarca del Véneto, claro), ya que el sistema se mantuvo en pie durante quinientos años, prósperos en general, hasta que la República de Venecia fue finalmente conquistada por Napoleón Bonaparte en 1797.

Eso, francamente, convierte a Venecia en un modelo de estabilidad, sobre todo si consideramos que, al momento de escribir estas líneas, y para pasmo del mundo, Italia ha tenido sesenta y seis gobiernos, y cuarenta y tres presidencias del Gobierno, en los primeros setenta y dos años del periodo de posguerra. Por comparar, el Reino Unido solo ha tenido quince durante el mismo periodo (en ambos casos, hay personas que ocuparon el cargo más de una vez, y de ahí que hable de «presidencias del Gobierno» y no de «presidentes» o «primeros ministros»). Lo de «en el momento de escribir estas líneas» es bastante importante, porque no ayuda el hecho de que Italia esté atravesando otra de sus

periódicamente programadas crisis constitucionales al acercarse la fecha de entrega del texto de este libro. Para cuando se publique, puede que vayan por el Gobierno número 67 y por el primer ministro número 44, si es que no llevan más. A este respecto, en aras de la exactitud, ahí va de nuevo este hecho, con un espacio en blanco para que el lector pueda actualizar el número de gobiernos que ha tenido Italia:

Italia ha tenido [] gobiernos desde 1946.
(Sírvese el lector visitar la página web
<howmanygovernmentshasitalyhad.com> para actualizar la cifra.
Tal vez convenga anotarla a lápiz.)

Uno de los problemas que plantea la fragilidad de la democracia es que las mismas políticas que pudieran parecer razonables en el marco de una democracia liberal amable y gustosa pueden acabar siendo espantosamente contraproducentes si se impone un régimen más autoritario. Es el caso de México en la primera mitad del siglo XIX, cuando las autoridades —recién independizadas de España— decidieron sacar más provecho de sus infraexplotadas tierras de la provincia norteña de Texas. Con el propósito de convertirlas en una barrera de contención tanto de las incursiones del pueblo comanche como de la expansión hacia el Oeste de Estados Unidos, los mexicanos comenzaron a animar a los rancheros y granjeros norteamericanos a que se instalaran en la zona, entregando grandes extensiones de tierra a *empresarios*,* agentes que convencieran a ciudadanos estadounidenses de que dieran el paso (que no existiera un tratado de extradición entre los dos países pudo ser un factor decisivo para algunos).

Empezaron a darse cuenta de que el plan se estaba torciendo un poco cuando se hizo evidente que algunos de esos empresarios estaban amasando un poder político considerable, y que muchos colonos eran reticentes a integrarse y acatar las leyes del Gobierno mexicano. Alarmados, en 1830 dieron un golpe de timón y trataron de prohibir la llegada de nuevos inmigrantes, pero se vieron impotentes para detener el flujo de estadounidenses que cruzaban en masa la frontera.

La situación alcanzó un punto crítico cuando el (relativamente) liberal Gobierno mexicano de turno fue reemplazado por un mandatario autócrata y autoritario, Antonio López de Santa Anna, que en 1835 disolvió el Congreso mexicano y promovió una serie de cambios sustanciales en la Constitución para

centralizar el poder, convirtiéndose *de facto* en un dictador. También comenzó a reprimir por la fuerza la disidencia en Texas, tratando con mano dura a la comunidad de inmigrantes estadounidenses, lo que no hizo sino agravar las tensiones... Y no tardó en fraguarse una rebelión en toda regla. En 1836, tras una guerra en la que tuvieron lugar los infames sucesos de El Álamo, Texas declaraba su independencia. En 1845, se había integrado en Estados Unidos, que estaba en plena ampliación territorial, y en vez de contar con una práctica barrera que frenara la expansión estadounidense, México había perdido una valiosa provincia.

De esto podemos sacar un par de lecciones diferenciadas. Por una parte, tenemos la de «no incentives la inmigración si luego te vas a volver en contra de esas mismas comunidades de inmigrantes». Por otra, está también la de «no des por hecho que siempre vas a vivir en una democracia porque *es justo entonces cuando se tuercen las cosas*».

Es cierto, por supuesto, que, para empezar, la democracia depende bastante de que los votantes acierten en las decisiones que toman. Por ejemplo, en 1981 la pequeña localidad californiana de Sunol eligió como alcalde a un perro. Bosco Ramos, un cruce de labrador de pelaje negro, arrasó en las urnas frente a dos candidatos humanos, después de que su dueño, Brad Leber, lo inscribiera en la carrera electoral tras pasarse la tarde diciendo chorradas en un bar del pueblo. En descargo de Bosco y de los votantes de Sunol, hay que decir que, según parece, la cosa salió bien: Bosco fue unánimemente aclamado como un chico estupendo y se mantuvo en la alcaldía durante más de una década, para abandonarla tan solo con la muerte, que le sobrevino en 1994. Un residente, en declaraciones hechas al *San Jose Mercury News* en 2013, recordaba que «el alcalde solía darse una vuelta por todos los bares y gruñirte si no le dabas de comer», y se rumoreaba que había engendrado un sinnúmero de cachorros de diversas perras por todo el pueblo, lo que, a decir verdad, encaja bastante con la conducta habitual de los políticos. Bosco dejó un cálido recuerdo en Sunol, donde aún hoy se alza una estatua suya de bronce, y en su mandato solo se produjo un incidente relevante, de carácter internacional: cuando, tras la masacre de la Plaza de Tiananmén, el periódico chino *Diario del Pueblo* le puso como ejemplo para atacar a las democracias occidentales, con el argumento de que «no hacen diferencias entre personas y perros». Bosco acabó sumándose a una manifestación de protesta de un grupo de estudiantes chinos en defensa de la democracia ante el consulado de China en San Francisco.

Puede que la elección de Bosco fuera sorprendente, pero no fue ni por asomo el más pintoresco de los vencedores no humanos de unas elecciones. Ese honor recae probablemente en Pulvapiés, una marca de desodorante en polvo para los pies que fue elegida en 1967 alcalde de la ciudad ecuatoriana de Picoazá. Pulvapiés ni siquiera se presentaba oficialmente a la elección, pero su fabricante lanzó a escala nacional una campaña de publicidad en clave de humor con el eslogan «Vota por cualquier candidato, pero si quieres bienestar e higiene, vota Pulvapiés». Llegado el día de las elecciones, Pulvapiés recibió miles de votos escritos a mano en varias zonas del país... y en Picoazá, por lo que fuera, el polvo para pies salió vencedor, para desolación de los numerosos candidatos humanos.

Y sin embargo, por heterodoxa que pueda ser la elección de un político no humano, si uno quiere marcarse una cagada democrática verdaderamente impresionante, la mejor opción sigue siendo elegir a una persona, como demuestra el hecho de que elegir como alcalde una marca de polvos para los pies ni siquiera sea la peor decisión electoral de la historia reciente de Ecuador.

Antes bien, probablemente ese honor recaería en la elección de Abdalá Bucaram como presidente del país en 1996. Bucaram, un excomisario de policía, exalcalde y ocasional cantante de *rock*, que hizo campaña con el apodo que él mismo se puso, el Loco, fue propulsado a una imprevista victoria con una campaña presidencial populista que atacaba a las élites ecuatorianas. Siendo comisario de policía, había alcanzado notoriedad por la forma en que «perseguía a las chicas que llevaran minifalda, apeándose de su moto para rasgarles los dobladillos y alargar las prendas», como informó *The New York Times* cuando salió elegido. También presentaba, como alcalde, un historial de extorsiones a comercios locales, y en 1990 se había fugado a Panamá para evitar ser imputado por corrupción. Durante la campaña de las elecciones presidenciales, sus estrambóticos mítines y anuncios electorales (en los que a menudo aparecía cantando, acompañado por el grupo musical que le seguía a todas partes) galvanizaron a la clase obrera del país con promesas de que pondría fin a las políticas neoliberales de privatizaciones y austeridad con las que se había comprometido la clase política ecuatoriana. Cosas que habrían acabado con la carrera de otros políticos —en fin, cosillas como que luciera un bigote como el de Hitler y que dijera en cierta ocasión que su libro favorito era *Mein Kampf* (*Mi lucha*)— no parece que supusieran un obstáculo a su triunfo.

Una vez llegado al poder, los ecuatorianos pobres que le habían votado se

quedaron un tanto sorprendidos con el plan económico que desveló a los pocos meses de inaugurar su mandato: un programa neoliberal que ampliaba las privatizaciones y redoblaba la austeridad: justo aquello que confiaban que frenara cuando le eligieron. ¡Ah!, e intentó suprimir el límite de mandatos presidenciales. Y se saltó el guion del discurso en que anunció su política económica para lanzar una larga andanada contra un periódico que se había mostrado crítico con él.

A lo largo de su mandato, se mantuvo fiel a su comportamiento excéntrico, como cuando publicó una canción titulada «Un loco que ama», o se reunió con Lorena Bobbit (la mujer que se hizo famosa por cortarle el pene a su marido) o vendió con fines benéficos su bigote a lo Hitler. Además, si los informes de la prensa de la época eran exactos (insisto en que a veces cuesta discernir qué acusaciones son ciertas y cuáles son solo rumores), puso extraoficialmente a su hijo adolescente a cargo del Servicio de Aduanas, y, según se dice, cuando este amasó su primer millón de dólares montaron una fiesta para celebrarlo. Por aquel entonces, el salario mínimo en Ecuador era de treinta dólares al mes, así que no es de extrañar que sentara mal a unos cuantos.

No sorprenderá que la opinión pública no tardara en volverse contra Bucaram, promoviendo protestas callejeras masivas contra su Gobierno, ni que fuera denunciado y destituido como presidente transcurridos tan solo seis meses desde su elección, sobre la base de que era «mentalmente incapaz» (con casi total seguridad, eso no era más que un pretexto, pero si uno va y hace campaña con el apodo del Loco, puede que se quede sin mucho margen para la defensa). Además, fue acusado de malversar millones de dólares, y le faltó tiempo para huir —otra vez— y exiliarse en Panamá. De todo esto podemos sacar varias lecciones, pero posiblemente la más importante sea que si alguien se deja un bigote a lo Hitler..., pues quizá haya que tomarlo como una señal de alarma.

Hablando de esto... Realmente no se puede hablar de la capacidad de la democracia para ir rápidamente de una pesadilla a otra sin hablar, bueno, de Hitler.

HITLER

A ver, ya sé qué estará pensando el lector: meter a Hitler en un libro acerca de los terribles errores que hemos cometido como especie no es precisamente la jugada más audaz de la historia. Seguramente, no será «ah, caray, nunca había oído hablar de él, qué anécdota histórica tan fascinante» lo que esté pensando ahora mismo.

Pero al margen de que el hombre fuera (como es obvio) un maniaco genocida, hay un aspecto de su Gobierno que la visión estándar que tenemos de él tiende a pasar por alto un poco. Por más que la cultura popular se regodee desde hace mucho en convertirle en objeto de burla, seguimos tendiendo a pensar que la maquinaria nazi era despiadadamente eficiente, y que el gran dictador pasaba la mayor parte del tiempo, pues..., dictando sus cosas.

Así que vale la pena recordar que Hitler, en realidad, fue un ególatra incompetente y vago, y que su Gobierno fue una payasada mayúscula.

De hecho, puede que eso le ayudara en su ascenso al poder, ya que las élites alemanas le subestimaron en todo momento. Antes de que accediera a la Cancillería, muchos de sus oponentes le habían ridiculizado por sus discursos groseros y sus mítines horteras. Era un «zoquete patético», según el redactor de una revista; otro escribió que su partido era una «sociedad de incompetentes» y que la gente no debería sobrevalorar su «verbena de feria».

Incluso cuando las elecciones dieron al partido nazi el grupo parlamentario más numeroso del Reichstag, la gente siguió pensando que Hitler era una presa fácil, un idiota bravucón que personas inteligentes podían controlar fácilmente. Franz von Papen, el canciller alemán recién forzado a dimitir, que estaba resentido y decidido a reclamar el poder, creyó que podía utilizar a Hitler como un peón, y negoció con él la formación de un Gobierno de coalición. En enero de 1933, tras cerrar el acuerdo que daba la cancillería a Hitler y le hacía a él vicecanciller, con un gabinete lleno de sus aliados conservadores, Von Papen estaba convencido de su triunfo. «Hemos contratado sus servicios», le dijo con tono tranquilizador a un conocido que trató de advertirle de que había cometido un error. «En dos meses —auguró a otro amigo— tendremos a Hitler tan arrinconado que estará gimiendo.»

La jugada no le salió como pensaba. De hecho, a los dos meses Hitler se había hecho con el control absoluto del Estado alemán, al convencer al Reichstag de que aprobará una ley que le daba el poder de pasar por encima de la Constitución, del presidente y del propio Reichstag. Lo que había sido un democracia, de repente, dejó de serlo.

¿Cómo es que las élites alemanas subestimaron a Hitler de forma tan sistemática? Posiblemente, porque en realidad no andaban erradas en la valoración de su competencia, solo que no acertaron a comprender que eso no iba a bastar para interponerse en el camino de su ambición. Según se iba a demostrar, a Hitler se le daba de pena la acción de gobierno. Más adelante, su propio jefe de prensa, Otto Dietrich, en su libro de memorias, titulado *The Hitler that I Knew [El Hitler que yo conocí]*, dejaría escrito: «En los doce años en que rigió Alemania, Hitler generó la mayor confusión en un Gobierno que se haya dado jamás en un Estado civilizado».

Hitler odiaba tener que leerse el papeleo, y tomaba habitualmente decisiones importantes sin echar ni un vistazo a los documentos que sus asistentes le habían preparado. En vez de mantener discusiones políticas con sus subordinados, prefería someterlos a discursos improvisados y dispersos sobre cualquier cosa que se le hubiera pasado por la cabeza, algo que ellos temían, porque suponía que no podían trabajar hasta que hubiera terminado.

Su Gobierno estaba sumido en un caos permanente, los funcionarios no tenían ni idea de qué quería que hicieran y nadie tenía del todo claro a cargo de qué estaba cada uno. Cuando se le requería para tomar alguna decisión importante, la postergaba hasta la desesperación, para acabar a menudo confiando en su instinto más visceral, y dejando *in albis* sobre sus planes hasta a sus colaboradores más allegados. Su carácter poco fiable tenía a cuantos trabajaban con él tirándose de los pelos, como diría su confidente Ernst Hanfstaengl en sus memorias *Zwischen Weißem und Braunem Haus*. Esto suponía que en vez cumplir con sus obligaciones de Estado pasaran la mayor parte del tiempo discutiendo y apuñalándose por la espalda unos a otros, en el intento de o bien ganarse su aprobación o evitar que se fijara en ellos siquiera, según de qué humor estuviera ese día.

Existe cierta controversia entre los historiadores sobre si esto era una estratagema deliberada de Hitler para que las cosas se hicieran a su modo o si, sencillamente, era una verdadera nulidad para estar a cargo de nada. El mismo Dietrich se inclinaba porque fuera una astuta táctica para sembrar la división y el caos, y en ese sentido no puede negarse que fue muy eficiente. Pero si uno examina los hábitos personales de Hitler, se hace difícil sacudirse la impresión de que no era más que el resultado de poner a un narcisista indolente al mando de un país.

Hitler era un gandul de tomo y lomo. Según su asistente Fritz Wiedemann,

ni aun cuando estaba en Berlín se levantaba de la cama hasta pasadas las once, y antes de comer no hacía gran cosa aparte de leer lo que decían de él los periódicos, en recortes que cumplidamente le entregaba Dietrich. Pero ni siquiera le gustaba estar en Berlín, donde la gente se empeñaba en que hiciera esto o lo otro: a la menor oportunidad, abandonaba la sede del Gobierno y se escapaba a Obersalzberg a su retiro privado en el campo, donde aún hacía menos. Allí, ni siquiera salía de su habitación hasta las dos del mediodía, y el resto del tiempo lo pasaba dando paseos o viendo películas hasta las tantas.

Le obsesionaban los medios de comunicación y la celebridad, y a menudo tiene uno la impresión de que se veía a sí mismo por esa lente. En cierta ocasión se autodefinió como «el mejor actor de Europa», y a un amigo le escribió: «Pienso que mi vida es la novela más grande de la historia mundial». Muchas de sus costumbres personales llamaban la atención por caprichosas o hasta pueriles: se echaba la siesta varias veces al día, se comía las uñas durante las comidas, y era extraordinariamente goloso, lo que le llevaba a comer «cantidades prodigiosas de pastel» y a «ponerse tantos terrones de azúcar en la taza que apenas dejaba sitio para el té».

Su propia falta de conocimientos le generaba una profunda inseguridad, y optaba o bien por ignorar la información que contradecía sus ideas preconcebidas o por lanzarse a la yugular de quienes supieran más que él: se decía que se enfurecía «como un tigre» si alguien le corregía. «¿Cómo va a decir nadie la verdad a alguien que se coge un berrinche en cuanto los hechos no le vienen bien?», se lamentaba Wiedemann. No soportaba que se rieran de él, pero disfrutaba si el objeto de las burlas eran otros (hacía imitaciones burlonas de la gente que no le gustaba). Sin embargo, también anhelaba la aprobación de aquellos a quienes desdeñaba, y su humor mejoraba al instante cuando un periódico decía de él algo halagador.

En todo esto, poco hay que fuera un gran secreto o que no se supiera en su día. Por eso mismo hubo tanta gente que no supo tomarse a Hitler en serio hasta que fue demasiado tarde, y lo despacharon tildándole de «granuja medio loco» o como «un hombre cuyo órgano vocal apesta a cerveza». En cierto sentido, no les faltaba razón. En otro, mucho más relevante, no podían estar más equivocados. Las limitaciones personales de Hitler no le impedían tener un instinto pasmoso para dar con una retórica política que enardeciera a las masas, y resulta que en realidad no hace falta contar con un gobierno especialmente competente u operativo para hacer cosas terribles.

Tendemos a asumir que, cuando pasa algo terrible, detrás ha de haber una gran inteligencia controlándolo. Es comprensible: ¿cómo pudo salir todo tan mal —pensamos— sin que hubiera un genio maléfico tirando de los hilos? El inconveniente que esto tiene es que también tendemos a asumir que mientras no identifiquemos al instante a un genio maléfico podemos relajarnos un poco, porque *todo irá bien*.

Pero la historia sugiere que eso es un error, un error en el que incurrimos una y otra vez. Muchos de los peores sucesos producidos por la mano del hombre que hayan ocurrido jamás no fueron obra de genios maléficos. Fueron, antes bien, atribuibles a un desfile de idiotas y lunáticos que reaccionaban incoherentemente al discurrir de los acontecimientos, con la ayuda de gente excesivamente confiada que pensaba que podía controlarlos.

SEIS POLÍTICAS GUBERNAMENTALES QUE NO SALIERON BIEN

1. El *poll tax*

Las grandes lumbreras del Gobierno de Margaret Thatcher concibieron lo que creían que era un impuesto más justo: uno con el que todo el mundo, fuera rico o pobre, pagaba lo mismo. Dio pie a un impago generalizado, a disturbios a gran escala y, finalmente, a la dimisión forzada de Thatcher.

2. La prohibición

El empeño de Estados Unidos en prohibir el consumo de alcohol entre 1920 y 1933 consiguió que bebiera menos gente, pero también permitió que el crimen organizado monopolizara la industria del alcohol y que en muchos lugares se disparara la criminalidad.

3. El efecto cobra

Como medida de control de plagas, el Gobierno británico ofreció una recompensa por cada cobra muerta. Con lo que la gente se puso a criar cobras para reclamar la recompensa. Con lo que el Gobierno canceló la oferta. Con lo que la gente dejó sueltas sus cobras, ya sin valor. El resultado: más cobras.

4. La Ley Smoot-Hawley de aranceles

Cuando, en 1930, la Gran Depresión empezó a hacer mella, el Gobierno estadounidense introdujo gravosos aranceles a las importaciones en un intento de apoyar a la industria nacional. Lo que consiguió, en cambio, fue desatar una guerra de aranceles que no hizo

sino agravar la depresión mundial.

5. Los huérfanos de Duplessis

En las décadas de 1940 y 1950, el Gobierno quebequés de Maurice Duplessis ofreció a las organizaciones eclesiásticas subsidios por el cuidado tanto de huérfanos como de enfermos mentales. Pero las ayudas psiquiátricas eran el doble que las de orfandad, por lo que a miles de huérfanos se les diagnosticaron fraudulentamente enfermedades mentales.

6. Hoy no Circula

En 1989, la Ciudad de México intentó reducir la contaminación atmosférica prohibiendo la circulación de coches particulares en ciertos días. Por desgracia, en vez de coger el autobús, la gente prefirió comprarse más coches, para tener siempre alguno que pudiera conducir legalmente.

Pero, oye, la guerra, ¿para qué servía?*

A los humanos les va la guerra un montón. Es, en muchos aspectos, «lo nuestro». Los indicios más antiguos de violencia de masas organizada hallados en el registro arqueológico se remontan a hace unos catorce mil años, en Jebel Sahaba, un yacimiento del valle del Nilo; aunque —seamos sinceros— probablemente llevemos mucho más tiempo enzarzándonos en combates de algún tipo. Por lo pronto (como hemos mencionado hace un par de capítulos), evidencias halladas en Oaxaca (México) sugieren que en cuanto el hombre empezó a vivir en poblados, o poco menos, comenzaron las incursiones de unos poblados contra otros, y de ahí la cosa pasaría a mayores.

Se calcula que entre el 90 y el 95% de todas las sociedades conocidas se han embarcado en guerras de forma periódica; las pocas que, mal que bien, han conseguido evitarlo suelen ser las que están relativamente aisladas, y apegadas a un modo de vida nómada, de cazadores recolectores.

No obstante, hay una notable excepción histórica: la civilización harappa, que floreció en el valle del Indo hace cinco mil años y se extendió por zonas de lo que hoy son Afganistán, Pakistán y la India. Surgida en torno a la misma época que las de Mesopotamia y Egipto, constituyó una sociedad avanzada, con una población que se contaba por millones. Edificó grandes ciudades, en las que se observa una planificación urbana sofisticada y que podían presumir de cosas como fontanería, váteres o baños públicos, y su cultura produjo tecnología innovadora y arte con el que se comerciaba dentro y fuera de sus fronteras. Y, por lo que parece, prácticamente no conoció la guerra. Nunca. Los arqueólogos llevan ya un siglo excavando los restos de las ciudades harappas y apenas han hallado indicios de asentamientos saqueados o destruidos, tan solo unas pocas muestras de fortificaciones o defensas significativas; tampoco representaciones de batallas en su producción artística, ni nada que sugiera la existencia de un

ejército o grandes colecciones de armamento militar (y, lo que es más interesante, tampoco han encontrado monumentos a grandes líderes ni nada por el estilo, que sí aparecen en otras civilizaciones comparables del mismo periodo).

Esto ha llevado a veces a presentar a los harappas como una especie de *protohippies* idealizados: una idea atractiva, pero que probablemente tiene más de ilusión que de realidad. Aunque parece que, efectivamente, fueron una sociedad muy apacible que se llevaba bien con sus vecinos, también contaban con la ventaja de estar bien protegidos geográficamente, lo que sin duda facilita mucho el no verse involucrado en guerras. Y, por supuesto, también es posible que no hayamos encontrado indicios de guerras... por ahora; no sería la primera vez que una civilización adquiere fama de pacifista y descubrimientos posteriores dan al traste con esa reputación. Aún no se ha descifrado bien el sistema de escritura harappa, así que todavía puede ocurrir que un día lo desentrañemos y descubramos que dice: «Vamos a esconder todos nuestros aperos de guerra para confundir a los arqueólogos, verás qué risa».

Con todo, de momento sí que parece que, en la misma y precisa época en que otras civilizaciones antiguas se inclinaban decididamente por guerrear, conquistar y todo eso, la sociedad harappa se las apañó para prolongar su apogeo durante setecientos años sin tener que preocuparse demasiado por conflictos exteriores. Y luego, por razones inciertas, la civilización harappa parece que se esfuma de la historia. Su población empieza a abandonar las ciudades y volver al campo. El cambio climático que tuvo lugar en torno al 2200 a. C., y que causó la decadencia de otras varias civilizaciones antiguas, debió de hacer el valle cada vez más árido y menos fértil; la superpoblación y la sobreexplotación de la tierra pudieron acarrear una carestía de alimentos; y, como cualquier población urbana de gran densidad demográfica, se volvería más vulnerable a enfermedades infecciosas. Fuera cuales fueran los motivos, hace unos tres mil quinientos años las ciudades habían quedado abandonadas casi por completo, y este fugaz intervalo sin guerras de la historia de la humanidad tocó a su fin. Entre tanto, las demás civilizaciones del mundo siguieron expandiéndose y enredándose en guerras sin cuento.

Una posibilidad inquietante es que el error fundamental de los harappas fuera no hacer la guerra, y que, de hecho, la civilización necesite la guerra para sostenerse. Ahí dejo esa reflexión para alegrarnos el día.

Ahora mismo, tenemos la suerte de vivir en un periodo de la historia

relativamente pacífico, pese a lo cual quizá haya advertido el lector que tampoco es que hayamos andado faltos de guerras. La cifra anual de muertos en conflictos bélicos no ha dejado de caer en varias décadas, en lo que, según sugieren algunos autores, se evidencia que hemos entrado *de facto* en una nueva era de paz, racionalidad y armonía entre las naciones. Para ser sinceros, no obstante, puede que sea un poco precipitado afirmarlo: al fin y al cabo, la curva descendente arranca en el máximo histórico que marcó la Segunda Guerra Mundial. Quizá la humanidad solo se esté tomando un respiro antes de volver a liarse.

En un libro que trata del fracaso, espero que no sea necesario decir que todas las guerras son, en mayor o menor medida, enormes fracasos... para alguien. Pero, aparte de ser muy malas de por sí, el caos y la estrechez de miras y, en general, la majadería de los machotes en las guerras no hacen sino subrayar la innata capacidad de la humanidad para fracasar estrepitosamente de otras muchas maneras. La guerra es una inyección colectiva de sangre en la cabeza; en otras palabras, es la reina de las cagadas.

Nada deja esto más claro que la merecidamente célebre batalla de Cádiz, que posiblemente conviniera renombrar, en aras de la precisión, como la farra de Cádiz. En 1625, los ingleses decidieron que querían joder a los españoles a base de bien. El rey Jacobo I y VI (famoso por unificar el reino, encargar una Biblia y cazar brujas) acababa de morir, dejando al mando a su hijo Carlos I, ya crecido. Carlos, dando una primera muestra del tacto y el buen juicio que acabarían por aligerarle el peso de la cabeza, se la tenía guardada a España desde que no le permitieron casarse con una de sus infantas, y ansiaba desquitarse. Así que él y sus colegas decidieron distraerse a la manera clásica y organizar incursiones piratas para robar a los españoles todo el oro y la plata que se traían en las naves de vuelta de América.

En noviembre de ese año, cien barcos y quince mil efectivos de una fuerza expedicionaria conjunta angloholandesa se internaban en la bahía de Cádiz, en el suroeste de España. Habían ido a saquear, y no iban a aceptar un no por respuesta. También es cierto que si estaban en Cádiz era solo porque andaban tan desorganizados y llevaban tanto retraso que no habían logrado interceptar la flota española con su tesoro a su regreso de América, pero, aun así, era hora de cobrarse la revancha.

Por desgracia, antes incluso de que llegaran a Cádiz había quedado claro que no habían cargado suficiente comida ni bebida. Así que una vez que las

fuerzas invasoras hubieron desembarcado, el comandante de la expedición, sir Edward Cecil, decidió que sus hambrientas huestes dieran prioridad a buscarse el sustento sobre, pues eso, liarse en ninguna batalla. Naturalmente, a sus tropas les faltó tiempo para hacer lo que siempre hacen los ingleses en el extranjero: fueron derechos a las bodegas de Cádiz, y procedieron a emborracharse como piojos.

Al comprender que hasta el último de sus soldados estaba para el arrastre, Cecil tomó la razonable decisión de abandonar el plan por completo y ordenó a las tropas que se retiraran a los barcos para escabullirse y volver a casa con el rabo entre las piernas. La mayoría de ellos así lo hicieron, pero en torno a un millar estaba tan borracho que se quedó remoloneando por Cádiz hasta que llegaron las fuerzas españolas y los ejecutaron a todos.

Y así fracasó la invasión inglesa de Cádiz.

La gesta británica en Cádiz suele figurar en las listas de los mayores fracasos militares de la historia; pero, para ser del todo sinceros, si pasamos por alto lo de que unos cuantos acabaran siendo ejecutados, suena estupendamente. Llegar, no comer lo suficiente, emborracharse hasta las trancas y perder a un par de camaradas por el camino: vamos, las típicas vacaciones. Si en vez de liarnos a guerrear enviáramos regularmente a grandes grupos de gente a otros países a beberse su vino a espuelas y vagar sin rumbo por sus ciudades, es muy probable que el mundo fuera un lugar mucho, pero que mucho, más feliz. Aunque ahora que he puesto esto por escrito caigo en la cuenta de que, en esencia, en eso consiste la Unión Europea.

Uno no puede sino asombrarse al descubrir el papel decisivo que ha jugado el alcohol en muchos de los momentos más grotescos que han honrado los campos del honor, como es el caso de la batalla (si es que se la puede llamar así) de Karánsebes de 1788: ahí lo impresionante fue cómo se las arregló el ejército austriaco para sufrir un elevadísimo número de bajas pese al hecho de que sus oponentes ni siquiera se presentaron. De hecho, su enemigo (que por entonces era el Imperio otomano) ni tan siquiera se enteró de que la batalla había tenido lugar hasta que, al cabo de un buen rato, se toparon con su resultado.

Qué fue exactamente lo que pasó es una cuestión un tanto, digamos, nebulosa. Lo que está más o menos claro es que las tropas austriacas estaban de retirada durante la noche y atravesaban la ciudad de Karánsebes (en la actual Rumanía), atentas por si aparecían los turcos persiguiéndolas. A partir de aquí, los relatos sobre el incidente difieren. Una versión dice que una unidad de tropas locales de la región rumana de Valaquia empezó a hacer correr el rumor de que

ya habían llegado los turcos, para sembrar la confusión y poder saquear ellos el tren con el armamento. Según otra, un grupo de oficiales de caballería se encontró con un granjero valaco que conducía una carreta llena de coñac, y decidieron que, tras una jornada larga y fatigosa a caballo, se merecían un rato de asueto. Al poco, apareció un grupo de infantería y preguntaron con tono inquisitivo si la caballería tenía intención de compartir el coñac con sus hermanos de a pie, y llegados a ese punto la cosa se puso alborotada.

Fuera cual fuera la causa (las distintas versiones dan la impresión de que cada unidad del ejército intentó culpar a alguna otra), la mayoría de las fuentes parecen coincidir en que el punto crítico se produjo cuando alguien pegó un tiro al aire y algún otro empezó a gritar: «¡Los turcos, los turcos!». Los soldados de caballería (muy posiblemente, borrachos todos) se lo tomaron en serio, y, naturalmente, se lanzaron a cabalgar de un lado a otro gritando ellos también «¡los turcos, los turcos!». Con lo que todo el mundo entró en pánico y trató de huir de las quiméricas fuerzas otomanas. Entre la oscuridad y la confusión (y probablemente la borrachera), se cruzaron dos columnas de tropa, ambas confundieron a la otra con el temido enemigo y empezaron a dispararse como locos.

Para cuando todos se dieron cuenta de que en realidad no los atacaba ningún turco, buena parte de las tropas austriacas habían huido, se habían volcado carros y cañones y el grueso de sus provisiones se habían perdido o se habían echado a perder. Cuando al día siguiente apareció por fin el ejército turco, descubrieron un montón de austriacos muertos y los restos desperdigados de su campamento.

Las estimaciones del número de bajas varían drásticamente. Una fuente dice únicamente que hubo «muchos» muertos y heridos; otra dice que los heridos fueron mil doscientos; por su parte, el líder austriaco, el emperador José II, se muestra en una carta poco impresionado, al asegurar que habían perdido «no solo todas las tiendas y cacerolas [...], sino, además, tres piezas de artillería». Las crónicas más famosas de la batalla sitúan el número de víctimas nada menos que en diez mil, pero esa cifra, casi con seguridad, se la sacó de la manga algún fulano para darle más dramatismo a la historia. En conclusión: algo ocurrió, hubo gente que tal vez muriera y tal vez no, pero todo el mundo está de acuerdo en que fue una estupidez supina.

Creo que es a esto a lo que se refieren cuando se habla de la *niebla de la guerra*.*

Otro magnífico ejemplo de cómo se las arregla uno para derrotarse a sí mismo se dio en la Guerra de Secesión estadounidense durante el asedio de Petersburg, cuando, de forma singularmente ingeniosa, las tropas de la Unión convirtieron un triunfo táctico en un revés humillante. Tenían a las tropas confederadas acorraladas en el fuerte, y se pasaron un mes preparando el golpe de gracia que abriría una brecha en sus muros con una maniobra dramática: cavando una galería de ciento cincuenta metros justo por debajo del fuerte confederado y sembrándola de explosivos.

Cuando, en la madrugada del 30 de julio de 1864, volaron el muro, parece que el calibre de la explosión sorprendió a todo el mundo. Mató a cientos de soldados confederados y dejó un inmenso cráter, de cincuenta metros de largo y nueve de profundidad. Tras pasar unos diez minutos de aturdimiento contemplándolo anonadadas, las fuerzas unionistas procedieron a atacar; aunque, lamentablemente, no eran las mismas tropas que habían ensayado durante días las tácticas que emplearían para asaltar el fuerte una vez abierta la brecha. Eso se debió a que los soldados que habían pasado por el entrenamiento eran negros, y a última hora el comandante del ejército de la Unión dio instrucciones a sus subordinados de que los cambiaran por soldados blancos, porque le preocupaba la imagen que pudieran dar. Así que las tropas blancas se abalanzaron hacia la posición confederada... y corrieron directos al cráter.

Es posible que pensaran que en el cráter hallarían un buen abrigo. No fue el caso. Una vez que los confederados se hubieron reorganizado tras la conmoción de la voladura, se vieron rodeando un enorme agujero lleno de oponentes incapaces de salir. No dejaban de llegar refuerzos unionistas, y, por algún motivo, decidían unirse a sus camaradas dentro del cráter. El comandante de los confederados describiría más adelante lo sucedido como un *tiro al pavo*.

La lección fundamental de táctica militar que podemos extraer de aquí es: «No te metas en agujeros enormes en el suelo».

Otra lección esencial para todo incipiente estratega militar es que, en tiempo de guerra, las comunicaciones son de importancia vital. Algo que aprendieron los defensores de la isla de Guam, en el Pacífico, durante la guerra entre España y Estados Unidos de 1898, cuando sus señores coloniales de España se olvidaron por completo de informarlos de que estaban en guerra.

Como consecuencia de este despiste, cuando una pequeña flota de buques de guerra estadounidenses llegó a la isla, sospechosamente poco defendida, y disparó trece cañonazos al viejo fuerte español de Santa Cruz, la reacción de los

dignatarios guameños fue acercarse en barcas de remos a los buques para agradecer a los americanos sus generosas salvas de salutación y disculparse porque les iba a llevar un rato devolverles el gesto, ya que tenían que trasladar sus cañones desde otra parte de la isla.

Tras unos momentos de perplejidad, los americanos explicaron que no les habían enviado saludos, que lo que intentaban, de hecho, era entablar batalla, porque estaban en guerra. Los dignatarios, un tanto irritados al descubrir que de pronto eran prisioneros de guerra, les contaron que hacía más de dos meses que no recibían mensajes de España, y que no tenían ni idea de todo el asunto de la guerra. Se fueron para debatir un poco qué debían hacer, mientras un comerciante local se quedaba un rato a charlar, porque resultó que era un viejo amigo del capitán estadounidense.

Guam se rindió oficialmente al cabo de unos días, y ha sido territorio de Estados Unidos desde entonces.

Como especie, no se nos da nada bien lo de no repetir los errores de la historia. Pero pocos ejemplos dejan esto tan flagrantemente patente como el hecho de que, en 1941, Hitler incurriera exactamente en el mismo error fatal que había cometido Napoleón ciento veintinueve años antes; un error que, en ambos casos, echó por tierra sus planes, hasta entonces bastante exitosos, de conquistar toda Europa. Ese error fue, naturalmente, tratar de invadir Rusia.

En toda la historia, solo ha habido una invasión a gran escala de Rusia —o más bien de la Rus de Kiev, ya que Rusia aún no existía— que fuera coronada con el éxito, y la llevaron a cabo los mongoles, que para estas cosas puede decirse que eran únicos (como veremos dentro de un par de capítulos). Los polacos lo consiguieron durante un breve periodo (y hasta controlaron Moscú dos años), pero al final fueron rechazados, y a Suecia no pudo irle peor la única vez que lo intentó: sufrió una derrota que contribuyó decisivamente a la liquidación del Imperio sueco. En resumidas cuentas, la lección que se desprende de aquí es «no invadas Rusia».

De los dos líderes, la justificación de Bonaparte para seguir adelante con su plan era un poco mejor que la de Hitler. Para empezar, Napoleón no tenía el ejemplo histórico de un fracaso previo a modo de guía para navegantes. Además, le sobraban razones para confiar en el triunfo, dada la racha victoriosa a lo Harlem Globetrotters que llevaba su *Grande Armée* hasta aquel momento. Tenía, por añadidura, algunas quejas legítimas contra el zar Alejandro, de quien pensaba que estaba socavando su bloqueo económico a Gran Bretaña, el otro

gran foco de resistencia a su conquista total de Europa. Podemos convenir en que pequeñas diferencias sobre un embargo comercial no constituyen una razón de peso para abrir hostilidades contra un país inmenso. Si un error fundamental cometió Napoleón, fue que sus métodos para salirse con la suya venían a empezar y acabar con «declara una guerra». La diplomacia y la negociación no eran su punto fuerte, la verdad.

Una vez que hubo decidido *a priori* que a alguien tenía que invadir, Napoleón debió de pensar que Rusia parecía una apuesta más segura que Gran Bretaña, porque al menos podía llegar por tierra. Y, consciente de que el clima de Rusia solo le daba tres meses útiles para culminar la invasión, se le ocurrió una estrategia: dirigirse directamente a Moscú y forzar a los rusos a una batalla sin cuartel, que ganaría él gracias a que su ejército lo formaban soldados realmente motivados y buenos en lo suyo, y no un montón de mercenarios a las órdenes de aristócratas.

Pero —¡ay!— el suyo era uno de esos planes que suenan genial cuando los expones, pero dependen por completo de que tu enemigo haga exactamente lo que quieres que haga. Sin embargo, los rusos poco menos que los dejaron avanzar. Se batían en retirada una y otra vez, evitando las grandes batallas siempre que podían, practicando al mismo tiempo una política de tierra quemada para privar a los franceses de suministros, y así esperaron a que, sencillamente, llegara el invierno e hiciera el trabajo por ellos. Para cuando Napoleón comprendió cuál era la jugada, era demasiado tarde para salir del país antes de sentir el azote del frío, y los franceses se vieron abocados a una larga y lúgubre marcha de la muerte hasta casa, con las tropas deshechas. El resto de Europa vio debilidad en quienes hasta entonces solo habían exhibido fuerza, y eso fue el principio del fin de Bonaparte.

En 1941, Hitler estaba en una situación similar: habiendo descubierto a su vez las dificultades de invadir Gran Bretaña, debido a todo el tema de la insularidad, decidió también que disponía de la estrecha ventana del verano para invadir la Unión Soviética como alternativa. Está bien, el hecho es que en aquel momento tenía un pacto de no agresión con los soviéticos, pero, por otra parte, él era nazi y ellos comunistas, y por tanto los odiaba.

El caso es que Hitler sí se estudió la estrategia de Napoleón y pensó que había dado con un plan más astuto para evitar los mismos errores. En vez de enviar todas sus fuerzas directamente a Moscú, las dividiría en tres y atacaría Leningrado y Kiev además de la capital soviética. Y, a diferencia de Napoleón,

no se batiría en retirada al primer aviso del invierno, sino que se plantaría y combatiría. Ambas decisiones resultarían desastrosas. En lo que no cayó es en que aunque las tácticas fueran distintas, el plan, en lo esencial (atacar de forma rápida y decidida, ganar grandes batallas fácilmente, dar por hecho que todo ello llevaría al pronto colapso de sus adversarios), no dejaba de ser el mismo. Al igual que sus fallos (confiar en que el enemigo se atenga a tu guion, ausencia de un plan B cuando, misteriosamente, no lo hacen, empeñarse en ignorar el problemilla del invierno ruso).

En el alto mando alemán había muchas personas que podían haberle señalado a Hitler esos fallos, pero el Führer, al menor indicio de desacuerdo o escepticismo, les ocultaba sus planes o les mentía sin más. El suyo era un proceso de toma de decisiones basado a partes iguales en la arrogancia, en un optimismo sin fundamento y en esconder la cabeza en la arena.



Tropas alemanas en su retirada de Rusia, 1944. Getty Images (Keystone)

Su estrategia tenía los mismos fallos que la de Napoleón, y el resultado también vino a ser el mismo, aunque esta vez con mayor mortandad. Los alemanes conquistaron mucho territorio y ganaron unas cuantas batallas, pero los soviéticos no se hundieron como exigía el guion. Aplicaron la táctica de tierra quemada y contuvieron a las fuerzas nazis hasta el invierno, llegado el cual estas se encontraron con que no llevaban ropa adecuada ni suministros suficientes, por no mencionar anticongelante para sus tanques. Las órdenes de Hitler de quedarse y combatir con un frío acerbo en vez de batirse en retirada no depararon más éxito; solo la muerte de más soldados. Por segunda vez, un ejército que había

conquistado gran parte de la Europa continental se vio catastróficamente debilitado por una innecesaria invasión de Rusia, y el curso de la guerra dio un vuelco.

De propina, en torno a las mismas fechas, los aliados japoneses de Alemania andaban muy ocupados lanzando su propio ataque poco meditado a Pearl Harbour, que arrastró sin necesidad a una superpotencia a una guerra en la que habían intentado mantenerse al margen. De no ser por esas dos nefastas decisiones, las potencias del Eje podían haber vencido. Lo que viene a demostrar que, de tanto en tanto, las paupérrimas dotes humanas para la toma de decisiones acertadas pueden acabar produciendo, a la larga, un resultado positivo (al menos, para quien no sea fan de Hitler).

Con americanos y japoneses enzarzados ahora en una batalla en el Pacífico, había una oportunidad de demostrar que la *niebla de la guerra* también puede tener un significado muy literal, además del metafórico. Es lo que ocurrió en Kiska, una isla pelada, pero de gran valor estratégico, situada en el Pacífico Norte, a medio camino entre Japón y Alaska (de la que es una parte muy remota). Fue una de las dos islas que ocuparon los japoneses en 1942, en el cénit de la Segunda Guerra Mundial, lo que alarmó sobremanera a los estadounidenses, porque era la primera vez desde que lucharon contra los británicos en 1812 que un territorio suyo era ocupado. Aunque el territorio en cuestión fuera minúsculo y muy lejano.

En el verano de 1943, 34.000 soldados estadounidenses y canadienses se prepararon para intentar reconquistar Kiska. Estaban todavía magullados y exhaustos por la experiencia de recuperar la vecina isla de Attu, un episodio brutal y sangriento en el que las fuerzas niponas habían combatido a muerte. Los comandantes de la operación estaban convencidos de que la batalla por Kaska no iba a ser menos feroz. Cuando tomaron tierra, el 15 de agosto, las tropas aliadas se encontraron Kiska envuelta en una niebla espesa y gélida. En condiciones infernales de frío helador, con viento, lluvia y cero visibilidad, avanzaron a ciegas por el terreno rocoso, paso a paso, tratando de evitar minas y otras trampas, mientras constantes fogonazos de armas de fuego de enemigos invisibles iluminaban la niebla a su alrededor. Durante veinticuatro horas, esquivaron las balas de los francotiradores y, palmo a palmo, escalaron la pendiente hacia el centro de la isla, acompañados por explosiones en sordina de

los proyectiles de la artillería, el *staccato* del fuego de combates cercanos y gritos confusos que intentaban transmitir órdenes o rumores sobre la proximidad de las fuerzas japonesas.

No fue sino hasta el día siguiente, al contar sus bajas —veintiocho muertos, cincuenta heridos— cuando descubrieron la verdad: allí no había nadie más que ellos.

De hecho, hacía casi tres semanas que los japoneses habían abandonado la isla. Las tropas estadounidenses y las canadienses se habían estado disparando entre sí.

Esto podría haber pasado a los anales como un error desafortunado, pero comprensible, excepto por un detalle. Su equipo de vigilancia aérea había avisado a los jefes de la operación, semanas antes del desembarco, que habían dejado de ver signos de actividad japonesa en la isla, y que creían que probablemente había sido evacuada. Pero tras la experiencia de Attu, los jefes se habían persuadido de que los japoneses jamás se retirarían, por lo que desoyeron los informes de vigilancia. Fue un ejemplo desaforado del sesgo de confirmación. Tan convencidos estaban que incluso declinaron la oferta de que se llevara a cabo alguna misión de vigilancia más, solo para asegurarse. Posiblemente, el caso encierre una lección sobre no basarse en suposiciones.

Dos años después, en abril de 1945 (a solo unas semanas del final de la guerra), el submarino alemán U-1206, en el noveno día de su primer servicio activo, patrullaba las aguas de la costa nororiental de Escocia. Era una nave de última generación, rápida, elegante, con la tecnología más avanzada y un detalle trascendente: un nuevo y sofisticado tipo de retrete que expulsaba los excrementos al mar en vez de almacenarlos en un tanque séptico.

El único inconveniente que tenía el retrete en cuestión es que era sorprendentemente difícil de usar. Tanto que, el 14 de abril, el capitán se vio obligado a llamar a un ingeniero porque no conseguía averiguar cómo se vaciaba el trasto, lo que probablemente no es lo que uno quiere cuando pretende mantener un aura de autoridad. Por desgracia, al ingeniero no se le daba mucho mejor lo de tirar de la cadena. Mientras intentaba accionar el mecanismo, dio en girar la válvula que no era, provocando de inmediato que la cabina empezara a inundarse con una mezcla sumamente desagradable de agua de mar y excrementos humanos.

No, no sé quién decidió «pongamos un válvula en el retrete que se parezca una barbaridad al mecanismo de vaciado, pero que lo que haga sea dejar entrar el

agua del mar en nuestro enorme submarino nazi», pero es de suponer que pertenecía a la misma escuela de pensamiento que el tipo que puso el puerto de ventilación en la *Estrella de la Muerte*.

La inundación de la cabina con un acre cóctel de heces y salmuera ya habría sido un desastre de por sí, pero la cosa se puso sensiblemente peor cuando las aguas fecales se filtraron por una cubierta a las baterías del submarino, que los diseñadores de la nave habían situado convenientemente justo debajo del retrete. Esto hizo que las baterías empezaran a expulsar grandes cantidades de gas cloro letal, con lo que al capitán no le quedó otro remedio que emerger; a la RAF no le hizo falta más para atacarlos, forzándolos a evacuar la nave y hundirla. El U-1206 dejó así el desafortunado legado de ser, de todas las naves que intervinieron en la Segunda Guerra Mundial, la única hundida por un retrete mal diseñado.

Este incidente encierra valiosas lecciones sobre la extrema importancia del diseño de usuario o interfaz en entornos de alta presión, y sobre la necesidad de la separación física de piezas de infraestructura críticas para la operatividad, pero, si he de ser del todo sincero, solo lo he incluido porque es desopilante.

Está claro que para obtener un éxito militar es vital contar con un plan. Pero a veces puede ocurrir que el plan sea más astuto y retorcido de lo conveniente. Si el lector ha jugado alguna vez al ajedrez con alguien mucho, pero que mucho mejor que él, ya sabe cómo va la cosa: te pasas una eternidad maniobrando para intentar tenderle una trampa diabólicamente ingeniosa y al final comprendes que él ha previsto cada uno de tus movimientos y, de hecho, te has derrotado tú solo. Eso viene a ser lo que hizo en Vietnam el general francés Henri Navarre, solo que con personas de verdad en vez de con piezas de ajedrez. Como antes hiciera su compatriota Napoleón, concibió un plan que era perfecto siempre y cuando sus oponentes actuaran exactamente como él quería.

Fue en 1953 y el objetivo de Navarre era infligir una derrota aplastante y humillante a las fuerzas comunistas del Viet Minh (que estaban haciendo un trabajo fastidiosamente bueno en su rebelión contra el Gobierno colonial de la Indochina francesa) a fin de debilitar su posición antes de las inminentes negociaciones de paz. Así que decidió tenderles una trampa ingeniosísima. Construyó una nueva gran base francesa en una zona apartada, amenazando las líneas de suministros del Viet Minh, e intentó arrastrarlo a una batalla. La base de Điện Biên Phủ estaba rodeada de montañas cubiertas por una selva frondosa, lo que brindaba a los vietnamitas la ventaja de la altura y de la ocultación. Los franceses estaban muy lejos de sus posibles refuerzos. Era, sencillamente, un

objetivo demasiado tentador para que el Viet Minh lo ignorara. Pero (de acuerdo con el plan) la superior tecnología francesa los derrotaría con facilidad: el dominio aéreo francés les permitiría traer suministros por aire, y en la batalla se impondría su mayor potencia de fuego, ya que al Viet Minh le resultaría imposible transportar artillería pesada por la selva. Un plan excelente. Navarre puso a sus hombres a montar la base y se sentó a esperar.

Y siguió esperando. Pasaron meses sin que ocurriera nada. No se producía ningún ataque. ¿Qué estaba haciendo el Viet Minh?

Resultó que lo que estaban haciendo era transportar artillería pesada a través de la selva. Una combinación de tropas vietnamitas y lugareños civiles pasaron esos meses desmontando sus armas, cargando con ellas pieza a pieza por kilómetros de terreno de montaña frondosamente arbolada hasta Điện Biên Phủ y volviéndolas a montar allí. Una vez hecho eso, se limitaron a esperar el comienzo de la temporada de lluvias y, cuando las tropas francesas estaban atascadas en el barro y sus aviones no podían ver dónde dejar caer los suministros, atacaron. Los hombres de Navarre, que estaban esperando una carga a pie, suicida y condenada al fracaso, de campesinos armados con rifles obsoletos, se vieron sorprendidos al caerles encima bombardeos sostenidos de una artillería avanzada supuestamente inexistente.

Las tropas francesas resistieron el asedio dos meses antes de verse superadas. La magnitud y la forma de la derrota fueron tan aplastantes y embarazosas que el Gobierno francés cayó, y el Viet Minh contribuyó a asegurar la independencia de lo que pasó a ser conocido como Vietnam del Norte. Lo sucedido después es bien sabido: con Vietnam dividido en dos Estados, los restos del Viet Minh que seguían en Vietnam del Sur se convirtieron en el Viet Cong, que no tardó en iniciar un violento movimiento insurgente contra el Gobierno. Estados Unidos decidió intervenir en apoyo de sus aliados sureños, por todo el rollo anticomunista de la Guerra Fría, y resultó entonces que al Tío Sam no se le daba mucho mejor que a los franceses librar en lo que venía a ser, a fin de cuentas, la misma guerra. La consiguiente Guerra del Vietnam se prolongó durante casi dos décadas, y causó la muerte de entre 1,5 y 3 millones de personas. Y todo ello sucedió, en parte, porque a Henri Navarre se le ocurrió una trampa ingeniosísima.

Pero en los anales de los fracasos militares, es en otro frente, en un intento de calentar la Guerra Fría, donde hallamos el ejemplo más indeleble; uno en el que los sesgos cognitivos de un reducido grupo de gente provocaron la

humillación de una superpotencia a manos de un adversario insignificante.

CHAPUZA EN BAHÍA DE COCHINOS

La debacle estadounidense cuando intentaron invadir Cuba por la bahía de Cochinos no solo es un ejemplo clásico del *pensamiento de grupo* puesto en práctica: es precisamente de donde procede el término. El psicólogo Irving Janis lo acuñó basándose en buena medida en su estudio de cómo el Gobierno de Kennedy consiguió hacer las cosas tan rematadamente mal.

La operación de bahía de Cochinos fue, casi con total certeza, el episodio más humillante de toda la larga e hilarante serie de fracasos en su intento de derrocar al Gobierno de una pequeña isla situada directamente a sus puertas, aunque, para ser justos, puede que no sea el más esperpéntico (ese sería probablemente la compra por parte de la CIA de gran número de moluscos con la idea de asesinar a Fidel Castro mientras practicaba el submarinismo instalando bombas trampa en ellos).

En esencia, la idea era esta: Estados Unidos entrenaría a un grupo de exiliados cubanos anticastristas, que organizarían una invasión con apoyo aéreo norteamericano. Al verlos empalmar fácilmente las primeras victorias sobre las destartadas tropas cubanas, la población de la isla los recibiría como a libertadores y se alzaría contra el régimen comunista. Muy sencillo todo. Al fin y al cabo, acababan de hacer lo mismo en Guatemala.

La cosa empezó a descarrilar cuando John F. Kennedy le ganó las elecciones presidenciales a Richard Nixon. El plan se había desarrollado dando por hecho que Nixon, que era el vicepresidente y apoyaba el plan, sería el nuevo ocupante del Despacho Oval. Kennedy mostró bastante menos entusiasmo, y no sin buenas razones: le preocupaba dar pie a una guerra con la Unión Soviética, así que se empeñó en introducir algunos cambios: el respaldo norteamericano a la invasión debía mantenerse en absoluto secreto (adiós al apoyo aéreo) y el punto de desembarco tenía que desplazarse a un lugar alejado de grandes núcleos habitados por civiles, un tanto en detrimento del factor «desatar un levantamiento popular».

Así las cosas, debiera haberse hecho patente que lo mejor que podía hacerse con toda la operación, ya bastante optimista de entrada, era olvidarse de ella, porque ya no tenía el menor sentido. Y, sin embargo, todo el mundo siguió

actuando como si lo tuviera. No se hicieron preguntas, no se cuestionaron las suposiciones de partida. El historiador Arthur Schlesinger, un asesor de la Administración Kennedy que se oponía al plan, diría más adelante que las reuniones en que se trató se desarrollaron en «una curiosa atmósfera de consenso asumido», y que él, aunque pensaba que el plan era estúpido, permaneció poco menos que en silencio. «Solo puedo explicar mi incapacidad para hacer otra cosa que plantear tímidamente algunas preguntas constatando que el impulso de denunciar el sinsentido de todo aquello se disipó sin más en las circunstancias de la discusión», dejó escrito. Y hay que reconocer que todos habremos estado en alguna reunión de ese estilo.

Cuando por fin se lanzó el ataque, en abril de 1961, prácticamente todo lo que podía salir mal salió mal. Sin la fuerza aérea estadounidense para neutralizar la de Cuba, esa tarea quedó en manos de exiliados cubanos a los mandos de bombarderos que despegaban de Nicaragua camuflados para parecer aviones cubanos. El plan era hacer que un avión aterrizara muy visiblemente en Miami y que el piloto anunciara al mundo que era un desertor del ejército cubano que había decidido encargarse personalmente de bombardear sus bases aéreas. El ingenioso ardid vino a durar lo que tardó la gente en advertir que el avión, en realidad, no era del mismo tipo que los que usaban los cubanos.

La partida encargada del desembarco, que supuestamente había de llegar en secreto, al amparo de la oscuridad, fue detectada rápidamente por unos pescadores locales, quienes, en vez de recibirlos como a libertadores, dieron la voz de alarma y acto seguido fueron a dispararlos con rifles («pensamos: “¡Es la invasión, muchachos, tened cuidado! Intentan invadirnos”», recordaba para la BBC Gregorio Moreira en el cincuenta aniversario del suceso). Los invasores no tardaron en descubrir que, de hecho, era bastante difícil salir de la playa desde la que se suponía que debían hacerse con el país, y más aún cuando buena parte del ejército cubano (que resultó ser bastante eficiente y en absoluto destartado) hizo rápidamente acto de presencia y la emprendió a tiros con ellos. Ah, al igual que un avión de las Fuerzas Aéreas cubanas que, según se puso de manifiesto claramente, no habían sido destruidas por los falsos y poco convincentes bombarderos, después de todo.

Llegados a ese punto, a las fuerzas de desembarco les habría venido de perlas un poco de apoyo aéreo, pero para entonces Kennedy estaba tan nervioso por el hecho de que todo el mundo hubiese descubierto el truco de los «pilotos

cubanos desertores» que se negó a autorizarlo. Así que se quedaron embarrancados en la playa durante varios días, defendiéndose cada vez más a la desesperada y con la munición camino de agotarse.

A los tres días de la frustrada invasión, se hizo patente que jamás saldrían de aquella playa sin una intervención dramática, por lo que Kennedy se lo pensó mejor y dio su autorización al apoyo aéreo. Pero para entonces los pilotos cubanos se sentían tan traicionados por la forma en que se había desarrollado la misión que se negaron a volar. De modo que Estados Unidos renunció a toda pretensión de que no estaban implicados y reclutó a miembros de la Guardia Nacional de Alabama para que evacuaran a las tripulaciones de los bombarderos camuflados, con el apoyo de un puñado de cazas estadounidenses regulares y en absoluto camuflados. Esto podría haber dado a la partida de desembarco una oportunidad de seguir combatiendo en la playa, de no ser porque, en una última muestra de suprema incompetencia, no tuvieron en cuenta la diferencia horaria entre Nicaragua, donde estaban los bombarderos, y Miami, donde estaban los cazas, con lo que ambos equipos de aviones ni siquiera consiguieron juntarse. Varios fueron abatidos.

La cosa acabó con Estados Unidos siendo el hazmerreír del mundo, con Fidel Castro más afianzado en el poder que nunca y con la captura por los cubanos de más de mil componentes de la tropa invasora, por cuya liberación el Gobierno norteamericano tuvo que pagar, años más tarde, un rescate de más de 50 millones de dólares.

Por el lado positivo, Kennedy aprendió de los fracasos en la toma de decisiones, lo que posiblemente salvó a toda la población mundial al permitir que al año siguiente, en la crisis de los misiles cubanos, las cabezas más templadas se impusieran. Y, por fortuna, el incidente tuvo tal impacto que Estados Unidos jamás volvió a dejarse arrastrar a una situación en la que sus líderes permitieran que el pensamiento de grupo lo empujara a una invasión mal meditada basada en burdos informes de los servicios de inteligencia, sin un plan definido ni estrategia de salida.

Oh.

1. La Guerra del Cubo de Roble

Se calcula que murieron unas veinte mil personas en esta guerra de 1325 entre las ciudades Estado italianas de Módena y Bolonia, que estalló porque unos soldados modenenses robaron el cubo de un pozo boloñés. Ganó Módena, y lo primero que hicieron fue robar otro cubo.

2. La Guerra Anglo-zanzibariana

La más corta de la historia: duró tres cuartos de hora. Un sultán de Zanzíbar que no contaba con las simpatías de Gran Bretaña reclamó el trono y se parapetó en el palacio. Los británicos procedieron a tirotear este durante un total de treinta y ocho minutos, hasta que el pretendiente huyó.

3. La Guerra del Fútbol

En 1969, tensiones entre El Salvador y Honduras que llevaban tiempo fraguándose desembocaron en una guerra abierta; el detonante fue en gran medida la violencia desatada durante unos partidos de clasificación para el Mundial de Fútbol entre las selecciones de ambos países (la clasificación la ganó El Salvador; la guerra quedó en tablas).

4. La Guerra del Asiento

Fue una guerra entre Gran Bretaña y España que se prolongó más de una década y costó decenas de miles de vidas. Comenzó porque, en 1731, un puñado de corsarios españoles le cortaron una oreja a un capitán de la Armada británica (por eso, en la historiografía anglosajona se la conoce como

Guerra de la Oreja de Jenkins). Para cuando concluyó el conflicto, ya se había extendido dando pie a la Guerra de Sucesión austriaca, en la que se vieron implicados la práctica totalidad de los principales países europeos.

5. La Rebelión del Orinal

Robert Curthose era el primogénito de Guillermo el Conquistador; al chico le dio por promover abiertamente una rebelión contra su padre al entender que este no había castigado con la debida severidad a sus dos hijos menores después de que volcaran un orinal lleno sobre la cabeza de Robert.

6. La Guerra del Escabel de Oro

Esta guerra entre el Imperio británico y el pueblo asante de África occidental estalló por un berrinche del gobernador británico a propósito de la «vulgar silla» que se le ofreció. Él exigió sentarse en el escabel de oro, un trono sagrado en el que a nadie le estaba

permitido sentarse. Los británicos ganaron la guerra, pero el gobernador nunca llegó a sentar sus posaderas en el escabel.

La megafiesta chupiguay del colonialismo

La compulsión humana a explorar, a buscar siempre nuevos horizontes, es uno de nuestros rasgos definitorios. Es por ello por lo que nuestra especie y sus primas hermanas se diseminaron por el mundo múltiples veces en lo que, desde el punto de vista evolutivo, es un abrir y cerrar de ojos. Y esa es la fuerza motriz que ha dado forma al mundo moderno..., que es el desatinado, caótico y a menudo escandalosamente injusto resultado de miles de años de migraciones, comercio, colonización y guerra.

Fue ese impulso explorador lo que empujó a Cristóbal Colón a aventurarse en las vastas, vacías y azules aguas del Atlántico en 1492, para acabar dándose de bruces con un montón de rocas al cabo de unos meses, como un idiota.

Ese año caía muy al principio de lo que suele denominarse la *era de los descubrimientos*, aunque en realidad solo fueran descubrimientos para quienes no estaban ya viviendo en los lugares descubiertos. Las rutas comerciales terrestres entre Europa y Asia, que habían resultado tranquilas y fáciles de recorrer cuando el Imperio mongol se extendía por gran parte de Eurasia (también volveremos sobre esto en breve), estaban por entonces bloqueadas, por el efecto combinado de la peste negra y del auge del Imperio otomano. En consecuencia, Europa, que bullía con nuevas tecnologías y conocimientos y estaba sedienta de riquezas, puso entonces los ojos en el mar. Y lo que comenzó con la intención de comerciar en Asia, África y las recién descubiertas Américas no tardaría en derivar en una misión de ocupación y conquista.

Casi nadie ignora que Colón descubrió (bueno, «descubrió») las Américas accidentalmente, al ir a parar al Caribe por error cuando buscaba un atajo a la India que no exigiera dar la vuelta por el extremo sur de África. Pero también hay mucho equívoco en cuanto a cuál fue su error exactamente.

Conforme a un relato frecuente, demostró, en definitiva, que tenía razón, porque estaba convencido de la veracidad de su herética teoría de que la Tierra era redonda, mientras que los crédulos idiotas que le vieron partir creían que estaba condenado a precipitarse al vacío por el confín del mundo. Esto, siento decirlo, es una soberana gilipollez. Lo cierto es que en aquella época cualquier europeo con un mínimo de educación (y la mayoría de los no educados también) sabía perfectamente que el mundo era un globo, y se sabía desde hacía mucho tiempo. Era tan bien sabido que, más de doscientos años antes del viaje de Colón, el teólogo Tomás de Aquino lo dejaba caer en sus escritos como ejemplo de hecho que todo el mundo admitía como verdad. Dado que hoy existe una persistente minoría de personas que aún ponen en duda la versión oficial que presentan los fabricantes de globos terráqueos, puede que la teoría de la Tierra plana sea tan popular en la actualidad como lo pudo ser en el siglo xv. Un grupo de terraplanistas planean organizar en 2019 un crucero para la comunidad de defensores de su tesis, que sin duda supondría una emocionante oportunidad de poder demostrarla. Bien hecho, felicidades a todos.

De modo que no, no se trataba de un desacuerdo sobre la redondez de la Tierra. El escepticismo respecto a la aventura de Colón obedecía a razones completamente distintas. El problema era que Cristóbal Colón se había hecho un lío descomunal con las unidades de medida, con lo que sus sumas eran totalmente erróneas.

Todo el plan de la misión se basaba en los cálculos que él mismo había hecho de dos magnitudes: cómo era de grande la Tierra y cómo era de grande Asia. En ambos puntos anduvo pero que muy errado. De entrada, concluyó que la longitud de Asia era desmesuradamente mayor de lo que es en realidad (y eso que Asia es bastante larga), y que, por tanto, con viento a favor, acabaría topándose con Japón unos cuantos miles de kilómetros más al este de su localización real. Pero, peor aún, basó su cálculo de la circunferencia del globo en la obra de un astrónomo persa del siglo ix, Ahmad ibn Muhammad ibn Kathir al-Farghani. No era un buen punto de partida, porque había estimaciones más precisas desde que el matemático griego Eratóstenes de Cirene prácticamente la clavara, mil setecientos años antes. Pero ni siquiera fue ese el mayor error de Colón.

Su mayor error fue suponer que cuando Al-Farghani decía «millas», estaba hablando, naturalmente, de la milla romana, que equivalía a unos 1.478 metros. Y no era el caso. Hablaba de la milla árabe, que mide entre 1.800 y 2.100

metros. De modo que cuando Al-Farghani decía que algo estaba a tantas millas de distancia, en realidad quería decir muchísimo más lejos de lo que Colón entendió.

Los fans de la película *This Is Spinal Tap** estarán al tanto del cesto que hizo Colón con esos mimbres. Confundió una unidad de medida con otra completamente distinta, viniendo a dar con un modelo que era ridículamente pequeño. Colón creía que el mundo tenía solo unas tres cuartas partes de su tamaño real. Eso, sumado a su decisión de desplazar Japón varios miles de kilómetros, dio como resultado que calculara que necesitaba cargar suministros para una travesía mucho más corta que la que afrontaba. Cantidad de contemporáneos suyos estaban en plan: «Mira, Cris, creo que te confundes con el tamaño del mundo», pero él siguió convencido de sus cálculos. Así que, al final, fue un golpe de suerte que se topara con el Caribe cuando lo hizo (nadie se había planteado seriamente la posibilidad de que hubiera todo un continente más justo en el lugar en el que no estaba Asia).

Probablemente, merece la pena añadir que su errónea suposición sobre el tipo de milla de la que hablaba Al-Farghani es reflejo de lo eurocéntrica que era su mentalidad. Pero seamos francos: esto no es ni mucho menos lo peor que el excesivo eurocentrismo de Cristóbal Colón le llevó a hacer.

Es tentador preguntarse cuán diferente habría sido la historia universal si a Colón se le hubieran dado mejor las matemáticas y, en consecuencia, nunca se hubiera embarcado en su viaje. La respuesta es: probablemente, no mucho, salvo tal vez que hoy habría más gente que hablara portugués. En aquella época, los portugueses eran los mejores marineros y navegantes de Europa (si la expedición de Colón la financió España fue solo porque previamente se había negado Portugal, sobre la base de que sabían perfectamente que la había cagado con sus cálculos), y, en años sucesivos, desembarcarían en varios puntos de las Américas. Pedro Álvares Cabral llegó a Brasil en 1500. Un año después, los hermanos Corte-Real pusieron pie o en Labrador o en Terranova, donde, a modo de anuncio de lo que iba a ocurrir, se apresuraron a secuestrar a cincuenta y siete nativos y venderlos como esclavos.

De hecho, lo que sí habría supuesto una gran diferencia en la historia de las relaciones entre el Viejo y el Nuevo Mundo hubiera sido que alguien, aunque fuera uno solo, hubiera sido capaz de reprimir su impulso natural de matar o secuestrar a las primeras personas que se encontrara. Nada menos que cinco siglos antes que Colón, fueron en realidad los vikingos los primeros europeos en

establecer un asentamiento en las Américas, con Leif Erikson, que partió de la colonia vikinga de Groenlandia y fue a parar a lo que decidieron llamar Vinland («Tierra del Vino», que debía de ser la actual Terranova). Comparados con las tierras estériles e inhóspitas hasta decir basta de Groenlandia, los bosques y frutos de Vinland debieron de parecerles fantásticos hallazgos a los vikingos, que, efectivamente, establecieron allí una colonia comercial durante algunos años. Por desgracia, sus perspectivas de comerciar con los aborígenes (probablemente, el pueblo de Thule, o los *skraelings*, como los denominaron los invasores) se vieron un tanto mermadas por lo que ocurrió la primera vez que se encontraron.

Aquel fue el primer encuentro entre europeos y americanos del registro histórico, y se desarrolló más o menos así: los vikingos encontraron a un grupo de diez nativos durmiendo bajo sus canoas, dispuestas boca abajo, así que los asesinaron.

Pero ¿en qué mierda pensabais, tíos?

Como era de esperar, después de eso los nativos no estaban muy por la labor de comerciar con los vikingos y eran habituales las refriegas entre ambos grupos; como una batalla en la que los temibles escandinavos, armados con espadas, estuvieron a punto de ser derrotados por «una pértiga con un pomo enorme en un extremo —probablemente la vejiga hinchada de algún animal—, que volaba sobre las cabezas de los hombres y hacía un ruido aterrador al golpear». La novedad de aquel globo sembró el pánico entre los vikingos hasta tal punto que habrían perdido el combate si Freydís Eiríksdóttir, la hermana de Leif, no hubiera alarmado a su vez a los *skraelings* mostrándoles sus pechos desnudos.

A resultas de esta batalla y de otras menos estrafalarias, el asentamiento de Vinland nunca llegó a consolidarse. Los vikingos de Groenlandia lo abandonaron al cabo de una o dos décadas. Más aún, el propio asentamiento de Groenlandia —que, para empezar, solo surgió porque Eric el Rojo tuvo que exiliarse allí por matar a gente— fue languideciendo poco a poco hasta desaparecer a lo largo de los siglos siguientes, a medida que el resto de los vikingos de las tierras nórdicas dejaron prácticamente de prestarle atención.

Si en Vinland las cosas hubieran ido por otro camino, idealmente con menos matanzas, la historia sí que podría haber tomado otro rumbo. Una ruta comercial estable entre las Américas y Europa, con todo el intercambio de conocimientos y habilidades que puede conllevar, habría podido traer consigo

una exposición más gradual entre ambas poblaciones. Podría haber supuesto que la brecha en materia de tecnología y capacidad militar que hizo de la colonización europea en el siglo XVI una relación tan desigual hubiera sido menos dramática (además, podría haber dado a los americanos más tiempo para ir desarrollando poco a poco una mayor inmunidad a las enfermedades infecciosas del Viejo Mundo, al no verse desbordados de golpe por un gran filón de todas ellas).

Del mismo modo, las cosas podían haber sido muy distintas si Abubakari II, soberano del Imperio de Malí en el siglo XIV, hubiera regresado de sus viajes. Siendo el soberano de uno de los imperios más grandes y ricos de la época, que se extendía por buena parte de África occidental, renunció al trono, a su poder y a sus riquezas a fin de satisfacer su curiosidad por saber si había una «orilla» al otro lado del océano. En 1312, zarpó de lo que hoy es Gambia, supuestamente con una flota de dos mil barcos, de los que jamás se volvió a saber nada. Algunos historiadores malienses sostienen que pudo, de hecho, haber alcanzado las costas de Brasil, pero aun suponiendo que lo hiciera, nunca completó el camino de vuelta, algo que, para ser sinceros, resulta bastante esencial en el negocio de la exploración.

O puede que las cosas no pudieran haber ido de otro modo en ningún caso, y que seamos así, sencillamente. Si la consideramos con cierta perspectiva, gran parte de la historia humana no es más que un relato de auges y caídas de sucesivos imperios mientras nos matamos los unos a los otros. Al igual que en el caso de la agricultura, o de los líderes, o de la guerra, o de todo aquello que contribuyó a su vez a alumbrar la era de los imperios, estos no necesariamente se imponen porque sean el mejor plan a largo plazo para la humanidad, sino porque una vez que *alguien* decide ir a por ello, todo el mundo, o poco menos, tiene que sumarse a la iniciativa si no quiere ser aplastado. Es como en las peleas en los bares de las viejas películas de vaqueros, con la salvedad de que luego hay mucha gente que no se levanta cuando vuelven a tocar el piano.

Cuando Colón se las apañó para hundir por accidente *La Santa María* en las costas de La Española en 1492, la población aborígen de indios taínos de la isla se contaba por cientos de miles. Poco más de dos décadas después, cuando los españoles ya habían introducido la minería, la esclavitud y un abanico de enfermedades, quedaban solo treinta y dos mil. A Colón no se le daban bien las matemáticas, vale, pero ese no fue, ciertamente, el peor de sus errores.

La labor de los historiadores no consiste necesariamente en emitir juicios morales sobre el pasado. Lo que pretenden es desvelar, describir y contextualizar; comprender y explicar cómo se vivía la vida en tiempos lejanos, y rastrear las redes interconectadas de poder y conflictos que alumbraron el mundo en el que vivimos hoy. Todo eso puede hacerse sin hacer comentarios sobre si tales cosas fueron virtuosas o perversas. Y lo cierto es que, dada la complejidad mareante de todo, rara vez es tarea sencilla liarse a moralizar sobre el pasado.

Por fortuna, liarnos a moralizar sobre el pasado es precisamente la labor de este libro, así que aclaremos una cosa de inmediato: el colonialismo era malo. Malo a rabiar.

¿Cómo de malo, en concreto? Bueno, una estimación de las muertes causadas por el colonialismo europeo solo en el siglo xx sitúa la cifra en torno a los cincuenta millones, a la altura de los crímenes de Hitler, Stalin y Mao; y eso, en el siglo en que los imperios coloniales se estaban desintegrando. En los cien años, más o menos, que siguieron a la colonización de las Américas, y según un cálculo más bien conservador, el 90% de la población del continente murió como consecuencia de una combinación de enfermedades, violencia y trabajos forzosos; de nuevo, una cifra situada en las decenas de millones. La única razón de que no podamos ser más específicos es que es difícil averiguar cuánta gente vivía allí con anterioridad; literalmente, no sabemos lo que perdimos.

Claro que la mortalidad por sí sola, con toda su espantosa vaguedad, no nos cuenta toda la historia. El tráfico de esclavos africanos, la invención de los campos de concentración, la esclavitud sexual en el Imperio japonés, el sistema español de encomiendas en las Américas (por el que se otorgaban a los conquistadores cuadrillas de trabajadores nativos, como empleados de una *start-up* a los que se dieran opciones de compra de acciones humanas)... La lista de horrores es larga y casi insoportablemente siniestra. Y a todo ello se pueden añadir las incontables culturas aniquiladas, la historia destruida y la inmensa transferencia ilegítima de riqueza de una parte del mundo a otra, que sigue haciéndose evidente si comparamos las expectativas y comodidades de las que podemos disfrutar hoy según el rincón del mundo en que nacemos.

Lo dicho. Malo. Esta parte del libro no es muy divertida, lo siento.

Probablemente, todo esto no haría falta ni decirlo, pero hoy en día estamos asistiendo a una reacción bastante intensa en plan «en realidad, el colonialismo fue algo bueno», así que vamos a insistir. El argumento, resumiendo, es que los

beneficios del colonialismo para los colonizados y sus descendientes —la modernización de sus economías, la construcción de infraestructuras, la transferencia de conocimientos científicos y médicos, la introducción del concepto del *imperio de la ley*— pesan más que los errores lamentables que se cometieron. Pero, por mucho que se quiera adornarlo, todo ello se sigue reduciendo a la pretensión de que los pueblos colonizados estaban en lo esencial sin civilizar; de que eran incapaces de gobernarse por sí mismos, inmunes al progreso e insuficientemente avanzados para utilizar sus recursos naturales de forma adecuada. Estaban ahí sentados encima de todo aquel oro, pobres idiotas, sin tener ni idea de qué hacer con él.

Para empezar, esto se basa más en mitos sobre la situación de las sociedades precoloniales que en hechos, y sobrevalora la superioridad en tecnología militar de un puñado de países, históricamente transitoria y sumamente contingente, elevándola a una especie de categoría inmutable de ley moral sobre a quién se le debe permitir que maneje el cotarro. Es más, parte de la premisa tácita de que, sin la colonización, el resto del mundo habría seguido en la estasis durante los últimos cinco siglos, o de que era inconcebible que pudiera haber otra forma de intercambio de conocimientos científicos o técnicos a través de las fronteras que no pasara por invadir un país y reclamarlo como propio. Se asume que, de no ser por toda aquella colonización tan generosa, los territorios colonizados seguirían aún hoy estancados en el siglo xvii. En fin, esto parece improbable, especialmente teniendo en cuenta el intercambio transnacional de ideas que, de entrada, llevó a Europa a encadenar avances tecnológicos; pero, claro, es imposible demostrarlo o refutarlo, por la sencilla razón de que en el mundo no hay un número suficiente de países que no fueran colonizados o colonizadores que pudieran servirnos de término de comparación. Está Tailandia, que es prácticamente el único que se libró. Acabo de buscarlo en Google y, mira tú por dónde, en Tailandia tienen electricidad; así que, sobre la base de una muestra de un solo país, mi impresión es que ese argumento podría ser una chorrada.

Pero, a fin de cuentas, todo esto no es más que un diálogo de sordos, porque esperar a que pasen varios cientos de años para hacer entonces, en retrospectiva, una especie de balance de costes y beneficios de nuestras acciones no es, de hecho, la forma en que los humanos solemos distinguir lo que está bien de lo que está mal. Más bien parece un intento de justificación a toro pasado de lo que de antemano queremos creer. El resultado es que una discusión sobre el colonialismo suele implicar a dos personas gritándose recíproca y repetidamente

«sí, pero ¿y los trenes?» y «sí, pero ¿y la masacre de Amritsar?», hasta que a todo el mundo se le van las ganas de vivir* (para que conste: no, los trenes no son un contrapeso moral de las masacres, y esto lo dice un apasionado de los trenes).

De nada de esto se puede deducir que esté afirmando que el colonialismo es el culpable de todos los males del mundo, porque no lo es; o que antes de la llegada de los colonizadores las sociedades que colonizarían fueran todas felices oasis de paz y cortesía en las que todo el mundo vivía en armonía con la naturaleza, porque no lo eran. Confío en que a estas alturas del libro haya quedado patente que la capacidad humana para la estupidez y el horror ha sido bastante común a lo largo de la historia. Tan solo significa que, como especie, posiblemente debiéramos intentar reflexionar sobre nuestro pasado partiendo de lo que realmente ocurrió, más que de un vago anhelo nostálgico de narrativas sin complicaciones sobre glorias imperiales.

Por poner solo un ejemplo: la noción de que el colonialismo trajo un gobierno ilustrado y consagró el imperio de la ley en los países colonizados no acaba de cuadrar con la historia de los numerosos tratados firmados entre las potencias coloniales y los pueblos indígenas: una historia en la que no resuena precisamente el «respeto al imperio de la ley». Semejante idea sería toda una sorpresa para, pongamos por caso, las naciones de nativos americanos que firmaron cientos de tratados con los gobiernos británicos, primero, y estadounidenses, más adelante, para luego ver cómo, uno por uno, dichos tratados se rompían y sus tierras les eran arrebatadas. Sería una sorpresa para los maorís, que firmaron el Tratado de Waitangi, en el que una serie de errores de traducción entre las versiones inglesa y maorí del texto llevó a cierta ambigüedad, muy conveniente por lo demás, sobre qué se había firmado exactamente. Sería una sorpresa para el pueblo xhosa, que vivía en la colonia sudafricana de la Cafrería Británica (sí, el nombre que dieron al territorio viene directamente de *cafre*, que en origen era el término peyorativo con que los árabes se referían a los negros), y que en 1847 se vio forzado a presenciar cómo el recién llegado gobernador, sir Henry Smith, se carcajeaba mientras rompía simbólicamente en mil pedazos un tratado de paz ante sus ojos, para, a continuación, obligar a sus líderes a dar un paso al frente de uno en uno y besarle las botas.

Eso, por cierto, no ha sido una metáfora. Es literalmente lo que hizo. Merece la pena señalar que la historiografía británica suele recordar a sir Henry

Smith como una figura galante y heroica, immortalizada en una popular novela romántica que narraba su boda de cuento de hadas con [consulto mis notas]... una niña de catorce años.

Todo esto nos lleva de vuelta a uno de los temas de este libro: nuestra profunda y persistente habilidad para engañarnos a nosotros mismos con historias y delirios sobre lo que estamos haciendo en realidad. Sostener un imperio exige un esfuerzo activo y constante de mitificación de su presente y tergiversación del recuerdo de su pasado. Esta disonancia ha estado allí ya desde el origen: por eso, los escritos de Colón evidencian que creía firmemente que hacía la obra del Señor al difundir la fe cristiana, al mismo tiempo que aquilataba mentalmente el potencial de los taínos para la subyugación y la servidumbre. Por eso destruyeron los británicos decenas de miles de documentos de sus propios archivos coloniales cuando abandonaron África en las postrimerías de la época imperial, quemándolos literalmente y arrojándolos al mar a espaldas en su empeño de borrar la historia e imponer una amnesia colectiva (en Uganda, le dieron a esto el sumamente preciso nombre de *Operación Legado*).

Y nada lo ha dejado más claro que la profunda y siniestra ironía de lo que bien pudiera ser, individualmente considerada, la acción más horripilante de la era colonial: cuando el rey Leopoldo II de Bélgica compró como propiedad privada suya dos mil quinientos kilómetros cuadrados de la cuenca del Congo y los convirtió en un holocausto de mutilaciones y trabajo esclavo con ánimo de lucro, que ocasionó la muerte de quizá diez millones de personas a lo largo de dos décadas. Lo irónico es esto: oficialmente, se hizo con fines benéficos. La tierra fue otorgada en 1885 a una organización de caridad llamada Asociación Internacional Africana, fundada por el propio Leopoldo. Esto sucedió en la Conferencia de Berlín, una reunión en la que los países europeos se repartieron el continente negro entre ellos, lo que sirvió de catalizador de la «disputa por África» que llevó su colonización a nuevos extremos. La supuesta misión filantrópica de la Asociación Internacional Africana era llevar la «civilización» a los habitantes del Congo. Lo que hizo en realidad fue convertir todo el país en una inmensa plantación de caucho en la que se castigaba a la población con la muerte por no alcanzar los objetivos de producción, o con la mutilación de manos, pies o narices. Se requería de los soldados que presentaran determinado número de manos cortadas como prueba de a cuánta gente habían matado, porque los belgas querían asegurarse de no malgastar una munición costosa en

actividades no esenciales (cualquiera que no fuera matar). Una bala, una mano. Así, las cestas llenas de manos amputadas se convirtieron en una especie de moneda del territorio, que se recaudaba *ad libitum* tanto de los muertos como de los vivos.

Por descontado, Leopoldo llamaba a su país particular «Estado Libre del Congo».

Así que sí. El colonialismo fue malo.

Este es un libro sobre fracasos, y si bien el colonialismo fue indudablemente malo, no fue exactamente un *fracaso*. Si pasamos un poco por alto el tema de la ética y nos quedamos con el balance, fue en buena medida un éxito apoteósico, y muchos de los que estuvieron detrás acabaron viviendo a cuerpo de rey (sobre todo, los que ya eran reyes de entrada).

Pero si bien se puede afirmar, en una valoración de conjunto, que las potencias coloniales consiguieron hacerse enormemente ricas a base de una agresiva política de latrocinio de los recursos del resto del mundo, eso también es pasar por alto la feroz incompetencia con que se desarrolló una parte abrumadora de la pugna por las tierras colonizadas. Toda esa mitificación autocomplaciente de supuestos aventureros heroicos, sumada al señuelo de un dinero supuestamente fácil, se tradujo en que muchos de los hombres que se lanzaron al proyecto imperial fueran —hablando en plata— putos idiotas rematados.

La «era de los descubrimientos» estuvo plagada del efecto Dunning-Kruger, a lo grande. A una serie, al parecer interminable, de hombres desmesuradamente ineptos, inexpertos y a menudo inestables se les encomendó el liderazgo de expediciones, o la administración de colonias, con poco más fundamento que el hecho de que mostraran gran confianza en sí mismos o aparentaran ser el tipo indicado.

Consideremos, por ejemplo, el caso de John Ledyard, a quien los británicos confiaron el mando de una expedición para buscar las siempre esquivas fuentes del río Níger, pese a que su única experiencia en África era una breve escala en su extremo meridional. Ledyard, nacido en lo que era entonces la colonia británica de Connecticut, se había labrado una reputación de gran explorador

gracias a un libro que escribió sobre sus viajes como integrante de la tripulación del capitán Cook. Sus aventuras en solitario, sin embargo, dejaban bastante que desear.

Una habilidad que sin duda hay que reconocerle era la de hacerse amigo de gente importante y convencerla para que le prestara dinero. Su primera empresa fue un proyecto de compañía mercantil dedicada al comercio de pieles, que se resistió obstinadamente a materializarse. Pero mientras estaba en París buscando socios, obtuvo el respaldo de varias luminarias (entre ellas, Thomas Jefferson, el marqués de Lafayette y algunos más que no figuran en el reparto del musical *Hamilton*) a una expedición de índole muy distinta. Se trataba de un audaz plan para atravesar Rusia hasta el estrecho de Bering y desde ahí cruzar a Alaska y explorar la costa oeste del continente americano en toda su longitud. Jefferson, de quien partió la idea de todo el asunto, describió a Ledyard como «un hombre de genio [...] y de intrépido valor e iniciativa».

Ledyard perdió hasta la camisa con el viaje a San Petersburgo, pero pidió dinero prestado y se las apañó para llegar hasta Irkutsk, donde la expedición tocó a su fin en cuanto le detuvieron, acusado de espionaje.

Fue cuando Ledyard, sin blanca, logró por fin volver a Londres en 1788 y se le dio la oportunidad de encabezar la expedición a lo que se conocía como «el África más oscura». Pese a que no hablaba árabe y a que su ejecutoria era como mucho desigual, el secretario de la Asociación Africana —el grupo que andaba contratando voluntarios para la empresa— quedó impresionado de inmediato. El secretario, un tal señor Beaufoy, relata, casi sin aliento, que en su primera reunión con Ledyard le «maravillaron la virilidad de su persona, la amplitud de su pecho, la franqueza de su semblante, la inquietud de sus ojos...». Y sigue: «Le pregunté cuándo podía partir. “Mañana por la mañana”, respondió». Probablemente, el lector pensará que una sola tarde podría parecer un tiempo sorprendentemente corto para preparar una expedición a un territorio inexplorado en un continente que solo había visto desde un barco, pero, claro, el lector tampoco tendrá un pecho tan viril como John Ledyard.

Al final, Ledyard no llegó más allá de El Cairo, donde cayó enfermo de una «afección biliosa», que trató automedicándose, ingiriendo ácido sulfúrico. Lo que, como puede suponerse, le mató. Murió en enero de 1789, dejando como únicos frutos destacables de su aventura africana un puñado de descripciones

verdaderamente útiles de las rutas de las caravanas, y unas cartas a Thomas Jefferson en que tildaba a los egipcios de estúpidos y despotricaba del Nilo porque como río no tenía la magnificencia del Connecticut.

O está también Robert O'Hara Burke, un imponente y barbudo policía irlandés de temperamento iracundo y carente de sentido de la orientación, que en 1860 partió a explorar el centro de Australia trazando una ruta desde Melbourne a su costa norte. Salió de Melbourne entre vítores de una multitud, y avanzó con su destacamento atravesando el país a ritmo increíblemente lento, debido en gran parte a que viajaban con veinte toneladas de equipación, incluidos artículos tan vitales como una gran mesa de roble revestido de cedro con sillas a juego, un gong chino y doce cepillos para la caspa.

Gracias al mal genio de Burke y a su absoluta falta de aptitudes para la exploración, los relevos entre los miembros de la expedición fueron frecuentes, ya que muchos eran despedidos o la abandonaban por propia voluntad. Cuando su avance, penosamente lento, le llevó al fin a convencerse de tirar parte de las provisiones, optó por prescindir de la mayoría de sus rifles y, además, de la provisión de limas, que ayudaban a prevenir el escorbuto. Al final, tras haber recorrido tres mil y pico kilómetros y perder por el camino a la mayor parte de sus hombres, un Burke medio muerto dio media vuelta cuando estaba a solo diecinueve kilómetros de la costa norte, porque se topó con una marisma de manglares. Murió durante el viaje de regreso, poco después de reaccionar ante unos aborígenes que se cruzaron con él y ofrecieron comida y ayuda a la demacrada comitiva... abriendo fuego contra ellos.



Robert O'Hara Burke (1820-1861). Getty Images (Hulton Archive)

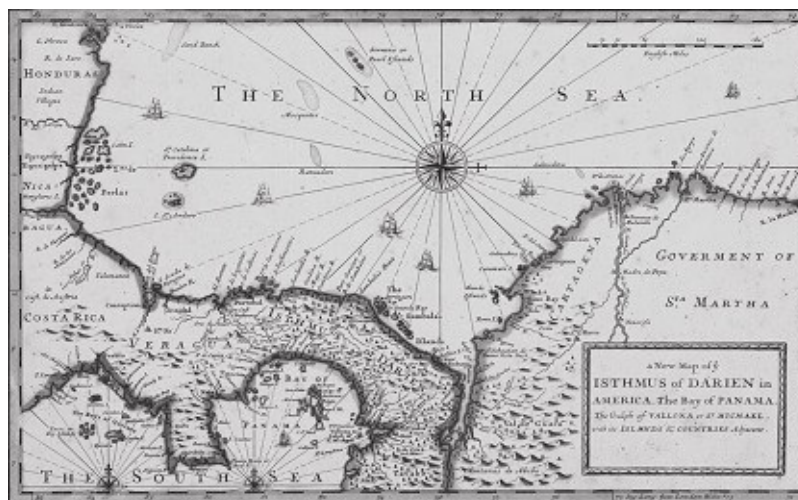
Hay incluso algunos exploradores coloniales que, aunque en términos técnicos tuvieron éxito, en realidad eran perfectos inútiles. Como René-Robert Cavelier, un francés que acabó reivindicando para Francia gran parte de la costa del golfo americana. Descrito por un funcionario francés como «más capaz que nadie que yo conozca», sus primeras hazañas exploratorias las instigó su convicción de que podía dar con una ruta a China a través de Ohio. También era un cabrón arrogante —rasgo inconveniente para un explorador— con gran talento para irritar a casi cualquiera que viajara con él. Su última expedición, en 1687, fue un intento de invadir México y arrebatárselo a los españoles con unas tropas de tan solo doscientos franceses. Tras andar peleándose durante toda la travesía y perder varias naves, y equivocarse luego con el punto de desembarco por ochocientos kilómetros, Cavelier acabó muriendo a manos de sus propios hombres en algún lugar de Texas.

Pero tal vez nada ilustre mejor las vanas ilusiones y la arrogancia de la era colonial que la historia de la colonia que no pudo ser: el intento fallido de una nación por convertirse en un actor internacional de primera fila que se saldó, en cambio, con el empobrecimiento y la humillación del país. He aquí el triste relato del Imperio escocés.

EL HOMBRE QUE LLEVÓ ESCOCIA A LA QUIEBRA

William Paterson, como tantos cuyas vidas acabaron bien asentadas en la columna de «pérdidas» del balance de la historia, tenía una visión.

No solo una visión; tenía asimismo habilidad y tenacidad para convencer a otros de que la secundaran. Paterson era banquero y financiero de profesión, pero vendedor de corazón: un hombre que parecía combinar el rigor de un contable, el alma de un poeta y la orgullosa convicción de un predicador, todo en el mismo paquete irresistible. Es una verdadera lástima que su visión personal acabara acarreado miles de muertes y la ruina financiera de su patria escocesa; y lo que es peor, la dejó a merced de su vecino del sur. De hecho, de no ser por los desastrosos planes de Paterson, puede que hoy no existiera el Reino Unido tal y como lo conocemos.



Mapa del istmo del Darién, 1721. Getty Images (Historical Map Works LLC y Osher Map Library, © Arnold Newman)

Es la historia de un país que abrazó ambiciones grandiosas, pero vagas, sobre la base de proclamaciones de firmes creyentes en una ideología, de hacer oídos sordos a las advertencias de los expertos y de negarse obstinadamente a reconocer la realidad y modificar el rumbo, por más que el mundo te esté enviando señales muy claras de que podrías haber cometido un error (es también una historia de ingleses actuando como capullos, pero eso no hace falta ni decirlo).

La visión de Paterson era nada menos que la de un Imperio escocés que se convertiría en el corazón palpitante del comercio mundial. Y sabía exactamente dónde quería establecer la primera avanzadilla de ese imperio: en un paraíso

exuberante al otro extremo del océano Atlántico, ubicado en el mismo centro de las Américas. El nombre de ese sitio era Darién.

Entre 1698 y 1699, zarparon de Escocia unos tres mil colonos, con el respaldo de una ola de sentimiento nacionalista y al menos la mitad de la riqueza del país, ebrios de esperanzas de hallar el paraíso de Paterson y fundar aquel imperio. Antes de que concluyera el siglo, descubrirían que el paraíso no era tal, que la mayoría estaba muerta y que, para el caso, podían haber arrojado la riqueza del país al fondo del océano.

Para ser justos con Paterson, no todas sus visiones fueron calamitosas. De hecho, una de ellas ha perdurado hasta hoy: en 1691, fue el primero en proponer la creación del Banco de Inglaterra, y luego, en 1694, fue uno de sus cofundadores (por si alguien se está haciendo preguntas: un año después de que un escocés fundara el Banco de Inglaterra, un inglés fundó el Banco de Escocia). En más de un sentido, Paterson intuyó mucho antes que nadie la forma en que los perfiles del comercio globalizado iban a conformar el mundo en que hoy vivimos. Pero era a la vez optimista («el comercio tiene la capacidad de aumentar el comercio, y el dinero, la de generar dinero hasta en el fin del mundo», dejó escrito) y sumamente obstinado. Su actitud consiguió irritar a sus compañeros de la dirección del Banco de Inglaterra lo bastante para verse forzado a dimitir de la junta al cabo de menos de un año desde su fundación.

Así las cosas, Paterson retomó la idea que le venía rondando, hasta convertirse casi en obsesión, desde hacía muchos años: una colonia en Darién, la costa oriental del istmo de Panamá, la angosta franja de tierra que forma el punto más estrecho del continente americano. Siglos antes de que se construyera su famoso canal, ya estaba claro que por donde más fácil era el viaje desde el Atlántico hasta el Pacífico y viceversa era por Panamá. Tampoco es que fuera precisamente «fácil», ya que atravesar el terreno no era sencillo, ni mucho menos; pero sí más rápido y seguro que la azarosa travesía marítima por el extremo sur del continente, dando la vuelta por el cabo de Hornos o cruzando el estrecho de Magallanes. Al conectar ambos océanos, escribió Paterson con verbo florido y melodramático, Darién se convertiría en la «puerta de los mares y la llave del universo».

Esto sucedía durante el temprano apogeo de la expansión colonial desbocada de Europa, y Escocia no quería perder comba. En torno a la última década del siglo XVII, españoles y portugueses llevaban casi dos siglos llenando sus arcas a espuestas gracias a los recursos que sacaban de sus colonias

americanas; más recientemente, ingleses y holandeses se habían sumado a la fiesta con notable éxito. La pugna europea por establecer imperios mundiales se extendía ya por Asia, África y ambas Américas, y la estrategia generalizada de «preséntate con armas y arrambla con todo lo que tengan» seguía prometiendo riquezas sin cuento sin dar muestras de decaimiento.

La era de los imperios lo fue también de revolución financiera; como consecuencia, muy a menudo la punta de lanza del colonialismo no fueron solo los Estados, directamente, sino también sociedades de capital, de cotización oficial, respaldadas por el Estado, que difuminaron la frontera entre el negocio mercantil y la geopolítica. Entre ellas se contaban gigantes tristemente célebres como la Compañía Británica de las Indias Orientales y la Compañía Holandesa de las Indias Orientales, y ese fue el modelo que Paterson pretendía replicar en sus líneas generales para su empresa en Darién. Dichas compañías operaban en un ámbito mundial y gozaban de un nivel de poder que superaba el de muchos Estados. Y es que las compañías actuaban a menudo como Estados por derecho propio, y ejercían una enorme influencia sobre el gobierno de sus propios países (nada que ver con lo que ocurre hoy en día).

Por añadidura, la década de 1690 fue también una época de incertidumbre y dudas para Escocia. Los escoceses venían sintiéndose inquietos desde los tiempos en que Jacobo VI, el promotor de Biblias y azote de brujas, desembarcó en el sur y unificó las coronas de Escocia, Inglaterra e Irlanda. Formaban parte de una unión, sí, pero seguían siendo una nación políticamente independiente: tenían su propio Parlamento, aprobaban sus propias leyes y conservaban aún su propia moneda. No obstante, entre algunos segmentos de la sociedad escocesa crecía la sospecha de que estaban haciendo un mal negocio con todo el asunto. La unión de la Corona, pensaban (no sin justificación), era un zurcido que solo favorecía los intereses de los ingleses; Escocia nunca dejaría de ser el pariente pobre y los decretos que se dictaran desde Londres siempre favorecerían a la capital inglesa en detrimento de Edimburgo.

Esos sentimientos no hicieron sino redoblar con el hecho de que hubiera también quienes promovían activamente una unión aún más estrecha con Inglaterra. Y ese ambiente recrudecido se vio atizado aún más por las tensiones financieras de la década de 1690: una crisis monetaria en Inglaterra, un rey que trataba de sufragar guerras en el extranjero y los «siete años malos» de recesión, cosechas arruinadas y hambruna en Escocia, que conoció la generalización del hambre y el empobrecimiento de muchos. Aquella crisis económica no solo no

hizo que el pueblo escocés albergara cierta aversión al riesgo, sino que resultó ser terreno fértil para que cualquiera que esgrimiera una promesa sacudiera el *statu quo*. De modo que cuando llegó Paterson con sus planes para Darién, estos fueron acogidos con fervor patriótico como una vía para que Escocia reafirmara su independencia, rompiera las cadenas que le imponía la unión y se hiciera con el control de su futuro.

Lo cierto es que Paterson no concibió su plan como una cuestión de orgullo nacional; en realidad, antes de recurrir a su patria anduvo intentando convencer a otros países de que lo respaldaran. E incluso una vez que, en 1695, ya se había concretado en una empresa escocesa (con la Compañía de Comercio de Escocia en África y las Indias, respaldada por una ley del Parlamento escocés que le confería una amplia jurisdicción, y en términos generosos hasta decir basta), aún emprendió sus gestiones para recabar fondos con que financiarla acudiendo en primer lugar a Londres. Entonces es cuando la empresa comenzó a torcerse... y cuando sus fundadores empezaron a ignorar las señales de alarma.

De entrada, sin embargo, la cosa *no fue mal*; fue muy bien, de hecho. *Demasiado bien*, como acabaría evidenciándose. La reputación de Paterson en Londres y sus habilidades de vendedor, sumadas al entusiasmo que desataban las sociedades de capital con aspiraciones de ámbito mundial, supusieron que la Compañía de Escocia no tuviera el menor problema para encontrar patrocinadores: captó compromisos de inversión por un total aproximado de trescientas mil libras, una cifra astronómica. Para su desgracia, fue tanto el interés despertado por su plan que no pudo dejar de llamar la atención de la Compañía Británica de las Indias Orientales.

Por decirlo suavemente, a la Compañía Británica de las Indias Orientales no le entusiasmó la perspectiva de tener competencia. Como a la mayor parte del resto de la comunidad mercantil londinense, los problemas financieros de la década les habían alarmado lo indecible, y ese año habían registrado pérdidas enormes. En aquel momento, la Compañía de Escocia no había fijado su objetivo en Panamá y (en un intento del todo fútil por guardar el asunto en absoluto secreto) ni siquiera había mencionado públicamente la idea de una expedición a América. La idea que estaban vendiendo, tal y como sugería el nombre completo de la empresa, era más bien que sus planes se centrarían en África o en las Indias Orientales. A lo que la previsible respuesta de la Compañía Británica de las Indias Orientales fue, en una paráfrasis aproximada, «jamás, en vuestra puta vida».

De modo que la Compañía cuya riqueza y poder estaban inextricablemente ligados al éxito del proyecto imperial inglés procedió a ejercer toda su influencia. Para la Compañía de Escocia, esta fue la primera lección de la brutal *Realpolitik* del comercio mundial: que el solo hecho de que digas «queremos tener mucho comercio internacional» y encima añadas que lo quieres lograr en los términos que tú mismo elijas no supone que el resto del mundo vaya a hacerte el juego sin más.

El Parlamento inglés mostró su indignación ante los términos de la ley escocesa, que se pegó un tiro en el pie al conceder a la Compañía una aspiración quimérica del libre comercio: la exención total de aranceles e impuestos durante veintiún años. ¿Cómo iba a afectar eso a las relaciones arancelarias y comerciales de Inglaterra y Escocia?, querían saber los parlamentarios ingleses, y ¿cómo se había podido permitir al Parlamento escocés que lo aprobara? Al no existir una frontera rígida entre ambos países, advertían, «no podrá evitarse que los escoceses introduzcan dichas mercancías en Inglaterra de contrabando..., para grave perjuicio de su majestad en sus aduanas».

El Parlamento inglés puso en marcha investigaciones, encargó informes y amenazó con denunciar a prácticamente cualquiera que hubiera estado implicado con la Compañía. El rey Guillermo, tomando partido por los ingleses (lo que no fue una gran sorpresa para nadie), manifestó públicamente su real cabreo. Llegados a ese punto, todos aquellos compromisos de inversión obtenidos en Londres se disiparon misteriosamente en el aire.

La misma historia se repitió cuando la Compañía intentó obtener fondos en el extranjero, en los centros financieros de Ámsterdam y Hamburgo. A la Compañía Holandesa de las Indias Orientales, la situación no le hacía más feliz que a su homóloga inglesa, y sus esfuerzos —sumados a las maniobras de un taimado diplomático inglés que llevó a cabo una campaña superlativa de difusión de rumores contra la iniciativa— consiguieron que Paterson y sus colegas sostuvieran muchas reuniones informales en las que se les sonsacó mucha información sobre sus planes, pero de las que dinero, lo que se dice dinero, sacaron poco.

Pero si bien los esfuerzos de Inglaterra por aplastar el sueño de los escoceses funcionaron a las mil maravillas a la hora de estrangular su financiación exterior, dentro de Escocia produjeron justamente el efecto contrario. Espoleado por la justificada sensación de agravio en el trato recibido, el pueblo escocés se aferró a la Compañía no ya únicamente como oportunidad

económica, sino como expresión de su orgullo nacional. Puede que nunca fuera intención de Paterson hacer del plan de Darién un ejercicio de ardor patriótico (en realidad, lo único que le interesaba era poner en práctica sus teorías sobre el comercio), pero, como buen vendedor que era, sabía cuándo subirse al carro del sentimiento colectivo, de modo que unció encantado el yugo de su experimento económico a los bueyes de la ola de fervor patrio y resentimiento nacional.

Cuando, el 26 de febrero de 1696, se abrió en Edimburgo el registro de suscripción de acciones de la Compañía, atrajo enormes multitudes, algo no precisamente normal para lo que era, en definitiva, una especie de *Operación Contabilidad: ¡la gran final!* Los escoceses volcaron su dinero a espuestas en el plan. Escocia no era un país rico por aquel entonces, pero tampoco se puede decir que fuera pobre, ni siquiera durante los siete años malos. Como gran parte del resto de Europa, tenía una clase media cada vez más pujante, entre la que el plan halló su respaldo más entusiasta (a diferencia de otras sociedades de capitales como la Compañía de las Indias Orientales, cuyos inversores solían ser exclusivamente nobles y comerciantes adinerados). Según el historiador y autor Douglas Watt, que examinó los registros de la compañía para su obra *The Price of Scotland [El precio de Escocia]*, el principal grupo de inversores lo constituían pequeños terratenientes ajenos a la nobleza. Una muestra notablemente variada de la sociedad escocesa comprometió su dinero con la Compañía, desde la flor y nata de la aristocracia a abogados, médicos, ministros de la Iglesia, profesores, sastres, soldados, relojeros, al menos un «cocedor de jabón» y hasta algunos de los criados más acomodados. El entusiasmo era contagioso. En la capital, las historias sobre las riquezas que aguardaban en las colonias andaban en boca de todos; se escribían canciones y poemas en alabanza de la Compañía, y se rezaban oraciones para que la acompañara la fortuna.

Es difícil ser precisos, dado lo caprichoso de la historia y el hecho de que en aquel momento había dos monedas circulando en el país, pero Watt calcula que entre una sexta parte y la mitad de toda la riqueza monetaria de Escocia en aquel momento fue a parar a las arcas de la Compañía. Si se incluye la cantidad total comprometida (ya que solo se exigía pagar por adelantado una parte del efectivo), es posible que los fondos arriesgados excedieran de hecho el valor total de la moneda en circulación en el país.

Eso —vamos a ser claros— no es nada bueno.

Parece que Paterson entendía bien cómo podían avivarse las manías financieras, y lo aprovechó en su favor. De hecho, exponía la cuestión en

términos que guardan una llamativa semejanza con la idea moderna de *volverse viral*. En 1695, escribió en una carta: «Si algo no prende con la primera llama, la captación de fondos rara vez, o nunca, tiene éxito, ya que la masa suele guiarse más por el ejemplo que por la razón». Un factor clave pudo haber sido que el libro de suscripciones de la Compañía no fuera privado, sino público, y la Compañía lo publicó con toda la intención, para que todo el mundo pudiera ver quiénes eran los inversores. Y Paterson buscó deliberadamente el respaldo temprano de figuras relevantes (*influencers*, podría decirse), con la esperanza de que fueran para otros un ejemplo que los guiara con más fuerza que la razón. Como si de una especie de Kickstarter o de GoFundMe del siglo XVII se tratara, esto convirtió el gesto de respaldar a la Compañía no ya en una elección financiera personal, sino en una declaración pública de lealtad..., e hizo conspicua la ausencia de quienes no la respaldaran.

Todo eso, por supuesto, condujo a una espiral autoalimentada de presión social, y creó una atmósfera en la que las voces contrarias o escépticas se vieron agresivamente sofocadas. En 1696, John Holland (el inglés que fundó el Banco de Escocia) dejaba constancia, contrariado, de que, cuando intentó criticar el plan, le acusaron de ser un espía de la Compañía Británica de las Indias Orientales. «Es tal el fervor de la nación por el comercio en África y las Indias —escribía— que muchos tienen por ello prejuicios contra mí; y como no pueden replicar a lo que he argumentado en contra de su proyecto, se dicen unos a otros: “No debemos creer lo que diga el señor Holland, pues es un inglés”. [...] Se ha vuelto peligroso para un hombre expresar libremente sus pensamientos sobre este asunto, y la gente está sometida a más intimidación y temor a dar su opinión.»

La combinación de indignación por las acciones de los ingleses, confianza patriótica creciente, grandes promesas y una visión cautivadora, el truco de convertir el apoyo en un acto performativo y el clásico, pero siempre efectivo, señuelo de ganar un dinero fácil crearon el entorno más propicio posible para desatar una manía colectiva. Y así fue como el 14 de julio de 1698, despedidos entre vítores de una multitud, cinco bajeles zarparon de Leyth, con William Paterson y otras mil doscientas almas esperanzadas, todos con destino a una región centroamericana en la que Paterson nunca había estado.

Ah, sí, ¿había olvidado mencionar ese detalle? *William Paterson jamás había pisado Darién.*

Qué pudo llevar a nuestro amigo a la fijación de que fuera Darién el

emplazamiento de su gran experimento comercial sigue resultando un tanto misterioso aún hoy. Había pasado mucho tiempo en el Caribe como comerciante, eso sí, pero no hay ningún indicio en su biografía ni en sus escritos públicos de que alguna vez anduviera ni cerca del istmo de Panamá. Más bien parece que había oído historias al respecto de boca, con toda probabilidad, de piratas (esto era en la edad de oro de la piratería, cuando los auténticos piratas del Caribe, no los de imagen digital, hacían de las suyas, ya fuera por libre o, a menudo, con el respaldo disimulado de gobiernos interesados en que hostigaran a sus rivales coloniales).

Tampoco está claro cómo persuadió Paterson tan de plano a sus colegas de la dirección de la Compañía de Escocia para que respaldaran su visión de Darién como centro del imperio mundial escocés, sobre la base de poco más que habladurías. Y no es que les faltaran ocasiones para corregir el rumbo: en 1697, un año antes de que zarpara la flota, estuvieron a punto, de hecho, de abandonar por completo el plan de Darién para centrarse en objetivos más modestos.

Estaban tomando conciencia de que la Compañía, forrada tras su campaña de capitalización en Edimburgo, había estado gastando a lo loco, y ya no tenía garantizados los fondos con que dar un respaldo total al ambicioso plan. Habían tomado la insensata decisión de comprar en el continente toda una flota de barcos de última generación, en un momento en que la mayoría de sus rivales alquilaban la mayor parte de los suyos. Posiblemente fuera un intento de aumentar su atractivo con vistas a posibles inversores holandeses y germánicos; un poco al estilo de las *start-ups* tecnológicas sin ingresos, pero con oficinas a la última en el barrio más caro de la ciudad. Los directores contaban con numerosos expertos de prestigio que plantearon dudas sobre la viabilidad de la expedición y les instaban a emplear el capital reunido en misiones comerciales menos imperialistas en Asia. Eran plenamente conscientes de las muchas pegas que presentaba Darién como destino, y hasta llegaron a considerar varias otras ubicaciones en las Américas que podrían haber sido más convenientes... pero, a pesar de los pesares, aquel grupo de individuos sobrios, instruidos y enormemente respetables se persuadieron de que habían acertado desde un principio, y decidieron seguir adelante con los faroles.

Cuáles eran concretamente aquellas pegas empezó a quedarles claro poco después de que los colonos llegaran a su destino a principios de noviembre de 1698. Muchos de ellos ni siquiera eran conscientes de que era a Darién adonde

se dirigían: sus órdenes no les fueron reveladas hasta que los barcos hubieron zarpado, como parte de los vanos esfuerzos de la Compañía por que sus planes no llegaran a oídos de sus rivales.

En un principio, todo pintaba estupendamente. Los colonos estaban abrumados por la belleza natural del lugar y tantas especies (para ellos) exóticas, tortugas de tierra, perezosos y osos hormigueros gigantes. Los nativos —el pueblo guba— parecían amistosos, y hablaban de minas de oro a escasos kilómetros de distancia. Los colonos descubrieron encantados un «puerto de suma excelencia», una bahía de tres kilómetros de largo resguardada naturalmente, que uno de ellos, Hugh Rose, creía que «tenía capacidad para albergar mil de los mejores barcos del mundo». Otro cronista anónimo escribió en su diario que «la tierra es fértil, el aire es bueno y templado, y todo contribuye a hacerlo salubre y adecuado».

Puede que «salubre» fuera mucho decir. No pasó mucho tiempo antes de que algunos colonos enfermaran y murieran. La mujer de William Paterson fue de las primeras en fallecer, cuando no habían pasado aún dos semanas desde que desembarcaran. Pocos días más tarde, moría también el último pastor religioso de la colonia.

Sin embargo, pese a esas tragedias, los colonos no perdieron la confianza. Llamaron a la bahía Caledonia, por el antiguo nombre de Escocia, y enseguida se aprestaron a construir su primera ciudad, que llamaron Nueva Edimburgo. Tan encantados estaban con sus descubrimientos que enviaron de vuelta a casa a su contable en jefe, Alexander Hamilton (no el del musical) en un barco pirata francés que pasaba por ahí, para que transmitiera la buena noticia.

Recibieron una señal bastante clara de lo mal que iban las cosas en realidad cuando el barco de Hamilton naufragó nada más salir del puerto.

En ese momento, se hizo evidente la razón precisa por la que ninguna otra potencia colonial estaba aprovechando un puerto natural de ese tamaño. Le ocurría un poco lo que al «Hotel California», que entrar en él era pan comido, pero salir ya era harina de otro costal. Los vientos dominantes soplaban de tal forma que al abandonar el refugio de la rada, los barcos se veían forzados de inmediato a retroceder y eran asaltados por olas gigantescas. El barco de Hamilton fue hecho añicos en cuestión de una media hora, y casi la mitad de su tripulación se ahogó (el propio Hamilton sobrevivió, y al final conseguiría llegar a Escocia y contar a todo el mundo cómo iba la expedición). Expertos marineros habían advertido a la Compañía que sus grandes y carísimos barcos de quillas

poco profundas eran del todo inadecuados para las condiciones del Caribe, pero hicieron caso omiso del consejo. Teniendo en cuenta que la idea era establecer una colonia comercial, cabría suponer que la perspectiva de que sus barcos fueran a quedar retenidos en el puerto muchos meses al año podría haberles llevado a pensárselo mejor, pero no.

También es cuestionable que hubieran meditado bien toda la cuestión del comercio. Para tratarse de su principal misión, se gastaron una fracción llamativamente pequeña de su presupuesto en mercancías negociables, consistentes sobre todo en nutridas existencias de textiles, pero que incluían asimismo más de doscientas pelucas, cantidades considerables de zapatos de moda y gran número de peines (estos últimos los llevaron posiblemente en la creencia de que los pueblos nativos del mundo entero perderían la cabeza a la vista de un peine, se apresurarían a entregar sus tierras a cambio. Al final, parece ser que los guba no daban un comino por sus peines). Por otra parte, si el objetivo de la misión era simplemente establecer una colonia, tal vez quizá les hubieran venido bien un par de herramientas más en vez de tanta peluca.

Con el inicio de las obras de construcción de Nueva Edimburgo, la moral cayó rápidamente en picado. El trabajo era para deslomarse y debía hacerse en unas condiciones de calor absolutamente impropias de Escocia. Cuando, tras dos meses de desbrozar en vano una espesa selva que nunca parecía retroceder, los líderes del proyecto decidieron que se habían puesto a construir en el sitio equivocado («una pura ciénaga», en palabras de Paterson), aún cundió más el desánimo. Entonces dieron comienzo las lluvias..., y la lluvia en Panamá no es como en Escocia. Hasta el cronista Rose corrigió rápidamente en su diario su opinión positiva sobre el emplazamiento, y escribía ahora: «Tierra adentro y todo en derredor de la bahía no hay sino manglares y terreno pantanoso, que es muy insalubre».

Llamar insalubres a aquellos cenagales era quedarse corto. La enfermedad que ya había matado a la mujer de Paterson empezó a llevarse por delante a los colonos en un número cada vez más alto. No está claro cuál era, ya que la llamaban simplemente *calentura*, pero lo más probable es que se tratara de malaria o de fiebre amarilla, cortesía de los mosquitos de las ciénagas vecinas (ambas enfermedades eran, por supuesto, colonizadoras a su vez, convenientemente traídas desde el Viejo Mundo por los europeos). Los colonos morían a un ritmo alarmante.

Los que no enfermaron con las fiebres minaban cada vez más su salud por

otras vías, gracias al hecho de que uno de los mayores incentivos del viaje decididos por la Compañía era un suministro abundante de licores. Los habitantes de Caledonia empezaron a ahogar sus penas en ron y coñac, lo que no contribuyó precisamente a acelerar las obras de Nueva Edimburgo. Al cabo de un tiempo, los líderes, cada vez más preocupados por la posibilidad de un ataque a gran escala de los españoles, decidieron olvidarse de las obras de la ciudad para centrarse en la construcción de un fuerte.

Ah, sí. Los españoles. Y es que no hemos mencionado el problema más grande y más de cajón que presentaba el plan de Paterson: que los españoles tenían pero que muy claro que Darién ya les pertenecía a ellos.

Les habían infundido esa idea un par de detalles, como que mantenían una presencia activa en el istmo de Panamá desde hacía casi dos siglos. Como que para ellos era una ruta vital para enviar de vuelta a España el oro y la plata que rapiñaban en Sudamérica. Como el hecho de que Darién se hallara justo en medio de tres de sus principales ciudades. Incluso habían ocupado el territorio tiempo atrás, hasta que lo abandonaron debido a los mismos problemas que ahora estaban descubriendo los escoceses. La idea de que España estuviera dispuesta a permitir que un país advenedizo llegara tranquilamente y fundara sin más su propia colonia era de risa.

¿Cómo pudo la Compañía de Escocia pensar ni por un momento que los españoles le dejarían salirse con la suya? Es un verdadero enigma. Pero en este aspecto tenemos, al menos, una vaga idea general de cómo razonaban. Parece ser que, espoleados por cuentos románticos de ataques triunfales de los piratas a propiedades españolas en la zona, creyeron que España se había convertido en un tigre de papel, una potencia imperial en declive que había dejado atrás sus días de gloria. Pese al hecho de que la Armada española superaba a la escocesa (por uno a cero), probablemente pensaron que si conseguían repeler los primeros ataques pondrían en evidencia que su enemigo iba de farol.

La cosa no discurrió precisamente así. Para empezar, España no tenía siquiera necesidad de atacar directamente. Aunque el empeño inglés por frustrar las ambiciones de Escocia ya habían hecho bastante daño de antemano, aquello no fue nada comparado con lo que se les venía encima. Los españoles se apresuraron a poner en conocimiento del rey Guillermo por vía diplomática que la pequeña aventura escocesa era exactamente el tipo de mierda por la que estallan las guerras. Guillermo, que acababa de retirarse de una de esas guerras periódicamente programadas entre Inglaterra y Francia, necesitaba

desesperadamente mantener la paz con España, de modo que dio al punto órdenes de que ningún territorio o navío inglés llevara suministros a los escoceses, los ayudara en modo alguno o mantuviera siquiera correspondencia con ellos.

Cuando llegaron a Caledonia estas nuevas, sumieron a los colonos en la desesperación. No habían tenido noticias de casa desde su llegada, ni habían llegado provisiones frescas pese a que habían enviado a Escocia repetidas súplicas; y ahora se quedaban aislados del todo, con cualquier esperanza que pudieran albergar de hallar aliados en la región hecha añicos.

Antes incluso de que se hiciera efectivo el embargo inglés, los colonos ya habían resistido una pequeña incursión española, de la que les había prevenido con antelación el capitán de un barco inglés enviado a espiar sus actividades (para mayor humillación suya, de hecho, el capitán había llegado a la zona antes que ellos, debido a la ineptitud mostrada por la Compañía para guardar el secreto). Esa pequeña victoria les subió la moral un tiempo, pero esto fue contrarrestado por la captura a manos de los españoles de uno de sus barcos mientras buscaba con quién comerciar; la tripulación fue encarcelada y su cargamento requisado.

Ahora, con media población de Caledonia muerta, moribunda o en prisión y la otra mitad exhausta, famélica y resacosa, la noticia de que estaban aislados fue la gota que colmó el vaso. Creyéndose totalmente abandonados, optaron en masa por abandonar Darién y emprender la triste travesía de regreso a casa.

Así, transcurridos solo nueve meses desde que Paterson llegara al lugar con el que había soñado buena parte de su vida, viudo y ahora enfermo él también, le subían en parihuelas a un barco que se disponía a abandonar aquellas tierras. Sobrevivió a las fiebres, pero jamás volvería a ver Darién.

Azotados aún por la enfermedad, el viaje de vuelta de los colonos, vía Jamaica y Nueva York, fue tan espantoso como lo había sido su estancia en Darién. Ya salir del puerto les llevo casi una semana; durante la travesía murieron varios cientos más. Uno de los barcos se hundió y otro estuvo a punto de ser destruido. Al final, tan solo uno completó el camino de vuelta a Escocia. La pena es que no llegó a tiempo de evitar que una segunda flota zarpara hacia Darién para averiguar qué les había ocurrido.

Así es, la Compañía de Escocia se había decidido por fin a mandar los ansiados refuerzos justo cuando ya era demasiado tarde.

Esa segunda flota llegó a finales de noviembre de 1699, para encontrarse

con una «selva desolada»: los restos abandonados y calcinados de Nueva Edimburgo, un fuerte invadido por la vegetación y gran número de tumbas poco profundas. Contra todo dictado de la razón, los recién llegados decidieron quedarse, reconstruir e intentar conservar el terreno mientras mandaban traer nuevos suministros. Lo que de verdad consiguieron con todo eso fue que aún más colonos cayeran enfermos y murieran, y dar a España la oportunidad de demostrar que no eran una potencia venida a menos. A los pocos meses del cambio de siglo, los españoles llegaron en manada para recordar a todo el mundo quién seguía mandando allí. Los escoceses, devastados por la fiebre, aún se las apañaron para resistir el asedio un tiempo, pero llegado abril se vieron obligados a rendirse. Era el fin del Imperio escocés.

Puede que porque entendieran el valor propagandístico de la huida con el rabo entre las piernas de un enemigo derrotado, o tal vez porque simplemente sintieran lástima de aquellos pobres desgraciados, los españoles dejaron marchar a los colonos. Una vez más, varios cientos murieron por las fiebres durante el viaje de vuelta. Una violenta tormenta destruyó otros dos barcos, en los que se perdió otro centenar de almas (entre ellas, la del extremadamente desafortunado contable Alexander Hamilton, que habiendo logrado llegar a Escocia tras su primer naufragio, optó luego por volver a Darién con la segunda flota).

En total, habían salido de Escocia con rumbo a Darién del orden de tres mil personas. Se estima que entre mil quinientas y dos mil murieron, ya fuera en la bahía de Caledonia o en el mar. Muchos de los supervivientes jamás regresaron a Escocia.

De vuelta en Edimburgo, el fracaso del plan levantó oleadas de conmoción, conforme la noticia se iba difundiendo a lo largo de 1700. En un clima político recién polarizado, el asunto se convirtió en un partido de fútbol ideológico, con reacciones divididas entre quienes culpaban a los directores de la Compañía por su ignominioso fiasco y quienes responsabilizaban a los pérfidos ingleses por su interferencia. Se produjeron tumultos en Edimburgo en apoyo de la Compañía. Un colono resentido que distribuyó panfletos arremetiendo contra los directores de la Compañía fue acusado de blasfemia; tres partidarios de la Compañía que publicaron un grabado denigrante que atacaba al Gobierno fueron juzgados, sin éxito, por traición. Ya daba igual cuáles fueran los hechos: solo importaba de qué lado estuviera cada cual.

Los efectos no fueron solo políticos, sino también financieros: en mitad de una crisis económica, se había tirado por la borda un porcentaje significativo de

toda la riqueza del país. Los inversores particulares habían perdido grandes cantidades, sin esperanza aparente de recuperarlas. Escocia estaba humillada y debilitada.

Claro que los grandes cambios políticos nunca se producen por una única razón. Las fuerzas que empujaban a Escocia hacia la plena unión con Inglaterra eran complejas, y no surgieron sin más a resultas del insensato proyecto de Paterson. A fin de cuentas, corría el final del siglo XVII, en que fronteras y alianzas parecían cambiar semana sí, semana no. Pero no cabe duda de que Darién contribuyó a ello; sobre todo cuando unos años más tarde, como parte del tratado de unión, resultó que Inglaterra ofrecía a Escocia un rescate financiero. Y no solo al país; también a los inversores particulares de la Compañía de Escocia, a quienes se devolvería su participación original con una generosa suma adicional en concepto de intereses.

Muchos lo consideraron un chantaje. «Nos compran y nos venden con oro inglés», como escribiría Burns ocho décadas después. Hubo quien vio en todo el asunto una oscura conjura inglesa para debilitar a Escocia hasta el punto de no dejarle más opciones. Otros se alegraron sin más de recuperar su dinero.

Peterson abogó en favor de la unión.

En mayo de 1707 nacía el Reino Unido. En agosto, una docena de carruajes con abundante escolta y cargados con cuatrocientas libras esterlinas entraban en Edimburgo.

El meollo de todo este asunto es el siguiente: Paterson no se equivocaba, no exactamente. Es cierto que Panamá era un emplazamiento excelente para establecer una colonia; en este sentido, el arqueólogo Mark Horton elaboró un estudio sobre el istmo y llegó a la conclusión de que las rutas comerciales con origen en Darién propuestas por Paterson eran, de hecho, factibles. Y su previsión de cómo iba a evolucionar el comercio mundial no parece nada desencaminada hoy en día; es más, la promovió activamente como alternativa no violenta a las atrocidades del Imperio, y dejó escrito que el comercio podía traer riqueza sin «incurrir en tanta culpa y sangre como Alejandro y César», lo que, francamente, para la época, le convierte casi en un ejemplo de conciencia social (aunque tampoco es cuestión de exagerar: los regocijados comentarios sobre la existencia en Darién de minas de oro sin explotar indican que muchos de quienes invirtieron en el plan lo apoyaban por el saqueo de los recursos naturales).

Lo que de verdad condenó la aventura al fracaso fue la incapacidad colectiva de quienes prestaron su respaldo para enfrentarse a las preguntas

difíciles. Dejaron de lado detalles como el tipo de barcos que necesitarían o qué suministros llevar; ignoraron directamente la visión de conjunto, como las implicaciones geopolíticas de sus actos. Y cuando luego surgían contratiempos y obstáculos, acababan dando pábulo a su propio autobombo persuadiéndose aún más de que habían acertado desde un principio. Fue un clásico ejemplo de pensamiento de grupo.

En la actualidad, la historia de Darién sigue dividiendo a Escocia. Durante la campaña del referéndum sobre la independencia de 2014, se convirtió en una metáfora para ambos bandos. Para los nacionalistas, parábola de cómo Inglaterra ha perseguido siempre sabotear y oprimir las esperanzas escocesas; para los unionistas, una lección sobre la renuncia a la estabilidad en favor de ambiciones quiméricas.

Como relato, se presta a la metáfora. Vamos, que es la historia de un país que da la espalda a la unión política con sus socios comerciales más próximos en términos geográficos, en beneficio de una visión fantasiosa de influencia mundial sin restricciones, promovida por fanáticos del libre comercio con sueños imperiales, que envolvieron sus vagos planes en la retórica del nacionalismo agraviado, al tiempo que desoían el consejo de los expertos sobre la realidad práctica de la situación.

Lamentablemente, no se me ocurre nada que pudiera servir de metáfora del momento actual.

OTROS CINCO EXPLORADORES CUYAS EXPLORACIONES FRACASARON

1. Louis-Antoine de Bougainville

Explorador que, aunque se convirtió en el primer francés que circunnavegó el globo, dio media vuelta al llegar a la Gran Barrera de Coral y se quedó sin descubrir Australia.

2. John Evans

Este explorador galés pasó cinco años de la década de 1790 buscando una tribu galesa perdida en América, durante los que fue hecho prisionero por los españoles, acusado de espionaje, antes de encontrar al fin a aquella tribu —los mandan— y descubrir que no eran galeses.

3. Vilhjalmur Stefansson

Explorador canadiense que, convencido de que el Ártico era en realidad un lugar de lo más acogedor, encabezó una expedición allí en 1913. Cuando su barco quedó encallado en el hielo, dijo a sus hombres que se iba al mando de una pequeña patrulla a encontrar comida, para acto seguido abandonarlos sin pensárselo dos veces.

4. Lewis Lasseter

En 1930, Lasseter encabezó una patrulla de búsqueda por el desierto central australiano para dar con un vasto filón de oro puro que aseguraba haber encontrado unos años antes. Un filón por lo demás inexistente. Al final, sus hombres le abandonaron, luego se le escaparon los camellos mientras hacía sus necesidades, y murió.

5. S. A. Andrée

A Salomon Andrée, ingeniero y aventurero sueco, se le ocurrió la genial idea de llegar al Polo Norte en un globo de hidrógeno... y para allá que se fue, por más que el globo perdiera gas. Él y su tripulación murieron en algún lugar del Ártico.

Manual de diplomacia para tontos y/o presidentes en ejercicio

A medida que, en plena era de los descubrimientos, se multiplicaban los viajes por el mundo, aumentaron también las ocasiones de provocar sin proponérselo guerras de toda laya, ya que creció drásticamente el número de países a los que se podía enfurecer. Dando por supuesto que, al menos en ocasiones, uno prefiere realmente evitar la guerra, entonces la mejor baza con la que cuenta (aparte de los turbios manejos que se llevaba entre manos el pueblo harappa, fueran cuales fueran) es la diplomacia. La diplomacia es el arte de que grandes grupos humanos no se porten como capullos unos con otros; o de que, por lo menos, convengan en que, vale, todos nos portamos como capullos alguna vez, pero vamos a ver si podemos desmandarnos un poco menos.

Por desgracia, eso tampoco se nos da nada bien.

El problema fundamental de las relaciones internacionales se deriva de otro más general y esencial de las interacciones humanas, a saber: que implican dos principios básicos:

- 1) Es buena idea confiar en la gente.
- 2) ¡Pero tampoco hay que pasarse!

Ese es el dilema que gravita sobre prácticamente todo contacto entre distintas culturas que se ha producido en el curso de la historia. Por desgracia para la gente que vivía en cada uno de esos momentos, no hay forma de saber qué decisión será la más acertada. Es un problema que aún no hemos resuelto del todo, pero hoy, al menos, nos podemos dar el lujo de repasar las decisiones que se tomaron en el pasado y concluir: «No, está claro que sería un error».

Es el problema al que se enfrentaron los taínos al presentarse a Colón: durante sus primeros encuentros, fueron confiados e impresionaron al almirante con su carácter amistoso y su generosidad. Evidentemente, Colón reaccionó como suele reaccionar cualquiera cuando alguien se muestra amigable y generoso con él: «Serán buenos sirvientes —se dijo, y tras meditarlo unos días más, añadió—: Bastarán cincuenta hombres para someterlos a todos y obligarlos a hacer lo que se requiera de ellos». Qué tío más majo.

Lo mismo, más o menos, vino a ocurrir a mayor escala unas décadas más tarde, cuando el emperador azteca Moctezuma tomó una decisión mala a rabiar al evaluar las intenciones de Hernán Cortés.

Los aztecas (o mexicas, como se denominaban ellos mismos) gobernaban un vasto Imperio, que se extendía de costa a costa de lo que hoy es el centro de México. Moctezuma lo regía desde la ciudad Estado de Tenochtitlán, la urbe más grande y avanzada del continente (estaba donde hoy se alza la Ciudad de México). Todo les iba de perlas hasta 1519, cuando Cortés desembarcó en la costa de Yucatán.

Cortés no solo era un conquistador, sino un conquistador rebelde, además; de hecho, le había destituido del mando de la misión de exploración el gobernador español de Cuba, que no se fiaba de él, pero le dio igual y zarpó de todos modos con los barcos y la tripulación. Al poco de tocar tierra, hundió los barcos a propósito para impedir que la tripulación se amotinara y volviera a Cuba. Lo que quiero decir con todo esto es que Cortés no era un jugador de equipo. Y llegado a ese punto, huido de sus propios compatriotas y sin modo de volver a casa, ya había quemado prácticamente cualquier opción que no fuera «conquistar cosas».

Cuando Moctezuma tuvo noticia de la llegada de Cortés a trescientos y pico kilómetros de Tenochtitlán, se puso nervioso, comprensiblemente. Lo triste es que no acababa de saber qué hacer. Dudaba entre enviar a Cortés fastuosos obsequios o hacerle llegar el mensaje de que no se le ocurriera acercarse. El español, entre tanto, andaba ocupado explotando las debilidades de los mexicas. El principal problema que tenían era que ellos también eran un Imperio, y a menudo bastante brutal. Así las cosas, había en México cantidad de grupos nativos que no eran entusiastas de Moctezuma, y Cortés, conforme se adentraba en el continente, se valió de una combinación de labia, argucias y alguna que otra masacre para convencerlos de que se aliaran con él contra Tenochtitlán.

Aquello hubiera debido de servirle a Moctezuma de señal de que

probablemente la cosa no acabaría dando pie a una nueva era de amistad, pero aun así siguió esperando. Es posible que acrecentara su indecisión la creencia, supuestamente muy extendida, de que Cortés podía ser la encarnación del dios celeste Quetzalcóatl (aunque el único indicio concreto de que alguien lo creyera es que Cortés lo comenta con frecuencia en sus cartas, y, la verdad, suena bastante al tipo de patrañas que él contaría).

Cuando Cortés llegó por fin a Tenochtitlán, acompañado por varios cientos de soldados españoles y un montón de sus nuevos aliados, Moctezuma tomó por fin su decisión, pese a que muchos consejeros le advirtieron de que era una pésima idea. Para ser justos, no está claro que hubiera alguna decisión buena que pudiera haber tomado, pero la que tomó fue sin duda la peor: invitó a los españoles a ser sus huéspedes de honor. Los cubrió de regalos, les dio las mejores habitaciones, lo que hiciera falta. La cosa acabó mal. Al cabo de un par de semanas, Cortés le montó un golpe de mano, hizo de él un rehén en su propia corte y le obligó a gobernar como un títere. Lo primero que exigieron los españoles fue la cena; una vez cenados, le urgieron insistentemente a decirles dónde guardaba todo el oro.

Todo se vino abajo entrados unos meses en 1520; resulta irónico que fuera mientras Cortés había salido de la ciudad para combatir contra un nutrido regimiento de tropas españolas que había enviado el gobernador de Cuba para que intentaran poner fin a lo que se traía entre manos, fuera lo que fuese. Uno de los lugartenientes de Cortés, que había dejado atrás para que mantuviera sojuzgada a Tenochtitlán, decidió, sin razón aparente, masacrar a un gran número de nobles mexicas en el Gran Templo mientras celebraban una festividad religiosa. Indignado por la carnicería, el pueblo mexica se sublevó, y Cortés se encontró a su vuelta con un levantamiento popular. Ordenó a Moctezuma que dijera a su pueblo que cesaran las hostilidades. No le obedecieron, y ese fue el fin de Moctezuma. Las crónicas españolas refieren que fue apedreado hasta morir por una multitud furiosa de sus propios súbditos; lo más probable, en realidad, es que le mataran los españoles cuando se hizo evidente que ya no les servía de marioneta. Al cabo de poco más de un año, los españoles habían sometido por completo a los mexicas, y Cortés —restaurado de pronto en la estima de sus superiores— fue nombrado gobernador de México.

Es posible que nadie hubiera podido detener la invasión española, pero la decisión de Moctezuma de brindar su hospitalidad ha de quedar como uno de los mayores desaciertos en política de relaciones internacionales de la historia. Y,

para ser sinceros, si el Gobierno mexicano hubiera tomado nota de su ejemplo trescientos años más tarde, cuando empezaron a promover la inmigración americana a Texas, puede que la lección fundamental de la triste crónica de Moctezuma —por lo que más quieras, México, deja de invitar a hombres blancos a los sitios— hubiera seguido un curso muy distinto.

Por fortuna para la reputación de Moctezuma, no está solo en la lista de grandes éxitos de las malas decisiones en relaciones internacionales.

La extrema importancia de acertar en la elección de tus amigos puede apreciarse en la historia de Publio Quintilio Varo, gobernador romano de Germania allá por el año 9 d. C. Varo estaba intentando un recurso clásico de las fuerzas de ocupación: cribar y elegir una serie de nobles locales para ponerlos de tu lado y mantener así a las clases populares más o menos apaciguadas. Para su desgracia, decidió depositar su confianza en un líder tribal germánico llamado Arminio, basándose en que se le había concedido la ciudadanía romana y hasta había dirigido una unidad auxiliar del ejército de Roma. A pesar de que le advirtieron que su consejero de confianza podía no ser trigo limpio, optó por creer a Arminio cuando este le dijo que se había producido un levantamiento entre las tribus germanas que había que sofocar. Arminio condujo a Varo y a sus legiones a una emboscada, liderada por él mismo, tras recurrir al viejo truco de «voy a adelantarme un momento para estudiar el terreno». Tres legiones romanas al completo fueron aniquiladas (la peor derrota militar de su historia) y la expansión del Imperio hacia el norte se frenó en seco.

En el extremo opuesto al exceso de confianza, tenemos la política exterior de tirar piedras contra el propio tejado de la dinastía Ming, que se ha convertido en ejemplo de libro de los peligros del aislacionismo. En las tres primeras décadas del siglo xv, China disponía de una de las mayores flotas de la historia mundial, al mando del legendario marino Zheng He. La componían hasta trescientas naves, entre ellas enormes bajeles de nueve mástiles, mayores que cualquier barco de los que surcaron el mar durante los siglos sucesivos, y transportaba no menos de treinta mil hombres; contaba incluso con barcos que servían de granjas flotantes, en los que se cultivaban verduras y criaban rebaños de animales.

Lo llamativo es que, durante aquel periodo, los chinos eran conocidos por no utilizar apenas su flota para cosas como, en fin, invadir lugares. Sí que dedicaban mucho tiempo a combatir a los piratas, y la flota resultaba muy práctica para hacer despliegues vagamente amenazantes contra cualquier país

que pudiera estar tentado de desmandarse; pero en el curso de los siete viajes que hizo en total Zheng He, a destinos repartidos por Asia, Arabia y África oriental, solo se vio implicado en una guerra de relativamente poca importancia. En cambio, pasaba la mayor parte del tiempo visitando puertos tan remotos como Malaca, Mascate y Mogadiscio, y... bueno, intercambiando regalos. Los chinos daban metales preciosos y ricas telas, y obtenían un amplio abanico de obsequios a cambio, incluidos montones de animales. Una vez volvieron a China con una jirafa que les dieron en Kenia.

Para cómo las gastan las potencias imperiales en cuestión de despliegues de fuerza abrumadora, parece todo más bien amable, comparado con las alternativas. Por eso resulta especialmente desconcertante que tras la muerte en 1433 de Zheng He, la dinastía Ming como que lo dejó..., sin más. Renunciaron a su Armada. En una reacción pendular bastante extrema a la actividad incesante de los piratas japoneses, resucitaron la vieja política del *haijin*: una prohibición casi absoluta de cualquier transporte marítimo de mercancías. Distráídos como estaban en batallas con los mongoles en el norte, consideraron las misiones diplomáticas en el extranjero un gasto innecesario, y que harían mejor en dedicar ese dinero a otro proyecto: la construcción de una enorme muralla fronteriza.

En los años que siguieron, China se volcó progresivamente en sí misma, cerrándose al mundo. El hecho de que lo hiciera justo en el momento en que las armadas europeas comenzaban a explorar el mundo tuvo un doble efecto: supuso que cuando, un par de décadas más tarde, los europeos empezaron a asomar por aguas asiáticas no había una potencia local de envergadura que se interpusiera en su camino, y supuso también que China se perdiera, como quien dice, gran parte del acelerón científico y tecnológico que se había producido. Pasaría mucho, mucho tiempo antes de que el país recuperara su estatus de potencia mundial.

Esto pone de manifiesto que de lo que van las decisiones diplomáticas es en buena medida de intentar predecir cómo van a cambiar los equilibrios de poder en el futuro. Dado que es imposible hacerlo con cierta precisión, no resulta especialmente sorprendente que muy a menudo la gente no acierte. En Suiza, durante la primavera de 1917, en plena Primera Guerra Mundial, un hombre de mediana edad con una curiosa barba elevó una propuesta al Gobierno alemán: era ruso, y no tenía más empeño que volver a su país, que estaba sumido en una gran agitación política, pero la guerra hacía casi imposible viajar por Europa. La

mejor opción para volver a Rusia era dirigirse al norte y atravesar Alemania, pero para ello el hombre necesitaba el permiso de los alemanes. Y al Gobierno alemán no le entusiasmaban sus ideas políticas.

El envite era muy sencillo. Con todas sus diferencias, los alemanes y él tenían en aquel momento un enemigo común: el Gobierno ruso, que no era de su agrado y que tenía bastante empeño en derrocar. El alto mando alemán estaba inmerso en una guerra con varios frentes abiertos, y se dijo que cualquier distracción que pudiera desviar recursos rusos lejos del frente les vendría bien. De modo que estuvieron de acuerdo. Metieron al hombre, a su mujer y a otros treinta compatriotas rusos en un tren con destino a un puerto del norte, desde donde seguirían su camino a través de Suecia y Finlandia. Como vanguardia no eran gran cosa, pero valían más que nada. Las autoridades alemanas hasta les dieron algo de dinero, y seguirían dándoles apoyo económico a lo largo de los meses siguientes. Probablemente, supusieron que, como la mayoría de los obsesos con causas políticas minoritarias, el hombre armaría un poco de jaleo, les quitaría a los rusos de encima una temporada y luego se perdería tranquilamente en el anonimato.

El caso es que, sí, aquel tipo era Lenin.

En muchos sentidos, el plan alemán funcionó a las mil maravillas. ¡Mejor de lo que esperaban, de hecho! Los bolcheviques no es que se limitaran a incordiar y distraer a las autoridades rusas, es que las pasaron por las horcas caudinas. En poco más de seis meses, el Gobierno provisional de Rusia había caído, Lenin se había hecho con el poder y se había establecido el Estado soviético. Los alemanes obtuvieron un alto el fuego con el que en abril, cuando despachaban el tren de Lenin, ni se hubieran atrevido a soñar.



Vladimir Ilich Ulianov, más conocido por el sobrenombre de *Lenin* (1870-1921). Alamy (Akademie/ACI)

A un plazo algo más largo, no obstante, el plan no resultó lo que se dice un éxito clamoroso.

Para empezar, el alto el fuego en el frente oriental no ayudó a los alemanes a ganar la guerra. Y, en consecuencia, la relación entre el nuevo y expansionista Estado soviético y sus solícitos colegas alemanes se agrió rápidamente. Un par de décadas y otra guerra mundial más adelante, y la mitad de una recién dividida Alemania estaría bajo dominio soviético.

Los alemanes habían caído en la vieja trampa de creer que el enemigo de su enemigo sería su amigo. Lo que no siempre es falso, exactamente; solo que suele ocurrir que esa amistad tenga una vida útil sumamente breve. Y esa ilusión del enemigo del enemigo acecha entre los antecedentes de un número pasmoso de las peores decisiones de la historia, además de explicar varios siglos de extrema confusión de la historia de Europa.

También podría llamarse a este fenómeno *política exterior estadounidense de posguerra*. Durante el largo periodo de decisiones desafortunadas a escala mundial que fue la Guerra Fría, Estados Unidos se alió con prácticamente cualquiera que se ajustara al estricto criterio de «no ser comunista». Muchos de esos aliados fueron hijos de puta redomados (véase el surtido de dictadores latinoamericanos o la serie de pésimos gobernantes de Vietnam). Pero a ese problema de raíz hay que añadir otro: entre esos aliados era común la costumbre de desvelar en algún momento que, de entrada, nunca fueron rendidos admiradores de Estados Unidos.

Consideremos el hecho de que solo en las últimas décadas, Estados Unidos ha estado involucrado en un conflicto armado con Al Qaeda, organización surgida de los muyahidines de Afganistán, un grupo que antes había contado con el apoyo estadounidense porque combatía a los soviéticos (si el lector es muy aficionado a gritarle a la pantalla «¡uau, qué mal ha envejecido esto!», le recomiendo vivamente que vea la película *007: alta tensión* [1987]: Bond forma equipo con los muyahidines, cuyo jefe es un personaje encantador y heroico, que bien podría describirse como «un Bin Laden afable que habla inglés con acento pijo»; eso sí, la canción de los créditos está muy bien).

En la misma época, Estados Unidos estuvo también implicado en un conflicto armado contra Irak, un país al que previamente había apoyado porque estaba en contra de Irán, un país que estaba en contra de Estados Unidos porque Estados Unidos había apoyado a la dictadura iraní anterior porque también estaba en contra de los soviéticos.

Y han sostenido un conflicto armado con ISIS, que nació de las actividades de Al Qaeda en el Irak de posguerra, y ahora combaten en Siria en lo que es una guerra a tres bandas como mínimo, en la que Estados Unidos se opone a un régimen al que previamente había apoyado y a cuyos enemigos intentó apoyar luego, pero resultó que algunos de los enemigos del régimen enemigo también eran amigos de ISIS, que son enemigos tanto de Estados Unidos como de los enemigos de Estados Unidos, aunque otros amigos son amigos de ambos; ¡ah!, y también está allí combatiendo Rusia, por los viejos tiempos, más que nada.

Y eso solo en una parte del mundo.

Miren, la política internacional es muy difícil. No deja mucho espacio a los altos ideales, y la mano fría del pragmatismo supone que a menudo debes ir tirando con los aliados que puedes hacer, y no con los aliados que te gustarían. Pero muchos de los problemas con que nos damos de bruces una y otra vez podrían ser evitables si tuviéramos presente que, las más de las veces, el enemigo de nuestro enemigo es tan malnacido como el enemigo original.

Pero en la larga historia de los errores diplomáticos desastrosos de verdad, hay uno que destaca sobre todos los demás.

CÓMO PERDER UN IMPERIO (SIN PRETENDERLO SIQUIERA)

En 1217, Ala ad-Din Muhammad, Mohamed II, el sah del vasto y poderoso Imperio jorezmita, recibió el mensaje de un vecino, el líder de una nueva potencia que había ido creciendo al este. «Yo soy el señor de las tierras del sol naciente —le decía—, mientras que tú gobiernas las del sol poniente. Suscribamos un tratado firme de amistad y de paz.» Proponía un acuerdo comercial entre ambas potencias, para su gran beneficio mutuo.

En esas circunstancias, el sah Mohamed II tomó la que es sin duda la peor decisión de la larga historia de la diplomacia internacional.

Por aquel entonces, el Imperio jorezmita era uno de los más importantes del mundo; se extendía casi desde el mar Negro por el oeste hasta las montañas del Hindukush por el este, desde el golfo Pérsico al sur hasta la estepa kazaja al norte. Cubría una región inmensa que hoy incluye todo o gran parte de los territorios de Irán, Uzbekistán, Turkmenistán, Kazajistán, Azerbaiyán, Afganistán y alguno más. En una época en la que Europa aún estaba a un siglo o dos de echar a rodar su Renacimiento, Corasmia estaba en el mismo epicentro del mundo desarrollado. Era a través de Corasmia por donde discurría la ruta de la seda, la gran senda que conectaba Oriente y Occidente, por la que circulaban tanto mercancías como ideas. Los dominios del sah eran uno de los corazones palpitantes del mundo islámico, y, de lejos, la cultura más rica y avanzada que existía. Ciudades como Samarcanda, Bujará y Merv, las joyas del Imperio jorezmita, se contaban entre las más grandes de Asia Central y eran conocidas como focos de erudición, innovación y cultura.

Y si el lector está pensando: «Qué raro, nunca había oído hablar del Imperio jorezmita», sí, hay una razón que lo explica.

Verán, el mensaje que había recibido el sah lo enviaba un tipo llamado Gengis Kan. Y al cabo de solo dos años desde que tomó su funesta decisión..., bueno, ya no había ningún Imperio jorezmita.

Merece la pena señalar que, hasta donde puede juzgar la historia, el mensaje de amistad de Gengis Kan era completamente sincero. En aquel momento, el gran guerrero había completado todos sus objetivos: conquistar y unificar a los pueblos nómadas del norte de China y de los territorios adyacentes en su Imperio mongol, una serie de conquistas que iban desde las relativamente fáciles a las sañudamente brutales. Aún le quedaban algunas batallas que ganar por Oriente, pero no tenía la menor intención de seguir avanzando hacia Occidente; además, rondaba ya los sesenta años. Había culminado su obra, y lo que le tocaba era ir planeando un retiro tranquilo.



Gengis Kan, representado en una batalla, en un libro del siglo XIV de Rashid-al-Din. Bridgeman Images (Bibliothèque Nationale de France, París [MS Pers.113.f.49])

Era su reciente conquista del Kara-Kitai —un kanato de nómadas chinos desplazados, ubicado más o menos en el actual Kirguistán, y último bastión contrario a su dominio— lo que había llevado a Gengis a las puertas de Corasmia y establecido una nueva frontera entre los mundos mongol e islámico. Como acostumbra a ocurrir en las fronteras, sobre todo en las más difusas, ya se había producido una refriega militar fallida entre las tropas mongolas y las jorezmitas. Fue cuando Mohamed II y su ejército se presentaron a una batalla con alguno de sus enemigos y se encontraron con que los fastidiosos mongoles habían llegado antes y ya los habían aplastado.

Ni siquiera era la primera vez que ocurría. Parece ser que Gengis tenía la costumbre de llegar primero y ganar guerras que Mohamed planeaba librar él mismo; lo que probablemente podría contribuir a explicar la desafortunada reacción del sah a la rama de olivo que Gengis le tendió tras esa primera escaramuza. Es posible que estuviera un poco cabreado por la humillación de que los mongoles no dejaran de escamotearle la gloria que le correspondía (probablemente, también podría haberle puesto sobre aviso de que como estrategias militares eran bastante buenos, pero, mira, se ve que no).

Por añadidura, parece que las relaciones corasmio-mongolas pudieron haber sufrido la clase de problemas que surgen siempre que la traducción tergiversa el mensaje. Con «yo soy el señor de las tierras del sol naciente, mientras que tú gobiernas las del sol poniente», es de suponer que Gengis solo pretendía dejar sentadas unas nociones geográficas básicas sobre el este y el oeste, y reconocer la condición de iguales (más o menos) entre ambos. Pero he aquí una traducción

alternativa del mensaje: «Yo soy el soberano del amanecer, y tú el soberano del ocaso». Dicho así, de pronto suena a que Gengis venía a hacerle toda la sombra posible. ¿Pudo un gobernante, que ya estaba un tanto susceptible con aquello de que otro anduviera ganando sus batallas por él, entender que lo que le estaban diciendo era «yo soy una potencia en alza y tú una potencia en declive, ja, ja, ja, ja»?

El diálogo subsiguiente entre Mohamed y Gengis, sostenido mediante una serie de emisarios enviados repetidamente de aquí para allá, se desarrolló como en una comedia costumbrista pasivo-agresiva. Gengis apreció cierta condescendencia en los regalos de sedas finas que le envió el sah («¿qué se ha creído este hombre, que nunca hemos visto nada así?»). Respondió enviándole a su vez como obsequio una enorme pepita de oro, con lo que presumiblemente pretendía demostrar que ellos también tenían cosas bonitas, aunque vivieran en tiendas de campaña. Punto en el cual, la sincera reiteración de sus deseos de paz —«tengo el máximo anhelo de vivir en paz contigo; te consideraré como hijo mío»— tocó una tecla muy disonante para Mohamed, a quien no le hacía mucha gracia que le llamasen «hijo mío» (esto queda mucho más gracioso si «hijo mío» se lee con voz ronca de gánster barriobajero, por cierto).

Con todo, habiéndose observado en todo momento las formalidades y el protocolo (pese al tono de mezquindad subyacente), está claro que Gengis creía que su propuesta de relación comercial pacífica había sido aceptada. Para empezar, era muy evidente que todos salían ganando. «Sabes que mi país es un hormiguero de guerreros, una mina de plata y que no tengo necesidad de ambicionar otros dominios», como decía a Mohamed en un mensaje. «Tenemos el mismo interés en fomentar el comercio entre nuestros súbditos.»

Y así fue como Gengis Kan envió su primera misión comercial a Corasmia, financiada con sus propios fondos y liderada por su enviado personal: cuatrocientos cincuenta mercaderes, cien soldados y quinientos camellos, con carros repletos de plata, seda y jade. Su objetivo era, en primer término, asegurarse de que el reciente embargo al comercio a través de la frontera con el Imperio mongol se había levantado. Todo el mundo estaba más que deseoso de que así fuera, en especial más allá de los límites de Corasmia: la unificación del norte de China llevada a cabo por Gengis había hecho mucho más sencillo, en teoría, el tránsito por la ruta de la seda, y los mercaderes del mundo islámico deseaban ardientemente una oportunidad de penetrar en el mercado chino. Pero el carácter quisquilloso del sah en todo lo tocante a sus territorios tenía

bloqueada la ruta. Así las cosas, cuando una caravana de mercaderes y mercancías entró en Otrar, ciudad del norte de Corasmia, debió de parecer que volvían los buenos tiempos.

Entonces fue cuando las cosas se torcieron, y mucho, para una parte muy considerable del mundo.

En vez de dar la bienvenida a la expedición comercial, dejarles aparcar sus camellos y ofrecerles amablemente una taza de té, Inalchuq Qayir-Kan, el gobernador de Otrar, abordó el encuentro de otro modo. Los hizo matar a todos y robó todo lo que llevaban consigo. Fue un ataque sorpresivo y cruel, al que tan solo sobrevivió uno de los quinientos cincuenta integrantes de la comitiva, porque se estaba dando un baño en el momento de la masacre y logró esconderse detrás de la bañera.

El incidente horrorizó al mundo, que lo consideró un atentado indignante a la decencia. La explicación dada por Inalchuq —que sospechó que todos los componentes de la expedición eran espías— era absolutamente ridícula. Los mercaderes mismos ni siquiera eran mongoles, sino musulmanes, en su mayoría de la región de Uighur. La perspectiva de que mercaderes musulmanes de paso por una ciudad del islam en una gran ruta comercial debieran afrontar el riesgo de ser masacrados por las autoridades locales con pretextos tan endeble era, por decirlo suavemente, bastante descorazonadora, y, desde luego, nada buena para los negocios.

Y absolutamente nadie creyó que Inalchuq pudiera hacer algo tan potencialmente catastrófico (para un Imperio cuya riqueza y prestigio dependían del comercio) sin que mediara o bien el permiso o bien una orden directa del propio sah.

Si a alguien le quedaban dudas de que Mohamed estuviera resuelto a liarla parda con los mongoles, no tardaron en despejarse. Por increíble que parezca, pese a la infamia de Otrar, Gengis estaba dispuesto a darle una segunda oportunidad. El acuerdo comercial seguía siendo una prioridad para los mongoles (de entrada, porque su campaña de conquistas no le había ido nada bien a la agricultura en sus tierras de origen, así que necesitaban comprar cosas). De modo que el kan envió a tres emisarios —uno musulmán y dos mongoles— a aclarar el asunto con Mohamed, exigiéndole que Inalchuq fuera castigado, que se indemnizara la pérdida de las mercancías y que se restableciera la paz.

En vez de disculparse, el sah decapitó al emisario musulmán y les quemó la barba a los mongoles, para enviarlos de vuelta a Gengis, mutilados y humillados.

¿Por qué?, o sea, en serio, ¿por qué iba nadie a hacer algo semejante? ¿Es de verdad posible que Mohamed provocara una guerra porque una descripción de por dónde se pone el sol le había parecido una falta de respeto?

Es posible, sin duda, y no mucho más estúpido que cualquier otra explicación. Pero, al mismo tiempo, cabe señalar que la paranoia de Mohamed iba más allá de lo que pudiera ser una extrema fragilidad de su masculinidad. Al mandatario, de origen turco y descendiente de un esclavo, solían mirarle por encima del hombro los nobles persas y árabes de los países musulmanes vecinos. Su Imperio era prácticamente tan joven como el de Gengis, y se resentía de divisiones internas. Tenía una relación difícil con su madre, lo que no suele ayudar en nada. Además, sostenía desde hacía tiempo una rencilla con Al-Nasir, el califa árabe de Bagdad, del que ahora sospechaba que intrigaba en secreto con los mongoles para derrocarlo (para ser justos, no es del todo descartable que Al-Nasir conspirara realmente con los mongoles, aunque hubiera sido una jugada muy contraproducente para todos los implicados). Y es probable que su intento fallido de tomar Bagdad en 1217, en el que las tropas de Mohamed se extraviaron en la nieve cuando trataban de cruzar unas montañas, le hubiera dejado una sensación aún más amarga respecto a sus hazañas militares.

Además, es posible que simplemente subestimara la amenaza que suponía Gengis Kan. En lo que es un buen ejemplo de por qué conviene esperar a tener toda la información posible antes de dar rienda suelta a un arrebato, mientras los ahora lampiños emisarios mongoles se dirigían a casa con la noticia de la provocación de Mohamed, uno de los emisarios del sah recorría el camino contrario con informes sobre la medida precisa de la fuerza militar mongola. Parece ser que la reacción del sah al descubrir a quién acababa de desafiar fue algo del estilo de «¡uy!».

Así, Gengis escaló hasta la cumbre del Burjan Jaldun, la montaña cercana a su tierra natal a la que iba siempre cuando consideraba si entrar en guerra, y rezó durante tres días con sus noches. Entonces envió un último mensaje a Mohamed, y esta vez, al menos, era lo bastante directo para que no pudiera ser malinterpretado: «Prepárate para la guerra —le decía al sah—. Voy a caer sobre ti con unas huestes a las que no puedes hacer frente».

Gengis puso rumbo a Corasmia con su ejército en 1219. En 1222, el Imperio jorezmíta había sido barrido del mapa.

Las estimaciones varían enormemente, pero parece probable que los mongoles tuvieran poco más de cien mil hombres, mientras que el sah contara

con el doble o más, y luchaba en su propio terreno. Dio igual. Mohamed desaprovechó la ventaja de jugar en casa al decidir esperar a las tropas mongolas tras las bien defendidas murallas de la ciudad, creyendo que se les daban fatal los asedios. Hay que decir en su descargo que, efectivamente, se les habían dado fatal los asedios, pero lo que el sah no tuvo en cuenta es que el ejército mongol aprendía muy rápido. El primer asedio de la guerra (a la ciudad de Otrar, naturalmente) duró meses. A partir de ahí, casi todos los demás duraron semanas o días.

El ejército mongol era ágil, adaptable y disciplinado, y estaba dirigido con inteligencia. Gengis dividía sus fuerzas para atacar desde direcciones inesperadas, cortaba el paso a los refuerzos o atacaba varios objetivos a la vez. Daba prioridad a la rapidez de las comunicaciones y cambiaba de táctica con facilidad, asimilando estrategias y armamento de aquellos a quienes habían conquistado. Y era absolutamente despiadado.

Atravesaron Corasmia a la velocidad de un vendaval terrorífico. A cada ciudad que tomaban le daban la oportunidad de rendirse, y quienes lo hacían eran tratados con relativa generosidad (con énfasis en *relativa*): saqueaban todo cuanto poseían, desde luego, pero dejaban seguir con vida a la mayoría de la población. Ahora bien, si no se rendían, o si después intentaban rebelarse, la respuesta era brutal.

En Nishapur, lugar de origen del astrónomo y poeta Omar Jayam, donde mataron al yerno favorito de Gengis, se dejó decidir la suerte de la ciudad a la desconsolada viuda: el resultado fue que todos sus habitantes (salvo un puñado de expertos artesanos) fueron ejecutados, y sus diecisiete mil cráneos apilados en enormes pirámides. La matanza duró diez días y, a continuación, los mongoles mataron también a todos los perros y gatos de la ciudad, solo para que quedara todo bien claro. En Urgench, una de las pocas ciudades que consiguieron resistírseles durante varios meses, abrieron las compuertas de la presa que retenía las aguas del río desviado Amu Daria, lanzando sobre la ciudad una riada mortal que la arrasó por completo (y supuestamente alteró el curso del río durante varios siglos, como se ha mencionado en un capítulo anterior). Estos dos sucesos tuvieron lugar en el mismo mes de 1221, por cierto, convirtiéndolo en uno de los meses más destructivos de la historia.

Gengis sabía del valor propagandístico del terror, y descubrió que el muy alfabetizado mundo islámico era terreno abonado para eso: le gustaba asegurarse de que se enviaban correos relatando sus conquistas, ya que eso incrementaba la

posibilidad de que las siguientes ciudades se rindieran sin presentar batalla.

Al mismo tiempo, también ponía cuidado en mostrar respeto hacia la religión y solía tratar con menos severidad los lugares especialmente santos. Con toda su salvaje brutalidad, el Imperio mongol era también, bajo el gobierno de Gengis, sorprendentemente tolerante, hasta el punto de dictar la que posiblemente fuera la primera ley de la historia que consagraba la libertad religiosa. Esto tenía ventajas prácticas, claro: saber que no combatían en una guerra de religión hacía más fácil que los adversarios apreciaran los beneficios de la rendición y convertía a las minorías religiosas de cualquier lugar en aliados potenciales. Cuando, en los primeros meses de 1220, cayó la ciudad de Bujará, un centro de la teología musulmana, Gengis ordenó que, en medio de la destrucción, se dejara intacta la Gran Mezquita. Hasta fue a visitarla en persona: la única vez en toda su vida en que consta que llegara a entrar en una ciudad que hubiera conquistado. Gengis, muy aficionado a las tiendas y a los espacios abiertos, y cuyo dios era el eterno cielo azul, nunca acabó de entender qué sentido tenían las ciudades, aparte de ser objetos de conquista.

¿Y qué fue de Mohamed, cuya pasmosa incompetencia diplomática fue el catalizador de todo aquello? Refugiado en Samarcanda, ciudad hermana de Bujará, el sah se supo perdido en cuanto cayó esta. Huyó de allí y se pasó todo el año siguiente entregado a lo que con generosidad podría describirse como «combatir en acciones de retaguardia», o, menos generosamente, como «huir». Gengis dedicó veinte mil soldados a perseguirle a través de un Imperio que se le desmoronaba, y les dio orden de no regresar hasta que le hubieran capturado o matado. Le persiguieron hasta las mismas orillas del mar Caspio, donde buscó refugio en una serie de islas. Fue en una de ellas donde —ya arruinado, cubierto con harapos y enloqueciendo— Mohamed murió de neumonía en enero de 1221.

Si Gengis hubiera cesado en sus ataques una vez muerto el causante de su ira, puede que hoy el nombre de Mohamed no fuera más que una nota a pie de página en la historia. El problema es que no cesó. La destrucción de Corasmia se prolongó durante todo 1221, con una violencia aún más extrema. La orden de liquidar a toda la población de aquellas ciudades que presentaran resistencia se hizo explícita, como descubrirían en Nishapur, Urgench, Merv y otras ciudades.

Y cuando el Imperio jorezmita hubo sido arrasado, Gengis siguió en ello, sin más, tal vez impresionado por lo fácil que había sido todo. Su falta de interés inicial en extender su Imperio hacia el Oeste daba paso ahora a un vehemente deseo de ver cuánto más era capaz de conquistar. Los mongoles se zamparon

gran parte del mundo islámico asiático, y a continuación penetraron en Europa. Tras la muerte de Gengis, en 1227, sus hijos y sus nietos siguieron adelante con la expansión. En su apogeo, el mongol fue el Imperio terrestre más extenso que el mundo ha conocido jamás, que abarcaba desde Polonia hasta Corea.

Aunque se disgregó al cabo de un par de generaciones, al caer en el faccionalismo y las luchas intestinas, como tiende a ocurrir con los imperios, su legado se perpetuó en algunas zonas mucho más tiempo; incluso hasta el siglo xx. En el emirato de Bujará gobernaron descendientes directos de Gengis Kan hasta 1920: el último reinado de la dinastía Kan solo concluyó con la llegada de los bolcheviques (en 1838, un soldado británico llamado Charles Stoddart, en misión diplomática para atraer a Bujará a la causa del propio Imperio británico, se las ingenió para, en un golpe de ironía, recrear la majadería de Mohamed en un microcosmos, cuando insultó, como quien no quiere la cosa, al emir Nasrullah Kan sin razón aparente. Pues bien, le arrojaron a un lugar sumamente desagradable conocido como el pozo de los bichos, donde pasó varios horripilantes años dando de comer su carne a insectos, hasta que finalmente le ejecutaron: con los Kan no se juega).

La cultura, la historia y los escritos de muchos de los lugares que conquistaron los mongoles fueron destruidos por completo, poblaciones enteras fueron desplazadas y el recuento de víctimas alcanzó innumerables millones. Hay un lado positivo, más o menos: la unificación y la estabilización de las rutas comerciales que desencadenaron todo el conflicto trajeron consigo un intercambio cultural intercontinental que contribuyó a dar el pistoletazo de salida de la Era Moderna en gran parte de Eurasia. El inconveniente fue que, además de cultura, se compartieron enfermedades, como la epidemia de peste bubónica que mató a varios millones más.

Y todo porque un hombre con el ego muy frágil decidió que la diplomacia era cosa de perdedores, y que una simple propuesta de acuerdo comercial debía de ser algún tipo de maquinación infame. Ala ad-Din Muhammad, hijo, la jodiste a lo grande.

**OTROS CUATRO FRACASOS ESPECTACULARES DE LAS RELACIONES
INTERNACIONALES**

1. Atahualpa

En 1532, este líder supremo de los incas cometió un error similar al de Moctezuma ante la incursión de los españoles, solo que él lo perfeccionó emborrachándose antes de acudir a su encuentro y conduciendo a sus tropas a una trampa muy evidente.

2. Vortigern

Gobernante británico del siglo V que, al carecer de defensas frente a los pictos tras la retirada de los romanos, invitó supuestamente a mercenarios sajones a quedarse en Bretaña y combatir para él. Los sajones decidieron que preferían asumir el poder.

3. Francisco Solano López

Líder paraguayo que se las apañó para liar a su relativamente pequeño país en una guerra con los mucho más grandes Brasil, Argentina y Uruguay. Se estima que murió más de la mitad de la población de Paraguay.

4. El telegrama de Zimmermann

En 1917, Alemania envió secretamente un telegrama a México ofreciéndole una alianza militar en caso de que Estados Unidos entrara en la Primera Guerra Mundial, y prometiéndole a cambio Texas, Nuevo México y Arizona. Cuando los británicos lo interceptaron, solo sirvió para animar a los norteamericanos a intervenir en el conflicto (y a México ni siquiera le interesaba la propuesta).

Qué mierda de tecnología

La compulsión humana de explorar y perseguir siempre nuevos horizontes es — como creo que ya hemos mencionado— uno de nuestros rasgos definitorios. Fue ese impulso de explorar y desvelar nuevos conocimientos lo que llevó a la NASA a lanzar la sonda *Mars Climate Orbiter* al vasto, desolado y negro vacío del espacio en 1998.

Unos meses más tarde, la *Mars Climate Orbiter* acabó estrellándose contra un montón de rocas, como una idiota.

En una demostración espectacular de la habilidad humana para cometer básicamente los mismos errores una y otra vez, algo más de cinco siglos después de que Cristóbal Colón se hiciera un lío con las unidades de medida, sumara mal y acabara encallando en las Américas, la gente que estaba detrás de la *Orbiter* se hizo un lío con las unidades de medida, sumó mal y acabó cayendo en la superficie de Marte.

El siguiente gran paso de la humanidad en nuestro viaje a través de la historia, la revolución científica, comenzó en el siglo XVI con las cartas y los libros que se intercambiaban los filósofos por toda Europa. De entrada, hay que decir que no fue tanto una revolución como una sesión de puesta al día; en buena medida, no consistió más que en redescubrir conocimientos que ya habían alcanzado civilizaciones anteriores. Pero, de la mano del auge de los viajes, de las conquistas a través del globo —siempre ávidos de nuevos conocimientos y nuevas tecnologías— se produjo, a lo largo de los siglos siguientes, una enorme expansión de nuestra comprensión del mundo. No solo nos dio un montón de ciencia, nos dio la idea misma de la ciencia, como una disciplina autónoma con sus propios métodos, no ya como simple variante de «pensar un poco».

El ritmo del cambio tecnológico siguió acelerándose hasta que, en ciudades del norte de Gran Bretaña, en los siglos XVII y XVIII, espoleada por el algodón barato que llegaba de las plantaciones de esclavos norteamericanas, empezó a producirse otra revolución. Esta vez fue en los métodos de fabricación, con el auge de máquinas que permitían producir a gran escala: algo que se extendería por todo el mundo y cambiaría para siempre nuestras ciudades, nuestro entorno, nuestras economías y nuestra capacidad de encargarnos por Amazon una bañera de hidromasaje para los pies a las tres de la madrugada y borrachos.

El despegue de las eras científica, tecnológica e industrial ha deparado a la humanidad oportunidades con que nuestros antepasados no podían ni soñar. Por desgracia, también nos ha brindado la oportunidad de fastidiarla a una escala que nunca antes se había previsto. Cuando Colón se lio con las unidades de medida, al menos estaba limitado a cometer sus errores sobre la superficie de la Tierra. Ahora, como viene a demostrar la infortunada historia de la *Mars Climate Orbiter*, también podemos cagarla en el espacio.

El fracaso de la *Orbiter* no empezó a hacerse patente hasta transcurridos varios meses desde su lanzamiento, cuando los intentos de hacer pequeños ajustes en la trayectoria de la nave desde el centro de control para que mantuviera su curso empezaron a no tener del todo el efecto deseado. Pero lo mal que iba la cosa solo se puso de manifiesto cuando la sonda llegó a Marte e intentó entrar en su órbita, punto en el que perdió contacto con el control de Tierra casi de inmediato.

La posterior investigación reveló qué había ocurrido: la *Orbiter* estaba utilizando la unidad métrica convencional de newtons por segundo para medir el impulso (la fuerza total de propulsión que se aplica en una maniobra). Pero el *software* del ordenador de Tierra, suministrado por un contratista, utilizaba las libras por segundo del sistema métrico anglosajón. Cada vez que encendían los motores de la nave, el efecto era cuatro veces mayor del que se había pensado, con lo que la *Mars Orbiter* acabó situándose ciento sesenta y pico kilómetros más cerca de la superficie de Marte de lo que se pretendía. Cuando quisieron ponerla en órbita, lo que consiguieron fue estrellarla contra la atmósfera, y la sofisticada nave de 327 millones de dólares se hizo añicos casi al instante.

Debió de ser un momento embarazoso para la NASA, pero tal vez les consolara el hecho de que no estaban ni mucho menos solos en el terreno de las pifias científicas y tecnológicas. Otro ejemplo se halla no en la carrera espacial, sino en otro tipo de carrera, totalmente distinto, en que científicos de todo

Estados Unidos se vieron implicados cuando, en 1969, competían con sus homólogos soviéticos para desvelar los misterios de un descubrimiento revolucionario: una forma completamente nueva de agua.

La Guerra Fría estaba en su apogeo, y el duelo ideológico que tantos recursos consumía no se libraba únicamente en las maniobras geopolíticas, el riesgo nuclear controlado y el mundo de sombras del espionaje. También dio pie a una competición entre el orbe comunista y el capitalista por demostrar sus logros revolucionarios en el terreno de la ciencia y la ingeniería. Se producían nuevos descubrimientos y revoluciones tecnológicas a un ritmo vertiginoso, y reinaba un miedo permanente a que el enemigo cobrara mucha ventaja; en julio de ese año, un humano caminaría sobre la superficie de la Luna, por obra de la alarmada reacción del Gobierno estadounidense a una serie de hazañas espaciales soviéticas.

En medio de tantos avances grandiosos y espectaculares, una nueva forma de agua parecía en un principio poco más que otra pequeña vuelta de tuerca. La descubrió en 1961 Nikolai Fedyakin, científico que trabajaba en un laboratorio soviético de provincias, lejos de los grandes centros científicos; no fue hasta que Boris Derjaguin, del Instituto de Química Física de Moscú, reparó en su trabajo, que se comprendió la importancia potencial del descubrimiento. Derjaguin se apresuró a replicar el trabajo de Fedyakin y, como era de esperar, aceptó encantado el mérito del descubrimiento; fuera de la Unión Soviética, sin embargo, despertó escaso interés. Solo cuando presentó los frutos de su investigación en un congreso celebrado en Inglaterra en 1966, la comunidad internacional espabiló y empezó a tomar nota. La carrera había comenzado.

El hallazgo, llamado en un principio *agua anómala* o *agua elaborada*, tenía unas propiedades muy llamativas. Fedyakin y Derjaguin habían descubierto que el proceso de condensar o forzar el paso del agua común a través de tubos capilares extremadamente estrechos, de cuarzo purísimo, había provocado misteriosamente que se reestructurara, alterando radicalmente sus propiedades químicas. El agua anómala no se congelaba a cero grados, sino a cuarenta grados bajo cero. Su punto de ebullición era aún más extremo, situándose al menos en ciento cincuenta grados, o puede que más, hasta los seiscientos cincuenta. Era más viscosa que el agua común, apenas líquida siquiera, más densa y grasienta; según algunas descripciones, se parecía a la vaselina. Si la hendías con un cuchillo, la marca permanecía.

Científicos ingleses, primero, y estadounidenses, después, se lanzaron a

replicar el trabajo de los soviéticos. Era un proceso difícil, ya que los capilares que requería no permitían fabricar más que una cantidad ínfima cada vez: algunos laboratorios ni tan siquiera conseguían dominar la técnica, mientras que otros iban a toda máquina, produciendo cantidades crecientes del agua anómala. Y de uno de esos laboratorios estadounidenses llegó el siguiente gran hallazgo: habían sintetizado tal cantidad de agua que pudieron llevar a cabo un análisis espectroscópico con infrarrojos de la sustancia. Publicaron sus resultados en la prestigiosa revista *Science* en junio de 1969, un mes antes de que Armstrong pisara la Luna, y su artículo exacerbó la pugna por investigar el compuesto. No solo era una confirmación de las propiedades radicalmente distintas del agua anómala comparada con la común; brindaba además una explicación: los resultados sugerían que se trataba de una versión polimérica del agua, cuyas moléculas individuales de H_2O se unían en grandes estructuras cristalinas que la hacían más estable. Así, el *agua anómala* pasó a ser conocida por el nombre que aún le damos hoy día: *poliagua*.

El descubrimiento de la poliagua «con toda seguridad va a revolucionar la química», proclamaba *Popular Science* en diciembre de 1969, extendiéndose luego en sus posibles usos en sistemas de refrigeración, como lubricante para motores o como elemento moderador en reactores nucleares. Explicaba muchos aspectos del mundo natural: se encuentra poliagua en la arcilla, lo que explica por qué retiene su maleabilidad pastosa hasta que se calienta a temperaturas muy altas el tiempo suficiente para que se elimine la poliagua. También podría ser responsable de aspectos meteorológicos, al servir en pequeñas cantidades como germen de la formación de nubes. Y, ciertamente, estaba presente en el cuerpo humano.

Todo apuntaba a que el descubrimiento daría lugar a una rama de la química completamente nueva, ya que algunos laboratorios informaron de que habían logrado producir versiones poliméricas de otros líquidos de vital importancia química: polimetanol, poliacetona. O, con tintes más siniestros, había cierta inquietud porque pudiera tener aplicaciones militares, hasta ser un arma en sí misma: su estructura sugería que existía en un estado de menor energía que el agua común, lo que abría la puerta a que la poliagua, al entrar en contacto con agua común, pudiera desencadenar una reacción en cadena e inducir al agua corriente a reorganizar también su estructura y adoptar la forma polimérica. Se elucubraba con que una gota de poliagua, añadida a un embalse estratégico o a

un río clave, tuviera el potencial de transformar gradualmente todo esa masa de agua y convertirla en jarabe. Podría sabotearse el suministro de agua de países enteros.

A raíz de la publicación del artículo de *Science*, el Gobierno estadounidense tomó cartas en el asunto. Agentes de la CIA, queriendo asegurar que cualquier hallazgo permaneciera en manos norteamericanas, interrogaron a los investigadores implicados en el estudio. La poliagua era objeto de debates febriles en todos los medios de comunicación, de *The New York Times* a periódicos de pequeñas ciudades: ¿estaban los soviéticos tomando la delantera a Estados Unidos? Se dio prioridad a la investigación de la poliagua y se reservaron fondos al efecto. Solo en el año 1970 se publicaron cientos de artículos científicos. «Buenas noticias —decía con alivio *The Wall Street Journal* en 1969, tras las provisiones presupuestarias iniciales—: Estados Unidos parece haber salvado su desventaja en el estudio de la poliagua, y el Pentágono está poniendo todos los medios para impulsar la tecnología de poliagua de este país y ponerlo por delante de la de la Unión Soviética.»

Supongo que el lector ya habrá adivinado el final, ¿no? O sea, este libro está ya muy avanzado; a estas alturas, debería de resultar bastante obvio que la historia de la poliagua no termina con un triunfo científico, todo el mundo dándose palmaditas en la espalda y con premios Nobel a tutiplén. Pero no fue hasta principios de la década de 1970, tras años de investigación por parte de los científicos más brillantes en los mejores laboratorios de varios continentes, cuando resplandeció la verdad...

La poliagua es una quimera. No existe, punto redondo.

Lo que habían descubierto en realidad Fedyakin y Derjaguin, y lo que científicos de todo el mundo habían pasado años investigando y replicando embargados de fe, y estudiándolo de todas las maneras posibles, era una sustancia que se podría describir mejor como *agua sucia*. Todas esas propiedades suyas que se presentaban como milagrosas resultaron ser simples impurezas que se habían colado en los equipos supuestamente estériles.

Un científico estadounidense escéptico, Denis Rousseau, consiguió replicar casi a la perfección el análisis espectroscópico de la poliagua con unas simples gotas de su propio sudor, obtenidas estrujando su camiseta tras disputar un partido de balonmano. Esa era la misteriosa sustancia que las grandes potencias de la Guerra Fría habían pugnado a la desesperada por controlar. Sudor.

Qué embarazoso.

No es que no se hubieran alzado muchas voces escépticas: a muchos científicos, el descubrimiento les sonaba inverosímil; uno hasta anunció que si se confirmaba la existencia de la poliagua, abandonaría la química completamente. Pero a veces es difícil refutar algo cuando hay un miedo subyacente a que la razón de que tu poliagua no se comporte como se supone que ha de comportarse la poliagua es que, para empezar, no la hayas hecho bien. La dificultad de producir algo más que cantidades ínfimas de poliagua, sumada al ambiente febril de la investigación científica en los años de la Guerra Fría, hicieron posible que investigadores repartidos por varios continentes vieran simplemente lo que se les había dicho que podían esperar, y se excedieran drásticamente en la interpretación de resultados vagos o contradictorios. Todo el asunto era pura ilusión.

Aunque los primeros artículos que rechazaban la existencia de la poliagua se publicaron ya en 1970 (también en *Science*), pasarían años hasta que todo el mundo admitió por fin que había sido un error. Ellison Taylor, uno de los escépticos que tomaron parte en la refutación definitiva de la poliagua, escribió en el boletín interno del Laboratorio Nacional de Oak Ridge: «Sabíamos que se equivocaban desde un principio, y supongo que mucha gente que nunca se implicó también lo sabía, pero ninguno de los protagonistas principales ha dado señales de admitirlo». *Popular Science* llegó incluso a publicar un artículo titulado «Cómo producir tu propia poliagua» en julio de 1973 (con el subtítulo «Algunos expertos aseguran que esta rara sustancia no existe. Pero aquí se explica cómo puede cualquiera reunir la suficiente para llevar a cabo sus propios experimentos»).

No es ni mucho menos la única vez que ha ocurrido algo así. Naturalmente, la ciencia en sus primeros siglos (antes incluso de que se inventara el término *ciencia*) fue pródiga en teorías populares que resultarían del todo equivocadas: en el siglo XVIII, fue el flogisto, la misteriosa sustancia que se escondía en todo lo combustible y se liberaba con el fuego; en el XIX, el éter luminiscente, una sustancia invisible que permeaba el universo y por la que se transmitía la luz. Pero estas, al menos, tienen la distinción de ser intentos de explicar cosas que la ciencia de la época no podía explicar. Que es más o menos como se supone que funciona la ciencia.

La razón por la que la ciencia presenta un historial bastante decente es que (al menos en teoría) parte de la prudente y autocrítica premisa de que la mayoría de nuestras suposiciones sobre cómo funciona el mundo serán erróneas. La

ciencia trata de aproximarse vagamente a lo que es cierto, pero lo hace mediante un lento proceso de hacerse progresivamente un poco menos errónea. Así es como se supone que funciona: uno tiene una idea sobre cómo podría funcionar el mundo, y para comprobar si existe la posibilidad de que sea cierta, intenta por todos los medios demostrar que es falsa. Si no consigue demostrar que es falsa, lo vuelve a intentar, o lo vuelve a intentar de otra forma. Así, hasta que decide informar al mundo de que no ha logrado demostrar que es falsa, y entonces todos los demás también intentan demostrar que lo es. Si nadie consigue demostrar que es falsa, la gente empieza poco a poco a admitir que tal vez sea cierta, o como mínimo menos falsa que otras alternativas.

Claro que en la práctica no siempre funciona así. Los científicos no están menos expuestos que el resto de los humanos al peligro de dar por supuesto sin más que su visión del mundo es la correcta, ignorando cualquier indicio en contra. Por eso se aplican todas las estructuras de la ciencia —revisión por pares, reproducción de experimentos y demás— para tratar de impedir que eso ocurra. Pero el método está muy lejos de ser infalible, porque el pensamiento de grupo, la tendencia a subirse al carro, las presiones políticas y las vendas ideológicas en los ojos también están presentes en la ciencia.

Así es como se acaba teniendo un montón de científicos en distintas instituciones de distintos países que se convencen a sí mismos de que todos ven una misma sustancia imaginaria. El episodio de la poliagua no es un caso aislado: seis décadas antes, el mundo científico se había visto cautivado por el descubrimiento de un tipo de radiación totalmente nuevo. Esos extraordinarios nuevos rayos (que eran puramente imaginarios, según se acabaría demostrando) fueron denominados *rayos N*.

Los rayos N fueron «descubiertos» en Francia y tomaron su nombre de la ciudad de Nancy, donde trabajaba el científico que primero los identificó: René-Prosper Blondlot, un investigador laureado que gozaba de reconocido prestigio como físico experimental eminente y aplicado. Ocurrió en 1903, menos de una década después de que los rayos X propagaran sus ondas por la comunidad científica, con lo que la gente estaba predispuesta a esperar que pudieran descubrirse nuevas formas de radiación aquí, allá o acullá. Es más, como en el caso de la poliagua, una rivalidad internacional más que aparente influyó en todo el asunto: los rayos X los habían descubierto en Alemania, y los franceses estaban ansiosos por no perder comba.

Blondlot dio con los rayos N por accidente; de hecho, ocurrió mientras

llevaba a cabo una investigación sobre los rayos X. El instrumental de su experimento producía una pequeña chispa que se hacía más brillante con el paso de los rayos, y le llamó la atención cuando esa chispa se avivó en un momento en el que no era posible que le hubieran afectado los rayos X. Investigó más a fondo, reunió más pruebas y, en la primavera de 1903, anunció su descubrimiento al mundo en *Actas de la Academia Francesa*. Casi de inmediato, los rayos N armaron un revuelo en gran parte del mundillo científico.

En los años inmediatamente posteriores, se publicarían más de trescientos artículos sobre las llamativas propiedades de los rayos N, firmados por más de ciento veinte científicos (el propio Blondlot publicó veintiséis). Las cualidades que demostraban los rayos N eran sin duda... intrigantes. Los producían ciertos tipos de llama, una plancha de hierro incandescente y el sol. También los producían seres vivos, según advirtió Augustin Charpentier, un colega de Blondlot: ranas y conejos, el músculo bíceps y el cerebro humano. Los rayos N atravesaban el metal y la madera, y podían transmitirse por un cable de cobre, pero los bloqueaban el agua y la sal de roca. Podían almacenarse en ladrillos.



René-Prospér Blondlot (1849-1930). Bridgeman Images (Académie des Sciences, París/Archives Charmet)

Lamentablemente, no todo el mundo tenía tanto éxito produciendo y observando rayos N. Muchos otros científicos prestigiosos parecían del todo incapaces de conjurarlos a la existencia, a pesar de la buena disposición de Blondlot para describir sus métodos. Es posible que se debiera a que eran difíciles de detectar: para entonces, Blondlot había pasado de detectarlos con una chispa brillante a utilizar una lámina fosforescente que emitía un tenue fulgor al ser expuesta a los rayos. El problema era que el cambio en el fulgor de la lámina era tan tenue que solo se apreciaba bien en una habitación totalmente a oscuras, y aun así, solo si el experimentador había dejado que sus ojos se habituaran a la oscuridad durante unos treinta minutos. Ah, y se apreciaba mejor si no se miraba la lámina directamente, sino por el rabillo del ojo.

Porque, claro, ¿en qué cabeza cabe que solo por permanecer treinta minutos en una habitación oscura y luego observar con la visión periférica un brillo muy tenue tus ojos pudieran jugarte una mala pasada?

A los escépticos con el descubrimiento, que los había en abundancia, no se les pasó por alto una característica bastante reveladora de la obsesión por los rayos N: la práctica totalidad de los científicos que habían logrado producirlos eran franceses. Había un par de excepciones en Inglaterra e Irlanda; en Estados Unidos y Alemania no había conseguido verlos nadie. Eso empezaba a provocar no ya escepticismo, sino directamente irritación: mientras que la Academia Francesa distinguía a Blondlot con uno de los mayores galardones científicos del país, uno de los más destacados especialistas en radiación alemanes, Heinrich Rubens, era convocado por el káiser y obligado a perder dos semanas intentando recrear el trabajo de Blondlot, hasta que, humillado, se dio por vencido.

Todo esto animó a un físico estadounidense, Robert Wood, a visitar el laboratorio de Blondlot en Nancy en el curso de un viaje que hizo a Europa para asistir a un congreso. Blondlot se mostró encantado de recibirle y demostrarle sus últimos avances; Wood tenía en mente un plan ligeramente distinto. Una de las propiedades más extrañas de los misteriosos rayos era que, al parecer, del mismo modo que la luz es refractada al atravesar un prisma de cristal, a través de un prisma de aluminio podían refractarse los rayos N, produciendo un espectro de patrones radiológicos en la hoja. Blondlot se lo demostró a Wood entusiasmado, leyéndole las mediciones allí donde se daban los patrones en el espectro. Entonces, el norteamericano le preguntó si le importaría repetir el

experimento y Blondlot aceptó sin dudarlo, dando a Wood la ocasión de introducir un control científico como es debido; o, por decirlo de otra manera, de hacerle a Blondlot una jugarreta bastante simpática.

Al amparo de la oscuridad, sin que Blondlot se diera cuenta, alargó la mano y se metió el prisma en el bolsillo. Ajeno al hecho de que a su equipo le faltaba ahora el componente crucial, Blondlot siguió leyendo en voz alta los resultados de longitud de onda de un espectro que ya no debería haber aparecido.

Wood resumió sus averiguaciones en una carta educada pero brutal a *Nature* en otoño de 1904: «Después de pasar tres horas o más observando diversos experimentos, no solo soy incapaz de referir ni una sola observación que pareciera indicar la existencia de los rayos, sino que me quedo con la muy firme convicción de que los pocos investigadores que han obtenido resultados positivos se han llevado a engaño de un modo u otro». Con esto, el interés por los rayos N se esfumó, aunque Blondlot y algunos otros fieles creyentes siguieron perseverando en sus esfuerzos, decididos a probar que no habían dedicado todo ese tiempo a estudiar un simple espejismo.

Tanto la historia de la poliagua como la de los rayos N son cuentos que advierten de que hasta los científicos pueden ser víctimas de los mismos prejuicios que nos afectan a todos, pero también son cuentos que nos dicen que la ciencia..., en fin, funciona. Pese a que el revuelo que provocaron ambos casos fue, visto con la perspectiva del tiempo, más embarazoso de la cuenta para un buen puñado de profesionales muy cualificados, la obsesión duró solo unos pocos años antes de que el escepticismo y la exigencia de pruebas irrefutables se llevaran el gato al agua. Nada como el trabajo en equipo.

Pero si bien estos ejemplos son relativamente inofensivos, ha habido muchas otras ocasiones en que la ciencia chapucera hizo bastante más que abollar un poco la reputación de algunos. Es el caso, por ejemplo, del legado de Francis Galton.

Francis Galton fue sin duda un genio y un polímata, pero también un bicho raro con ideas terribles que arrastraron consecuencias espantosas. Era primo segundo de Charles Darwin, y consiguió avances revolucionarios en numerosas disciplinas: fue pionero de la estadística científica (con, entre otras cosas, la invención del concepto de *correlación*), y sus creaciones en campos tan diversos como la meteorología y la ciencia forense siguen vigentes hoy en día, en forma de mapas del tiempo o la utilización de huellas dactilares para identificar a la gente.

Estaba obsesionado con medir las cosas y aplicar principios científicos a casi todo lo que se encontraba; su correspondencia, publicada por *Nature*, incluye una carta en que hacía una estimación del número total de pinceladas de un cuadro (después de aburrirse posando en largas sesiones para un retrato), y otra de 1906 titulada «Cortar una tarta conforme a principios científicos» (resumiendo: no con cortes secantes, sino en tajadas rectas que pasen por el centro, para poder juntar entre sí los trozos restantes y evitar que se sequen).

Pero esa obsesión suya fue más allá de ingeniar trucos extremadamente británicos para la hora del té. En una de sus investigaciones más infames, Galton hizo una gira por ciudades y aldeas británicas con el propósito de elaborar un mapa de dónde eran más atractivas las mujeres. Se sentaba en algún espacio público y utilizaba un dispositivo escondido en el bolsillo, que llamaba «punzador»: un dedal con una aguja incorporada que podía hacer perforaciones en un trozo de papel marcado, para registrar su opinión sobre lo sexualmente deseable que era cada mujer que pasaba. El producto final fue un «mapa de la belleza» del país, muy parecido a sus mapas meteorológicos, del que se desprendía que las mujeres más atractivas eran las de Londres, mientras que las menos atractivas eran las de Aberdeen. Por lo menos, según los gustos de un estadístico pervertido que tomaba notas sobre la *follabilidad* de las mujeres con una aguja escondida en el bolsillo, lo que tal vez no sea la más objetiva de las mediciones.

Fue la misma combinación de cualidades —una compulsión de medir rasgos humanos y una total falta de respeto por la humanidad misma de las personas que medía— lo que empujó a Galton a hacer su contribución más infame al mundo de la ciencia: su defensa de la *eugenesia* (término que él mismo acuñó). Estaba firmemente convencido de que el genio era cien por cien fruto de la herencia, y que el éxito de una persona era atribuible exclusivamente a su naturaleza interior, más que a la fortuna o a las circunstancias. En consecuencia, creía que había que fomentar los matrimonios entre personas que se consideraran idóneas para la reproducción, posiblemente con recompensas económicas, a fin de mejorar la cabaña de la raza humana; y que a aquellos que se consideraran indeseables, como los idiotas o los pobres, había que disuadirlos de que criaran.

En los primeros años del siglo xx, se generalizó en todo el mundo una adopción del movimiento eugenésico, con Galton (que se aproximaba ya al fin de su vida) ensalzado como su héroe. Treinta y un estados norteamericanos aprobaron leyes de esterilización forzosa; para cuando se derogó la última, en la

década de 1960, se había esterilizado a la fuerza a sesenta mil personas recluidas en instituciones psiquiátricas estadounidenses, en su mayoría mujeres. Un número similar fue esterilizado por el empeño de Suecia en promover la *higiene étnica*, y allí la ley no se derogó hasta 1976. Y, por supuesto, en la Alemania nazi..., bueno, el lector ya sabe lo que pasó. Galton, sin duda, se habría sentido horrorizado si hubiera vivido lo suficiente para ver las cosas que se hicieron en nombre de la «ciencia» que había creado, pero no por ello estaban menos equivocadas sus ideas originales.

Tenemos también, si no, a Trofim Lysenko, un ingeniero agrónomo soviético cuyas ideas, malas con avaricia, coadyuvieron a hambrunas tanto en la Unión Soviética como en China (según mencionábamos en el capítulo 3). A diferencia de Galton, Lysenko ni siquiera cuenta con verdaderos y legítimos avances científicos con que compensar su legado. Se equivocaba de medio a medio, no hay más.

Lysenko procedía de una familia pobre, pero no tardó en ascender en la jerarquía de la agronomía soviética, gracias a un cierto éxito temprano en la estimulación de semillas para que crecieran sin necesidad de plantarlas durante los fríos inviernos. Acabó convirtiéndose en un favorito de Stalin, lo que le dio poder suficiente para empezar a imponer sus ideas al resto de la comunidad científica soviética.

Esas ideas eran erróneas (no estaban ni cerca de ser correctas), pero tuvieron la ventaja de sintonizar con los sesgos ideológicos de los mandamases comunistas de Lysenko. Pese a que la genética era una disciplina muy asentada a la altura de la década de 1930, Lysenko la rechazaba radicalmente, hasta el punto de negar la existencia de los genes, argumentando que eso promovía una visión individualista del mundo. La genética sugería que el comportamiento de los organismos estaba predeterminado y era invariable, mientras que Lysenko creía que modificando el entorno se podía mejorar el organismo, y transmitir esas mejoras a generaciones sucesivas. Una especie de cultivo podía incluso convertirse en otra, en el entorno adecuado. Enseñaba a los agricultores que debían plantar los cultivos en filas más próximas entre sí, porque las plantas de la misma «clase» nunca iban a competir entre sí por los recursos.

Nada de eso era cierto; es más, era muy evidente que no era cierto, como lo demostraba el hecho de que los intentos de llevarlo a la práctica acababan sistemáticamente en la muerte de las cosechas. Lo que no evitó que Lysenko conservara su poder político y sofocara cualquier crítica, llegando a hacer que

despidieran, encarcelaran o incluso mataran a aquellos biólogos soviéticos que se negaban a renunciar a la genética y abrazar el lysenkismo. Hubo que esperar a que se forzara la salida de Jruschov en 1964 para que otros científicos consiguieran por fin convencer al partido de que Lysenko era un charlatán y que se le apartara discretamente. Su legado fue contribuir a millones de muertes y hacer retroceder varias décadas el campo de la biología en el mundo soviético.

Si bien los errores de Lysenko en la biología fueron defendidos plenamente por el comunismo, el siguiente caso se produce dentro del capitalismo puro: es la historia de un hombre que logró cometer no uno, sino dos de los errores más desastrosos en la historia de la ciencia, todo en el plazo de una sola década.

AÑOS DE PLOMO

En 1944, el genial ingeniero, químico e inventor Thomas Midgley, un hombre cuyos descubrimientos habían contribuido a dar forma al mundo moderno en medida nada desdeñable, moría en su cama a la edad de cincuenta y cinco años.

Morir en la cama en tu propia casa suena muy apacible, ¿verdad? Pero no lo fue en este caso. Midgley, paralizado de la cintura para abajo a causa de un brote de polio que había sufrido unos años antes, detestaba que otros tuvieran que acostarle o levantarlo de la cama, y, dando buen uso a su talento para la innovación, se había hecho construir un elaborado sistema de poleas para poder hacerlo él solo. Que funcionó como la seda, hasta aquel día de noviembre en que algo no fue del todo bien y le encontraron muerto, estrangulado por las cuerdas de su propio ingenio.

La forma en que murió ya es una ironía siniestra en sí misma; pero no es el motivo por el que Tom Midgley figura en este libro. Aparece aquí porque, por increíble que parezca, matarse en su cama con su propio invento ni siquiera puede considerarse uno de los dos mayores errores de su vida.

De hecho, se mire como se mire, hay que clasificarle entre los individuos más catastróficos que hayan vivido jamás.

Midgley era un hombre discreto e inteligente que pasó la mayor parte de su vida en Columbus, Ohio. Nacido en una familia de inventores, apenas recibió formación como químico, pero demostró tener mano para la resolución de problemas en diversas disciplinas, mediante una combinación de examen

sistemático de la cuestión que fuera, por un lado, y, por otro, una tendencia a probar, al buen tuntún pero obstinadamente, posibles soluciones a un problema hasta que alguna funcionara.



Thomas Midgley (1889-1944). Getty Images (Corbis)

En las décadas de 1910 y 1920, trabajaba en el problema del golpeteo de los motores de coche: un problema persistente, por el que los motores traqueteaban y daban sacudidas bruscas, sobre todo si se los forzaba. Esto, además de hacer que los primeros automóviles fueran un asco, también reducía la eficiencia del combustible, algo que preocupaba a muchos en una época en que ya reinaba cierta inquietud porque las reservas de petróleo se fueran a agotar más pronto que tarde.

Midgley y su jefe, Charles Kettering, sospechaban que el golpeteo se debía a una combustión irregular de la gasolina utilizada, más que a un fallo serio en el diseño de los motores. De modo que se aplicaron a buscar un aditivo que redujera ese efecto. En un principio, por razones a las que cuesta ver el menor sentido, se decantaron por la idea de que la solución era «el color rojo». Midgley fue a buscar un poco de colorante rojo, pero en el laboratorio no tenían. Le dijeron, no obstante, que la tintura de yodo era rojiza y se disolvía bien en la gasolina, así que él se dijo: «Pues venga, ¡qué diantre!», metió una buena dosis de tintura de yodo en un bidón de combustible y se lo echó a un motor.

Pues funcionó.

Fue por pura chiripa, pero habían dado con una prueba de que iban bien encaminados. La tintura de yodo misma no era una solución práctica: era demasiado cara y difícil de producir en las cantidades que iban a necesitar. Pero

bastó para convencerlos de seguir investigando. A lo largo de los años siguientes, probaron entre 144 y 33.000 compuestos distintos, dependiendo de a qué corporación decida uno creer. Tal vez resulte un abanico bastante impreciso, pero es que las empresas que respaldaban su trabajo tenían una buena razón para ser poco concretas respecto al proceso de investigación.

La razón es que la sustancia por la que se decidieron al final fue el plomo (específicamente, un compuesto líquido llamado tetraetilo de plomo, o TEL, por sus siglas en inglés). Y el plomo es un veneno mortal. Causa, entre otras cosas, elevación de la presión sanguínea, problemas renales, anormalidades en los fetos y daño cerebral. Afecta especialmente a los niños.

La historia de Midgley suele presentarse como ejemplo de «consecuencias imprevistas», lo que... No, la verdad es que no. Vale que «envenenar a generaciones enteras de gente por todo el mundo» no era propiamente su objetivo. Pero no es menos cierto que ninguno de cuantos estuvieron implicados en la producción y popularización de la gasolina con plomo puede jugar la carta de «¡oh, no, qué terrible e imprevista sorpresa!».

El carácter tóxico del plomo no era un hallazgo reciente: es algo sabido desde hace literalmente miles de años. Antes de que el primer surtidor de gasolina empezara a suministrar el nuevo combustible antitraqueteo a principios de 1923, los expertos en medicina ya estaban advirtiéndolo de que aquello era una idea terrible, pésima. William Clark, del Servicio de Salud Pública estadounidense, escribía en una carta que el uso del tetraetilo de plomo suponía «una seria amenaza para la salud pública» y predecía —con total acierto— que «en vías públicas muy transitadas, es sumamente probable que el polvo de óxido de plomo permanezca en el estrato más bajo de la atmósfera».

En una predicción de 1924, más descorazonadoramente acertada aún, un toxicólogo eminente anticipó que «el desarrollo del envenenamiento por plomo llegará de forma tan insidiosa que el uso de la gasolina con plomo se habrá generalizado con carácter casi universal [...] antes de que la población y los gobiernos tomen conciencia de la situación».

Y no es tampoco que el plomo fuera la única solución que tenían a su alcance. En los años transcurridos desde que sonara la flauta con la tintura de yodo, el equipo de Midgley había dado con un porrón de agentes antigolpeteo efectivos. Entre ellos destacaba uno por su simplicidad: el alcohol etílico o etanol. El alcohol más común de los presentes en las bebidas alcohólicas, que es en sí mismo un combustible viable, no sirve únicamente para esterilizar heridas

físicas y tratar de forma pasajera heridas emocionales; también funciona bien como aditivo antigolpeteo, con la ventaja adicional de que es increíblemente fácil y barato de producir a gran escala.

De hecho, el equipo de Midgley defendió durante años que el etanol era la solución perfecta al problema del golpeteo de los motores. ¿Por qué, entonces, cambiaron de criterio en favor de una sustancia que todo el mundo sabía que era tóxica como ella sola? La razón —que nadie se espante— fue el dinero.

El problema del etanol es que era *demasiado* fácil y barato de producir. Y, sobre todo, que no era patentable. La empresa de Charles Kettering, Delco, había sido comprada por el gigante General Motors en 1918, y su equipo de investigadores estaba siendo presionado para que demostrara que podía generar dinero contante y sonante, en vez de perder el tiempo con quimeras. El etanol —una sustancia tan fácil de fabricar que cualquiera podía hacerlo en casa, por lo que era impensable registrarla como propiedad intelectual— no servía para ese fin. Así que optaron por el plomo.

Por si alguien está pensando que el pobre Thomas Midgley no era más que un inofensivo inventor a cuyo trabajo dieron mal uso plutócratas desaprensivos, de eso, nada. Fue precisamente él quien sugirió y defendió enérgicamente el uso del plomo. Hasta hizo sus cálculos, para concluir que podían cargar hasta tres céntimos más por galón de combustible TEL, y prever que con una campaña publicitaria agresiva podrían captar hasta un 20% del mercado de la gasolina. En eso, como en tantas otras cosas, se equivocó por subestimar enormemente el impacto de su trabajo: en poco más de una década, la gasolina con tetraetilo de plomo (bajo la marca comercial Ethyl, que omitía astutamente la parte «de plomo») captaría, de hecho, el 80% del mercado estadounidense.

A lo largo de todo el proceso, General Motors y Midgley insistieron en que todo era seguro, pese a una multitud de lo que podríamos llamar «señales de alarma». Señales de alarma como enormes luces de neón parpadeantes. Como que en febrero de 1923, cuando el Ethyl salió a la venta, el propio Midgley tuvo que coger todo un mes de baja laboral por problemas de salud provocados por emanaciones de plomo. O como que los trabajadores de las fábricas en que se elaboraba el combustible se murieran mucho y sin parar. En la planta de Bayway, en Nueva Jersey, cinco empleados fallecieron por envenenamiento con plomo, y debieron ser hospitalizados treinta y cinco más, de los que muchos habían enloquecido por los efectos neurológicos del metal: «El paciente sufre furiosos ataques de locura, grita, salta de la cama, destroza los muebles y actúa como si

tuviese *delirium tremens*», recogía un informe. Otros seis trabajadores murieron en la planta de Deepwater (también en Nueva Jersey), donde las alucinaciones causadas por el plomo eran tan habituales que los empleados la rebautizaron como «la casa de las mariposas». Las muertes llegaron a la primera página de *The New York Times*. Ante la posibilidad de una crisis de relaciones públicas, se suspendió la venta de Ethyl, y el cirujano general de Estados Unidos (cargo equivalente al de director general de Salud Pública) se apresuró a crear una comisión para determinar su seguridad.

Y entonces, en una muestra notable de «judo empresarial» que llegaría a servir de modelo durante el resto del siglo xx a una gran variedad de industrias dedicadas a joder las cosas, las corporaciones que estaban detrás de la Ethyl Gasoline Corporation —General Motors, Standard Oil y el gigante químico DuPont— se las ingenieron para convertir aquella crisis de relaciones públicas en un éxito de relaciones públicas.

Fue un clásico ejemplo de gente responsable que responde a una pregunta que no es en absoluto la que interesa. Las muertes que se habían producido en la fase de producción centraron con tal intensidad la preocupación del público que, al final, ese fue el único extremo sobre el que la comisión del cirujano general emitió un veredicto. Convencidos por las manifestaciones de la empresa en el sentido de que redoblaría las medidas de seguridad en sus fábricas (el TEL, afirmó Midgley en su declaración, no era tanto «un veneno peligroso como traicionero»), la comisión decidió no prohibir su fabricación. Sobre la cuestión, de mucho mayor calado, de sus efectos sobre la población que respiraba el humo de los tubos de escape no se llegó a tomar una decisión: eso, conforme a una tradición ancestral, debía ser objeto de futuras investigaciones. Pero el dictamen de la comisión se vendió al público y a los políticos como un visto bueno sin reservas a la salubridad de la gasolina con plomo.

Por si alguien se está preguntando qué pasó con esas futuras investigaciones, durante las cuatro décadas siguientes prácticamente todas fueron o bien financiadas por las empresas fabricantes de petróleo con plomo o llevadas a cabo por su propio personal. La investigación dio un resultado no concluyente: ¡qué sorpresa! Y a los fabricantes de TEL no les hizo falta más para argumentar que el asunto seguía sin resolverse y que sería muy mala cosa y estaría muy feo dejar de vender esa preciada gasolina que había hecho posible que tantos sueños se hicieran realidad.

Porque una vez que la gasolina con plomo hubo recibido el presunto visto

bueno, nada iba a detenerla. No solo consiguió que los motores dejaran de dar sacudidas, permitió además el desarrollo de toda una nueva generación de motores más potentes, con los que los automóviles pasaron de ser cacharros prácticos, pero toscos, a objetos de deseo veloces, sofisticados y elegantes. Una campaña publicitaria agresiva instigó el miedo a tener un coche lento y cutre si uno no usaba gasolina con plomo; los productos rivales de la competencia, incluidos los que funcionaban con etanol (la misma sustancia que el equipo de Midgley defendió durante años) eran ridiculizados como de inferior calidad. Cuando en otros países apuntaron temores de que la introducción de la gasolina con plomo entrañara riesgos para la salud pública, se utilizó el hecho de que en Estados Unidos se le hubiera dado el visto bueno para sofocar dichos temores; el cirujano general, Hugh Cumming, hasta se comunicaba con sus homólogos extranjeros para contarles lo segura que era.

Con el respaldo de informes científicos que dejaban mucho que desear, la voracidad por hacer dinero y el hecho de que los coches potentes son atractivos y permiten viajar más lejos, la gasolina con plomo no tardó en convertirse en la estándar en todo el mundo. Gracias a los avances en las técnicas de extracción de petróleo, la supuesta carestía de combustible que había espoleado inicialmente el estudio de agentes antigolpeteo nunca llegó a materializarse, por lo que todos los beneficios del plomo se vertieron en la fabricación de motores aún más potentes, y, por todo el planeta, más y más gente empezó a respirar el humo del plomo.

Una peculiaridad del plomo es que no se descompone. Así como otras toxinas se vuelven menos peligrosas con el tiempo, el plomo se acumula en el aire, en la tierra y en el organismo de plantas, animales y seres humanos. En 1983, un informe de la Real Comisión de Polución Ambiental del Reino Unido llegaba a la conclusión de que «es dudoso que quede alguna parte de la superficie de la Tierra o alguna forma de vida no contaminada aún con plomo antropogénico». El cuerpo de los niños está especialmente expuesto al riesgo, ya que sus organismos absorben cinco veces más plomo que los adultos. Solo en Estados Unidos, se estima que entre las décadas de 1920 y 1970, setenta millones de niños tuvieron niveles tóxicos de plomo en sangre.

Los efectos del plomo son graves. La Organización Mundial de la Salud calcula que cada año mueren cientos de miles de personas de enfermedades derivadas del envenenamiento por plomo, como las cardíacas. Más allá de sus efectos sobre la salud física, el plomo también perjudica el desarrollo

neurológico de los niños: provoca un descenso del coeficiente intelectual entre las poblaciones afectadas, y se estima que es la causa de más del 12% de las disfunciones intelectuales y del desarrollo en todo el mundo.

También ocasiona problemas de conducta, como el comportamiento antisocial, algo que plantea la posibilidad de una pesadilla que sería consecuencia del trabajo de Thomas Midgley. Es importante subrayar que esto, en la actualidad, no es sino una hipótesis por demostrar, pero unos cuantos investigadores han señalado que el drástico incremento de las tasas de criminalidad que se produjo en gran parte del mundo durante el periodo de posguerra corre muy en paralelo con el aumento de la polución por plomo.

Los índices de delincuencia que dieron pie a muchos de los conceptos culturales que asumimos a la ligera —adolescentes asilvestrados, barrios degradados y el debate sobre *superpredadores juveniles* de la década de 1990— son en realidad una anomalía histórica, una incidencia de ámbito mundial que resulta difícil de explicar y que ahora parece haber quedado atrás (ojalá). El caso es que, en un país tras otro, independientemente de su situación social o su orientación política, la delincuencia empezó a dispararse al cabo de un par de décadas de que se introdujera en ellos la gasolina con plomo; en otras palabras, cuando los primeros niños que se vieron expuestos a ella se hicieron adolescentes y veinteañeros. Y la misma correlación se observa en sentido contrario: las últimas décadas han conocido una disminución constante de los delitos con violencia en gran parte del mundo, también al margen de las políticas sociales que aplicara cada país. Pero la caída de la criminalidad parece, en efecto, producirse aproximadamente dos décadas después de que en cada zona se prohibiera el uso del plomo en la gasolina, y tiene lugar antes en los lugares en que se prohibió antes, y más rápido en aquellos en que la prohibición se aplicó de forma abrupta que en los que optaron por una reducción progresiva.

Insistiré en que correlación no implica causalidad, y todo esto sigue sin ser más que especulaciones fundadas. Dadas las objeciones éticas que plantearía probar a inyectar plomo a un montón de niños y esperar a ver cuántos crímenes cometían al cabo de veinte años, puede que nunca se llegue a demostrar ni a refutar la hipótesis. Pero si sumamos los posiblemente millones de muertos, y el hecho de que hemos contaminado hasta el último rincón del planeta, y la certeza de que múltiples generaciones de niños tuvieron plomo en la sangre que afectó a su inteligencia (que son, por cierto, *las generaciones que han gobernado el mundo durante los últimos cuarenta años*), la posibilidad de que hayamos

provocado una ola mundial de crímenes que duró décadas y que modificó profundamente nuestra visión de la sociedad solo porque Thomas Midgley quiso rascar tres centavos más de beneficio por galón resulta, en fin, una broma muy larga y muy siniestra.

Midgley, por su parte, no se quedó parado después de inventar la gasolina con plomo. Su infatigable inquietud le llevó a pasarse a otras áreas de investigación..., y aún le quedaba un segundo error catastrófico por cometer.

A diferencia de la búsqueda de un combustible mejor, que le llevó años, esta otra idea se le ocurrió enseguida. De hecho, según la leyenda corporativa, Midgley tardó tres días en dar con la solución desde que le plantearon el problema. Y a diferencia de lo ocurrido con el plomo, este sí fue un caso de consecuencias indeseadas: no se ignoraron señales de alarma ni se ocultaron riesgos. Lo que ocurrió fue simplemente el resultado de suponer, en ausencia de pruebas, que todo saldría bien.

Esta vez, el problema al que se enfrentaba Midgley era el de enfriar cosas. Corría 1928, reciente aún el inicio de la era de la refrigeración mecánica (antes de eso, la industria de la extracción de hielo era un gran negocio, que cortaba enormes cantidades en las regiones frías del mundo y las fletaba a las más cálidas para que la gente de allí pudiera conservar cosas en frío). El problema era que todas las sustancias utilizadas por entonces para refrigerar eran, para empezar, caras, y, además, tremendamente peligrosas. Solían ser muy inflamables, o acabar envenenando a mucha gente si se filtraban; al año siguiente de que Midgley empezara a estudiar la cuestión de la refrigeración, un filtrado de cloruro de metilo en la unidad de refrigeración de un hospital de Cleveland causó la muerte de más de cien personas.

Como es natural, eso obstaculizaba bastante la adopción generalizada de la tecnología de refrigeración.

El objetivo era sencillo: hallar una sustancia barata, no inflamable ni tóxica, que cumpliera la misma función que los refrigerantes existentes hasta el momento. General Motors acababa de adquirir una empresa de refrigeración, que llamaron Frigidaire, y sabían que si conseguían resolver el problema se harían de oro.

Esta vez, Midgley hizo un planteamiento menos aleatorio (después de todo, ya tenía más de diez años de experiencia con la química). Tras estudiar las propiedades químicas de los refrigerantes conocidos, identificó rápidamente el flúor como un candidato con posibilidades, idealmente en combinación con el

carbono para neutralizar sus efectos tóxicos. Y prácticamente dio en el clavo a la primera, ya que una de las sustancias que creó su equipo en un principio para hacer pruebas fue el diclorodifluorometano. Hoy en día, es más conocido por el nombre registrado que le dieron: freón.

Midgley demostró que reunía condiciones seguras en una reunión de la Sociedad Química de América, que acogió con entusiasmo su teatral puesta en escena: inhaló tanto gas como le cabía en los pulmones y lo expulsó apagando de un soplo una vela. No era tóxico, no era inflamable y era un magnífico refrigerante. Perfecto. De hecho, no solo había descubierto un nuevo compuesto, sino una categoría entera de ellos, todos con propiedades similares. Serían conocidos como clorofluorocarbonos, o, por usar las siglas por las que se acostumbra a nombrarlos, los CFC.

Por desgracia, a comienzos de la década de 1930 nadie tenía mucha idea de qué era la *capa de ozono*, ni de lo importante que es ese fino estrato de moléculas de oxígeno de la estratosfera para proteger la superficie de la Tierra de los nocivos rayos ultravioletas del sol. Ni sabían, ciertamente, que los CFC, perfectamente inocuos a nivel del mar, se volverían mucho más peligrosos al llegar a los niveles superiores de la atmósfera, donde la propia radiación ultravioleta los descompondría en sus elementos constitutivos; y uno de estos, el cloro, destruiría el ozono, privando al planeta de su escudo protector.

Para ser justos, digamos que tampoco previeron que el uso de los CFC acabaría extendiéndose mucho más allá de la refrigeración. No se tardó en descubrir que aquellos compuestos nuevos, fascinantes y muy seguros tenían muchas otras aplicaciones; la más destacada, como propelente en aerosoles. En una ironía histórica con su toque de humor negro, durante y después de la Segunda Guerra Mundial, los CFC se utilizaron de forma masiva para rociar las plantaciones con insecticidas, incluido otro ejemplo clásico de cagada química a gran escala, esa pesadilla causante de malformaciones congénitas que fue el DDT.

Tras la guerra, los aerosoles despegaron de veras, con aplicaciones que abarcaban desde los espráis pintura a los desodorantes. Y despegaron también en un sentido más literal: las inmensas cantidades que empezamos a liberar fueron ascendiendo hasta la estratosfera, donde se dedicaron a dismantelar la capa de ozono.

La buena noticia es que esta vez la humanidad reparó en el problema antes de que empezara a provocar muertes a gran escala. ¡Hurra, 1-0 para el ser

humano! En la década de 1970 (coincidiendo con los primeros pasos hacia el abandono progresivo de la gasolina con plomo), se descubrió también el agujero que iba creciendo en la capa de ozono, así como su vinculación a los CFC. Con eso llegó la advertencia: si el ozono seguía desapareciendo a ese ritmo, la población se vería cada vez más expuesta a la dañina radiación ultravioleta, y los casos de cáncer y de ceguera se multiplicarían en cuestión de décadas.

Y así, entre las décadas de 1970 y 1990, el mundo se aplicó a la tarea de dismantelar el legado de Thomas Midgley, con la prohibición o la supresión progresiva de sus dos principales inventos en la mayoría de los países del mundo. Seguimos empantanados con una barbaridad de plomo ambiental (no se descompone ni desaparece sin más, y limpiarlo es una pesadilla). Pero es un consuelo que, al menos en casi todas partes, los niños ya no lo respiran tanto, y la cantidad de plomo en sangre de muchos críos está ya por debajo de niveles tóxicos. Bravo. La capa de ozono, entre tanto, se va reconstituyendo sola ahora que la prohibición de los CFC se ha generalizado: si todo va bien, volverá a los niveles de antes de Midgley hacia..., esto..., 2050, más o menos. ¡A por ellos!

La reputación de Midgley, a todo esto, ha quedado fijada: fue una «catástrofe ecológica unipersonal», como la describió *New Scientist*; un hombre que, en palabras del historiador J. R. McNeill (en su libro *Algo nuevo bajo el sol*)* «tuvo un impacto en la atmósfera mayor que cualquier otro organismo individual en la historia del planeta».

Es igual de cierto, no obstante, que dio forma al mundo moderno, muchas veces de maneras inesperadas. El combustible antigolpeteo convirtió los coches en el medio de transporte hegemónico en gran parte del mundo, e hizo que pasaran de simple herramienta a objeto indicador de estatus elevado que se convirtió en símbolo de identidad personal e individualismo. Los CFC no solo alumbraron el nacimiento de la nevera que tenemos en casa, también impulsaron el aire acondicionado, sin el cual la vida en muchas grandes capitales no sería la misma que es hoy. Sus dos inventos hasta se combinaron: unos vehículos más potentes con aire acondicionado incorporado hicieron de los viajes de larga distancia en coche una opción realista e incluso gozosa. Vastas franjas del Oeste y del Medio Este de Estados Unidos, por poner solo dos ejemplos, serían probablemente lugares muy distintos sin las creaciones de Thomas Midgley.

También tuvieron su repercusión en la cultura en general; por ejemplo, en Estados Unidos, las salas de cine fueron pioneras en la adopción del aire acondicionado, contribuyendo a potenciar la popularidad del medio como

actividad de ocio durante la Gran Depresión, sentando las bases del impacto cultural de la edad de oro del cine y convirtiéndolo en la forma de entretenimiento definitorio del siglo xx. En definitiva, lo que estamos diciendo es que Thomas Midgley inventó Los Ángeles: una ciudad que funciona gracias a los coches y al aire acondicionado y acoge a la industria cinematográfica.

Así que la próxima vez que el lector se siente en una sala a ver una estúpida película de Hollywood sobre un poli que hace frente a una ola de crímenes sin someterse a las reglas, que recuerde que debe su experiencia al hecho de que Thomas Midgley dio por hecho que los químicos que inventó serían inocuos, y le reportarían tres centavos más por galón de gasolina.

SEIS CIENTÍFICOS A LOS QUE MATÓ SU PROPIA CIENCIA

1. Jesse William Lazear

El médico estadounidense Jesse William Lazear demostró sin ningún género de dudas que la fiebre amarilla se transmitía a través de los mosquitos..., permitiendo que le picara un insecto portador del virus. Murió, demostrando que su teoría era cierta.

2. Franz Reichelt

Sastre franco-austriaco que en 1912 intentó, muy confiado, probar su nuevo y sofisticado traje-paracaídas saltando de la Torre Eiffel con él puesto (se suponía que lo iba a hacer con un maniquí). Se precipitó a su muerte.

3. Daniel Alcides Carrión García

Carrión, un estudiante de Medicina peruano, estaba decidido a investigar la enfermedad de Carrión. Claro, que entonces no se llamaba enfermedad de Carrión. Se le dio ese nombre después de que Daniel Alcides se inoculara sangre extraída de las verrugas de una víctima y muriera.

4. Edwin Katskee

En 1936, este médico quiso saber por qué la cocaína —que por aquel entonces se utilizaba como anestésico— tenía efectos secundarios negativos. Se inyectó una dosis de caballo, se pasó la noche garabateando notas en las paredes de su despacho con letra cada vez más ilegible y se murió.

5. Carl Wilhelm Scheele

Scheele fue un químico sueco genial que descubrió muchos elementos (incluidos el oxígeno, el bario y el cloro), pero tenía la costumbre de probar a qué sabía cada uno de sus descubrimientos. Murió en 1786 por exposición a sustancias entre las que se identificaron plomo, ácido fluorhídrico y arsénico.

6. Clement Vallandigham

Abogado que fue pionero de una forma temprana de ciencia forense. Cuando defendía a un acusado de asesinato, demostró que la presunta víctima podía haberse disparado él mismo accidentalmente... disparándose él mismo accidentalmente. Murió, pero su cliente fue declarado no culpable.

Breve historia de no verlas venir

El mundo moderno es —seamos sinceros— un lugar confuso. Vivimos una época en la que los cambios tecnológicos y sociales se suceden a velocidad vertiginosa. Pueden producirse vuelcos drásticos en la forma en que vivimos en el intervalo de una generación, o de una década, o a veces en menos de un año. Todo parece renovarse constantemente: y sin embargo, al mismo tiempo, es difícil sustraerse a la sensación de que no hacemos sino repetir los errores de nuestro pasado con una frecuencia cada vez mayor. Una y otra vez, fracasamos a la hora de verlas venir.

Como decíamos ya en el capítulo 1, nuestra habilidad para predecir con acierto el futuro y planificarlo nunca ha sido mucha, pero el ritmo acelerado del cambio a lo largo de los últimos siglos tampoco nos ha ayudado precisamente. Rodeados como estamos constantemente por cosas deslumbrantes e inesperadas, la heurística con la que acostumbramos a juzgar las cosas se queda desfasada. Si nos vemos bombardeados cada vez por más información, no es de extrañar que acabe siendo demasiada para procesarla y volvamos a caer en el error de quedarnos con aquella que confirme nuestros prejuicios. ¿Cómo vamos a saber si estamos siendo víctimas del efecto Dunning-Kruger, si estamos perpetuamente obligados a aprender a hacer cosas nuevas?

Así, vivimos en una sucesión infinita de primeras veces, la mayor parte de las cuales o bien no las vimos venir o ignoramos a quienes sí las vieron. Y, por desgracia, no todas esas primeras veces son buenas. No hay más que preguntarle a Mary Ward.

Mary Ward fue una pionera en muchos sentidos. Nació en 1827 en el seno de una familia aristocrática del condado irlandés de Offaly, pero no de una familia cualquiera: desde muy joven, estuvo rodeada de científicos, tanto entre sus parientes como entre las visitas que recibían. Tuvo la suerte de que no solo

fomentaran su interés por la ciencia: también estaban en condiciones de financiarlo. De niña, viendo su interés por el mundo natural, sus padres le compraron un microscopio, el mejor que podía conseguirse en el país por aquel entonces. El regalo fue una fuente de inspiración para ella, porque resultó que tenía una rara habilidad para dibujar los especímenes que observaba en el microscopio (siendo adolescente, también hizo bocetos de la construcción del *Leviatán* de Parsonstown, un enorme telescopio reflector de setenta y dos pulgadas que erigió su primo y expresidente de la Real Sociedad de Londres para el Avance de la Ciencia Natural, William Parsons, que conservaría el récord de ser el más grande del mundo hasta 1917).

Según iba creciendo, Mary fue carteándose con muchos científicos, y su talento para el dibujo le granjeó encargos para ilustrar varios de sus libros. Más adelante, en 1857, decepcionada por la calidad de los libros de microscopia disponibles, decidió imprimir uno con sus propios dibujos. Temiendo (no sin fundamento) que ningún editor estuviera interesado en publicarlo debido a su condición de mujer, ella misma hizo imprimir doscientos cincuenta ejemplares. Se agotaron y el libro llamó la atención de un editor, que pensó que la belleza de las ilustraciones y la calidad de su escritura hacían que, en este caso, tal vez pudiera pasarse por alto la cuestión de su sexo. Publicado con el título *The World of Wonders As Revealed by the Microscope* [*El mundo de las maravillas según lo revelado por el microscopio*], fue todo un éxito editorial: se reimprimió ocho veces durante la siguiente década, convirtiéndose en una de las primeras obras de lo que hoy llamaríamos *divulgación científica*.



Anteportada del libro de Mary Ward *A World of Wonders As Revealed by the Microscope*, 1859.

Su carrera de divulgadora no acabó ahí: escribió dos libros más (incluido uno sobre el telescopio que hacía pareja con el del microscopio) que se exhibieron en la exposición del Palacio de Cristal de 1862; ilustró muchas otras obras académicas para científicos eminentes; publicó artículos en varias revistas, entre ellos un estudio sobre el sapo corredor que fue bien acogido; y llegó a ser una de las tres únicas mujeres a las que se permitió figurar en la lista de correo de la Real Sociedad Astronómica (de las otras dos, una era la reina Victoria). Nunca obtuvo un título universitario, porque a las mujeres no les estaba permitido.

Solo que... Todo esto no es más que un preámbulo, porque si bien Mary Ward fue una mujer de gran talento con una vida memorable, no es por eso por lo que la recordamos hoy. Tal vez debiera serlo. Pero no lo es, debido a lo que pasó en Parsonstown el 31 de agosto de 1869. Ese día, cuando contaba cuarenta y dos años, ella y su marido, el capitán Henry Ward, paseaban en un coche de

vapor. Era un vehículo de fabricación casera —naturalmente, para algo estaba siempre rodeada de científicos— que habían construido los hijos de su primo William Parsons.

Conducir un vehículo como aquel era una experiencia novedosa en esa época; una señal prematura de un tiempo venidero. El automóvil a vapor se había inventado en Francia hacía ya un siglo, pero aún habían de pasar años hasta que apareciera algo que hoy nos pudiera parecer un coche. Los vehículos existentes —mamotretos poco agraciados que levantaban la sospecha generalizada de que dañaban las carreteras— habían causado sensación lo bastante para que el Parlamento aprobara una ley que regulaba su uso unos años antes, en 1865, pero seguían siendo novedades raras y experimentales. Entre los miles de millones de seres humanos que han habitado este planeta, Mary Ward se contaba entre la primera fracción de fracción de fracción del 1% que daba un paseo en coche.

Cuentan las crónicas que el vehículo, avanzando aparatosamente por el bulevar de Parsonstown a una velocidad de 3,80 kilómetros por hora, hizo una curva cerrada para girar por la esquina de Cumberland Street, junto a la iglesia. Puede que fuera pura mala suerte. Puede que el firme fuera irregular, al no estar pensado para otra cosa que caballos y carros. Puede que no tuvieran presente el concepto de *curva cerrada*, ya que los coches y los caballos se manejan de forma muy distinta y no conllevan los mismos riesgos. Puede que Mary estuviera simplemente emocionada con la experiencia, entusiasmada con las posibilidades del futuro, y que sacara demasiado el cuerpo por la ventanilla para ver pasar la carretera por debajo.

Fuera cual fuera la razón, al doblar la esquina el vehículo, uno de sus laterales se levantó ligeramente y Mary salió despedida del coche y cayó bajo las ruedas. Se partió el cuello y murió casi en el acto.

Mary Ward fue la primera persona fallecida en un accidente de automóvil en la historia mundial.

Fue pionera en muchas cosas, pero no siempre nos es dado elegir de qué somos pioneros. Actualmente, se estima que 1,3 millones de personas mueren en accidentes de tráfico cada año. El futuro sigue llegando inconvenientemente más rápido de lo que esperábamos, y nos sigue costando predecirlo.

En 1825, por ejemplo, la publicación trimestral *Quarterly Review* predecía que los trenes no tenían futuro. «¿Qué puede ser más palmariamente absurdo que la perspectiva que se nos ofrece de locomotoras que viajen el doble de rápido

que las diligencias?», preguntaba.

Pocos años después, en 1830, William Huskisson, un británico miembro de la Casa de los Comunes y ex alto cargo del Gobierno, asistía a la inauguración del ferrocarril Liverpool-Mánchester. Viajaba de Liverpool a Manchester en un tren en compañía del duque de Wellington y de otros muchos dignatarios. En una parada a mitad de camino para echar agua a la locomotora, se dio instrucciones a los pasajeros de no abandonar los vagones, pero no hicieron caso. Huskisson decidió que debía ir a estrechar la mano del duque de Wellington, ya que habían tenido un desencuentro, que es por lo que se encontraba al otro lado del tren cuando otra locomotora, la famosa *Rocket* (cohete) de George Stephenson, se aproximaba a toda velocidad en dirección contraria. Se advirtió a los pasajeros que se mantuvieran lejos del tren que se aproximaba, pero Huskisson, a quien la situación le venía de nuevas, tuvo un ataque de pánico y se mostró indeciso sobre hacia dónde moverse. Al final, en vez de reunirse sin más con los demás pasajeros al otro lado de la vía, trató de subirse al vagón de Wellington, pero entonces la puerta a la que se aferraba desesperadamente se abrió de par en par, dejándole a él justo en el camino de la *Rocket*. Y así es como William Huskisson se convirtió en el primer hombre de la historia en morir arrollado por un tren.

En 1871, Alfred Nobel dijo, a propósito de su invención de la dinamita: «Tal vez mis fábricas pongan fin a las guerras antes que sus congresos: el día que dos ejércitos puedan aniquilarse mutuamente en un instante, todas las naciones civilizadas reaccionarán con horror y disolverán sus tropas».

En 1873 se hundieron los mercados bursátiles de todo el mundo cuando estalló por fin una burbuja especulativa. La depresión económica mundial duraría años.

En 1877, unos años más tarde de la declaración de Nobel, Richard Gatling, inventor de la ametralladora que lleva su nombre, escribía a un amigo que confiaba en que su invento abriría paso a una nueva era en que la guerra sería más humanitaria. Le contaba cómo había sentido el impulso de inventarla después de «presenciar casi a diario la partida de tropas al frente y el regreso de los heridos, enfermos y muertos». Y seguía diciendo: «Se me ocurrió que si podía inventar una máquina —un arma de fuego— que disparara a tal velocidad que permitiera a un solo hombre rendir en combate tanto como cien, eso, en gran medida, supliría la necesidad de contar con grandes ejércitos, y, en consecuencia, se reduciría enormemente la exposición al combate y a las enfermedades».

También en 1877, Carl Orton, presidente de la Western Union, declinó la

oferta de Alexander Graham Bell de venderles los derechos del teléfono con estas palabras: «¿Para qué querría esta compañía un juguete eléctrico?».

En 1888, a un grupo de misioneros metodistas de Chicago necesitado de dinero se le ocurrió la idea de lo que describieron como «una caja de limosnas peripatética»: enviaron mil quinientas copias de una carta rogando a los destinatarios que les enviaran una moneda de diez centavos y remitieran copias de la carta a tres amigos, haciéndoles la misma petición. Reunieron más de seis mil dólares, aunque mucha gente se enfadó tras recibir la carta múltiples veces. Acababan de nacer las cadenas de mensajes.

En 1897, el eminente científico británico lord Kelvin predijo: «La radio no tiene futuro». También ese año, *The New York Times* celebraba la invención por Hiram Maxim de la ametralladora totalmente automática, por ser tan temible que evitaría que se produjeran más guerras; calificaba el invento de Maxim de «terror generador y mantenedor de la paz» que «por sus devastadores efectos ha hecho que naciones y gobernantes tengan más en cuenta las consecuencias de la guerra antes de embarcarse en proyectos de conquista».

En 1902, el eminente científico británico lord Kelvin predijo en una entrevista que los vuelos transatlánticos eran de todo punto imposibles, y que «nunca habrá un globo o aeroplano que funcione en la práctica». Los hermanos Wright efectuaban su primer vuelo dieciocho meses después. En una carta de 1917, Orville Wright lo recordaba así: «Cuando mi hermano y yo construimos el primer ingenio volador capaz de transportar personas, creíamos que estábamos introduciendo en el mundo un invento que haría prácticamente imposible en lo sucesivo que hubiera más guerras. Que no éramos los únicos en pensarlo lo pone de manifiesto el hecho de que la Sociedad de la Paz francesa nos otorgó medallas premiando nuestra invención».

En 1908, el teniente Thomas Selfridge iba de pasajero en un vuelo de demostración pilotado por Orville Wright. En su quinta vuelta en círculo alrededor de Fort Myer, en Virginia, al avión se le partió la hélice y se estrelló, matando a Selfridge (Wright sobrevivió). Se convirtió así en la primera persona de la historia que moría en accidente de aviación.

En 1912, Guglielmo Marconi, el inventor de la radio, hizo esta predicción: «El advenimiento de la era de las comunicaciones sin cables hará imposible la guerra, porque la hará ridícula». En 1914, el mundo fue a la guerra.

El 16 de octubre de 1929, el prestigioso economista de Yale Irving Fisher pronosticó que los valores bursátiles habían alcanzado «lo que parece ser una

meseta permanente de precios altos». Al cabo de ocho días, las bolsas de todo el mundo se desplomaron, al estallar finalmente una burbuja especulativa alimentada por la facilidad para comprar deuda. La depresión económica mundial duraría años; en la estela de la crisis financiera, los votantes de muchas democracias se inclinaron en número creciente por políticos populistas autoritarios.

En 1932, Albert Einstein predijo que «no existe el menor indicio de que algún día vaya a poder obtenerse [energía nuclear]».

En 1938, el primer ministro británico Neville Chamberlain volvió a casa con un pacto que acababa de firmar con Adolf Hitler y predijo: «Estoy convencido de que nos trae un tiempo de paz»; y aún añadió: «Vuelvan a casa y duerman tranquilos». En 1939, el mundo fue a la guerra.



Neville Chamberlain muestra el Acuerdo de Múnich con su firma y la de Hitler en septiembre de 1938.
Alamy (Granger Historical Picture Archive)

En 1945, Robert Oppenheimer, el hombre que dirigía los esfuerzos por producir la bomba atómica en Los Álamos, escribió: «Si este arma no convence a los hombres de la necesidad de poner fin a la guerra, nada que salga de un laboratorio lo conseguirá jamás». Contrariando sus esperanzas (y las de Nobel, Gatling, Maxim y Wright), seguimos teniendo guerras, aunque al menos aún no hemos vivido una guerra nuclear de verdad (afirmación cierta en el momento de escribir esto), por lo que quizá se pueda conceder la razón a Oppenheimer en este punto.



Explosión nuclear en Nevada, 1951. Alamy (IanDagnall Computing/ACI)

En 1966, el ilustre diseñador Richard Buckminster Fuller predijo que para el año 2000, «en medio de la abundancia general, la política se desvanecerá sin más».

En 1971, los cosmonautas rusos Georgi Dobrovolski, Viktor Patsayev y Vladislav Volkov se convirtieron en las primeras personas en morir en el espacio, después de que su módulo *Soyuz* sufriera un fallo de descompresión a su regreso de una estación espacial.

En 1977, Ken Olsen, presidente de la Digital Equipment Corporation, predijo que el negocio de los ordenadores siempre sería minoritario, con estas palabras: «No hay ninguna razón para que un individuo cualquiera tenga un ordenador en casa». En 1978, Gary Thuerk, un director de *marketing* de la misma empresa, envió un correo electrónico no solicitado publicitando sus productos a unos cuatrocientos destinatarios a través de Arpanet, una de las primeras manifestaciones de internet. Acababa de enviar el primer correo electrónico de *spam* del mundo (y, según él, funcionó: la DEC vendió máquinas por valor de un millón de dólares a raíz de su campaña de correos electrónicos).

En 1979, Robert Williams, operario de una planta de Ford en Míchigan, se convirtió en la primera persona de la historia a la que mató un robot.

En diciembre de 2007, el comentarista financiero Larry Kudlow escribía en *National Review*: «No se avecina ninguna recesión. Los pesimistas se equivocaban. No va a ocurrir. [...] El *boom* Bush sigue vivo y bien de salud. Está a punto de culminar su sexto año consecutivo y no va a quedarse ahí. Sí, sigue siendo la historia más grande jamás contada». En diciembre de 2007, la economía estadounidense entraba en recesión (al tiempo de escribir estas líneas, Larry Kudlow presta sus servicios como director del Consejo Económico Nacional de Estados Unidos). En 2008, los mercados bursátiles de todo el mundo se hundieron al estallar una burbuja especulativa alimentada por la facilidad para adquirir deuda pública. La recesión económica mundial duró años; en la estela de la crisis financiera, los votantes de muchas democracias se inclinaron en número creciente por políticos populistas autoritarios.

En agosto de 2016 murió un niño de doce años, y al menos otras veinte personas de un grupo nómada de pastores de renos debieron ser hospitalizadas a raíz de un brote de ántrax en la península siberiana de Yamal. No se había detectado presencia de ántrax en la región desde hacía setenta y cinco años; el brote se produjo durante una ola de calor veraniega en que las temperaturas subieron veinticinco grados por encima de lo normal. Esto fundió el grueso manto de permafrost que cubre Siberia, destapando y desheliando capas de hielo que se habían formado décadas antes... y que contenían los cadáveres congelados de renos que habían muerto durante el anterior brote de ántrax, acaecido en 1941.

El hielo puede preservar los patógenos —vivos, pero en estasis— durante décadas, siglos y tal vez más tiempo. La enfermedad yacía latente a temperaturas bajo cero desde la época en que el invierno ruso quebraba al ejército de Hitler, a la espera del momento en que se fundiera su jaula helada. Esto ocurrió por fin en 2016 (en su día, el año más cálido a escala mundial desde que se lleva un registro), y un mundo en calentamiento volvió a liberar la bacteria, que infectó a dos mil renos antes de extenderse al ser humano.

Resulta tentador decir que nadie pudo haber previsto una catástrofe tan barroca, pero lo cierto es que, cinco años antes, dos científicos habían predicho que a medida que se agravara el cambio climático iba a ocurrir precisamente eso: que el permafrost se desharía poco a poco y en su retroceso liberaría de nuevo al mundo enfermedades históricas que llevaban mucho tiempo ausentes. Este

proceso no va a hacer sino continuar mientras sigan subiendo las temperaturas, con el curioso efecto de rebobinar la historia —hasta antes del duro trabajo de Thomas Midgley en su laboratorio, y de que Eugene Schieffelin abriera jaulas en un parque, y de que William Paterson soñara con un imperio— mientras a nuestro alrededor se despliegan los efectos acumulados de la Revolución Industrial. No sabemos a cuánta gente matará el cambio climático a lo largo de los próximos cien años, no sabemos en qué manera transformará nuestra sociedad, pero lo que sí sabemos es que al menos una de sus víctimas murió como consecuencia imprevista de que como especie decidiéramos invocar el regreso desde la tumba de un ántrax zombi. Es probable que no sea el último.

El 7 de mayo de 2016, poco menos de siglo y medio después de que Mary Ward saliera a dar una vuelta en coche una fatídica mañana de verano, un hombre llamado Joshua Brown iba en su Tesla Model S por una carretera cerca de Williston, en Florida, en modo de conducción automática. Una investigación posterior concluiría que en los treinta y siete minutos que duró su viaje tan solo tuvo las manos en el volante durante veinticinco segundos; confiaba en que el *software* del coche controlara el vehículo el resto del tiempo. Cuando un camión se incorporó a la carretera, ni Brown ni el *software* lo advirtieron, y el coche se estampó contra el camión.

Joshua Brown se convirtió en la primera persona en morir en accidente de coche autónomo.

Bienvenidos al futuro.

Jodiendo el futuro

En abril de 2018 se anunciaba en Australia un acuerdo para reabrir una central eléctrica de carbón que se había cerrado un tiempo antes. Era algo insólito por razones obvias (en un momento en que el mundo intenta dejar atrás gradualmente los combustibles fósiles causantes del cambio climático), pero más insólito aún por la motivación básica de la reapertura. Era suministrar energía barata a una compañía de minería de criptomoneda.

El bitcóin es la más conocida de las criptomonedas, pero forman todo un ecosistema en expansión, ya que las empresas no dejan de lanzar más a un ritmo aparentemente exponencial, con la esperanza de sacar tajada en la loca refriega por el dinero digital. Estas monedas no son objeto de *minería* en el sentido en que lo es, por ejemplo, el oro. No son más que trocitos de código digital, basadas en su mayoría en algo llamado tecnología *blockchain* («cadena de bloques» o «cadena articulada»), en que cada moneda virtual no es solo un objeto con un valor simbólico, sino también un registro contable de su propio historial de transacciones. La potencia computacional necesaria para crearlas, para empezar, y para procesar su cada vez más complejo registro de transacciones es considerable, y, como tal, chupa electricidad a un ritmo escalofriante, tanto para gestionar los centros de datos, cada vez más grandes, consagrados a la criptominería, como para enfriarlos cuando se calientan en exceso.

Las criptomonedas carecen de valor intrínseco y están diseñadas de forma que no puede haber ningún tipo de autoridad central que regule y controle su flujo. El único factor limitador es el coste de la computación necesaria para crearlas y cambiarlas. Pero la convicción, extendida entre cierta gente, de que son la moneda del futuro ha hecho que se dispare el valor de muchas de ellas, ya que todo el mundo está de acuerdo en que valen algo... o, al menos, en que enseguida aparecerá otro iluso que crea que valen más de lo que uno cree que valen, hasta que un buen día dejan de aparecer ilusos. Así que su valor se ha

vuelto extremadamente volátil, puesto que depende absolutamente del ambiente del mercado. Es una clásica manía financiera, burbujas que se forman y estallan y vuelta a empezar, mientras todo el mundo intenta no ser el que se queda colgado con un paquete que de pronto no vale nada cuando cesa la música.

Pero, como la mayoría de las manías, tiene efectos en el mundo real. No es solo que Australia reabra una central eléctrica: en el oeste rural de Estados Unidos, ciento setenta años después de que la fiebre del oro atrajera allí a riadas de gente, ha surgido una nueva fiebre del oro. Al reclamo de una electricidad barata, unos alquileres bajos y mucho terreno edificable, las empresas de criptomonedas están invirtiendo cientos de millones en la creación de enormes criptominas electrointensivas en pequeñas localidades repartidas por Washington, Montana, Nevada y otros estados. Los residentes de una de esas ciudades a las que se han mudado los buscadores de oro del siglo XXI se quejan de que el zumbido permanente de los servidores no les deja dormir, perjudica su salud y ahuyenta a la fauna salvaje local.

Según una estimación, a finales de 2018 la minería de bitcoins consumirá por sí sola tanta energía como toda Austria.

Este libro se ha ocupado de los fracasos y errores que cometimos en el pasado. Pero ¿qué hay de los errores que estamos cometiendo ahora y de los que cometeremos en años venideros? ¿Qué forma podrían adoptar las grandes pifias del futuro?

Hacer predicciones, como ya hemos señalado, es una forma segura de quedar como un estúpido a ojos de los historiadores de mañana. Quizá las próximas décadas y siglos vean a la humanidad cometer toda una nueva serie de errores cien por cien originales y novedosos; quizá demos con una forma de dejar de cometerlos de una vez. Pero si hay que jugarse los cuartos, una apuesta sensata sería que probablemente sigamos cometiendo exactamente los mismos errores del pasado.

Empecemos, pues, por lo más evidente.

De todo lo que hemos ido volcando en el medioambiente como quien no quiere la cosa, con el argumento de que, eh..., «no creo que pase nada», lo que de verdad va a arruinarle la fiesta a todo el mundo es el carbono que venimos quemando alegremente desde la Revolución Industrial.

A estas alturas, que el cambio climático causado por el hombre es una realidad, y, en potencia, una amenaza existencial para muchas comunidades del mundo y muchos aspectos de la civilización, ha quedado tan establecido en

cuanto hecho científico que parece un tanto ocioso volver a repasar las pruebas. Hemos sobrepasado de largo el punto en que todo el asunto podría acabar en una situación como la de la poliagua o los rayos N, que de aquí a unos años vaya a sacar los colores a todo el mundo. Y, sin embargo, al parecer, aún hay tanta gente con motivos suficientes para negarlo —financieros, políticos o el puro gusto de llevar la contraria— como para seguir arrastrándonos a todos de vuelta a la fase del debate sobre si es o no real cada vez que parece que podemos avanzar un poco hacia la fase de «vamos a hacer algo en serio al respecto». Viene a ser la misma estrategia que en su día siguieron los fabricantes de gasolina con plomo: no hace falta refutar nada, basta con poder alegar que el jurado se lo está pensando demasiado y seguir cosechando esos beneficios tan apetecibles.

O sea, que estamos haciendo una versión colectiva del «na-nana-na-na, no te oigo» cuando más bien deberíamos andar corriendo de aquí para allá presas del pánico como si se nos estuviera quemando la casa..., lo que viene a ser el caso. Desde el año 2000, hemos vivido diecisiete de los dieciocho años más cálidos jamás registrados. En abril de 2018, el nivel de dióxido de carbono en la atmósfera superó, por primera vez en nuestra era geológica, el umbral de las cuatrocientas diez partes por millón. La última vez que estuvo tan alto fue en el periodo cálido de mediados del Pleistoceno, hace unos 3.200.000 años: justo en torno a la época en que Lucy se cayó del árbol. Y, por si alguien está pensando «bueno, si ya estuvo así una vez no será para tanto», en aquella época el nivel del mar estaba unos dieciocho metros por encima del actual.

Ah, y el cambio climático no es lo único que está provocando el dióxido de carbono. De hecho, una de las cosas que modera la cantidad de CO₂ atmosférico es que una parte la absorben los océanos. Buenas noticias, ¿eh? Pues resulta que no. El agua marina es, al igual que tu novio, más bien básica; en otras palabras, tiende a ser más alcalina que ácida. Pero la absorción de tanto CO₂ la acidifica, y cuanto más ácido sea el mar, mayores serán las repercusiones en la fauna marina, desde los pequeños moluscos a los peces más grandes.

Ah, y se pone peor si ocurre en combinación con un calentamiento de los mares. Que se están calentando. Por poner un ejemplo de lo mal que están las cosas en las aguas, la Gran Barrera de Coral —una de las auténticas maravillas del mundo natural— se está muriendo a una velocidad preocupante: ya van dos años seguidos con sucesos de «blanqueado» masivo que matan el coral en amplias secciones del arrecife.

Amigos, creo que es posible que la hayamos cagado un poco con esto.

Claro, que esa dista mucho de ser la única condena que nos venimos ganando a pulso, enérgica y decididamente. Nos hemos dado opciones, colegas. Por ejemplo: en mayo de 2018, se informó de que los científicos habían detectado un incremento drástico de las emisiones de CFC. En algún rincón del mundo, seguramente en Asia, alguien empezó a fabricar de nuevo el invento, supuestamente prohibido, de Thomas Midgley. Eso podría hacer que la recuperación de la capa de ozono retrocediera una década. Buen trabajo en eso de aprender de nuestros errores, muchachos.

O consideremos la resistencia antimicrobiana. Los antibióticos y otros medicamentos antimicrobianos fueron uno de los grandes pasos adelante del siglo xx, que han salvado infinidad de vidas. Pero nos ha pasado lo que a los nativos de la isla de Pascua talando sus árboles: hemos abusado de ellos, en cantidad y en frecuencia. Ocurre que cada vez que usamos un antibiótico hacemos crecer la posibilidad de que alguno de esos microbios se haga resistente a él, y entonces no haremos más que cargarnos a su competencia. Es evolución acelerada, ya que con nuestros actos criamos nuevas cepas de supermicrobios resistentes a los antibióticos que podrían traer de vuelta todas esas enfermedades chungas de la historia (y sin necesidad siquiera de que se funda la tundra).

El resultado es que el mundo se está quedando muy rápido sin antibióticos eficaces; y una parte del problema es que los antibióticos no son tan rentables como para que las farmacéuticas inviertan recursos suficientes en la creación de otros nuevos. Una estimación sugiere que ya están muriendo setenta mil personas al año de enfermedades resistentes a los antimicrobianos.

También puede ser que nuestra caída acabe llegando por nuestro empeño en delegar la toma de decisiones en algoritmos informáticos, con la esperanza de que así tal vez las tomemos mejores y más sabias, y de que si salen mal tampoco sea culpa nuestra. Los algoritmos que controlan los coches de conducción autónoma son solo un ejemplo: en otros ámbitos, hay algoritmos decidiendo qué acciones comprar o vender, qué noticias veremos en nuestras redes sociales y qué probabilidad hay de que alguien condenado por un delito reincida. Nos gusta la idea de que esos algoritmos van a ser más racionales que el ser humano; en realidad, es igual de probable que amplifiquen todos los sesgos y supuestos erróneos que introducimos en ellos.

La inquietud por la delegación de nuestras decisiones en ordenadores no acaba ahí, en un momento en que la investigación de la inteligencia artificial

avanza aceleradamente. Ya hay un temor a que si conseguimos crear una inteligencia artificial que sea mucho más lista y capaz que el hombre, hagamos mal al pensar que va a estar de nuestra parte. Podría ser capaz de manipular para sus propios fines, podría considerarnos una amenaza y acabar con nosotros, o podría sencillamente no acertar a reconocer que los humanos son importantes, y terminaríamos siendo poco más que forraje para su objetivo de hacer tantos clips como sea posible (o cualquier otra tarea para la que la hayamos programado). La perspectiva de que creemos un monstruo de Frankenstein que nos relegue al olvido puede parecer lejana, pero es inquietante el gran número de personas supuestamente inteligentes que se la están tomando muy en serio.

O puede que nosotros mismos nos hagamos saltar por los aires en una guerra nuclear antes de que pase nada de eso.

O tal vez la pifia no sea tan dramática. A lo mejor nos condenamos discretamente a un futuro de mierda por nuestra propia pereza. Desde que nos liberamos de las torvas cadenas que nos atan al planeta y entramos en la era espacial, nuestra actitud hacia todos los trastos que ya no nos sirven de nada en el espacio ha sido básicamente la misma que hacia el resto de la basura que generamos: los tiramos en cualquier sitio, y punto. Al fin y al cabo, el espacio es vastísimo, así que, ¿qué más dará?

Ahí es donde aparece el síndrome de Kessler. Lo predijo el científico de la NASA Donald Kessler allá por 1978, lo que no nos ha impedido abandonar nuestros deshechos en el espacio. El problema es que cuando dejas las cosas en órbita tampoco se van a ningún sitio. No es como tirar una bolsa de patatas fritas por la ventanilla del coche y olvidarse de ella directamente: la basura espacial sigue orbitando a más o menos la misma velocidad y en la misma trayectoria que los artefactos desde los que la tiramos. Y a veces chocará con otros fragmentos de basura.

Lo malo de esto es que, debido a la velocidad a la que se mueven los objetos en órbita, esas colisiones se vuelven increíblemente destructivas. Una sola colisión con el más mínimo trozo de material puede resultar catastrófica y destruir satélites o estaciones espaciales. Lo que predijo Kessler es que con el tiempo el espacio acabará tan abarrotado que ese proceso alcanzará un punto crítico en que cada colisión provocará más y más colisiones, hasta que el planeta esté totalmente envuelto en una nube de misiles de basura chocando a

velocidades astronómicas. Resultado: los satélites quedan inutilizados y salir al espacio se convierte en un riesgo mortal. Podríamos vernos confinados en la Tierra sin remedio.

En cierto modo, parece que sería un final extrañamente poético para el viaje que Lucy no consiguió emprender hace tantos millones de años. Tanta exploración, tanto progreso, tantos sueños e ideas grandiosas para acabar así: atrapados en nuestro planeta dentro de una cárcel que hemos construido con nuestra propia basura.

Sea lo que sea lo que el futuro nos depara, con cualquier cambio pasmoso que traigan el próximo año, la próxima década y el próximo siglo, parece probable que sigamos haciendo básicamente las mismas cosas. Culparemos a otros de nuestras desgracias y construiremos elaborados mundos de fantasía para no tener que pensar en nuestros pecados. Confiaremos en líderes populistas cuando nos veamos apegugando con las consecuencias de crisis económicas. Nos pelearemos por el dinero. Sucumbiremos al pensamiento de grupo y a manías colectivas y a sesgos de confirmación. Nos convenceremos de que nuestros planes son excelentes diciéndonos que por qué iban a salir mal.

¿O, tal vez, puede que no? Tal vez este sea el momento en que cambiemos y empecemos a aprender de nuestra historia. Tal vez solo estoy siendo pesimista y, por más estúpido y deprimente que hoy pueda parecer el mundo, la humanidad esté en realidad haciéndose más sabia y más lúcida, y tengamos la suerte de vivir en los albores de una nueva era de no joderla. Tal vez sí que tengamos la capacidad de ser mejores.

Un día, quizá, nos subamos a un árbol y no nos caigamos.



Getty Images (© Nicholas Kamm/AFP)

AGRADECIMIENTOS

No podría haber escrito este libro sin la ayuda de mucha gente. Debo empezar por dar las gracias a mi agente, Antony Topping, sin el que, literalmente, jamás lo habría escrito siquiera. Trabajar con Alex Clarke, Kate Stephenson, Ella Gordon, Becky Hunter, Robert Chilver y todo el equipo de Headline fue una delicia, y siento mucho lo de los plazos de entrega. También quisiera dar las gracias a Will Moy y a la maravillosa gente de Full Fact, entre otras cosas, por la paciencia que han tenido.

Mi familia —mis padres, Don y Colette, y mi hermano Ben, que es el auténtico historiador— me ha brindado su apoyo a lo largo de todo el proceso. Hannah Jewell me ha aportado libros de historia divertidos que han sido fuente de inspiración, su perspicacia y una visión de los fantasmas que compartimos. Kate Arkless-Gray me prestó su sabio consejo, su comprensiva atención y también, y sobre todo, la fantástica oportunidad de cuidar de su casa durante un tiempo. Maha Atal y Chris Applegate me brindaron estimulantes discusiones y múltiples sugerencias; Nicky Reeves, otro tanto. Debo dar gracias asimismo a los historiadores de Twitter por poder confiar siempre en ellos y en su apoyo; en especial a Greg Jenner (a quien he parafraseado libremente en el Prólogo) y a Fern Riddell; animo a los lectores a comprar también sus libros. Y ahora voy a seguir añadiendo nombres para dar la impresión de que tengo un montón de amigos. Damian y Holly Kahya, James Ball, Rose Buchanan, Amna Saleem y muchos otros me han obsequiado con palabras sabias y cerveza. Encontrarme repetidamente con Kelly Oakes durante las últimas fases de la escritura fue justamente la motivación que necesitaba para seguir adelante. También me gustaría dar las gracias a Tom Chivers por la comida para la que nunca llegamos a quedar, con mis disculpas. El grupo CHVRCHES sacó un disco potentísimo mientras yo escribía este libro; los incluyo en esta sección solo por si algunos la ojean distraídamente buscando los nombres sin reparar en el contexto y eso les lleva a pensar que mi vida es mucho más glamurosa de lo que parece. Por idénticas razones, vaya igualmente mi agradecimiento a Beyoncé, a Cate Blanchett y al fantasma de David Bowie.

No hace falta ni mencionar que cualquier error de este libro es únicamente mío, y no recae sobre ninguno de ellos. Salvo en el fantasma de David Bowie.

OTRAS LECTURAS

Hay unos cuantos libros en los que debo subrayar que me he basado especialmente para determinadas secciones (algunos ya los he mencionado en el texto). Todos ellos merecen leerse si alguien quiere profundizar en algunos temas y sucesos que la extensión de esta obra solo me ha permitido tocar por encima.

Pensar rápido, pensar despacio, de Daniel Kahneman,^{*} se cita en el capítulo sobre peculiaridades cognitivas y fundamenta en gran medida la visión de cómo funciona nuestra cabeza. Por su parte, *A Colorful History of Popular Delusions*, de Robert. E. Bartholomew,^{**} es un texto muy recomendable sobre manías, histerias, modas y pánicos.

También se menciona en el texto *Colapso*, de Jared Diamond,^{***} que es la fuente principal de la sección sobre la isla de Pascua (además, su influencia es patente en el conjunto de esa sección).

Gran parte de la información sobre Hitler procede de la obra de Volker Ullrich *Hitler: Ascent 1889-1939*,^{****} (y los aficionados a los subtuits literarios y elegantes reconocerán asimismo la idea central de la espectacular crítica que de ese libro hizo Michiko Kakutani).

Otro que se cita un par de veces en el texto es *The Price of Scotland: Darien, Union and the Wealth of Nations*, de Douglas Watt,^{*} un agudo y meticuloso desmenuzamiento del desvarío de William Paterson.

Genghis Khan: The Man Who Conquered the World, de Frank McLynn,^{**} y *Genghis Khan y el inicio del nuevo mundo* tuvieron mucho peso en la sección sobre Corasmia.^{***}

También quiero hacer mención de un par de libros que transitaron por la misma senda antes que este: la obra de Bill Fawcett *100 Mistakes that Changed History: Backfires and Blunders That Collapsed Empires, Crashed Economies, and Altered the Course of Our World*^{****} y la de Karl Shaw *The Mammoth Book of Losers*;^{*****} ambas son lecturas sumamente amenas y me dieron a conocer varias cagadas fantásticas de las que previamente no tenía noticia.

NOTAS

* El primer encuentro se fijó en Singapur, en junio de 2018. *[Todas las notas del presente libro son N. del T.]*

* Vocablo alemán que sirve para designar la alegría o satisfacción que produce el sufrimiento o la humillación de otro u otros. En castellano, podría traducirse como *regodearse* (en su tercera acepción, «complacerse maliciosamente con un percance, apuro, etc., que le ocurre a otra persona») o *regodeo*.

* Barcelona, Debate, 2013.

* *Journal of Personality and Social Psychology*, 77(6), diciembre de 1999, págs. 1121-1134.

* «America's Sewage System and the Price of Optimism», *Time*, 1 de agosto de 1969.

* Barcelona, Crítica, 2016 [1962].

* Jared Diamond, *Colapso: por qué unas sociedades perduran y otras desaparecen*, Barcelona, Debolsillo, 2007.

* Alusión a la novela de ciencia ficción postapocalíptica *El día de los trífidos* (1951), del británico John Wyndham, y su secuela *La noche de los trífidos* (2001), de Simon Clark.

* En España, se observó por primera vez en 2004 en Sant Cugat del Vallés (Barcelona). Desde entonces, se ha extendido por todo el Levante, y recientemente ha iniciado su expansión hacia el interior de la península.

* En español en el original.

* En el original, «War. Huh. What Is It Good For?», guiño a una canción antibelicista de los setenta muy popular, y muy versionada posteriormente (por ejemplo, por Bruce Springsteen o por Frankie Goes to Hollywood).

* Alusión a *The Fog of War: Eleven Lessons from the Life of Robert S. McNamara* (Errol Morris, 2003), un oscarizado documental sobre el secretario de Guerra de los presidentes Kennedy y Johnson, Robert McNamara.

* Rob Reiner, 1984. Falso documental sobre una banda de *heavy metal* que atraviesa por distintas etapas y estilos musicales en busca del reconocimiento. El éxito de la película hizo que el grupo en la ficción llegara a lanzar en la realidad varios discos e hiciera alguna gira de presentación de estos.

* El 13 de abril de 1919, habiendo circulado rumores de una posible insurrección, soldados del ejército indio-británico dispararon sin previo aviso sobre una multitud que se había congregado para celebrar el Festival de Vaisakhi (el Año Nuevo), con un balance de centenares de muertos y heridos, niños incluidos.

* *Algo nuevo bajo el sol: historia medioambiental del mundo en el siglo xx*, Madrid, Alianza, 2003.

* Barcelona, Debate, 2005.

** Robert. E. Bartholomew y Peter Hassall, *A Colorful History of Popular Delusions*, Nueva York, Prometheus Books, 2015.

*** Jared Diamond, *Colapso: por qué unas sociedades perduran y otras desaparecen*, Barcelona, Random House Mondadori, 2006.

**** Nueva York, Knopf, 2016.

* Edimburgo, Luath Press, 2014.

** Nueva York, Random House, 2015.

*** Jack Weatherford, *Genghis Khan y el inicio del nuevo mundo*, Barcelona, Crítica, 2006.

**** Nueva York, Penguin, 2010.

**** Londres, Hachette UK, 2014.

Humanos

Tom Phillips

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *Humans*

Publicado originalmente en inglés por Wildfire, un sello editorial de Headline Publishing Group

© del diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño

© de la ilustración de la portada,

© Tom Phillips, 2018

© de la traducción, Ignacio Villaro Gumpert, 2019

© de todas las ediciones en castellano,

Editorial Planeta, S. A., 2019

Paidós es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2019

ISBN: 978-84-493-3605-8 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.

www.newcomlab.com